

Alvin Maker III:

Alvin el aprendiz

Orson Scott Card

Título original: *Prentice Alvin*

Traducción: Paola Tizziano

1.^a edición: noviembre 1997

© 1989 by Orson Scott Card

© Ediciones B, S.A., 1997

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain

ISBN: 84-406-7997-1

Depósito legal: B. 39.024-1997

Impreso por LITOGRAFÍA ROSÉS

*A todos mis buenos maestros, especialmente, a:
Fran Schroeder, cuarto grado, Escuela Elemental Millikin,
Santa Clara, California, para quien escribí mis primeros
poemas.*

*Ida Huber, décimo grado de Inglés, Escuela Superior de
Mesa, Arizona, quien creyó en mi futuro más que yo.*

*Charles Whitman, escritura de guiones, Universidad
Brigham Young, quien hizo que mis guiones lucieran
mejor de lo que merecían.*

*Norman Council, literatura, Universidad de Utah, por
haberme transmitido vivos a Spenser y a Milton.*

*Edward Vasta, literatura, Universidad de Notre Dame, por
Chaucer y por su amistad.*

Y, como siempre, a François.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, para preparar este volumen de *Los Cuentos de Alvin Maker*, he dependido de la ayuda de los demás. Quisiera dar las gracias, por su invalorable colaboración en los capítulos iniciales de este libro, a la buena gente del segundo Taller Literario de Sycamore Hill, a saber: Carol Emshwiller, Karen Joy Fowler, Greegg Keizer, James Patrick Kelly, John Kessel, Nancy Kress, Shariann Lewitt, Jack Massa, Rebecca Brown Ore, Susan Palwick, Bruce Sterling, Mark L. Van Name, Connie Willis y Allen Wold.

Gracias, también, al Instituto de Bellas Artes del estado de Utah, por galardonar mi poema narrativo «*Alvin el Aprendiz y el Arado Inútil*». Ese estímulo me llevó a proseguir la obra en prosa, con mayor extensión; y éste es el primer volumen donde se incluirá parte del relato contenido en aquel poema.

He obtenido los detalles sobre la vida y las artes de la frontera del espléndido libro *The Forgotten Crafts*, escrito por John Seymour (New York City: Knopf, 1984) y de *A Field Guide to America's History*, de Douglass L. Brownstone (New York City: Facts on File, Inc., 1984).

Mucho agradezco que Gardner Dozois haya permitido gentilmente la aparición de fragmentos de *Los Cuentos de Alvin Maker en las páginas de la Revista de Ciencia Ficción de Isaac Asimov*. Así, el libro encontró lectores antes de ser publicado.

Beth Meacham, de Tor, pertenece a esa raza de editores en extinción dotados de un don de oro: su consejo jamás se impone, siempre es sabio. Y (su cualidad editorial más inusual), responde a mis llamadas. Por eso sólo merece un lugar en los cielos.

Gracias a mis alumnos de Narrativa de Greensboro durante el invierno y la primavera de 1988: sus sugerencias permitieron mejorar mucho este libro. Y a mi hermana, amiga y asistente editorial, Janice, por mantener frescos en mi mente muchos detalles del relato.

Pero, más que a nadie, agradezco a Kristine A. Card, quien escucha mis disquisiciones sobre las muchas versiones de cada libro aún no publicado, lee los imperfectos borradores y es mi segundo yo en cada página de todo lo que escribo.

EL CAPATAZ

Permitidme comenzar mi relato sobre la vida de Alvin como aprendiz allí donde las cosas comenzaron a marchar mal. Muy lejos, al sur, vivió un hombre a quien Alvin no conocía ni habría de conocer en toda su vida. Con todo, él puso las cosas en el camino que llevaría a Alvin a cometer lo que la ley llama homicidio... el mismo día en que terminaba su instrucción como aprendiz y en que comenzaba su vida como hombre.

Corría 1811, en un lugar de la región de los Apalaches, antes de que este territorio firmara el Tratado de Esclavos Fugitivos e ingresara en los Estados Unidos. El lugar quedaba cerca de la línea donde se unen los Apalaches y las Colonias de la Corona, conque no había un solo blanco que no ansiara tener un puñado de esclavos negros que trabajaran para él.

La esclavitud... era una suerte de alquimia para esos hombres blancos, o al menos eso creían. Soñaban con la fórmula que les permitiera convertir en oro cada gota de sudor de un negro, y cada gemido de dolor de una negra en el sonido prístino de una moneda de plata sobre el mostrador del banquero. En ese lugar las almas se compraban y vendían. No había ni uno que comprendiera el terrible precio que pagaban por ser dueños de otras vidas.

Escuchad bien, digo, y os contaré cómo se veía el mundo desde dentro del corazón de Cavil Planter. Pero aseguraos que los críos se hayan ido a dormir, pues los niños no debieran escuchar esta parte de mi relato, que habla de apetitos que ellos no comprenden bien, y no quisiera que esta historia acabara enseñándoselos.

Cavil Planter era un hombre temeroso de Dios, un hombre seguidor de la Iglesia, y que pagaba puntualmente sus diezmos. Todos sus esclavos se hallaban bautizados, con sus debidos nombres cristianos, no bien comprendían el idioma lo bastante para que se les enseñaran los Evangelios. Les prohibía practicar sus artes ocultas, jamás les permitía sacrificar ni un pollo con sus propias manos, no fuese que convirtieran un acto inocente en una ofrenda a algún dios horripilante. En todo sentido, Cavil Planter servía al Señor como mejor le era posible.

¿Y cómo se lo recompensaba por tanta virtud? Su esposa, Dolores, sufría de terribles penas y achaques, y las muñecas y los dedos se le retorcían como a una anciana. Cuando llegó a los veinticinco años, ya le fue imposible ir a dormir cada noche sin ahogarse en llantos, de modo que Cavil no pudo seguir compartiendo la habitación con ella.

Trató de ayudarla. Compresas de agua fría, baños de agua caliente, pócimas y polvos hasta gastar más de lo que aconsejaría la sensatez en esos médicos charlatanes graduados en la Universidad de Camelot. Llegó a colmar la casa de una interminable procesión de predicadores con sus eternos sermones, y de sacerdotes con sus letanías de *hocum pocus*. Y todo ello ¿para qué? Pues, para nada. Cada noche debía tenderse en la cama a escucharla llorar hasta que el llanto se hacía gemido. Gemir, hasta que el rezongo se hacía fatigada respiración, y hasta que al exhalar salía el murmullo débil que hablaba de su dolor.

Y todo ello fue enloqueciendo a Cavil de lástima, furia y desesperación. Durante meses interminables tuvo la sensación de no conocer una noche de sueño. De día, trabajar sin pausa. De noche, tenderse en la cama a orar por un poco de alivio. Si no por ella, entonces por él.

Fue Dolores quien, por fin, le devolvió la paz de las noches.

—Debes trabajar cada día, Cavil, y no podrás hacerlo a menos que duermas. No puedo callar, y tú no puedes soportar mis lamentos. Te ruego que duermas en otra habitación.

Cavil quiso quedarse, de todas formas.

—Soy tu esposo, éste es mi lugar... —dijo, pero ella comprendía mejor que él.

—Vete —insistió. Llegó incluso a levantar la voz—. ¡Vete!

Y así Cavil se marchó, avergonzado de su propio alivio. Esa noche durmió sin interrupción cinco horas seguidas hasta que rompió el alba, por primera vez en meses y quizás en años. Y

despertó por la mañana, consumido por las culpas, pues no había ocupado el lugar que le correspondía en el lecho de su mujer.

Pero, al cabo de un tiempo, Cavil Planter dio en acostumbrarse a dormir solo. Visitaba a su esposa a menudo, por la mañana y por las noches. Comían juntos, Cavil sentado en la habitación de ella, sobre una silla, ante una pequeña mesita, y Dolores reclinada en la cama, mientras una negra le introducía con cuidado cucharadas de comida en la boca. Sus manos se abrían sobre las sábanas como cangrejos muertos.

Pero dormir en otra habitación no bastaba para librar a Cavil de sus tormentos: los hijos no querían venir. No había hijos a quienes criar para que heredaran la bella plantación de Cavil. Ni hijas cuya mano conceder en bodas fastuosas. En el piso inferior había hecho construir un salón de baile. Cuando trajo a Dolores a la casona impecable que había erigido para ella, le dijo:

—Nuestras hijas conocerán a sus pretendientes en este salón, y allí sus manos se tocarán por vez primera, como lo hicimos nosotros en casa de tu padre.

Pero Dolores ya no visitaba el salón de baile. Sólo bajaba los domingos para ir a la iglesia, y en los contados días en que se compraban nuevos esclavos, para poder presenciar su bautismo.

En tales ocasiones, todos la veían, y los admiraban a ambos por su entereza y su fe en la adversidad. Pero la admiración de sus vecinos era escaso consuelo para Cavil cuando recorría las ruinas de sus sueños. Todo aquello por lo que oraba... Era como si el Señor hubiera hecho una lista para anotar en el margen un «no» bien grande al lado de cada renglón.

Los desencantos habrían amargado a un hombre de fe más débil. Pero Cavil Planter era un hombre recto y temeroso de Dios, y cada vez que pensaba, por la más ínfima razón, que Dios pudiese haberlo tratado mal, cesaba su labor y extraía su libro de salmos del bolsillo para murmurar las palabras del sabio:

Oh, Señor, en ti confío;

Acerca a mí tu oído,

Sé mi firme roca.

Concentrábase tenazmente, hasta que las dudas y el resentimiento desaparecían. Él Señor estaba con Cavil Planter, aun en sus tribulaciones.

Hasta la mañana en que, leyendo el Génesis, dio con los primeros dos versículos del capítulo 16:

*Y Sara, mujer de Abraham, no le paría; y ella tenía una
sierva egipcia, que se llamaba Agar.*

*Dijo, pues, Sara a Abraham: Ya ves que Jehová me ha
hecho estéril; ruégote que entres a mi sierva; quizá tendré
hijos de ella.*

En ese momento se le ocurrió: Abraham fue un hombre virtuoso, como yo. La esposa de Abraham no podía tener hijos, y la mía parece no tener esperanzas. En su morada había una esclava africana, como las hay en la mía. ¿Por qué no hacer como Abraham y engendrar hijos en cualquiera de ellas?

En el preciso instante en que el pensamiento se apoderó de él, se estremeció de horror. Había escuchado chismes sobre los españoles, franceses y portugueses blancos que, en las tórridas islas del sur, vivían abiertamente con mujeres negras. Sin duda, eran hombres de la peor calaña, como aquellos otros que cohabitan con bestias. Además, ¿cómo podría ser su heredero el hijo de una mujer negra? Un niño mestizo tendría los mismos derechos que una mosca a la hora de reclamar una plantación en los Apalaches. Cavil apartó la idea de su mente.

Pero mientras desayunaba con su mujer, el pensamiento regresó. Se encontró observando a la

mujer negra que alimentaba a su esposa. Como Agar, esta mujer es egipcia, ¿o no? Reparó en su cintura cimbreada mientras llevaba la cuchara del plato a la boca. Notó, mientras la mujer se inclinaba para llevar el tazón a los labios de la enferma, que los senos pendían contra el percal de la blusa. Observó los gráciles dedos que apartaban migajas y gotas de la boca de Dolores. Pensó que esos dedos podrían tocarlo, y se estremeció. Pero la imagen lo asoló como el temblor de un sismo.

Se marchó de la sala sin decir palabra. Y, ya fuera, estrujó los salmos:

Purifícame de mi iniquidad,

Librame de todo pecado.

Pues en mis faltas me reconozco,

Y siempre las tendré ante mí.

Y, sin embargo, mientras murmuraba las palabras, alzó la mirada y vio a las esclavas bañándose en la artesa. Allí estaba la jovencita que había comprado sólo unos días atrás, por seiscientos dólares pese a que era pequeña, quizá porque fuese un buen vientre para procrear. Se veía que acababa de salir del barco, pues lo ignoraba todo sobre la modestia cristiana. Se mostraba desnuda de cabo a rabo, inclinada sobre la artesa, echándose cuencos de agua sobre la cabeza y la espalda.

Cavil la observó, extraviado. Lo que antes fuera un breve pensamiento pecaminoso en el dormitorio de su mujer, ahora se convertía en un trance de lujuria. Jamás había visto nada tan grácil como sus muslos negro-azulados resbalando uno contra otro, provocadores como el estremecimiento con que recibía el golpe del agua contra el cuerpo.

¿Era ésa la respuesta a su salmo ferviente? ¿Acaso el Señor le indicaba que su camino era el mismo de Abraham? Pero, para el caso, podía ser mera brujería. ¿Quién sabía qué magia podrían tener esas negras recién llegadas de África? Sabe que estoy mirándola, y me está tentando. Estas negras han de ser las mismas hijas del demonio para incitar en mí tales pensamientos lujuriosos.

Apartó la mirada de la joven y se volvió, ocultando sus ojos llameantes en las palabras del libro. Sólo que, vaya a saber cómo, la página no era la misma que antes —¿en qué momento le dio la vuelta?— y se encontró leyendo el Canto de Salomón:

Tus dos senos son como dos jóvenes corzos gemelos,

que se alimentan entre las lilas.

—Dios se apiade de mí —musitó—. Aparta este hechizo de mí.

Día tras día murmuraba la misma plegaria, y pese a ello, día tras día se encontraba mirando a sus esclavas con lascivia, particularmente a esa recién llegada. ¿Cómo era posible que Dios le negase la ayuda que imploraba? ¿Acaso no había sido siempre un hombre virtuoso? ¿No era bueno con su mujer? ¿No era honesto en sus negocios? ¿No pagaba puntualmente sus diezmos y ofrendas? ¿No trataba a sus esclavos y caballos con corrección? ¿Por qué el Señor, Dios de los Cielos, no lo protegía y no lo libraba de ese embrujo negro?

Pero incluso mientras oraba, sus confesiones mismas se convertían en imágenes pecaminosas. Oh, Señor, perdóname por pensar en mi nueva esclava de pie en la puerta de mi habitación, llorando con cada azote del capataz. Perdóname por imaginarme posándola sobre mi lecho y alzándole las faldas para untarle los muslos y las caderas con un bálsamo tan poderoso que las marcas desaparezcan ante mis ojos, hasta que comience a gemir suavemente y a menearse lentamente sobre las sábanas, hasta que me mire por encima de su hombro, sonriendo, y hasta que se vuelva y me tienda los brazos, y... ¡Oh, Señor, perdóname, sálvame!

Pero cada vez que esto le ocurría, no podía sino preguntarse cómo podía ser que tales pensamientos lo asaltaran durante la oración. Tal vez sea recto como Abraham, se decía. Tal vez sea el Señor quien me envíe estos deseos. ¿No pensé en esto por primera vez mientras leía las Escrituras? El Señor puede obrar milagros. ¿Qué pasaría si entrase a esta nueva esclava y ella concibiese, y si por milagro divino el niño naciese blanco? Para Dios todo es posible.

Fue un pensamiento atroz y maravilloso. ¡Si pudiese ser cierto! Ah, pero Abraham había oído la voz del Señor, y jamás necesitó preguntarse qué querría Dios de él. En cambio, Dios jamás había dicho una sola palabra a Cavil Planter.

¿Y por qué no? ¿Por qué Dios no se lo anunciaba de una buena vez?: Toma la niña, ¡es tuya! O bien: ¡No la toques! ¡Te está prohibida! Déjame escuchar tu voz, Señor, para que sepa qué hacer.

Oh, Señor, mi roca,

Sobre ti he de llorar.

No enmudezcas ante mí:

Para que, ante tu silencio,

No acabe siendo como aquellos

Que descienden a los infiernos.

Y la plegaria encontró respuesta cierto día del año 1810.

Cavil estaba acucillado en el cobertizo donde se curaban los granos, que casi estaba vacío. La pródiga cosecha del año anterior había sido vendida, y la de este año seguía madurando en los campos. Después de debatirse entre la plegaria, la confesión, y los más oscuros pensamientos, por fin exclamó:

—¿No hay nadie que escuche mi ruego?

—¡Ah, sí, lo escucho bien! —dijo una voz severa.

Cavil quedó paralizado de miedo, temiendo que un extraño —su capataz o un vecino— pudiese haber escuchado alguna terrible confesión. Pero cuando alzó la vista, vio que no era nadie conocido. Así y todo, supo de inmediato qué clase de hombre era: a juzgar por sus brazos fornidos, por su rostro bronceado por el sol y por su camisa abierta —y sin chaqueta—, supo que no estaba ante ningún gentilhombre. Pero tampoco era un truhán blanco, ni un mercader. La mirada grave del rostro, la frialdad de los ojos, la tensión de los músculos, como un resorte en un sostén de acero... Debía de ser uno de esos hombres que a hierro y látigo mantienen la disciplina entre los labradores negros. Un capataz. Sólo que Cavil jamás había visto uno tan fuerte y peligroso. Supo de inmediato que ese capataz obtendría hasta la última exhalación de los simios ociosos que rehuían la labor en los campos. Sabía que la plantación que dirigiera ese capataz, fuera de quien fuese, florecería en la prosperidad. Pero Cavil también supo que nunca osaría contratar a un hombre así, pues ante tanto poder pronto olvidaría quién era el hombre y quién el amo.

—Muchos me han llamado amo —dijo el desconocido—. Sabía que usted me reconocería de inmediato por lo que soy.

¿Cómo había hecho el hombre para adivinar las palabras que Cavil había pensado en lo recóndito de su mente?

—Entonces, ¿eres un capataz?

—Así como existió uno a quien llamaron no amo sino Amo, yo no soy un capataz sino el Capataz.

—¿Por qué viniste hasta aquí?

—Porque tú me llamaste..

—¿Cómo pude haberte llamado si nunca antes te vi en toda mi vida?

—Si llamas a lo invisible, Cavil Planter, desde luego verás lo que nunca antes has visto...

Sólo entonces Cavil comprendió plenamente qué clase de visión había contemplado en su propio cobertizo. Como respuesta a su plegaria, acudía un hombre a quienes muchos llamaban Amo.

—¡Jesucristo! —exclamó Cavil.

De inmediato, el Capataz retrocedió, levantando las manos como para ahuyentar las palabras de Cavil.

—Ningún hombre tiene permitido llamarme por ese nombre —gritó.

Aterrorizado, Cavil inclinó la frente hasta posarla sobre la tierra.

—Perdóname, Capataz. Pero si soy indigno de pronunciar tu nombre, ¿cómo puedo contemplar tu rostro? ¿O acaso mis días terminan hoy, pues mis pecados no han hallado perdón?

—¡Ay de ti, necio! —dijo el Capataz—. ¿Crees realmente que has visto mi rostro?

Cavil levantó la cabeza y observó al hombre.

—Aun ahora sigo viendo tus ojos, que me miran desde lo alto.

—Ves el rostro que tú creaste para mí en tu propia mente, y el cuerpo que tu propia imaginación conjuró. Si vieras realmente lo que soy, tu lastimosa capacidad no te bastaría para comprenderlo. De modo que tu cordura vela por sí misma cubriéndome con la máscara que tú has creado. Si me ves como Capataz, es porque con ese disfraz puedes reconocer toda la grandeza y el poder que poseo. Es la forma que amas y temes al mismo tiempo, la imagen que te hace postrarte y a la vez retroceder. Me han llamado con muchos nombres. Ángel de la Luz, Caminante, Extraño Inesperado, Visitante, Oculto, León de la Guerra, Deshacedor del Hierro y Dueño del Agua. Hoy tú me llamas Capataz, y entonces, para ti, ése será mi nombre.

—¿Podré alguna vez conocer tu verdadero nombre, o ver tu auténtico rostro, Capataz?

El rostro del Capataz se cubrió de sombras y de atrocidad, y abrió la boca como para lanzar un aullido:

—Sólo un alma viva en todo este mundo ha visto mi verdadera forma, y está condenada a la muerte, sin duda.

Las formidables palabras fueron como un trueno seco. Cavil Planter se estremeció hasta la planta de los pies, y se aferró al suelo polvoriento del cobertizo para no volar por los aires como la hojarasca que barren las tormentas.

—¡No me fulminéis por mi impertinencia! —imploró Cavil.

La respuesta del Capataz fue mansa como el tibio sol matinal.

—¿Fulminarte? ¿Cómo podría hacer algo semejante con el hombre que escogí para recibir mi enseñanza más secreta, el evangelio ignorado por todo ministro o sacerdote?

—¿Yo?

—Ya estuve enseñándote, y comprendiste. Sé que deseas hacer como te ordene. Pero te falta fe. Todavía no eres completamente mío.

El corazón le dio un vuelco. ¿Podría ser que el Capataz pensara darle lo que le concedió a Abraham?

—Capataz, soy indigno.

—Claro que lo eres. Nadie es digno de mí. Ni un solo hombre de esta tierra. Pero, si obedeces, tal vez ganes el favor de mi mirada.

¡Ay, lo hará!, clamó una voz en su corazón. Sí, me dará a la mujer...

—Lo que ordenes, Capataz.

—¿Crees que te daría a Agar por tu torpe lujuria y tu ansia de un hijo? Hay un propósito mayor. Éstos negros son, sin duda, hijos e hijas de Dios, pero en África vivieron bajo el poder del diablo. Ese terrible destructor ha mancillado su sangre. ¿Por qué otra causa crees que son negros? Nunca podré salvarlos mientras cada generación siga naciendo de pura raza negra, pues de ese modo los posee el demonio. ¿Cómo puedo reclamarlos como propios, si tú no me ayudas?

—Entonces, si tomo a la niña, ¿mi hijo nacerá blanco?

—Lo que me importa es que el niño no sea de pura raza negra. ¿No comprendes lo que deseo de ti? No quiero un Ismael, sino muchos hijos. No una Agar, sino innumerables mujeres.

Cavil apenas osó nombrar el más secreto de sus deseos:

—¿A todas ellas?

—Te las entrego, Cavil Planter. Esta generación pecaminosa es de tu propiedad. Con diligencia, podrás preparar otra generación que me pertenezca a mí.

—¡Lo haré, Capataz!

—No debes decir a nadie que me viste. Sólo hablo a aquellos cuyos deseos ya se vuelcan hacia mí y hacia mis actos, a aquellos que ya ansían el agua que ofrezco.

—No hablaré con hombre alguno, Capataz.

—Obedéceme, Cavil Planter, y te prometo que al final de tu vida nos volveremos a encontrar, y que me conocerás por lo que verdaderamente soy. En ese momento, te diré: «Eres mío, Cavil Planter. Ven y sé mi fiel siervo para siempre.»

—¡Con gusto! —exclamó Cavil—. ¡Con gozo y con gusto!

Se echó hacia delante para abrazar las piernas del Capataz. Pero allí donde tendría que haber estado su visitante no encontró nada. Había desaparecido.

Desde esa noche, las esclavas de Cavil Planter no conocieron sosiego. Y Cavil las hizo traer cada noche, buscando tratarlas con la fortaleza y el poder que había visto en el rostro del temible Capataz. Deben mirarme y contemplar su rostro, pensó Cavil, y vaya si lo harán.

La primera que tomó fue una niña recién comprada que apenas sabía una palabra del idioma. Gritó despavorida, hasta que Cavil alzó el látigo que viera antes en sueños. Entonces, gimiendo, le permitió hacer lo que el Capataz le había ordenado. Por un instante, esa primera vez, pensó que sus gemidos eran como la voz de Dolores cuando sollozaba en el lecho, y sintió la misma lástima profunda que había sentido por su amada esposa. Casi acarició tiernamente a la pequeña, como hiciera tiempo atrás para consolar a Dolores. Pero entonces recordó el rostro del Capataz, y pensó:

«Esta niña negra es su enemiga; es mi propiedad. Así como un hombre debe arar y sembrar la tierra que Dios le concedió, yo no debo permitir que el vientre de esta negra duerma en barbecho.»

Agar, la llamó esa primera noche. Tú no comprendes de qué modo te estoy bendiciendo.

Por la mañana, al mirarse al espejo, vio una nota nueva en su rostro. Cierta ferocidad. Una suerte de espantosa fortaleza oculta. Ah, pensó Cavil, nadie había visto jamás al que realmente soy. Ni siquiera yo mismo. Sólo ahora descubro qué es el Capataz, y qué soy yo.

Y nunca más volvió a sentir otro instante de piedad en la ejecución de su labor nocturna. Caña de fresno en mano, marchaba al cobertizo de las mujeres y señalaba a la que debía ir con él. Si alguna se resistía, la caña le enseñaba el alto precio de rehusar. Si cualquier otro negro, hombre o mujer, alzaba una voz de protesta, al día siguiente Cavil se ocupaba de que el capataz lo disuadiera a fuerza de sangre. Ningún blanco lo sospechaba, y ningún negro se atrevía a denunciarlo.

La primera en concebir fue Agar, la esclava nueva. Cavil observó con orgullo cómo el vientre se henchía con el tiempo. Supo entonces que el Capataz lo había elegido de verdad, y este poder le inspiró un gozo salvaje. Habría un hijo, su hijo. Y de inmediato vio con claridad cuál debía ser el paso siguiente. Si su sangre blanca podía salvar innumerables almas negras, no debía conservar en su finca a los niños mestizos. Los vendería en tierras del Sur, cada uno a un comprador distinto, en una ciudad distinta, y que el Capataz se encargara de que crecieran sanos y desparramaran su simiente en toda la desventurada raza negra.

Y cada mañana siguió contemplando a su esposa a la hora del desayuno.

—Cavil, amor —le dijo ella un día—, ¿sucede algo malo? En tu rostro hay una expresión oscura, un aire de... furia, quizás, o de crueldad. ¿Has reñido con alguien? No quería decírtelo pero... me atemorizas.

Tiernamente palmeó la mano sarmentosa de su mujer mientras la negra lo miraba con ojos sombríos.

—No siento ira hacia ningún hombre o mujer —repuso Cavil suavemente—. Y lo que llamas crueldad no es más que la expresión propia de un amo. Ay, Dolores, ¿cómo puedes mirarme a los ojos y llamarme cruel?

La mujer rompió a llorar.

—Perdóname —suplicó—. Fue sólo mi imaginación. Tú... el hombre más gentil que he conocido jamás... El diablo debió de poner esa visión ante mis ojos. Lo sé. El diablo puede crear

visiones falsas, pero sólo los perversos son engañados. Perdóname por mi perversidad, esposo mío.

Y él la perdonó, pero ella no dejó de llorar hasta que Cavil mandó llamar al sacerdote. Con razón el Señor escogía sólo a hombres como profetas. Las mujeres eran demasiado débiles y compasivas para poder realizar la labor encomendada por el Capataz.

Así comenzó todo. Ésa fue la primera pisada de esta senda atroz y oscura. Ni Alvin ni Peggy supieron esta historia hasta que yo la descubrí y se la conté, mucho después. Entonces, reconocieron de inmediato que ése había sido el inicio de todo.

Pero no quiero que penséis que fue la única causa del mal que sobrevino, pues no es así. Se hicieron otras elecciones, se cometieron otros errores y crueldades, se dijeron otras mentiras. Un hombre podrá contar con toda la ayuda del mundo para dar con la senda más corta hacia el infierno, pero nadie más puede hacerles posar el pie en dicho lugar.

LA FUGA

Peggy despertó por la mañana soñando con Alvin Miller. En el sueño, Alvin llenaba su corazón con toda clase de deseos terribles. Quería huir de ese niño, y a la vez quedarse y esperarlo; olvidar que lo conocía, y cuidarlo para siempre.

Permaneció tendida sobre la cama, con los ojos casi cerrados, viendo cómo la luz cenicienta del alba se filtraba en la buhardilla donde dormía. Estoy sosteniendo algo, advirtió. Sus esquinas se le clavaron en las manos con tanta fuerza que, cuando lo soltó, la piel le quedó dolorida como si algo la hubiese picado. Pero no era una picadura. Era la caja donde guardaba la bolsa de nacimiento de Alvin. O tal vez, pensó Peggy, tal vez sí le hubieran clavado un agujón, muy hondo, y sólo entonces sintiese el dolor.

Peggy quiso arrojar la caja lo más lejos posible de sí, enterrarla bien profundo y olvidarse del sitio, arrojarla a las aguas y cubrirla con piedras para que no pudiese flotar.

Ah, pero eso no es lo que quiero de verdad, dijo para sus adentros. Lamento haber pensado algo así. Lo lamento de veras. Pero ahora va a venir; después de tantos años volverá al río Hatrack y no será el niño que he visualizado en todos los posibles caminos de su futuro. No será el hombre en que lo he visto convertirse. No, es sólo un niño de once años. Tanto ha visto de la vida que tal vez en su interior ya sea un hombre. Ha visto dolor y amargura suficientes como para alguien cinco veces mayor que él, pero sigue siendo un niño de once años y lo será cuando entre en este pueblo.

Y no quiero ver ningún Alvin de once años por aquí. Seguramente vendrá a buscarme. Sabe quién soy, aunque la última vez que me vio tenía dos semanas de vida. Sabe que vi su futuro el día lluvioso en que nació, y por eso vendrá, y me dirá: «Peggy, sé que eres una tea, y sé que escribiste en el libro de Trucacuentos que seré un Hacedor. Conque dime de una vez qué se supone que debo ser.» Peggy sabía lo que le diría, y todas las formas que escogería para hacerlo. ¿Acaso no lo había visto cientos de veces? ¿Miles de veces? Ella se lo enseñaría, y él llegaría a ser un gran hombre, un verdadero Hacedor. Y entonces...

Y entonces, un día, cuando él sea un apuesto joven de veintiún años, y ella una solterona bravucona de veintiséis, se sentirá tan agradecido conmigo, tan obligado, que me propondrá matrimonio como un deber irrecusable. Y yo, loca de amor durante todos esos años, llena de sueños de lo que él hará y de lo que seremos juntos, diré que sí, y le cargaré el fardo de una esposa con la que desearía no haber tenido que casarse, y sus ojos ansiarán otras mujeres cada día de nuestra vida en común...

Peggy deseó, ay, no saber con tanta certeza que determinadas cosas serían así. Pero Peggy era una tea de pies a cabeza, la mejor de la que hubiese oído hablar, más fuerte de lo que sospechaban los pobladores de Hatrack.

Se incorporó en la cama. No arrojó la caja, no la escondió ni la rompió. Tampoco la enterró. En cambio, la abrió y contempló el último resto de la membrana que había cubierto a Alvin durante el nacimiento, seca y blanca como cenizas de papel en una chimenea fría. Once años atrás, la mamá de Peggy había oficiado de comadrona para que Alvin asomara por la vertiente de la vida, y el niño tomó su primera bocanada de aire húmedo en la hostería que Papá tenía sobre el río Hatrack. Peggy le apartó del rostro esa membrana delgada y sanguinolenta para que el niño pudiera respirar. Alvin, séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, y decimotercer hijo... Peggy vio de inmediato cuáles serían los senderos de su vida: se encaminaba hacia la muerte. Muerte, en cien accidentes distintos, en un mundo que parecía torcerse para destruirlo aun antes de que comenzara a respirar.

Entonces, ella era la Pequeña Peggy, una criatura de cinco años, pero que ya llevaba dos ejerciendo su don de tea. Y hasta ese momento, jamás había visto un recién nacido que tuviera

tantos caminos dirigidos hacia la muerte. Peggy rastreó todas las sendas de su vida, y sólo halló una que permitiría a ese niño convertirse en un hombre.

¿Cuál? Conservar, ella, esa bolsa de nacimiento y custodiarlo desde la distancia. Y cada vez que viera acechar la muerte para llevárselo, usar esa bolsa. Tomar una pizca de ella y aferraría entre los dedos, y murmurar qué debía suceder; imaginarlo. Así, así sucederían exactamente las cosas. ¿Acaso no lo había salvado de morir ahogado? ¿No lo había salvado de un búfalo empapado en agua? ¿De caerse de un tejado? Una vez, llegó a partir una viga en el aire mientras aquélla caía desde una altura de quince metros para aplastarlo contra el suelo de una iglesia a medio construir. Partió la viga, más limpio imposible, y el madero cayó a ambos lados de su cuerpo, con el hueco justo para que él quedara de pie en el medio. Y un centenar de veces había actuado con tanta anticipación que nadie siquiera supuso que le había salvado la vida. Así, siempre lo había rescatado de la muerte valiéndose de la membrana.

¿Cómo funcionaba? Apenas lo sabía. A veces, ella empleaba su propio poder. Pero, en general, el don partía del mismo Alvin. Con los años, él había tomado conciencia de su aptitud para hacer cosas, y darles forma, y sostenerlas o separarlas. Finalmente, este último año, atrapado en la guerra entre blancos y pieles rojas, había asumido la tarea de salvar su propia vida hasta tal punto que Peggy ya casi no tenía que intervenir en su rescate. Mejor. De la bolsa quedaba poco.

Cerró la tapa de la caja. No quiero verlo, pensó Peggy. No quiero saber nada más de él.

Pero sus dedos abrieron la tapa una vez más, pues, desde luego, debía saber. Le parecía que la mitad de su vida había transcurrido tocando esa membrana y buscando ese fuego interior en la remota región del Wobbish, al nordeste, en el pueblo de Iglesia de Vigor. La mitad de su vida la había pasado viendo sus actos, observando los senderos de su futuro para advertir los peligros que acechaban. Vio que estaba a salvo, siguió buscando más allá, y supo que algún día vendría a Hatrack, su tierra natal, a mirarla a los ojos y decirle: «Fuiste tú quien me salvó todas esas veces; fuiste tú quien vio que yo era un Hacedor, mucho antes de que nadie pudiera pensar en ello.» En efecto, ella lo había visto aprender su poder en toda su profundidad, la labor que debía hacer, la Ciudad de Cristal que debía construir; lo vio engendrar hijos en ella, y lo vio tocar los pequeños que ella sostenía en los brazos; vio a los que enterraban y a los que sobrevivían. Y, por fin, lo vio...

Las lágrimas le resbalaron por el rostro. No quiero saberlo, se dijo. No quiero leer todos los caminos de su futuro. Otras jóvenes pueden soñar con el amor, con las dichas del matrimonio, con ser madres de niños sanos y robustos. Pero en todos mis sueños hay muerte, dolor y temor, pues mis sueños son la realidad. Sé demasiado para seguir conservando la esperanza.

Y sin embargo, Peggy tenía esperanzas. Sí, señor, puede usted estar seguro de ello: se aferraba a una suerte de anhelo desesperado, pues pese a conocer lo probable, a veces capturaba ciertas visiones límpidas y claras, y esos días, esas horas, eran momentos de dicha tan inmensa que llegar a ellos valía cualquier penuria.

El problema era que esas visiones se hacían tan pequeñas e infrecuentes en los vastos futuros de Alvin, que no lograba hallar el camino que la condujese hasta allí. Todos los senderos que se abrían fácilmente, los llanos, los más probables, llevaban a Alvin a casarse con ella sin amor, por gratitud o deber: una boda infeliz. Como la historia de Lía, en la Biblia, cuyo hermoso marido Jacob la odiaba pese a que ella lo amaba con todo su corazón, y a que le daba más hijos que todas sus otras esposas, y a que habría muerto por él si Jacob se lo hubiese pedido.

Peggy pensó: «Es una maldad lo que Dios nos hace a las mujeres; anhelar esposos e hijos para tener que llevar una existencia de sacrificios, dolor e infelicidad. ¿Fue tan terrible el pecado de Eva para que Dios tuviese que maldecirnos a todas con tanta crueldad? Parirás con dolor, dijo el Dios Todopoderoso y Misericordioso. Tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti.»

Era eso lo que la devoraba por dentro: el anhelo de un marido. Aunque se tratara de un niño de once años que no buscaba esposa sino maestro. Será un niño, pensó Peggy, pero yo soy una mujer, y he visto al hombre en que él se convertirá, y lo deseo. Llevó una mano a sus senos; eran tan grandes y suaves. Parecían fuera de sitio en su cuerpo, que siempre había sido todo huesos y salientes, y ahora comenzaba a redondearse, como un ternero engordado para el regreso del hijo pródigo.

Se estremeció, pensando en el destino del ternero, y nuevamente volvió a tocar la membrana.

En el distante pueblo de Iglesia de Vigor, el joven Alvin desayunaba esa mañana, a la mesa de

su madre. Al lado, sobre el suelo, yacía el hato que lo acompañaría durante el viaje hasta Hatrack. Las lágrimas empapaban sin pudor las mejillas de su madre. El niño la amaba, pero ni por un momento lamentó tener que partir. Su casa era un sitio oscuro, impregnado de sangre inocente: no podía desear quedarse. Ansiaba partir, comenzar su vida como aprendiz del herrero de Río Hatrack, y hallar a la joven tea que le salvara la vida de niño. Ya no pudo comer un bocado más. Se retiró de la mesa, besó a su madre...

Peggy soltó el pellejo, y cerró la tapa de la caja con toda firmeza y velocidad, como si quisiese atrapar dentro a un moscardón.

Viene a conocerme. A comenzar a mi lado una vida de infelicidad. Lloro, Fe Miller, pero no por la partida de tu pequeño Alvin. Lloro por mí, por la mujer cuya vida él estropeará. Vierte tus lágrimas por el dolor solitario de una mujer más.

Peggy se estremeció, se sacudió el humor lúgubre del alba gris, y se vistió rápidamente, agachándose para esquivar los travesaños bajos del ático. Con los años, había aprendido formas de apartar de su mente a Alvin Miller Junior, y poder cumplir con sus deberes de hija en la hostería de sus padres, y con sus deberes de tea para con la gente del lugar. Cuando se lo proponía, podía pasar horas sin pensar en el niño. Y aunque esa vez le fue más difícil, sabiendo que esa misma mañana iniciaba su camino hacia ella, se empeñó en dejar de pensar en él.

Peggy abrió la cortina de la ventana que daba al sur y se sentó ante ella, reclinada sobre el alféizar. Miró el bosque que se extendía bajando desde la hostería, seguía por el río Hatrack y continuaba por el Hio. Sólo unas pocas granjas de porcinos interrumpían la boscosidad. Claro, no podía ver el Hio desde tan lejos, ni siquiera en la fresca y diáfana mañana primaveral. Pero lo que sus ojos naturales no llegaban a mirar era fácilmente hallado por la tea humeante que había en su interior. Para ver el Hio, sólo tenía que buscar algún fuego interior remoto, e introducirse dentro de la llama de ese individuo para ver a través de sus ojos como si fueran los de la misma Peggy. Y una vez allí, podía ver otras cosas. No sólo lo que el hombre veía, sino lo que sentía, pensaba y anhelaba. Y más aún: parpadeando en las zonas más brillantes de la llama, a menudo ocultos tras el ruido de los deseos y pensamientos de la persona, podía ver los caminos que se extendían por delante, las elecciones que le aguardaban, la vida que podría esperarle si escogía esto o aquello, en las horas y los días por venir.

Tanto veía Peggy en los demás, que su propio fuego interior le era casi desconocido.

A veces pensaba en sí misma como si fuese un marinero solitario encaramado a la punta de un mástil. En realidad, en toda su vida no había visto un solo barco exceptuando las balsas del Hio y un transbordador en el Canal de Irrakwa. Pero leía mucho: todo lo que podía conseguir que el doctor Whitley Physicker le trajera cada vez que iba a Dekane. Por eso conocía a los vigías de los mástiles. El marinero vigía se aferraba a los obenques, con los brazos medio enrollados en las sogas para no caer si el navío daba un vuelco o si lo azotaba una ráfaga inesperada; azul de frío en invierno, rojo ladrillo en verano, sin nada que hacer en todo el día más que mirar el océano vacío y azul hora tras hora. Si era un barco pirata, el vigía buscaba bajeles que capturar; si era un ballenero, buscaba saltos y chorros. Y en la mayoría de los barcos, buscaba costas, cardúmenes, ocultos bancos de arena, piratas o banderas enemigas.

Casi nunca veía nada más que olas, aves marinas y nubes algodonosas.

Yo oteo desde un mástil, pensó Peggy. Me pusieron aquí hace dieciséis años, el día en que nací, y desde entonces observo sin bajar jamás, sin poder descansar en el camarote de la cubierta, sin poder cerrar una compuerta sobre mi cabeza o una puerta tras la espalda. Siempre vigilo, a lo lejos y a mi alrededor. Y como no observo con los ojos, no puedo cerrarlos, ni aun en sueños.

No había modo de escapar. Allí sentada en el ático, vio sin quererlo:

Su madre, conocida como la vieja Peg Guester, cuyo verdadero nombre era Margaret, cocinaba en la cocina para los muchos viajeros que esperaban el desayuno. Como no tenía ningún don peculiar para la cocina, el trabajo resultaba duro. No es como Gertie Smith, que sabe hacer el cerdo salado de cien modos distintos en cien días distintos. El don de Peg Guester eran los asuntos de mujeres: hacer de comadrona, recibir un parto, hacer conjuros hogareños. Pero para llevar bien una hostería en esos días era necesario preparar buena comida, y ahora que el viejo Abuelito ya no estaba, ella debía cocinar. Por eso sólo pensaba en la comida, y no se permitía la menor interrupción, y mucho menos de su hija, que pasaba el tiempo dando vueltas por la casa sin decir palabra, y que se la mirara por donde se la mirara era una muchacha tan desagradable y mal

predispuesta, pese a que de niña era tan dulce y prometía tanto; pero, en fin, en la vida todo acaba por estropearse...

Ay, eso sí que era una alegría: saber qué poco afecto sentía su madre por ella. No importaba que Peggy supiera también su firme devoción. Saber que en el corazón de vuestra madre anida un poco de amor no basta para quitaros el aguijón de saber que también os detesta.

Y Papá, conocido como Horace Guester, dueño de la Hostería de Río Hatrack. Era un tipo jovial, Papá. Allí en el patio, hablaba con su huésped que tenía inconvenientes para partir de la hostería. Él y Papá siempre parecían tener algo de qué conversar y, ah, ese abogado que viajaba desde Cleveland decía que Horace Guester era el ciudadano más correcto y agradable que hubiese conocido jamás, y que si todos fuesen bondadosos como el viejo Horace no habría crímenes ni leguleyos en el territorio del Hio. Todos sentían lo mismo. Todos amaban a Horace Guester.

Pero Peggy la tea, su hija, podía leerle el fuego interior y saber qué sentía su padre al respecto. Él veía a esos tipos que le sonreían y se decía: «Si supieran lo que realmente soy, escupirían el suelo a mis pies y se largarían, y olvidarían mi rostro, y hasta mi nombre.»

Peggy, sentada en el ático, observó todos los fuegos interiores del pueblo. Los de sus padres más que otros, pues le eran bien conocidos. Observó a los que se hospedaban en la casa, y a las personas de la vecindad.

Pacífico Smith, su esposa Gertie, y los tres críos de nariz de alubia que planeaban diabluras cuando no orinaban o vomitaban... Peggy vio el placer que Pacífico se prodigaba moldeando el hierro, vio el desdén que sentía hacia sus hijos, su desencanto ante una esposa que, de ser una fascinante belleza inalcanzable, habíase convertido en una bruja de cabello enmarañado que gritaba a los niños y luego usaba la misma voz para gritarle a él.

Vio a Pauley Wiseman, el alguacil, que amaba aterrorizar a la gente; a Whitley Physicker, enfadado consigo mismo porque sus medicamentos funcionaban la mitad de las veces, y porque no pasaba semana sin que presenciara impotente la muerte. Vio el corazón y miró por los ojos de granjeros y profesionales, de gente nueva y gente vieja. Vio lechos matrimoniales fríos de noche, y adulterios ocultos en corazones sofocados por la culpa. Vio los hurtos secretos de empleados de confianza, de amigos y sirvientes, y vio el corazón honroso de muchos a quienes los demás despreciaban e insultaban.

Ella lo sabía todo y no decía nada. Siempre mantenía la boca cerrada. No hablaba con nadie, pues no era de las que mentían. Años atrás había prometido no mentir nunca, y desde entonces había cumplido con su palabra.

Los demás no tenían sus problemas. Podían hablar y decir la verdad. Pero ella no: conocía a esa gente demasiado bien. Sabía a qué temía cada uno, cuáles eran sus deseos, y cuáles sus actos. Y si sospecharan siquiera que ella lo sabía, podrían matarla o poner fin a su propia vida. Incluso los que jamás habían hecho nada malo podían sufrir una vergüenza atroz de sólo pensar que ella conociese sus sueños secretos o sus locuras privadas. Por eso nunca hablaba abiertamente con sus conocidos: algo podía escapársele, tal vez no una palabra sino un gesto de su cabeza, una evasiva. Ello bastaría para que supieran lo que sabía, para que temieran qué pudiera saber o para que temieran, simplemente. Eso sólo podía hacer que algunos muy fuertes se volviesen los más débiles.

Todo el tiempo debía ser la vigía, sola en lo alto del mástil, aferrada a las cuerdas, viendo más de lo que deseaba, sin tener siquiera un minuto para sí misma.

Cuando no era un parto donde debía ver al recién nacido, era alguien en apuros a quien debía socorrer. Y dormir tampoco le servía de mucho. Jamás dormía por completo. Una parte de ella siempre observaba, y veía el fuego ardiendo, flameando.

Como en ese momento: miró hacia el bosque, y lo vio. Un fuego interior muy distante.

Se aproximó. No con el cuerpo, por supuesto, que quedó en el ático. Pero, como toda tea, sabía acercarse a los fuegos remotos.

Era una joven mujer. No, una niña, casi más pequeña que ella. Y por dentro, muy extraña. Supo de inmediato que esa niña antes de hablar y pensar en inglés, había hablado en otra lengua. Eso hacía que sus pensamientos se retorciera y mezclaran. Pero hay cosas que calan más hondo que la huella de las palabras; la pequeña Peggy no necesitó ayuda para comprender que llevaba un niñito en los brazos, y para ver el terror con que miraba el río, ante sus pies, sabiendo que iba a morir, y el horror que le aguardaba si volvía a la plantación. Peggy no necesitó ayuda para saber

lo que había hecho la noche anterior para poder escapar.

Allí está el sol, tres dedos por sobre los árboles. Allí está esa joven esclava fugitiva con su hijo bastardo, mitad blanco, a orillas del Hio, semioculta entre el follaje y los arbustos, mirando las balsas que los blancos arrastraban por la corriente. Tiembla de miedo. Sabe que los perros no pueden descubrirla, pero que muy pronto enviarán al rastreador de fugitivos. Eso sí que es malo. ¿Cómo podría cruzar ese río con el pequeñuelo en brazos?

La invade un pensamiento espantoso: dejó a este niño. Lo escondo en un tronco podrido, nado, robo un bote, y vuelvo hasta aquí. Eso. Sí, señor.

Pero a esta negrita, a quien nadie le ha enseñado a ser mamá, sabe, sin embargo, que una buena madre no deja solo a un bebé que todavía debe mamar unas dos veces al día. Susurra: «Buena mamá no deja niñito donde viejo zorro, comadreja o tejón pueden mordisquear cuerpecito y matarlo bien muerto. No, señora, yo no.»

Conque se queda allí, mirando las aguas del río, que para el caso podía ser el mar, pues nunca sería capaz de cruzarlo.

¿Y si algún blanco la ayudara? Aquí en la frontera de los Apalaches, a los blancos que ayudan a esclavitas fugitivas los cuelgan. Pero esta negrita fugitiva escucha historias en la plantación sobre blancos que dicen que mejor que nadie sea dueño de nadie. Que dicen que esta negrita tiene el mismo derecho que el ama blanca que puede decir que no a cualquier hombre menos a su verdadero esposo. Que dicen que mejor que la negrita se quede con su niño, y que no oiga promesas del amo blanco, que lo venderá el mismo día del destete. Amos blancos enviar niño a que crezca en casa de esclavos, en Drydenshire, para que bese los pies al hombre blanco cuando diga a.

«Ay, qué suerte tiene tu niño», dicen a la esclavita. «Crecerá en una hermosa mansión, en las Colonias de la Corona, donde todavía tienen rey. Y tal vez algún día conozca a Su Majestad.»

Ella no dice nada, pero se ríe. Qué le importa a ella que vea al rey. Su papá era rey en África, y van y lo matan de un tiro. Los portugueses enseñan qué significa ser rey. Significa que uno se muere bien rápido como cualquiera, y chorrea sangre roja como cualquiera, y chilla de miedo y de dolor como... Y encima escuchar qué hermoso es ser rey, y qué hermoso poder ver al Rey. ¿Los blancos se creen esa mentira?

Yo no les creo. Digo que les creo, pero miento. Nunca voy a dejar que se lleven a mi niñito. Nieto de un rey, y se lo voy a decir cada día que crezca. Cuando él sea rey alto, nadie lo va a golpear con caña o si no él también pega; nadie toma su mujer, y le abre las piernas como a un cerdo, y le mete en el vientre un niño mitad blanco sin que él pueda hacer nada más que sentarse en la choza y llorar. No, señora; no, señor.

Por eso enseguida ella hace la cosa mala, fea y prohibida. Roba dos velas y las ablanda en el fuego de la cocina. Las amasa como pan, y mezcla leche de su propio seno después que la toma el niñito, y también echa un escupitajo a la cera. Y luego tironea y escarba, y revuelve entre las cenizas hasta que hace un muñequito con forma de niña esclava. Su propia persona.

Y luego esconde el muñeco de la esclavita y va a ver al Zorro Gordo, y le suplica que le dé unas plumas de ese mirlo viejo que cazó.

—Niña esclava no necesita plumas —dice Zorro Gordo.

—Hago juguete para mi niño —dice.

Zorro Gordo ríe, sabe que esclavita miente.

—No hay juguetes con plumas negras. Nunca vi ninguno.

Y niña esclava dice:

—Mi papá rey en Umbawana. Conozco todas las cosas secretas.

Zorro Gordo sacude la cabeza, ríe y ríe.

—¿Qué sabes tú? Ni siquiera hablas inglés. Yo te daré todas las plumas de mirlo que quieras, pero cuando ese niñito deje de mamar tú vienes y yo te haré otro, todito negro esta vez.

Odia a Zorro Gordo, como a Amo Blanco, pero como él le da las plumas, dice:

—Sí, señor.

Se lleva dos manos llenas de plumas. Se va riéndose. Ella va a estar bien lejos y bien muerta antes que Zorro Gordo le haga un niño en la barriga.

Cubre la muñequita de plumas hasta que parece un pájaro con forma de niña. Es algo muy fuerte ese muñeco con su propia leche y su propio escupitajo, y con plumas de mirlo. Muy fuerte.

Le chupa toda la vida, pero su hijito nunca besaré los pies de ningún Amo Blanco. Amo Blanco nunca lo azotará con su látigo.

Noche oscura. La luna todavía no se ve. Sale de la choza. Pone el pequeño al pecho para que no chillen. Ata al niño a la teta para que no caiga. Arroja el muñeco al fuego. Y entonces, entre llamas, sale todo el poder de las plumas. Siente que el fuego se mete en su cuerpo. Abre las alas, muy anchas, bien abiertas, aletea como ve hacer a otros mirlos. Se eleva en el aire, bien alto, esa noche oscura. Se eleva y vuela muy lejos, al norte. Y cuando sale la luna vuela siempre con el astro a la derecha. Siempre a la derecha, para que el niño llegue a la tierra donde los blancos dicen que la negrita nunca ser esclava y que niño medio blanco nunca ser esclavo.

Llega la mañana, y el sol, y ella no vuela más. Ay, se siente morir, cree morir con cada pisada. Es como un ave con el ala rota, ruega que Zorro Gordo la encuentre, se da cuenta de que es así. Cuando uno vuela, después duele caminar, es malo caminar, es como un esclavo con cadenas, con el suelo bajo los pies.

Pero ella sigue con el niño toda la mañana, y llega a ese ancho río. Hasta aquí llego, dice la negrita esclava. Hasta aquí vuelo, sí. Vuelo a través del río. Pero el sol sale y se pone delante de la corriente. Y nunca puedo cruzar, el rastreador me va a encontrar, me va a azotar hasta matarme, se va a llevar a mi niño y me lo va a vender en el Sur.

No. Yo no. Los engañó. Primero me muero.

No. Segundo me muero.

Otros podían discutir sobre si la esclavitud era un pecado mortal o una extraña costumbre. Otros podían farfullar que los emancipacionistas eran unos locos de atar aunque la esclavitud era algo feo de verdad. Otros podían mirar a los negros y sentir lástima de ellos, pero alegrarse de que casi todos estuvieran en África, o en las Colonias de la Corona, o en Canadá, o lo más lejos posible. Peggy no podía permitirse el lujo de opinar sobre el tema. Ella sabía una sola cosa: no había un fuego interior que sufriera tanto como el alma de un negro que vivía bajo la sombra oscura y delgada del látigo.

Peggy asomó por la ventana del ático, y gritó:

—¡Papá!

Horace caminó a zancadas desde el frente de la casa hasta el camino desde donde podía ver su ventana.

—¿Me llamabas, Peggy?

Ella lo miró, no dijo palabra, y eso fue todo lo que él necesitó. Le dijo Vaya-con-Dios y Tenga-usted-buen-viaje al hombre, con tal prisa que el pobre simplón siguió preguntándose qué bicho le habría picado al hostelero hasta que llegó a la calle principal del pueblo. Pa trepó por la escalera, subiendo los escalones de tres en tres.

—Es una niña con un recién nacido —le dijo Peggy—. Sobre el tramo distante del Hio, asustada y pensando en matarse si la descubren.

—¿Cuán lejos?

—Un poco más allá de Boca del Hatrack, hasta donde alcanzo a ver. Papá, iré contigo.

—No, no vienes.

—Sí, Papá. Nunca la encontrarás. Ni tú, ni diez como tú. Tiene demasiado terror al hombre blanco, y no le faltan motivos.

Papá la miró sin saber muy bien qué hacer. Nunca antes la había dejado ir con él, pues generalmente los que huían eran hombres. Pero por lo general ella solía encontrarlos de este lado del Hio, perdidos y asustados, y era más seguro. Si cruzaban a la región de los Apalaches y los atrapaban ayudando a un negro fugitivo, sin duda acabarían en la prisión. La prisión, si no era en una soga colgando de un árbol. Los emancipacionistas no gozaban de buena fortuna al sur del Hio, y mucho menos los que ayudaban a fugarse a los negrones, negrazas y negritos fugitivos para que llegasen al Norte, al país francés en Canadá.

—Cruzar el río es muy peligroso —dijo él.

—Entonces me necesitarás con mucha más razón. Para encontrarla, y para ver si alguien pasa por allí.

—Tu madre me matará si se sabe que te llevo.

—Pues me marcharé ahora mismo, por la parte de atrás.

—Dile que vas a ver a la mujer de Smith...

—No le diré nada, o le diré la verdad, Papá.

—Entonces me quedaré aquí y rezaré al buen Señor para que salve mi vida haciendo que no se dé cuenta de nada. Nos encontraremos en Boca del Hatrack a la puesta del sol.

—¿No podríamos...?

—No, no podríamos. Ni un minuto antes. No se puede cruzar el río hasta que oscurezca. Si la capturan o si muere antes de que lleguemos, será una lástima, pero no cruzaremos el Hio con luz de día. Eso puedes jurarlo.

Ruidos en el bosque. Esta negrita se asusta mucho. Los árboles la aferran, los búhos chillan delatándola, y este río no cesa de reírse de ella. No puede moverse porque se cae en la oscuridad y el niño se lastima. No puede quedarse porque es seguro que la atrapan. Volando no los engaña. Los rastreadores saben ver lejos, como a no sé cuántos metros.

Un paso seguro. Ay, Señorcito Jesús, sálvame de este diablo oscuro.

Un paso y respirar, y apartar luego las ramas. Pero ¡no hay con qué alumbrarse! ¡Ay, Señor Dios Moisés Salvador Abraham!

—Niña.

Escucho una voz. No puedo respirar. ¿Tú la escuchas, niño? ¿O sueño esa voz? Esa voz de dama, de dama muy suave. El diablo no tiene voz de dama, todos lo saben, ¿no?

—Niña, vengo a llevarte al otro lado del río, y a ayudarte a que tú y tu pequeño lleguéis al Norte y seáis libres.

No tengo más palabras. Ni de esclava ni de umbawa. ¿Cuando uno pone plumas pierde las palabras?

—Tenemos una canoa sólida y dos hombres fuertes para que remen. Sé que tú me comprendes, y sé que te fías de mí. Sé que deseas venir. Quédate tranquila, niña, y dame la mano, bien fuerte. No tienes que decir una palabra. Sólo dame la mano. Allí habrá unos hombres blancos, pero no debes temer porque son mis amigos y no te tocarán. Nadie te tocará salvo yo. Créeme, niña. Créeme.

Su mano toca mi piel, muy fría y suave como la voz de esta dama. De este ángel, de esta Santa Virgen Madre de Dios. Muchos pasos. Pasos pesados, y ahora luces y antorchas y viejos hombres blancos, pero esta dama me sigue dando la mano.

—Está muerta de miedo.

—Mira a esta niña. Está más muerta que viva.

—¿Cuántos días llevará sin comer?

Voces de hombres grandes como el Amo Blanco que le hizo ese niño.

—Se marchó de la plantación ayer por la noche —dijo la Dama.

¿Cómo sabe esta dama blanca? Sabe todo. Eva, la mamá de todos los niños. No hay tiempo para hablar. No hay tiempo para rezar. Me muevo muy rápido, me apoyo en esta Dama blanca, camino, camino y camino hasta el bote que espera en el agua como yo sueño. ¡Ah, un botecito chiquitito que nos haga cruzar el Jordán hasta la Tierra Prometida!

Estaban por la mitad del río cuando la niña negra comenzó a sacudirse, a llorar y a mascullar.

—Hazla callar —dijo Horace Guester.

—No hay nadie cerca que nos pueda escuchar —repuso Peggy.

—¿Qué está farfullando? —quiso saber Po Doggly. Era un criador de cerdos que tenía una granja cerca de Boca del Hatrack.

Por un momento, Peggy pensó que hablaba de sí misma. Pero no, se refería a la negrita.

—Está hablando en africano, creo —repuso Peggy—. Por la forma en que huyó, esta niña debe de ser toda una mujer.

—Con niño y todo —convino Po.

—Ah, el niño. Tendré que cargarlo —dijo Peggy.

—¿Por qué? —preguntó Papá.

—Porque vosotros dos tendréis que echárosla sobre los hombros. Al menos desde la orilla hasta la carreta. Esta niña no podrá dar un solo paso más.

Y eso hicieron cuando arribaron a la orilla. La vieja carreta de Po no era precisamente un lecho de rosas. Lo mejor que consiguieron para hacerla más blanda fue la manta de una montura. Pero la posaron sobre ella y, si a la niña le importó, pues no lo dijo. Horace levantó la antorcha y la miró.

—Tienes razón, Peggy.

—¿En qué?

—En llamarla niña. Juro que no llega a los trece. Lo juro. Y con un crío... ¿Estás segura de que el niño es de ella?

—Así es.

Po Doggly contuvo una risilla.

—Bueno, ya sabéis cómo son estos negros. Igual que conejos. Lo hacen a cada minuto. — Entonces recordó que estaban delante de Peggy—. Mil disculpas, señorita. Nunca venimos con damas por la noche.

—Pues las disculpas debe pedírselas a ella —dijo Peggy con frialdad—. Este niño es mestizo. Su dueño engendró la criatura sin el menor miramiento. No sé si me comprende...

—Ni pienso dejar que converses de este tipo de cosas —intervino Horace Guester, irritado—. Ya hay bastante con que hayas venido hasta aquí y con que sepas todas estas cosas terribles sobre la niña. No está bien que cuentes todos sus secretos de esa forma.

Peggy hizo silencio y no abrió la boca durante el resto del trayecto. Siempre sucedía lo mismo cada vez que hablaba francamente, y por eso nunca lo hacía. El sufrimiento de la niña hizo que lo olvidase y hablara de más. Ahora Papá debía de estar pensando cuánto sabría de la pequeña, y — lo peor— cuánto sabría de él.

¿Quieres saber qué sé, Papá? Sé por qué haces todo esto. Tú no eres como Po Doggly, que no tiene en mucha estima a los negros pero que odia ver que alguna criatura salvaje cae en el cepo. Él ayuda a los esclavos a llegar al Canadá porque siente la necesidad de liberarlos. Pero tú, Papá, tú lo haces para pagar tu pecado secreto. Ese hermoso secretito que te sonríe como la angustia en persona. Pudiste haber dicho que no, pero dijiste que sí, que cómo no. Fue mientras Mamá estaba encinta de mí, y tú estabas en Dekane comprando provisiones; te quedaste una semana, y tuviste a esa mujer unas diez veces en seis días. Recuerdo cada una de esas veces tan bien como tú. Sé que sueñas con ella por las noches, ardiente de vergüenza y de deseo. Sé cómo se siente un hombre cuando ansía a una mujer con tal frenesí que la piel le pica y no puede quedarse quieto. Todos estos años te has odiado por lo que hiciste y te has odiado mucho más por amar ese recuerdo, de modo que debes pagar por ello. Te arriesgas a terminar entre rejas, o acabar colgado de un árbol para que te coman los cuervos, no porque ames a los negros sino porque esperas que haciendo el bien a los hijos de Dios tal vez puedas liberarte de tu propio secreto de pecaminoso amor.

Y he aquí lo más gracioso, Papá. Si supieras que conozco tu secreto, probablemente morirías. Te mataría en el acto. Y sin embargo, si te dijese que lo sé, también podría decirte algo más. Podría decirte, Papá, que se trata de tu don. Tú siempre creíste no tener ningún don, pero sí lo tienes: el de hacer que los demás se sientan amados. Vienen a tu hostería, y se sienten como en su hogar. Pues bien, tú viste a esa mujer en Dekane, y ella estaba ávida de sentirse como tú haces sentir a la gente. Te necesitaba con desesperación. Y es difícil, Papá, no amar a un cuerpo que te adora con tanta pasión, que se aferra a ti como las nubes se cuelgan de la Luna, sabiendo que seguirás camino, que nunca te quedarás, pero deseándote, Papá. Busqué a esa mujer, busqué su fuego interior. La perseguí a lo largo y a lo ancho, y por fin la encontré. Sé dónde está. Ya no es joven como la recuerdas. Pero sigue siendo hermosa. Como la recuerdas. Es una buena mujer, y tú no le has hecho daño. Te recuerda con amor, Papá. Sabe que Dios os perdonó a los dos. Eres tú quien no perdona, Papá.

Qué triste es regresar a casa en este carretón, pensó Peggy. Papá está haciendo algo que lo convertiría en un héroe ante los ojos de cualquier otra hija. Es un gran hombre. Pero soy una tea, y sé la verdad. No sale de aquí como Héctor ante las puertas de Troya, arriesgándose a morir para salvar a otros. Se va con la cola entre las patas, como un perro, porque en su interior es un perro azotado. Huye de un pecado que el buen Señor habría perdonado largo tiempo atrás si sólo él hubiese permitido que el perdón fuera posible.

Sin embargo, Peggy no tardó en dejar de pensar que la de su padre era una triste situación. La de todos lo era, ¿verdad? Pero casi todos los hombres tristes seguían siéndolo, aferrándose a la infelicidad como si fuera el último tonel de agua durante una sequía. Del mismo modo que Peggy seguía aguardando a Alvin allí, aun sabiendo que no le traería ninguna dicha.

Esa niña que llevaban en la carreta, sin embargo, era distinta. Sobre ella se cernía una tragedia espantosa: perdería a su niño. Así y todo, no se quedó a esperar a que sucediera para lamentarse

luego. Dijo que no. Que no y se acabó. No os dejaré que me quitéis el niño para venderlo en el Sur. Ni siquiera a una familia rica. El esclavo de un rico sigue siendo esclavo, ¿no es así? Y si lo llevan al Sur todavía estará más lejos del Norte para poder escapar. Peggy sintió los pensamientos de la niña, mientras se zarandeaba y gemía en la parte trasera de la carreta.

Pero había algo más: la niña era una verdadera heroína. Más que Papá o que Po Doggly. Porque la única forma que halló de escapar fue usando una brujería tan fuerte que Peggy jamás había oído hablar de nada igual. Nunca imaginó que los negros tuvieran esas artes. No se trató de un sueño ni de una mentira: la niña voló. Hizo un muñeco de cera y lo llenó de plumas, para luego echarlo al fuego. Lo quemó, y eso le permitió volar hasta aquí, semejante trecho hasta que el sol estuvo en lo alto. Lo suficiente para que Peggy pudiera verla e ir a buscarla al otro lado del Hio. Pero esa fugitiva había pagado un precio muy alto por poder huir. Cuando llegaron a la casa, Mamá estaba furiosa. Más que nunca antes.

—Es un crimen por el que habría que azotarte, hombre. Llevar a tu hija de dieciséis años a cometer delitos a lo oscuro...

Pero Papá no respondió. No hizo falta, una vez que trajo a la niña y la tendió sobre el suelo delante de la chimenea.

—Esta criatura no debe de haber echado bocado desde hace días. ¡Semanas! —exclamó Mamá—. Y de sólo tocarle la frente se me quema la mano. Mira, Horace, tráeme un cuenco con agua para que le moje la frente, mientras le caliento un caldo...

—No, Mamá —intervino Peggy—. Mejor busca algo de leche para el bebé.

—El bebé no se va a morir, y la niña parece que sí. Conque no me vengas a enseñar mi trabajo. Esto, al menos, sé hacerlo.

—No, Mamá —dijo Peggy—. Hizo una brujería con un muñeco de cera. Es una magia de negros, pero sabía cómo hacerlo, y tenía el poder, pues en África había sido hija de un rey. Sabía el precio, y ahora debe pagarlo.

—¿Dices que esta niña va a morir? —preguntó Mamá.

—Hizo un muñeco de sí misma, Mamá, y lo arrojó al fuego. Le dio alas para volar una noche entera. Pero el coste es el resto de su vida.

Papá parecía estar a punto de desfallecer.

—Peggy, es una locura. ¿Para qué escapar de la esclavina si luego debe morir? ¿Por qué no se mató y se ahorró la molestia?

Peggy no necesitó responder. El niño que sostenía comenzó a llorar, y ésa fue la mejor respuesta.

—Iré a buscar leche —dijo Papá—. Christian Larsson seguro ha de tener una pinta o dos de sobra, aun a estas horas de la noche.

Pero Mamá lo detuvo.

—Piensa un poco, Horace —dijo—. Es casi medianoche. Cuando te pregunte para qué la quieres, ¿qué le dirás?

Horace suspiró, y rió de su propia imbecilidad.

—Para el negrito de una esclava fugitiva. —Pero entonces enrojeció de ira—. Qué locura ha hecho esta negra. Recorrió todo este trecho sabiendo que iba a morir, y ahora ¿qué imagina que haremos con un negrito como éste? No podemos llevarlo al Norte y ponerlo al otro lado de la frontera canadiense para que chille hasta que algún francés lo recoja.

—Supongo que, para ella, es mejor morir libre que vivir como esclava —aventuró Peggy—. Ella sabría que cualquier vida que le aguardase aquí sería mejor que la plantación.

La niña yacía ante el fuego, respirando lentamente, con los ojos cerrados.

—Duerme, ¿no? —preguntó Mamá.

—Todavía no ha muerto, pero no nos escucha —repuso Peggy.

—Entonces os lo diré sin vueltas: esto es un problema de padre y señor mío —comenzó Mamá—. No podemos dejar que se sepa que andamos trayendo esclavos fugitivos a casa. Si se corre la voz, pronto habrá docenas de rastreadores apostados por aquí, y el día menos pensado te vuelan la cabeza desde lo oscuro.

—Nadie tiene por qué saberlo —adujo Papá.

—¿Qué vas a decirles? ¿Que te tropezaste con un cadáver en el bosque?

Peggy quiso gritarles que se callaran. Que la niña aún no había muerto. Pero en realidad tenía

que pensar en un par de cosas y deprimas. ¿Y si uno de los huéspedes se despertaba y bajaba las escaleras? Ahí sí que se terminaban los secretos.

—¿Dentro de cuánto morirá? —preguntó Papá—. ¿A la mañana?

—Habrá muerto antes de que salga el sol, Papá.

—Entonces más nos vale poner manos a la obra —asintió Papá—. Yo me ocupo de la niña. Vosotras, mujeres, pensad qué hacer con ese negrito.

—¿Ah, sí? —preguntó Mamá.

—Bueno, sé bien que a mí no se me ocurrirá nada, conque más os vale que penséis en algo.

—No sé. Tal vez diga que es hijo mío.

Papá no se enfureció. Sólo rió, eso hizo. Y dijo:

—Mujer, no se lo van a creer ni aunque lo metas tres veces por día en crema recién batida.

Salió y pidió a Po Doggly que lo ayudase a cavar una tumba.

—Hacer pasar al niño como nacido en estas tierras no es tan mala idea —insistió Mamá—. Allá en los pantanos vive una familia negra. ¿Recuerdas que dos años atrás un dueño de esclavos quiso demostrar que habían sido de su propiedad? ¿Cómo se llaman, Peggy?

Peggy los conocía mejor que ningún otro blanco de Río Hatrack. Los observaba como hacía con todos, sabía los nombres de todos ellos y de sus hijos.

—Los llaman Berry —dijo—. Como si fueran nobles, usan ese nombre familiar sin tener en cuenta sus oficios.

—¿Por qué no hacer pasar al niño como hijo de ellos?

—Son pobres, Mamá —dijo Peggy—. No pueden alimentar otra boca.

—Podríamos ayudarlos —propuso—. Algo nos sobra.

—Espera un minuto, Mamá. Piensa cómo quedaría eso. De pronto, los Berry aparecen con un negrito mestizo como éste. Se sabe que es medio blanco con sólo mirarlo. Y de pronto, Horace Guester comienza a llevar regalos a la casa de los Berry.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? —Mamá se ruborizó.

—Ay, Mamá, por el amor de Dios. Soy una tea. Y tú sabes que la gente comenzará a comentar. Lo sabes muy bien.

Mamá miró a la niña negra.

—Ay, niña, nos has metido en un berenjenal...

El pequeñín comenzó a gimotear.

Mamá se puso de pie y fue hasta la ventana como si en la noche pudiese hallar alguna respuesta. Entonces, de pronto, fue hasta la puerta y la abrió.

—Mamá... —dijo Peggy.

—Hay muchas formas de matar un gato —sentenció Mamá.

Peggy vio lo que Mamá había pensado. Si no podían llevar al pequeño a la casa de los Berry, tal vez pudiesen conservarlo en la hostería y decir que se hacían cargo de él porque los Berry eran muy pobres. Mientras la familia Berry siguiera con el cuento, eso bastaría para explicar la presencia de un niño mestizo de un día para el otro. Y nadie pensaría que era el bastardo de Horace, pues su misma esposa lo traía a la casa.

—¿Sabes lo que vas a pedirles? —dijo Peggy—. Todos pensarán que alguien más estuvo arando con la esposa de Berry.

Mamá se quedó tan sorprendida que Peggy echó a reír a viva voz.

—No pensaba que a los negros les preocupaban esas cosas —dijo.

Peggy meneó la cabeza.

—Mamá, los Berry son los mejores cristianos de Río Hatrack. Tienen que serlo, para perdonar una y otra vez la forma en que los blancos los tratan a ellos y a sus hijitos.

Mamá cerró la puerta y se reclinó contra ella, del lado de adentro.

—¿Cómo trata la gente a sus hijos?

Era una pregunta pertinente, Peggy lo sabía, y a Mamá se le había ocurrido justo a tiempo. Una cosa era mirar al negrito gordito y arrugadito y decir: «Yo me haré cargo de él y le salvaré la vida.» Y otra muy distinta era pensar cuando tuviera cinco, siete, diez y diecisiete años, y en la casa viviera un negrón de cuerpo entero.

—No creo que debas preocuparte por eso —dijo la pequeña Peggy—. Mucho más debe importarte cómo piensas tratarlo tú. ¿Vas a criarlo para que sea tu sirviente, para que sea un niño

de condición inferior criado en tu hermosa casa? Si es así, esta niña murió inútilmente. Podía haber dejado que lo vendieran en el Sur.

—Nunca quise tener esclavos —dijo Mamá—. No sigas diciéndolo porque no es así.

—¿Entonces, qué? ¿Vas a tratarlo como si fuera tu propio hijo, y defenderlo en todo sentido, como harías si hubieses tenido un varón de tu propio vientre?

Peggy vio a Mamá mientras pensaba en ello, y de pronto, toda clase de nuevos caminos se abrieron en el fuego interior de su madre. Un hijo varón: eso podría ser este niño mestizo. Y si las gentes de allí lo miraban con mala cara por no ser todo blanco, pues tendrían que vérselas con Margaret Guster, tendrían que hacerlo, y no se lo deseaba a nadie. Después de lo que les haría sentir, ya no tendrían miedo ni al mismo infierno.

Mamá sintió una determinación tan fulminantemente poderosa como Peggy nunca antes había visto en ella en todos los años que llevaba observando su fuego interior. Era una de esas veces en que el futuro de una persona cambiaba ante sus propios ojos. Antes, todos los senderos habían sido iguales: Mamá no tenía elecciones que pudiesen cambiarle la vida. Pero esa niña moribunda había traído consigo una transformación. Ahora había cientos de nuevos caminos abiertos, y en todos ellos había un hijito varón que la necesitaba como su hija nunca había necesitado de ella. Despreciado por los extraños, maltratado por los niños del pueblo, acudiría en busca de su protección una y otra vez, para que le enseñara, lo hiciera crecer, para aquello que Peggy nunca le había pedido.

Por eso te decepcioné, ¿verdad, Mamá? Porque desde muy niña supe demasiado. Tú querías que yo te llevase mis preguntas y mi confusión de pequeña, pero yo jamás lo hice, pues desde la infancia lo supe todo. Supe qué significaba ser mujer por tus recuerdos. Supe de tu amor conyugal sin que me lo dijese. Nunca pasé una noche temblorosa contra tu pecho, llorando porque algún joven a quien yo quería no me prestaba atención: jamás quise a ningún joven de las inmediaciones. Nunca hice nada que tú hubieses soñado para tu hijita, pues nací con el don de una tea, y, como todo lo supe, no necesité nada de lo que tú deseabas darme.

Pero, en cambio, este niño mestizo te necesitará sea cual fuere su don. Veo sus caminos: si lo recoges, si lo crías, él será más hijo tuyo de lo que yo fui, aunque tú seas mitad de mi sangre.

—Hija —dijo Mamá—. Si abro esta puerta, ¿será para bien del niño? ¿Y para bien de todos?

—¿Me estás pidiendo que vea para ti, Mamá?

—Sí, pequeña Peggy, y jamás te lo he pedido antes. Nunca en mi propio beneficio.

—Entonces te lo diré. —Peggy no necesitó recorrer mucho los senderos de Mamá para ver cuánto placer le causaría el niño—. Si lo aceptas y lo tratas como hijo propio, jamás te arrepentirás.

—¿Y Papá? ¿Lo tratará bien?

—¿No conoces a tu propio esposo? —preguntó Peggy.

Mamá dio un paso hacia ella, con la mano en lo alto, aunque jamás la había golpeado.

—No te hagas la fresca conmigo.

—Hablo como lo hago cuando actúo como una tea —dijo Peggy—. Tú me has consultado como tea, y de ese modo te respondo.

—Entonces di lo que tengas que decir.

—Es muy fácil. Si no conoces cómo tratará tu esposo a este niño, entonces no lo conoces en absoluto.

—Puede que no —dijo Mamá—. Tal vez no lo conozca. O tal vez sí, y quiero que me digas si supongo lo cierto.

—Supones lo cierto. Lo tratará bien, y lo hará sentirse amado cada día de su vida.

—Pero ¿lo amará de verdad?

Peggy no tenía posibilidad de responder a esa pregunta. El amor ni siquiera figuraba en el cuadro de su padre. Lo cuidaría porque debía, porque sentía un deber irrecusable. Pero el niño nunca sabría la diferencia. Se sentiría amado, y sería un sentimiento mucho más fiable que el amor. Pero explicárselo a Mamá significaría decirle que Papá hacía muchas cosas por las culpas que le inspiraba su antiguo pecado, y en toda la vida de Mamá no habría un solo momento en el que estuviese en condiciones de conocer esa otra historia.

Conque Peggy miró a Mamá y repuso como hacía cuando la gente fisgoneaba en cosas que no le correspondía saber.

—Eso debe responderlo él. Lo único que tú necesitas saber es que la elección que has hecho con el corazón es buena. El solo hecho de decidirlo ha cambiado tu vida.

—Pero todavía no me he decidido.

En el fuego de Mamá no quedaba ningún camino, ni uno solo, en que no fuera hasta la casa de los Berry para decirles que era hijo de ellos, y que les permitiera criarlo.

—Sí. Ya lo has hecho. Y estás contenta de ello.

Mamá se volvió y desapareció detrás de la puerta, tras cerrarla suavemente para no despertar al predicador peregrino que dormía en la habitación de arriba, justo sobre la entrada.

Peggy sintió un momento de inquietud, sin saber bien por qué. Si lo hubiera pensado un instante, habría sabido por qué: sin darse cuenta, había engañado a su madre. Cuando Peggy miraba a petición de alguien, siempre tomaba la precaución de internarse bien en los caminos de su vida, buscando oscuridad por causas ni siquiera sospechadas. Pero Peggy estaba tan segura de conocer a su padre y a su madre, que sólo miró los caminos más cercanos. Así sucede dentro de una familia. Todos creen conocerse muy bien, y por eso no se molestan en conocerse. En poco tiempo, Peggy recordaría ese día y trataría de preguntarse por qué no vio lo que vendría. A veces llegaría a pensar que su don le había fallado. Pero no fue así. Ella le falló a su don. No fue la primera en hacerlo, ni la última. Ni siquiera la peor, pero pocos vivieron para lamentarlo más que ella.

El momento de inquietud pasó, y Peggy lo olvidó mientras sus pensamientos se dirigían a la niña tendida sobre el suelo de la sala común. Estaba despierta, con los ojos abiertos. El niño seguía gimoteando. Sin que la niña dijese nada, Peggy supo que quería amamantar al pequeño, si todavía le quedaba algo que dar. Sus fuerzas no le alcanzaron siquiera para abrirse la camisa de algodón. Peggy tuvo que sentarse a su lado, y acunar el niño contra sus propias piernas mientras, con la mano libre, trataba de desabrocharle los botones. El pecho de la niña era todo piel y huesos, las costillas asomaban, peladas, y los senos parecían alforjas tendidas sobre una cerca. Pero el pezón seguía erguido para que el pequeño se prendiera, y en sus labios no tardó en asomar una espuma blanquecina. De modo que, aun entonces, en el umbral de la muerte, su madre seguía dándole lo que le quedaba...

La niña estaba muy débil para hablar, pero no le hizo falta: Peggy oyó lo que quería decir, y le respondió:

—Mi madre cuidará de tu hijo. Y nunca dejará que ningún hombre haga un esclavo de él.

Era lo que la niña más ansiaba escuchar. Eso y el chupeteo goloso y glotón del negrito que, entre ronroneos, le lamía el seno.

Pero Peggy quería que supiera algo más antes de morir —Tu niño va a saber de ti —le dijo—. Sabrá que diste tu vida para poder volar y llevarlo hacia la libertad. No creas que te olvidará, pues no será así.

Entonces, Peggy miró el fuego interior del niño, y buscó lo que encerraba. Ay, eso sí que fue doloroso, pues la vida de un mestizo en un pueblo blanco era difícil, sea cual fuere el camino escogido. Sin embargo, vio lo suficiente para conocer la naturaleza de ese niño que rascaba el pecho desnudo de su madre.

—Y será un hombre digno de tu muerte. Te lo prometo.

La niña se alegró de escucharlo. Eso le devolvió la paz, y le permitió conciliar el sueño. Después de un tiempo, el niño, satisfecho, también se durmió. Peggy lo tomó en los brazos, lo envolvió con una manta y lo apoyó en el hueco del brazo de su madre. Y, en silencio, le dijo: «Estarás junto a tu madre hasta el último minuto que ella viva. También te diremos que ella te sostuvo en sus brazos cuando murió.»

Pero todavía no había muerto. Y, de pronto, a Peggy se le ocurrió, entre oleadas de ira: ¿cómo podía haber sido tan idiota de no darse cuenta antes? Conocía a una única persona que tenía el don de curar a los enfermos. ¿Acaso no se había acucillado al lado de Ta-Kumsaw en la batalla de Detroit, curando a semejante indio con el cuerpo perforado de balas? Alvin podría curar a la niña, si estuviese allí.

Se proyectó en la oscuridad, en busca de ese fuego interior que ardía como un astro, que conocía más que ningún otro, más que su propia ánima. Y allí iba, corriendo en las sombras, viajando como hacían los pieles rojas, como si fuera dormido, el alma fundida con la tierra que lo rodeaba. Ningún blanco podía andar tan deprisa, ni siquiera sobre el corcel más veloz sobre el

mejor camino entre el Wobbish y el Hatrack. Pero no llegaría allí hasta el mediodía siguiente, y para entonces, esta negrita estaría enterrada en el cementerio de la familia. Por doce horas, no se encontraría con el único hombre en el país que podría salvarle la vida.

Vaya ironía. Alvin podía salvarla, pero nunca sabría que ella lo necesitaba. Y Peggy, incapaz de remediar las cosas, sabía todo lo que estaba ocurriendo; sabía todo lo que podía suceder, sabía lo que debería suceder si el mundo fuera bueno. Pero no era bueno. Y eso no sucedería.

¡Qué don terrible era ser una tea y saber todo lo que ocurriría, y tener tan poco poder para cambiarlo! Él único poder que había tenido era el de sus palabras, para advertir a la gente, y así y todo nunca sabía con certeza qué escogerían los demás. Los hombres siempre tendrían alguna elección por delante que pudiese conducirlos por un camino peor que el que ella quería evitarles. Muchas veces, por perversidad, por espíritu de contradicción o por pura mala suerte, elegían ese camino terrible y las cosas salían peor que si Peggy hubiese cerrado la boca para no decir nada. Ojalá no lo hubiese sabido, pensó; ojalá pudiera tener alguna esperanza de que Alvin llegase a tiempo. Ojalá pudiese confiar en que la niña se salvara. Ojalá pudiese rescatarla con mis propias manos.

Y entonces recordó las muchas veces que había salvado una vida. La de Alvin, usando el pellejito. En ese momento, en su alma se encendió una chispa de esperanza. Pues quizás esta vez, sólo esta vez, pudiese usar algo de lo poco que quedaba en esa caja para salvar y sanar a la pequeña.

Peggy se abalanzó a las escaleras; tenía las piernas tan dormidas de estar sentada sobre el suelo, que apenas sintió sus pasos sobre los peldaños de madera desnuda. Al subir hizo algo de ruido, pero ninguno de los huéspedes se despertó, o al menos lo creyó en ese momento. Cuando llegó al rellano, trepó por la escalerilla que conducía al ático. Tres meses antes de morir, Abuelito la había reparado para que fuese una escalera decente. Se abrió paso entre baúles y muebles viejos, hasta que llegó a su habitación, en el extremo oeste de la casa. Por la ventana que daba al sur penetraba la luz de la luna, dibujando un cuadrado sobre el suelo. Levantó los tablones y tomó la caja del sitio donde la escondía cada vez que se marchaba de la habitación.

O caminó muy pesadamente, o ese huésped tenía el sueño liviano, pero mientras bajaba la escalerilla lo vio de pie, allí, con las piernas blancas y flacas asomando por debajo del camisón, mirando hacia las escaleras y hacia su habitación, como si no pudiera decidir si entrar o salir, si subir o bajar. Peggy miró su fuego interior para saber si había bajado, y si había descubierto a la niña y el crío. En tal caso, todas las precauciones y planes se reducían a la nada.

Pero no los había visto. Todavía era posible.

—¿Por qué está usted vestida para salir a esta hora de la madrugada? —preguntó el hombre.

Suavemente, Peggy posó un dedo sobre los labios de él. Para acallarlo, o al menos ésa fue su primera intención. Pero de inmediato supo que era la primera mujer que tocaba a este hombre en el rostro después de su madre. En ese momento vio que su corazón se colmaba no de deseo sino del ansia difusa del hombre solitario. Era el ministro que había llegado el día anterior por la mañana. Era un predicador peregrino, de Escocia, había dicho. No le había prestado atención, tan afligida con la llegada inminente de Alvin. Pero ahora lo único que importaba era que el hombre regresara a su habitación lo antes posible, y en ese momento supo cómo lograrlo. Pasó las manos por sobre sus hombros para aferrarlo por la nuca y, tras inclinarle la cabeza hacia delante, le dio un insolente beso en los labios. Un beso largo y profundo, como nunca había recibido de una mujer en toda su vida.

Como esperaba, el hombre regresó a su dormitorio casi antes de que lo soltara. Se habría reído, sólo que cuando miró su fuego interior supo que el hombre no había retrocedido por su beso, como supusiera, sino por la caja que seguía sosteniendo en una mano, y que le había apoyado contra la nuca al abrazarlo. La caja con la membrana de Alvin.

Cuando la caja lo tocó, el hombre sintió lo que sabía adentro. No se trataba de un don, sino de otra cosa, de algo relacionado con el mismo Alvin. Vio que en la mente del hombre asomaba la visión del rostro de Alvin, y que lo inundaban un odio y un terror inusitados. Sólo entonces comprendió que no era cualquier ministro. Era el reverendo Philadelphia Thrower, otrora predicador de Iglesia de Vigor. El reverendo Thrower, quien tiempo atrás había intentado asesinar al niño, y lo habría hecho si el padre de Alvin no lo hubiese impedido.

El temor al beso de una mujer no fue nada comparado con el miedo a Alvin Junior. Pero,

menudo problema, estaba tan despavorido que quiso partir de la casa en ese mismo instante. Si lo hacía, bajaría las escaleras y lo vería todo. Precisamente lo que ella quería evitar. Así sucedía a menudo: deseaba impedir algo malo y resultaba en algo peor, tan poco probable que ni siquiera lo había podido ver. ¿Cómo pudo no reconocer quién era? ¿No lo había visto tantos años a través de los ojos de Alvin? Pero ese último año el hombre ya no era el mismo: se lo veía más delgado, más extraviado, más viejo. Además, no pensaba encontrarlo, y, de todas formas, era demasiado tarde para deshacer lo que había hecho. Sólo debía preocuparla que el hombre no saliera de su habitación.

Conque abrió su puerta, y se introdujo en su dormitorio. Lo miró de frente y le dijo:

—Nació aquí.

—¿Quién? —preguntó el hombre. Tenía el rostro blanco como si hubiera visto al mismo diablo. Sabía a quién se refería Peggy.

—Y volverá. En este momento viene en camino. La única forma de que usted esté a salvo es que permanezca en su habitación toda la noche y que se marche por la mañana, no bien salga el sol.

—No... no sé de qué habla.

¿Creía poder engañar a una tea? Tal vez no supiese de su don. No, lo sabía. Sólo que no creía en teas, ni en conjuros ni en dones. Era un hombre de ciencia y de elevada religión. Un tonto de pacotilla. Ah, tendría que demostrarle que eso tan temido era verdad. Lo conocía, y sabía de sus secretos:

—Usted trató de matar a Alvin Junior con un cuchillo de matarife.

Eso fue suficiente. Más que suficiente. Se postró y murmuró:

—No temo morir. —Entonces, pronunció la oración del Señor.

—Si quiere, ore toda la noche —opinó Peggy—. Pero no salga de su habitación.

Salió del dormitorio y cerró la puerta. Mientras descendía las escaleras, oyó que el reverendo corría el cerrojo. Peggy ni siquiera tuvo tiempo para pensar si no le habría causado un injusto pesar: realmente no era un asesino. Pero lo único que le importaba en ese momento era bajar con el pellejo para salvar a la negrita fugitiva si, por casualidad, lograba emplear el poder de Alvin. El ministro le había hecho perder mucho tiempo. Y a la niña, muchas valiosas bocanadas de aire.

Seguía respirando, ¿no? Sí. No. El niño yacía dormido a su lado, pero el pecho de ella no se movía más que el de él. Sus labios no exhalaban ningún aliento en la mano de Peggy. ¡Pero el fuego interior seguía ardiendo! Peggy lo vio claramente porque la esclava era una mujercita de corazón muy poderoso. Peggy abrió la caja, tomó la bolsita seca y frotó entre sus dedos una punta hasta hacerla polvo, mientras murmuraba: «Vive, cúrate.» Trató de hacer lo mismo que Alvin cuando sanaba; él percibía los pequeños sitios rotos dentro del cuerpo de una persona y los acomodaba. ¿Acaso no había visto hacerlo tantas veces en el pasado? Pero verlo y hacerlo eran cosas muy distintas. Le resultaba extraño; no tenía la visión necesaria, y sentía que la vida se retiraba del cuerpo de la pequeña, que el corazón se aquietaba, que los pulmones se aflojaban, que los ojos se abrían pero sin brillo. Por fin, el fuego explotó como una estrella centelleante, repentino y cegador y desapareció.

Demasiado tarde. Si no me hubiera demorado en las escaleras, si no hubiera tenido que ocuparme del ministro...

Pero no. No podía culparse. Tal vez fue demasiado tarde desde que lo intentó: no era su don. La niña llevaba muchas horas muriendo. Quizás el mismo Alvin, de haber estado allí, también hubiese sido incapaz de curarla. Nunca fue más que una pálida esperanza. Ni siquiera una esperanza suficientemente fuerte en la que ella pudiera ver el camino que diese resultado. No haría como tantos, que se culpaban interminablemente: había hecho todo lo posible en una empresa que, desde el principio, era imposible.

Ahora que la niña había muerto, no podía dejar allí al pequeño, sintiendo que el brazo se enfriaba. Lo alzó. El negrito se agitó, pero siguió durmiendo como hacen los recién nacidos. Tu madre ha muerto, pequeño negrito medio blanco. Pero tendrás a mi Mamá y a mi Papá también. Te querrán mucho, chiquitín. No tendrás hambre de amor, como otros que he conocido. Tómalo del mejor modo, negrito. Tu mamá murió para traerte aquí. Si pones empeño, serás alguien, sin duda.

Serás alguien, se oyó murmurar. Y también yo.

Tomó la decisión antes de advertir que había algo por decidir. Sintió que su futuro cambiaba, sin poder ver bien hacia dónde la conduciría su nuevo camino.

La niña esclava supo cuál sería el futuro más probable. No hay que ser tea para darse cuenta de ciertas cosas. Por delante tenía una vida lamentable, donde perdería a su hijo y viviría como esclava hasta el día en que cayera. Pero vio que su niño tenía una débil luz de esperanza, y una vez que lo supo no se echó atrás. No, señor: valió la pena dar la vida por ese destello esperanzado.

Y miradme a mí, pensó Peggy. Aquí estoy, contemplando los caminos de la vida de Alvin y viendo el dolor que me aguarda. No tan fuerte como el de ella, pero sí lo bastante malo. De tanto en tanto alcanzo a vislumbrar una chispa fugaz de felicidad, una curiosa forma impensada de conseguir a Alvin y hacer que me ame. ¿Voy a quedarme aquí sentada, viendo cómo esa luz de esperanza se apaga sólo porque no sé cómo llegar a ella desde este lugar?

Si esa niña golpeada pudo forjar su esperanza con cera, cenizas y plumas y un poco de sí, yo también seré capaz de construir mi propia vida. En algún sitio hay un hilo al cual debo aferrarme para que me conduzca a la felicidad. Y aunque nunca halle ese hilo, siempre será mejor que la desesperación que me aguarda si me quedo. Aunque nunca llegue a ser parte de la vida de Alvin cuando éste se haga hombre, bueno, no es un precio tan alto como el que pagó esta negrita por su libertad.

Cuando mañana llegue Alvin, yo no estaré aquí.

Ésa fue su decisión. Vaya, le costaba creer que nunca antes se le hubiese ocurrido. De todos los pobladores de Río Hatrack, ella, más que nadie, debiera haber sabido que siempre hay otra elección. La gente se complace en decir que el pesar y la calamidad fueron su única posibilidad. Que no hubo otro camino. Pero esta niña fugitiva demostró que siempre existe una salida, siempre y cuando uno recuerde que la muerte, a veces, puede ser un camino llano y recto.

Ni siquiera debo conseguir plumas de mirlo para volar, pensó.

Y, mientras sostenía al niño, comenzó a tramar planes osados y terribles para partir por la mañana, antes de que Alvin llegase. Cuando sentía miedo de lo que se disponía a hacer, posaba la mirada sobre la niña muerta, y el sólo mirarla la animaba. Tal vez algún día termine como tú, niña fugitiva, sin vida en la casa de algún extraño. Pero era mejor un futuro desconocido que un porvenir odiado y aceptado sin luchar.

¿Realmente lo haré? ¿Realmente me marcharé por la mañana, cuando llegue la hora, sin echarme atrás? Tocó la membrana de Alvin con la mano libre, apenas hundiendo los dedos en la caja. Y lo que vio en el futuro de Alvin le hizo sentir ganas de cantar. Hasta entonces, todos los caminos los llevaban a conocerse y a comenzar una vida de pesar. Ahora, de todos esos senderos, sólo quedaban unos pocos. En casi todos los porvenires de Alvin lo veía llegar a Río Hatrack, buscar a la tea y descubrir que ya no estaba. El solo hecho de haber tomado una decisión esa noche cerraba casi todos los caminos que la llevaban al sufrimiento.

Mamá llegó con los Berry poco antes de que Papá terminara de cavar la sepultura. Anga Berry era una mujer corpulenta. En su rostro, las líneas de la risa superaban las del pesar, aunque ambas se veían con toda claridad. Peggy la conocía bien, y se sentía más a gusto con ella que con cualquier otro de Río Hatrack. Era una mujer de carácter firme, pero no le faltaba misericordia. Peggy no se sorprendió al verla correr hacia el cuerpo de la niña, tomar la mano helada entre las suyas y llevársela al pecho. Y, con voz dulce, tierna y grave, se puso a entonar una letanía.

—Ha muerto —dijo Mock Berry—. Pero veo que el pequeño es fuerte.

Peggy se puso de pie y dejó que Mock mirara al niño que ella tenía en brazos. No lo apreciaba tanto como a su mujer. Era de los que azotan a los críos hasta hacerlos sangrar sólo porque no les ha gustado lo que dijeron o hicieron. Era casi peor, pues lo hacía sin furia. No sentía nada. Para él, golpear a alguien o no golpearlo era casi lo mismo. Pero trabajaba con tesón, y aunque eran pobres, vivían dignamente. Y nadie que conociese a Mock podía prestar atención a los que decían que todos los negros robaban, o que todas las negras se dejaban montar.

—Sano —comentó Mock. Luego, se volvió a Mamá—. Cuando crezca y sea un negrón, señora, ¿seguirá considerándolo su hijo? ¿O lo hará dormir en el corral con los animales?

Bueno, no pensaba andarse por las ramas.

—Calla esa boca, Mock —dijo su mujer—. Y déme ese niño señorita. Ojalá hubiese sabido que venía. Le habría seguido dando el pecho al menor, y ahora tendría leche para él. Hace dos meses lo quité del pecho, y desde entonces sólo ha traído problemas. Pero tú no eres problema,

niño. Tú no serás ningún problema. —Acunó al pequeño con su canto, como había hecho con la niña, y el negrito siguió durmiendo.

—Se lo dije. Lo criaré como si fuera hijo mío —dijo Mamá.

—Disculpe, señora. Pero jamás oí que una blanca hiciera algo así —adujo Mock.

—Lo que digo, hago —insistió Mamá.

Mock lo pensó durante un momento. Entonces, asintió.

—Supongo que sí. Nunca oí que dejara de cumplir su palabra, ni siquiera con los negros. —Sonrió—. Casi todos los blancos dicen que mentirle a un negro no es igual que mentir.

—Haremos como usted nos pidió —intervino Anga—. Diré a todo el que pregunte que es mi hijo, y que se lo dimos porque éramos muy pobres.

—Pero jamás olvide que es una mentira —dijo Mock—. Nunca se piense que si realmente fuese hijo nuestro lo habríamos abandonado. Y nunca se piense que mi esposa habría dejado que un blanco le hiciera un hijo, casada conmigo.

Mamá estudió a Mock durante un minuto, midiéndolo como solía hacer con la gente.

—Mock Berry, espero que venga y me visite cuando quiera mientras el niño esté en esta casa. Y le mostraré cómo cumple su palabra una mujer blanca.

—Supongo que usted es una mancipacionista hecha y derecha. —Mock se echó a reír.

Entonces, entró Papá, cubierto de tierra y sudor. Estrechó la mano a los Berry, y en un minuto le contaron la historia que dirían a todos. También él prometió criar al niño como si fuera de su sangre. E incluso pensó en lo que nunca pasó por la mente de Mamá: juró a Peggy que jamás darían preferencia al niño, tampoco. Peggy asintió. No quería decir mucho, pues si hablaba tendría que denunciar sus planes o mentir. Sabía que no tenía intención de permanecer en la casa durante un solo día del futuro del pequeño.

—Nos vamos a casa, señora Guster —dijo Anga. Tendió el niño a Mamá—. Si uno de mis hijos despierta con un sueño malo más me vale estar allí, o los gritos llegarán al camino alto.

—¿No harán que un sacerdote diga unas palabras ante su tumba? —preguntó Mock.

A Papá no se le había ocurrido —Arriba hay un ministro... —recordó.

Pero Peggy no le dejó pensarlo siquiera.

—No —ordenó, con toda la imperiosidad de que fue capaz.

Papá la miró y supo que hablaba como tea. No podía oponérsele. Asintió.

—Esta vez no, Mock —dijo—. No sería seguro.

Mamá empujó a Anga Berry hasta la puerta.

—¿Hay algo que deba saber? —dijo Mamá—. ¿Los niños negros tienen algo distinto?

—Ah, son totalmente distintos —repuso Anga—. Pero ese niño, supongo que es medio blanco. Usted cuida la mitad blanca, que la mitad negra se cuidará sola.

—¿Leche de vaca, en una vejiga de cerdo? —insistió Mamá.

—Usted sabe todas esas cosas. Lo que sé lo aprendí de usted, señora Guster. Como todas las mujeres del lugar. ¿Para qué me pregunta? ¿No se da cuenta de que debo dormir?

Cuando los Berry se marcharon, Papá tomó el cuerpo de la niña y lo llevó afuera. Ni siquiera había un ataúd. Pero cubrieron el cadáver de piedras para que los perros no hurgaran.

—Ligera como una pluma —dijo cuando la alzó en sus brazos—. Como la corteza de un árbol chamuscado.

Y Peggy debió admitir que era una imagen acertada. Eso era la niña en ese momento. Cenizas. Se había quemado.

Mamá sostuvo al negrito mientras Peggy subía al ático a buscar la cuna. Todos dormían salvo el ministro. Estaba bien despierto tras de la puerta, pero no saldría por ninguna razón. Mamá y Peggy hicieron la camita en la habitación de Mamá y Papá, y acostaron al niño.

—Dime si este pobre huerfanito tenía nombre —preguntó Mamá.

—Su madre no le dio ninguno —repuso Peggy—. En su tribu, las mujeres no tenían nombre hasta que se casaban, y los hombres tampoco, hasta que mataban el primer animal.

—¡Qué espantoso! —comentó Mamá—. Ni siquiera es propio de cristianos. Vaya, la niña murió sin bautizar.

—No —corrigió Peggy—. La había bautizado la esposa de su amo. Todos los negros de la plantación eran bautizados allí.

Mamá hizo un gesto de disgusto.

—Bueno, ella creería que eso bastaba para que fueran cristianos. Ah, pero ya tengo nombre para ti, niño. —Sonrió, maliciosa—. ¿Qué crees que haría tu padre si le pusiera Horace Guester Junior?

—Moriría —repuso Peggy.

—Supongo que sí —convino Mamá—. Todavía no pienso quedar viuda. Por ahora, entonces, lo llamaremos... ay, Peggy, no se me ocurre nada. ¿Cuál sería un nombre de negro? ¿O debo llamarlo como cualquier niño blanco?

—El único nombre de negro que conozco es Otelo —recordó Peggy.

—Nunca escuché un nombre más extraño —dijo Mamá—. Seguro que debes de haberlo leído en uno de los libros de Whitley Physicker.

Peggy permaneció en silencio.

—Ya sé —dijo Mamá—. Lo tengo. Cromwell. El nombre del Lord Protector.

—Para el caso podrías llamarlo Arturo, como el Rey —comentó Peggy.

Mamá lanzó una carcajada.

—¡Ése será tu nombre, niño! ¡Arturo Estuardo! Y si al Rey no le agrada la elección, pues que mande un ejército. Igual lo seguiremos llamando así. Su Majestá tendrá que cambiarse el nombre primero.

Se había ido muy tarde a dormir. Pero igual despertó muy temprano. Le despertó un ruido de cascos. No tuvo que asomarse a la ventana para saber que el ministro se marchaba. Galopa, Thrower, pensó. No serás el único que esta mañana huya de un niño de once años.

Miró por la ventana que daba al norte. Vislumbró el cementerio sobre la colina, entre los árboles. Trató de ver dónde habían cavado la tumba la noche anterior, pero sus ojos no detectaron ninguna señal, y en el cementerio no se veía ningún fuego, tampoco. Nada que la ayudara. Pero Alvin se daría cuenta, seguro. Lo primero que haría al llegar sería ir al camposanto a ver la tumba de su hermano mayor, Vigor. Fue arrastrado por las aguas del Hatrack cuando trataba de salvar la vida de su madre en la última hora antes de que diera a luz a su séptimo hijo varón. Pero Vigor se aferró a la vida lo suficiente, pese a la saña del río, para que, cuando Alvin naciera, fuese el séptimo hijo varón de siete hermanos vivos. La misma Peggy había visto vacilar su llamarada y apagarse poco después del alumbramiento. Alvin debía de haber oído la historia miles de veces. Vendría al cementerio y extendería sus sentidos por debajo de la tierra para ver qué había allí. Y descubriría la tumba sin marcar y el cuerpo recién enterrado.

Peggy tomó la caja con el pellejo, la puso en el fondo de un saco de tela junto con su segundo vestido, unas enaguas, y los libros más recientes que le había traído Whitley Physicker. El hecho de que no lo quisiera ver en persona no significaba que fuese a olvidar a ese niño. Tocaría la membrana esa noche, o tal vez el día siguiente, y lo acompañaría en su recuerdo mientras con sus sentidos él encontraba la tumba de la negrita sin nombre.

Mamá había llevado la cuna a la cocina. Mientras amasaba el pan, le canturreaba al niño meciendo la cuna con un pie, aunque Arturo Estuardo estaba profundamente dormido. Peggy dejó sus cosas fuera de la puerta de la cocina, entró y posó la mano sobre el hombro de Mamá. Esperaba que Mamá se afligiese con todo el corazón cuando se diera cuenta de que Peggy ya no estaba. Pero no sería así. Ah, no. Primero se enfurecería, pero luego la echaría muy poco de menos. El niño le impediría preocuparse mucho por Peggy. Además, Mamá sabía que ella podía cuidar bien de sí misma. Peggy no era de las que siempre andan buscando un palo donde rascarse. Mientras que Arturo Estuardo la necesitaba.

Si hubiese sido la primera vez que Peggy reparaba en los verdaderos sentimientos de su madre hacia ella, tendría que haberse sentido muy dolida. Pero como era la centésima vez, ya estaba acostumbrada, y en lugar de lamentarse buscó las razones que podía haber detrás. Amaba a su madre por ser mejor persona que casi todos, y la perdonaba por no amarla más.

—Te quiero, Mamá —le dijo.

—Yo también te quiero, niña —repuso Mamá.

Ni siquiera levantó la vista para adivinar lo que Peggy tenía en mente.

Papá seguía dormido. Después de todo, la noche anterior había cavado una tumba y la había llenado.

Peggy escribió una nota. A veces, solía poner un montón de letras de más, como hacían en los libros, pero esa vez quería cerciorarse de que Papá pudiese leer la nota por sí solo. Eso significaba

poner la cantidad precisa de letras para que al leer en voz alta su padre lo comprendiese:

*Papá y Mamá, los quiero pero debuirme. Se questa mal
dejar a Jatrac sin tea pero ya ase diesisei sanos qe soi tea.
Vi mi futuro i estaré asalvo. No siagan problemas por mi.*

Fue hasta la puerta principal, llevó su bolsa hasta el camino y aguardó sólo diez minutos hasta que el doctor Whitley Physicker pasó con su carruaje, con destino a Filadelfia.

—No esperaste en el camino de este modo para devolverme ese libro de Milton que te presté...
—consideró Whitley Physicker.

Peggy sonrió y meneó la cabeza.

—No, señor. Quisiera que me llevara con usted hasta Dekane. Pienso visitar a una amiga de mi padre, pero si no le molesta mi compañía, sería mejor ahorrarme el dinero de un coche.

Peggy lo vio pensar durante un minuto, pero supo que la llevaría, y sin pedir permiso a sus padres. Era de esa clase de hombres que dan tanto valor a una mujer como a un varón y, más que eso, quería a Peggy como a una sobrina. Y sabía que Peggy nunca mentía, de modo que no le hacía falta corroborar sus palabras con sus padres.

Y no le había mentido. No más que cuando hablaba sin decir todo lo que sabía. Allí, en Dekane, vivía la antigua amante de Papá, esa mujer por la que tanto soñaba y sufría. Había enviudado pocos años atrás, pero el luto ya había terminado, conque no tendría el deber de rechazar la compañía. Peggy conocía muy bien a esa dama, de tanto observarla durante años y años. Si golpeo a su puerta, pensó, ni siquiera hará falta que me anuncie como hija de Horace Guester. Me aceptará como a una desconocida, se preocupará por mí y me ayudará. Pero tal vez deba decirle de quién soy hija, y cómo llegué a tomar conocimiento de ella. Y tal vez deba contarle que Papá sigue viviendo con el doloroso recuerdo de su amor por ella.

El carruaje traqueteó sobre el puente cubierto que el padre y los hermanos de Alvin habían construido once años atrás, después de que el hijo mayor se ahogara en el río. Sobre los aleros anidaban las aves. Gorjeaban trinos musicales, alocados y felices, al menos para los oídos de Peggy, y dentro del puente reverberaban con tal fuerza que así imaginó que debía de ser la gran ópera. En Camelot había ópera, al sur. Tal vez fuese a escucharla y viese al Rey en su palco.

O tal vez no. Pues acaso algún día hallase el camino que la condujera a ese sueño fugaz pero adorable, donde tendría cosas mucho más importantes que hacer que contemplar reyes o escuchar la música de la corte austriaca ejecutada por emperifollados intérpretes de Virginia en el curioso Teatro de la Ópera de Camelot. Alvin era más importante que cualquiera de estas cosas, si lograba hallar el camino hacia su pleno poder y descubrir qué hacer con él. Y ella había nacido para formar parte de ello. Con esa facilidad se dispuso a soñar con Alvin. ¿Y por qué no? Sus sueños sobre él, por muy fugaces y difíciles de realizar, eran verdaderas visiones del futuro, y tanto la mayor de las dichas como el mayor de los pesares de su existencia se vinculaban con este niño que todavía no era hombre, y que jamás la había visto cara a cara.

Pero allí, sentada en el carruaje del doctor Whitley Physicker, contuvo esos pensamientos, esas visiones de su mente. Lo que deba ser, será. Si encuentro ese camino, pues lo encontraré. Y si no, a otra cosa. Por ahora, soy libre. Libre de mi solitaria labor de vigía sobre Hatrack, y libre de tener que construir todos mis planes alrededor de ese pequeño. ¿Y si termino librándome de él para siempre? ¿Y si encuentro otro futuro donde él ni siquiera aparece? Ése sería el mejor final. Dadme tiempo suficiente, y hasta olvidaré ese sueño imposible que tuve, y lograré abrirme paso hacia un final pacífico, en lugar de acomodarme para caber dentro de esta senda retorcida.

Los caballos briosos arrastraron el carruaje con tal velocidad que el viento se le arremolinó en los cabellos. Cerró los ojos e imaginó que volaba, que huía para aprender a ser libre. Dejemos que encuentre su camino hacia la grandeza sin mí. Que yo pueda gozar de una vida feliz lejos de él. Que cualquier otra mujer lo acompañe en su gloria. Que cualquier otra mujer se arrodele a llorar sobre su tumba.

MENTIRAS

Cuando, a los once años, Alvin llegó a Río Hatrack, perdió la mitad de su nombre. Allá, en el pueblo de Iglesia de Vigor, cerca de donde el Tippy-Canoe vierte sus aguas en el Wobbish, todos sabían que su padre era Alvin, el molinero del lugar y de la región lindera. Alvin Miller. Eso hacía que a él, su séptimo hijo varón, lo llamasen Alvin Junior. A partir de ese momento, sin embargo, viviría en un sitio donde apenas un puñado de personas habían conocido a su padre. No había necesidad de nombres como Miller o Junior. Sería Alvin a secas. Sólo Alvin, pero escuchar ese nombre sólo hacía que se sintiese como si fuera la mitad de sí mismo.

Llegó a Río Hatrack a pie, luego de atravesar cientos de kilómetros por los territorios de Wobbish y Hio. Cuando partió de su casa llevaba un par de robustas botas y un morral con provisiones a la espalda. Recorrió ocho kilómetros así, antes de detenerse en una pobre choza y regalar su comida a quienes allí vivían. Después de andar otros dos kilómetros, halló a una familia pobre que iba de camino, en dirección al Oeste, rumbo a las nuevas tierras del territorio del Río Ruidoso. Les dio la tienda y la manta que llevaba en el morral, y como tenían un crío de trece años del tamaño de Alvin, se quitó las botas nuevas y se las dio, con calcetines y todo. Sólo conservó las ropas y el morral vacío a la espalda.

La gente se quedaba con los ojos desorbitados y la boca abierta, pensando con preocupación que el padre de Alvin lo azotaría cuando viera que él regalaba sus pertenencias de ese modo. Pero Alvin dejó entender que regalar o no, era su derecho.

—¿Estás seguro de que tu padre no nos perseguirá con un trabuco? —preguntó el hombre pobre.

—Tenga la seguridad de que no lo hará, señor —repuso Alvin—. Sepa que soy de Iglesia de Vigor, y que los de allí no saldrán a vuestro encuentro a menos que los forcéis.

Les llevó diez segundos recordar dónde habían escuchado el nombre de Iglesia de Vigor.

—Son los de la masacre de Tippy-Canoe —dijeron—. Son los que tienen sangre en las manos. Alvin asintió.

—Ya veis que os dejarán pasar de largo.

—¿Es cierto lo que se cuenta? ¿Deben hacer que cada viajero escuche esa historia truculenta de cómo mataron a los pieles rojas a sangre fría?

—No tenían la sangre fría —dijo Alvin—. Y sólo deben decírselo a los viajeros que entran al pueblo. Conque no os apartéis del camino, dejadlos en paz y seguid viajando. Cuando crucéis el Wobbish, estaréis nuevamente en campo abierto, y allí no tendréis que afligiros por cruzar poblaciones. Al menos durante otros quince kilómetros.

Y bueno, no discutieron más. Tampoco le preguntaron por qué él no debía contar la historia. Decir «Masacre de Tippy-Canoe», bastaba para que todos enmudecieran como en la iglesia, en una suerte de actitud santa, reverente y avergonzada. Pues aunque casi todos los blancos rehuían a los que derramaron sangre india en Tippy-Canoe, sabían que habrían hecho lo mismo de estar en su lugar, y que, en tal caso, serían sus manos las que chorrearan sangre hasta que contasen a algún desconocido sus actos vergonzosos. Esa culpa compartida hacía que muchos siguieran de largo al pasar por Iglesia de Vigor, o por cualquier granja en el territorio del Wobbish superior. La pobre gente aceptó las botas de Alvin, y siguió por el sendero, feliz de tener una lona sobre la cabeza y un poco de cuero en los pies del hijo mayor.

Poco después, Alvin se apartó del camino y se internó en la tierra virgen, en los sitios más recónditos. De haber calzado botas, habría tropezado y tambaleado, y hecho más ruido que un búfalo en celo en el bosque: eso hacían casi todos los blancos cuando posaban los pies en la espesura natural. Pero él iba descalzo, con la piel sobre el lecho del bosque, y era una persona distinta. Había corrido detrás de Ta-Kumsaw, monte traviesa por toda la región, norte y sur, y

durante esa carrera el joven Alvin había aprendido a correr como los pieles rojas, a sentir la música verde del bosque viviente y a moverse en perfecta armonía con ese dulce son silencioso. Cuando corría de ese modo, sin pensar dónde posaba el pie, el suelo se atersaba bajo el paso del joven Alvin, que se encontraba guiado en su camino, sin que las ramas se quebraran donde pisaba, sin que los arbustos se doblaran, sin que los zarcillos lo arañasen cuando adelantaba el cuerpo. Y a su espalda, no dejaba una sola huella ni una rama partida.

Así se movía: como un piel roja. Pronto, sus ropas de hombre blanco comenzaron a molestarle y debió detenerse para quitárselas, meterlas en el morral y correr veloz como el vuelo de un grajo, sintiendo el roce de las hojas contra la piel. Pronto se dejó atrapar por el ritmo de su propio trote, olvidó todo sobre su cuerpo y éste se convirtió en parte del bosque viviente, capaz de seguir andando cada vez más fuerte y veloz, sin comer ni beber. Como un piel roja, que podía correr eternamente a través de la espesura sin jamás necesitar descanso, hasta cubrir centenares de kilómetros en una sola jornada.

Era el modo natural de viajar. Alvin lo sabía. No en desvencijadas carretas de madera, que traqueteaban sobre la tierra seca y avanzaban torpemente sobre caminos fangosos. Tampoco a lomos de caballo, mientras la bestia sudaba y resoplaba bajo el peso del hombre, esclava de su prisa, sin poder seguir su deseo natural. Él sólo era un hombre en el bosque, pie desnudo sobre la tierra, rostro limpio al viento, soñando mientras corría.

Anduvo todo el día y toda la noche, y buena parte de la mañana. ¿Cómo se orientaba de esa forma? Sentía a la izquierda el tajo del camino tan transitado, como si fuera un escozor o una irritación, y aunque el sendero atravesaba muchos poblados y aldeas, sabía que luego de un tiempo lo encontraría en el pueblo de Hatrack. Después de todo, su familia había seguido ese mismo camino. Habían construido puentes sobre cada vado, río y arroyo del trayecto, mientras él, recién nacido, viajaba en la carreta. Aunque nunca había recorrido ese sendero, y aunque no lo seguía con la vista en ese momento, sabía adónde conduciría.

De modo que, a la segunda mañana, llegó al borde del bosque, en el límite de un campo de maíz nuevo y verde que ondulaba sobre la tierra achaparrada.

Le llevó un tiempo recordar quién era y qué lo había llevado hasta allí. La música del bosque verde era poderosa a sus espaldas y débil por delante. Lo único que sabía a ciencia cierta era que tenía un pueblo ante sí, y que un río corría a unos ocho kilómetros. Era todo lo que podía sentir con seguridad. Pero sabía que era el río Hatrack, de modo que el pueblo no podía ser sino aquél al cual se dirigía.

Había pensado correr por el bosque hasta el límite del pueblo. Pero veía que no le sería posible. Los últimos kilómetros tendría que caminarlos como hombre blanco, o no hacerlos. Jamás había pensado que pudiera haber lugares en el mundo tan poblados, que una granja Lindara con la siguiente, una tras otra, con una hilera de árboles o una cerca por todo límite. ¿Habría sido ésa la visión que el Profeta tuvo de su tierra? ¿Todo el bosque asesinado y, en su lugar, granjas? Así, el indio ya no podía correr, ni los ciervos hallar refugio, ni el oso encontrar dónde dormir en invierno. Con razón tomó a todos los pieles rojas que lo seguían y los llevó al oeste, al otro lado del Mizzipy. El indio ya no podía vivir allí.

Tener que dejar atrás la tierra viviente que había conocido más que a su propio cuerpo, lo entristeció. Lo atemorizó. Pero él no era un filósofo. Era un niño de once años que también ansiaba conocer un pueblo occidental, poblado y civilizado. Además, allí tenía qué hacer: había aguardado un año para ocuparse de los asuntos que lo reclamaban en ese pueblo, desde que supo que allí existía la niña tea, y que ella iba a convertirlo en un Hacedor.

Sacó las ropas del morral y se las puso. Bordeó unas granjas hasta que llegó al camino. Y cuando la senda cruzó un arroyo supo que era la correcta: sobre ese pequeño vado había un puente cubierto. Su propio padre y sus hermanos habían erigido ese puentecillo y todos los otros que salpicaban el camino desde Hatrack hasta Iglesia de Vigor. Lo habían construido once años atrás, cuando Alvin era tan pequeño que, durante el trayecto, sólo podía prenderse al pecho de su madre.

Siguió el sendero, y no debió andar mucho. Había corrido cientos de kilómetros por tierra virgen sin una ampolla en los pies, pero el camino de hombre blanco no tenía música verde, ni cedía bajo los pies de Alvin. Al cabo de unos kilómetros tenía las plantas de los pies llagadas, y se sentía sucio, con hambre y sed. Alvin confió en que no faltase mucho para llegar, pues de lo

contrario acabaría por desear sus botas.

Al lado del camino, un cartel anunció: «Pueblo de Hatrack, Hio.»

Comparado con las aldeas de frontera, era un poblado de buen tamaño. Desde luego, no se comparaba con la entonces ciudad francesa de Detroit, pero ése era un sitio extranjero, y este pueblo era, al fin y al cabo, americano. Las casas y demás construcciones eran como las pocas estructuras rústicas de Iglesia de Vigor y de otros nuevos asentamientos, sólo que mejor terminadas y de mayor tamaño. Había cuatro calles que cruzaban el camino principal, un banco, un par de tiendas e iglesias, y hasta un juzgado de paz. En algunos sitios, había carteles que rezaban: «Abogado», «Médico», «Alquimista»... Vaya, si había profesionales, era un pueblo como es debido, y no un sitio imposible como Iglesia de Vigor antes de la masacre.

Menos de un año antes había tenido una visión del pueblo de Hatrack. Fue cuando el Profeta, Lolla-Wossiky, lo hizo ascender por el tornado que invocó sobre el lago Mizogan. Las paredes del remolino se convirtieron en cristal; y en el cristal, Alvin vio muchas cosas. Una de ellas, el pueblo de Hatrack como había sido cuando Alvin nació. Sin duda, en esos once años todo había cambiado mucho. Al recorrer el pueblo le costó reconocer las cosas. Caramba, era un sitio tan grande que nadie parecía advertir que él era un extraño, ni acertaba a darle la bienvenida.

Ya había recorrido la mayor parte de la zona edificada cuando comprendió que si nadie reparaba en él no era porque fuese un pueblo grande, sino por el polvo que llevaba en el rostro, por sus pies descalzos, por el morral vacío a la espalda. Lo miraban, lo estudiaban rápidamente, y apartaban la vista como si temieran que les pidiese un pan o un sitio donde alojarse. Alvin jamás había visto una conducta semejante, pero supo reconocerla de inmediato: en los últimos once años, el pueblo de Hatrack, Hio, había aprendido la diferencia entre pobres y ricos.

La zona edificada terminó. Cruzó el pueblo sin haber visto una sola herrería, que era lo que supuestamente debía buscar. Ni vio la hostería en la que había nacido, que era lo que realmente había estado buscando. Lo único que veía era un par de criaderos de cerdos, con el hedor típico de los marranos. El camino viró al sur, y ya no vio nada más.

El herrero debía seguir allí, ¿o no? Sólo un año y medio atrás Truecacuentos le había llevado el contrato de aprendiz que Papá redactara para Pacífico, el herrero de Río Hatrack. Y, menos de un año atrás, el mismo Truecacuentos le había dicho a Alvin que, en efecto, la carta estaba entregada, y que Pacífico Smith había estado conforme. Ésa fue la palabra que usó: «Conforme.» Pero como Truecacuentos hablaba en ese lenguaje rebuscado de los ingleses, Alvin pensó que el herrero había estado con un tal Forme, hasta que Truecacuentos se lo escribió. De todas formas, el hombre había estado en el pueblo hacía un año. Y la tea que vivía en la hostería, la que había vislumbrado en la torre de cristal de Lolla-Wossiky, también debía de estar allí. ¿No había escrito en el libro de Truecacuentos «Nace un Hacedor»? Cuando miró las palabras, las vio arder de luz, como si las hubiese conjurado, como el mensaje escrito por la mano de Dios sobre el muro de esa historia bíblica: «Hijo, que los impíos sean destruidos», y, vaya si no, Babilonia fue destruida. Cuando las letras brillaban de ese modo era que contenían palabras de profecía. De modo que si el Hacedor era el mismo Alvin, como él bien sabía, esa tea debía de ver más cosas con su don. Debía saber qué era realmente un Hacedor, y cómo llegar a serlo.

Hacedor. Una palabra que la gente decía en un murmullo. O que algunos pronunciaban con aire meditabundo, diciendo que el mundo ya había tenido su Hacedor, y que ya no habría más. Ah, otros decían que Ben Franklin había sido un Hacedor, pero él no dejó de negarlo hasta el día en que murió. Truecacuentos, quien conocía al Viejo Ben como a un padre, decía que Ben sólo había hecho una cosa en su vida: el Pacto Americano, ese papel que unió las colonias holandesas y suecas con los asentamientos ingleses y alemanes de Pennsylvania y Suskwahenny, y, lo más importante de todo, con la nación piel roja de Irrakwa. Así, se habían formado los Estados Unidos de América, donde pieles rojas y blancos, holandeses, suecos e ingleses, ricos y pobres, mercaderes y labriegos, todos podían votar y hablar sin que nadie dijera «soy mejor que tú». Algunos sostenían que, por eso solo, Ben era un Hacedor como el mejor. Pero Truecacuentos decía que no, que eso hacía de Ben un ligador, un unidor, pero no un Hacedor.

Yo soy el Hacedor sobre el cual escribió esa niña tea. Ella me tocó mientras nacía, y al hacerlo supo que mi destino era el de un Hacedor. Debo encontrar a esa niña; ya debe andar por los dieciséis años. Ella me dirá qué vio. Sé que los poderes que he encontrado dentro de mí, las cosas que puedo hacer, deben tener un propósito mayor que cortar rocas sin manos y curar a los

enfermos, o correr por el bosque como hacen los pieles rojas del modo que no sabe hacer ningún blanco. Hay una misión que me espera en la vida, y no tengo la menor idea de cómo prepararme para ella.

Allí, de pie en el camino, con un criadero de cerdos a cada lado, Alvin escuchó el agudo clin clin del hierro contra el hierro. Era como si el herrero lo hubiese llamado por su nombre. Aquí estoy, decía el martillo, encuéntrame al final del camino.

Pero antes de llegar a la herrería, viró por la curva y vio la misma hostería donde había nacido, idéntica a la visión de la torre de cristal. Estaba recién blanqueada a la cal, y sobre las paredes sólo se veía el polvo del último verano, de modo que no era exactamente la misma, pero se complació de verla como cualquier viajero cansado.

Dos veces bienvenida, porque, con un poco de suerte, la tea le diría allí cómo sería su vida.

Alvin golpeó la puerta porque eso debe hacerse, pensó. Jamás había estado antes en una hostería, y no tenía ni idea del comportamiento que debe observarse en un sitio público. Golpeó una vez, dos veces, luego lanzó un grito y finalmente la puerta se abrió. Apareció una mujer con harina en las manos y delantal a cuadros; una mujer grande, con una imposible expresión de enojo en el rostro. Pero reconoció su rostro. Era la mujer que había visto en la torre de cristal, la que lo había retirado del vientre de su madre con sus propios dedos alrededor del cuellcito.

—¿Qué demonios te piensas, niño? Golpear a mi puerta de esa forma y comenzar a aullar como si hubiese un incendio. ¿Por qué no pasas y te acomodas como cualquiera? ¿O eres tan importante que tiene que venir un criado a abrirte las puertas?

—Lo siento, señora —dijo Alvin, con todo su respeto.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? Si eres mendigo, pues ya mismo te advierto que no habrá sobras hasta después del almuerzo, pero puedes quedarte a esperar. Y si tienes algo de conciencia, también puedes cortar un poco de leña para nosotros. Sólo que, miradlo, no debe tener más de catorce años...

—Once, señora.

—Bueno, en ese caso eres bastante grandote para tu edad, pero no me imagino qué asunto te ha traído por aquí. No te daré licor aunque tengas dinero, cosa que dudo. Ésta es una casa cristiana. En realidad más que cristiana, porque somos metodistas de verdad y eso significa que no tomamos una gota de licor ni lo servimos, y aunque lo hiciéramos, tampoco serviríamos a niños. Y apuesto diez libras de grasa de cerda a que no tienes con qué pagar el hospedaje de una noche...

—No, señora —repuso Alvin—, pero...

—Bueno, pero fíjate si no es el colmo. Me saca de la cocina con el pan a medio amasar y un crío que en cualquier momento va a pedir la leche a grito pelado, y me figuro que no serás tú quien se presente ante la mesa a explicar por qué se demoró la comida, por culpa de un niño que no sabe abrirse solo la puerta, no, señor. El niño que me las arregle sola para pedir disculpas, lo cual es algo muy poco considerado, si no te molesta que te lo diga, y si te molesta, también.

—Señora —intervino Alvin—. No quiero comida ni habitación. —Era lo bastante educado para no agregar que en casa de su padre los viajeros siempre habían sido bienvenidos, tuviesen dinero o no, y que un hombre hambriento allí nunca comía sobras sino que se sentaba a la mesa de Pa y almorzaba con la familia. Comenzaba a darse cuenta de que las cosas eran distintas allí, en tierras civilizadas.

—Bueno, aquí lo único que damos es comida y cama —dijo la señora de la hostería.

—Vine aquí, señora, porque nací en esta casa hace casi doce años.

De inmediato, la expresión de la mujer cambió por completo. Ya no fue una hostelera sino una comadrona.

—¿Naciste en esta casa?

—El día que mi hermano mayor, Vigor, murió en el río Hatrack. Pensé que tal vez recordara ese día, y me pudiese decir dónde está la tumba de mi hermano.

Su rostro volvió a cambiar.

—Tú... —dijo—. Tú eres el hijo de esa familia... el sétimo hijo varón de un...

—De un sétimo hijo varón —terminó Alvin.

—Pero mira en qué te has convertido. Ay, fue algo de lo más increíble. Mi hija estuvo allí, mirando, y vio que tu hermano mayor seguía con vida mientras tú salías de la barriga de tu madre...

—Su hija —dijo Alvin, olvidando que la interrumpía en mitad de una oración—. Es una tea — La mujer se volvió fría como el hielo.

—Lo fue —aclaró—. Ya no oficia más de tea.

Pero Alvin casi no reparó en el cambio de la mujer.

—¿Perdió su don? Jamás supe de alguien que perdiera el don. Pero si está aquí, me gustaría conversar con ella.

—Ya no está aquí—dijo la mujer. Por fin, Alvin comprendió que no tenía muchas ganas de hablar de ello—. En Río Hatrack ya no hay más tea. Los niños nacerán sin nadie que los toque para saber en qué posición se presentan. Es lo último que faltaba. No diré una sola palabra más sobre una niña así, que se escapó, que huyó...

La voz se le quebró, y se volvió de espaldas a Alvin.

—Debo terminar el pan. El cementerio está por allí, sobre la colina. —Lo miró de frente otra vez, sin el menor resto de ira o dolor que sintiera segundos atrás—. Si mi Horace estuviera aquí, él te mostraría el camino, pero lo encontrarás de todas formas. Hay una especie de senda. Es un cementerio familiar, con una cerca alrededor. —Sus modales severos se atemperaron—. Cuando termines allí arriba, ven y te serviré algo mejor que sobras. —Se apresuró rumbo a la cocina. Alvin la siguió.

Al lado de la mesa había una cuna, y en ella un niño, dormido, se retorció ligeramente. En el pequeño había una nota curiosa, que Alvin no llegó a precisar.

—Gracias por su amabilidad, señora, pero no pido favores. Trabajaré para retribuir lo que coma.

—Así se habla. Como un verdadero hombre. Tu padre era igual. El puente que construyó sobre el Hatrack sigue allí, tan firme como el primer día. Pero ahora ve al cementerio, y luego regresa.

Se inclinó sobre un inmenso bollo de masa sobre la mesa de amasar. Alvin creyó, por un instante, que lloraba. Y tal vez sí, o tal vez sólo imaginó que las lágrimas caían sobre la masa. Pero, a todas luces, la mujer quería estar sola.

Miró al niño otra vez y se dio cuenta.

—Es un negrito, ¿verdad?

La mujer dejó de amasar, con los puños enterrados hasta las muñecas en el bollo.

—Es un niño. Mi niño. Lo adopté, y es mío, y si lo llamas negrito te amasaré la cara como si fuera un bollo.

—Perdón, señora, no quise ofender. Pero le vi una sombra en el rostro, algo que me hizo pensar que podía ser...

—Bah, está bien: es medio negro. Pero yo criaré su mitá blanca, como si fuera mi propio hijo. Lo llamamos Arturo Estuardo.

Alvin captó la chanza de inmediato.

—Me figuro que nadie podrá llamar negrito al Rey —La mujer sonrió.

—Me figuro que no. Ahora, niño, vete. Tienes una deuda que saldar con tu hermano difunto. Y más te vale que lo hagas ahora.

No le fue difícil llegar al camposanto. Alvin se alegró de ver que su hermano Vigor tenía una lápida, y que su tumba estaba tan bien cuidada como las demás. Había muy pocas. Dos lápidas con el mismo nombre: «Niña Missy.» Las fechas decían que habían muerto muy pequeñas. Otra lápida decía «Abuelito»; debajo se leía su nombre verdadero, y las fechas hablaban de una vida muy larga. Y luego, Vigor.

Se acuclilló ante la tumba de su hermano, y trató de imaginar cómo podría haber sido. Sólo atinó a vislumbrar a su hermano Mesura, su favorito, a quien los indios capturaron junto con Alvin. Vigor debió de haber sido como Mesura. O tal vez Mesura fuera como Vigor. Ambos dispuestos a morir, si era necesario, por el bien de su familia. La muerte de Vigor le salvó la vida antes de que naciera, pensó Alvin, y así y todo siguió aferrado a su último aliento para que, al nacer, fuera el séptimo varón de un séptimo varón, con los otros seis hermanos varones con vida.

La misma clase de sacrificio y coraje que exhibió Mesura cuando, sin haber matado a un solo piel roja, y tras casi morir en su afán de detener la masacre de Tippy-Canoe, aceptó para sí la misma maldición que cayó sobre su padre y sus hermanos: tener sangre en las manos si dejaban de contar a cualquier desconocido la verdad sobre la matanza de los indios inocentes. Así, cuando se hincó ante la sepultura de Vigor, fue como si lo hubiese hecho ante la de Mesura, aunque este

último no hubiera muerto.

Aunque no hubiese muerto por completo, en realidad. Pero, como el resto de la gente de Iglesia de Vigor, jamás podría abandonar aquel lugar. Viviría hasta el último de sus días donde no tuviese que enfrentarse a demasiados desconocidos, para poder olvidar un poco la matanza de ese día del verano anterior. Toda su familia, y los vecinos del lugar, tendrían que pasarse la vida allí hasta que muriese el último de los malditos, compartiendo la vergüenza ajena, la soledad ajena, como si fueran una única persona.

Todos juntos, salvo yo. Yo no recibí ninguna maldición. Los dejé a todos detrás.

Postrado ante la sepultura, Alvin se sintió huérfano. Bien podría serlo: sería aprendiz en un sitio lejano, sabiendo que por mucho que hiciera, su familia nunca podría venir a ver su obra. Cada tanto podría volver a ese pueblo triste y desolado, que se parecía más a una tumba que ese verde sitio viviente. Pues pese a los cuerpos que yacían bajo tierra, en el pueblo cercano había esperanza y vida, y la gente aspiraba al porvenir en lugar de recordar el pasado.

Alvin también debía contemplar el futuro. Debía hallar el camino que lo condujese a lo que debía ser. Moriste por mí, Vigor, hermano que nunca conocí. Todavía no sé por qué fue tan importante que yo viviera. Cuando lo descubra, espero hacer que te sientas orgulloso de mí. Espero que pienses que tu muerte no fue en vano.

Cuando sus pensamientos acabaron, cuando su corazón se colmó y se volvió a agotar, Alvin hizo lo que jamás pensó hacer: miró bajo la tierra.

No cavando, por supuesto. El don de Alvin era tal que podía sentir la textura subterránea sin usar los ojos. Como cuando se abría paso por entre la piedra. Para algunos tal vez fuese una especie de profanación de tumbas eso de que Al hurgara bajo la tierra, donde yacía su hermano. Pero para él fue la única forma de poder ver al hombre que murió para salvar su vida.

Cerró los ojos y escudriñó bajo el suelo, y encontró los huesos dentro del féretro de madera podrida. Por el tamaño, Vigor había sido un joven corpulento. Lo suficiente para hacer rodar y desviar un árbol descomunal que venía flotando por la corriente. Pero el alma de Vigor no se encontraba allí, y aunque Alvin ya lo había supuesto así, se sintió algo decepcionado. Su mirada oculta merodeó por los cuerpecitos que apenas se aferraban a su propio polvo, y luego se acercó al viejo cadáver nudoso de Abuelito, quienquiera que fuese. Llevaba poco tiempo bajo la tierra: menos de un año.

Pero no tan poco como el otro. El cuerpo sin lápida. No llevaría más de un día allí. La carne seguía pegada a los huesos, y los gusanos todavía no habían comenzado su labor.

Gritó al descubrirlo, y tras la sorpresa, lo invadió el dolor. ¿Podría ser la niña tea? Su madre dijo que había partido, pero cuando la gente huye no es inusual que regrese muerta. ¿Por qué otra razón estaría tan afligida la madre? La propia hija de la hostelera, enterrada sin lápida... Ay, eso hablaba de algo terrible.

¿Habría escapado, para deshonorarse de tal modo que ni su propia familia quiso señalar el sitio de su sepultura? ¿Por qué otra razón dejarla allí sin una lápida?

—¿Qué te ocurre, niño?

Alvin se puso de pie, se volvió, y miró de frente al hombre. Era una persona corpulenta, de aspecto agradable. Pero su rostro tampoco parecía sereno.

—¿Qué haces aquí, en el cementerio, niño?

—Señor —dijo Alvin—, mi hermano se encuentra enterrado aquí.

El hombre pensó un momento, y su expresión se aquietó.

—Tú eres de esa familia... Pero, si mal no recuerdo, en aquel entonces todos sus hermanos eran tan grandes como tú...

—Soy el que nació aquí, esa noche.

Al oírlo, el hombre abrió los brazos y estrechó al joven.

—Te llamaron Alvin, ¿verdad? Como tu padre. Por aquí le decimos Alvin el de los Puentes. Es una especie de leyenda. Déjame verte. Mira en qué te has convertido... El sétimo hijo varón de un sétimo hijo varón viene a ver la tumba de su hermano, y el sitio donde nació. Desde luego, te quedarás en mi hostería. Soy Horace Guester, como imaginarás. Qué gusto verte... Pero, oye, ¿no eres algo grande para tener... diez, once años?

—Casi doce. La gente dice que soy alto...

—Espero que estés orgulloso de la tumba que le hemos hecho a tu hermano. Aquí lo

admiramos, aunque lo conocimos ya muerto, y nunca en vida.

—Estoy satisfecho —dijo Alvin—. Es una buena lápida. —Y entonces, sin poder contenerse, y aunque no era lo que correspondía, hizo la pregunta que lo escocía:

—Pero me pregunto, señor, por qué no habéis puesto lápida ni cartel con su nombre a esa niña que enterrasteis ayer.

A Horace Guester se le fue el alma a los pies.

—Pero, claro, te darías cuenta... —murmuró—. Debes tener algún don. De sétimo hijo. Dios nos ampare...

—¿Hizo algo muy vergonzoso, señor, para no merecer lápida? —preguntó Alvin.

—Nada vergonzoso —repuso Horace—. Con Dios por testigo, niño, esta criatura llevó una vida noble y tuvo una muerte virtuosa. Permanece sin lápida para que esta casa pueda ser refugio de otras como ella. Pero ay, niño, di que nunca contarás lo que hoy hallaste bajo tierra. Causarías dolor a decenas y cientos de almas perdidas en el camino desde la esclavitud a la libertad. ¿Podrás creerme esto, fiarte de mí, y ser mi amigo en esta cuestión? Para mí sería demasiado dolor perder a una hija y dar a conocer este secreto, todo en un solo día. Como no puedo impedir que conozcas el secreto, Alvin, debes prometer callarlo. Hazlo, amigo.

—Guardaré el secreto si es honorable, señor. Pero ¿qué secreto honorable puede llevar a un hombre a sepultar a su propia hija sin una lápida que la señale?

Los ojos de Horace se abrieron, desorbitados, y luego echó a reír como si hubiera enloquecido. Cuando recuperó la compostura, palmeó a Alvin en el hombro.

—No es mi hija la que yace allí, niño. ¿Qué te hizo pensar semejante cosa? Es una negrita, una esclava fugitiva que murió ayer por la noche, mientras se dirigía al Sur.

Alvin, entonces, comprendió que se trataba de un cuerpo demasiado pequeño para ser el de una joven de dieciséis años. Era de la talla de una niña.

—El niño que había en la cocina, ¿es hermano de ella?

—Es su hijo.

—Pero ¿cómo? Si es tan pequeña...

—Eso no evitó que su amo blanco le hiciera un crío, chico. No sé qué opinión tienes sobre la esclavitud, ni si alguna vez te pusiste a pensar en el asunto, pero te ruego que lo hagas ahora. Piensa que la esclavitud permite a un hombre blanco deshonorar a una niña y seguir yendo a la iglesia los domingos mientras ella gime de vergüenza y mantiene a su hijo bastardo.

—Usted es un mancipacionista, ¿no, señor? —preguntó Alvin.

—Me figuro que sí —respondió el hostelero—, pero supongo que todos los buenos cristianos han de serlo en su corazón.

—Pienso igual.

—Eso espero, pues si se corre la voz de que ayudé a escapar a Canadá a una fugitiva, los rastreadores de los Apalaches y de las Colonias de la Corona me espiarán noche y día para que no pueda ayudar a nadie más.

Alvin contempló la tumba y pensó en el niño que había en la cocina.

—¿Diréis al pequeño dónde está la tumba de su madre?

—Cuando tenga edad suficiente para saberlo y no decirlo —repuso el hombre.

—Entonces, yo guardaré su secreto si usted guarda el mío.

El hombre enarcó las cejas y observó a Alvin.

—¿Qué secreto tienes tú, Alvin, siendo tan joven?

—No tengo ningún deseo en particular de que se sepa que soy sétimo hijo varón. Vine a ser aprendiz de Pacífico Smith, que, si no me equivoco, ha de ser el hombre que escuché martillar en la forja de más allá...

—Y no quieres que la gente sepa que puedes descubrir un cuerpo en una tumba sin lápida...

—Me ha comprendido bien, señor. No diré su secreto, y usted guardará el mío.

—Te doy mi palabra. —Y luego le tendió la mano.

Y Alvin aceptó la mano con gusto. No había muchos adultos que estuvieran dispuestos a hacer un trato con un niño como él. Pero este hombre le ofrecía la mano como si fueran iguales.

—Verá que sé cumplir mi palabra, señor.

—Y cualquiera de por aquí te dirá que Horace Guester también sabe cumplir la suya. —Entonces, Horace le contó la historia que dirían con respecto al niño: que era hijo de los Berry, y

que se lo dieron a la vieja Peg Guester porque no necesitaban otro crío y porque ella siempre había tenido ganas de tener un varón—. Y eso, en parte, es cierto. Sobre todo ahora que Peggy se ha ido.

—Su hija... —interrumpió Alvin.

De pronto, los ojos de Horace Guester se anegaron de lágrimas, y se estremeció con un sollozo como Alvin jamás viera en ningún otro hombre.

—Se marchó esta mañana —confesó Horace Guester.

—Tal vez se fue a visitar a alguien del pueblo...

Horace negó con la cabeza.

—Te pido perdón, niño, por llorar de este modo. Perdón. Estoy tan cansado, a decir verdad. Estuve toda la noche en pie, y luego, esta mañana, se nos va de ese modo. Nos dejó una nota. Se ha ido.

—¿Conoce al hombre con quien se largó? —preguntó Alvin—. Tal vez se casen, una vez pasó eso con una suequita que vivía en el territorio de Río Ruidoso.

El rostro de Horace se encendió de ira.

—Me figuro que eres muy niño, y que por eso no sabes que esas cosas no se dicen. De modo que te lo diré: no se escapó con ningún hombre. Es una mujer de virtud, y nunca nadie dijo lo contrario. No, niño. Se marchó sola.

Alvin pensó que en su vida había visto toda suerte de cosas extrañas: un tornado que se convertía en torre de cristal, una pieza de tela donde se urdían las almas de todos los hombres y mujeres, homicidios y torturas, cuentos y milagros. Alvin sabía de la vida más que ningún otro niño de once años. Pero eso era lo más extraño de todo: que una niña de dieciséis años se largara de la casa de su padre sin hombre ni marido. En toda su vida jamás había visto una mujer que fuese a ninguna parte por sus propios medios, más allá de la puerta de su casa.

—¿Está... está a salvo?

Horace rió amargamente.

—¿A salvo? Desde luego que lo está. Es una tea, Alvin. La mejor de la que haya sabido jamás. Puede ver personas a miles de kilómetros, conoce sus fuegos interiores, y no hay un hombre que pueda acercársele con malas intenciones sin que ella sepa exactamente qué trama y cómo escapar de él. No, no es ella quien me preocupa. Puede cuidar de sí misma mejor que cualquier hombre. Es sólo que...

—¿La echa de menos? —propuso Alvin.

—Supongo que no hace falta ninguna tea para adivinarlo, ¿eh, chico? La echo de menos. Y me hiere que se haya marchado sin avisarme. Podría haberle dado el Dios-sea-contigo. Su madre podría haberle hecho algún buen conjuro. No es que la pequeña Peggy lo necesitase, no, pero... Podría haberle hecho algo de comer para el viaje. Pero nada de eso. Ni un adiós, ni un El-Señor-te-acompañe. Fue como si huyera de algún monstruo de pesadilla y no tuviera tiempo de llevar más que un vestido antes de correr hasta la puerta.

Huyendo de algún monstruo. Las palabras se enterraron en el corazón de Alvin. Era una tea tan buena que bien pudo haber visto la llegada de Alvin. Se largó la misma mañana en que él llegaría. Si no hubiese sido una tea, podría haber sido mera casualidad. Pero lo vio venir. Supo que llegaría con ansias de verla y que le suplicaría que lo ayudase a ser lo que debía. Vio todo eso y se marchó.

—Siento que se haya ido, señor.

—Te agradezco tu pesar, amigo. Es un detalle de tu parte. Sólo espero que no estemos separados mucho tiempo. Espero que haga lo que deba, y que regrese en unos días, o en unas semanas. —Rió o quizá sollozó. El sonido fue el mismo—. Ni siquiera puedo acudir a la tea de Hatrack para que me diga su futuro, pues Hatrack se ha quedado sin tea.

Horace volvió a llorar, un minuto más. Luego, tomó a Alvin del hombro y lo miró a los ojos sin ocultar las lágrimas que le surcaban las mejillas.

—Alvin, recuerda el modo en que he llorado, tan poco propio de un hombre, y recuerda que así sentimos los padres por nuestros hijos cuando se nos marchan. Así debe de sentirse ahora tu padre, al tenerte tan lejos.

—Sé que así es.

—Ahora, si no te importa —dijo Horace Guester—, deseo estar solo aquí.

Alvin le aferró el brazo un instante y se alejó. No hacia la casa, donde la vieja Peg Guester lo esperaba con el almuerzo. Estaba demasiado afligido para sentarse a comer con ellos. ¿Cómo explicarles que estaba tan destrozado como ellos por la partida de la niña tea? No, tendría que estar en silencio. Las respuestas que buscaba en Hatrack se habían ido con una joven de dieciséis años que no quiso encontrarse con él.

Tal vez haya visto mi futuro y me odie. Tal vez yo sea un monstruo horripilante, peor que el de la peor pesadilla.

Siguió el son del martillo del herrero. Lo condujo por una pálida senda hasta una casa de vertiente que se erigía sobre un arroyo. El curso de agua brotaba directamente de la ladera de una colina. Y siguió el trayecto, por la pendiente de un prado descampado, hasta llegar a la herrería. De la forja se elevaba un humo caliente. Rodeó el frente, y vio al herrero, detrás de una gran puerta corrediza, que martillaba una barra de hierro candente sobre la garganta del yunque para darle forma curva.

Alvin se detuvo a observarlo trabajar. Sintió desde afuera el calor que provenía de la forja. Adentro, debía de ser como la caldera del infierno. Sus músculos parecían cincuenta sogas distintas que le sostenían el brazo por debajo de la piel. Cada vez que el martillo se elevaba en el aire, se retorcían y apretaban entre sí, y cuando el mazo bajaba, se apiñaban en una masa compacta. Alvin estaba tan cerca que no escuchaba el tañido del hierro contra hierro, donde el yunque hacía de badajo. El sudor chorreaba por el cuerpo del herrero, que llevaba el torso desnudo. La piel blanca, arrebatada de calor, moteada con el hollín de la forja y el sudor de sus poros. Me han enviado aquí para ser aprendiz de diablo, pensó Alvin.

Pero al pensarlo supo que era una tontería. Estaba ante un hombre trabajador, que se ganaba la vida con un oficio indispensable en todo pueblo que aspirase a progresar. Y, a juzgar por el tamaño de los corrales donde los caballos aguardaban a ser herrados, y por la cantidad de barras de hierro que esperaban para convertirse en arados y hoces, picos y hachas, hacía buen negocio. Si aprendo este oficio nunca pasaré hambre, pensó Alvin, y la gente siempre me recibirá con agrado.

Y sintió algo más; algo relacionado con el fuego ardiente y el hierro al rojo. En ese sitio ocurría algo muy afín con el acto de hacer. Por el modo en que había trabajado con la piedra en la cantera de granito, cuando tallaba piedras de molino para su padre, sabía que su don le permitiría llegar a la médula del hierro y hacerlo adoptar la forma que quisiese. Pero debía aprender algo de la forja y el martillo, de los fuelles, el fuego y el agua de los enfriadores, algo que lo ayudase a convertirse en aquello para lo cual había nacido.

De modo que observó al herrero, no como a un desconocido absoluto, sino como a la persona que Alvin sería en un futuro. Vio cómo crecían los músculos en los hombros y la espalda del herrero. El cuerpo de Alvin era fuerte, a fuerza de cortar leña, de partir rieles, y de todos los quehaceres que hacía en las granjas vecinas para ganarse sus dinerillos. En esa clase de trabajo había que imprimir movimiento a todo el cuerpo. Cuando uno hachaba, debía tirarse hacia atrás con el hacha y, al descargarla, parecía que todo el cuerpo era parte del mango, y que en cada golpe iban las piernas, las caderas y la espalda. Pero el herrero sostenía el hierro candente en las tenazas, con tanta suavidad y precisión sobre el yunque, que mientras el brazo derecho descargaba el martillo, el resto del cuerpo no podía moverse ni un milímetro, y el brazo izquierdo debía sostenerse firme e inmóvil como una roca. Eso daba al cuerpo del herrero una forma distinta; obligaba a los brazos a ser mucho más fuertes por sí solos, y los músculos se prendían a la nuca y al esternón de un modo que jamás sería posible en el cuerpo de un granjero.

Alvin percibió en su propio cuerpo la forma en que crecían sus músculos, y supo dónde tendrían que efectuarse los cambios. Era parte de su don: abrirse camino a través de la carne viviente igual que sabía hacerlo con el relieve interno de la roca viva. De modo que se dispuso a hurgar bajo su piel para enseñar al cuerpo a modificarse y prepararse para la nueva labor.

—Niño —dijo el herrero.

—Señor —repuso Alvin.

—Dime, ¿tienes algún encargo para mí? No te conozco...

Alvin avanzó un paso, y ofreció la nota que su padre había escrito.

—Léemela, niño. Mis ojos no son buenos para la lectura.

Alvin desplegó el papel:

«De Alvin Miller, de Iglesia de Vigor, a Pacífico Smith, herrero de Río Hatrack. Aquí está mi hijo Alvin, que usted dijo que podía ser su aprendiz hasta que tuviera diecisiete años. Trabajaré con tesón y hará lo que le diga, y usted le enseñará lo que un hombre debe saber para ser un buen herrero, como en los artículos que firmé. Es un buen chico.»

El herrero tomó el papel, y lo llevó a los ojos. Sus labios se movieron mientras repetía las últimas frases. Luego, dejó el papel sobre el yunque enérgicamente.

—Pero fíjate en quién ha venido... ¿No sabes que llegas con un año de retraso? Se supone que debías haber venido la primavera pasada. Rechacé tres aprendices distintos porque tu padre me había dado su palabra de que vendrías, y aquí anduve un año sin ayuda porque él no cumplió con su palabra. Ahora se supone que debo aceptarte con un año menos de contrato, sin una disculpa o un mil-perdones.

—Lo siento, señor —dijo Alvin—. Pero el año pasado tuvimos la guerra. Venía para aquí, pero me capturaron los choc-taw.

—¿Te capturaron los...? Ah, vamos, niño, no me vengas con esas a mí. Si los choc-taw te hubieran atrapado, no tendrías esa melena de presumido. ¡Y te faltarían algunos dedos!

—Ta-Kumsaw me rescató —repuso Alvin.

—Ah, claro. Y seguro que conocistes al Profeta y caminastes sobre las aguas con él.

En realidad, Alvin había hecho exactamente eso. Pero a juzgar por el tono de voz del herrero, no sería muy sensato decirlo. De modo que Alvin permaneció callado.

—¿Dónde está tu caballo? —preguntó el herrero.

—No tengo —repuso Alvin.

—Tu padre escribió la fecha en la nota, niño: ¡dos días atrás! Tienes que haber venido a caballo.

—Corrí. —Y no bien lo dijo, Alvin supo que había sido un error.

—¿Corristes? —dijo el herrero—. ¿Descalzo? Desde el Wobbish hasta aquí debe haber por lo menos unos seiscientos kilómetros. Tendrías que tener los pies hechos jirones hasta las rodillas. ¡No me vengas con cuentos, niño! ¡No pienso tener mentirosos por aquí!

Alvin debía escoger y lo sabía. Podía explicarle que sabía correr como los indios. Pacífico Smith no le creería, y Alvin tendría que demostrarle que no mentía. Sería sencillo: doblar una barra de hierro con sólo sacudirla, o unir dos piedras para que formen una. Pero Alvin había decidido que no mostraría sus dotes en ese lugar. ¿Cómo sería un buen aprendiz si la gente acudía a él para que cortara piedras para las chimeneas, o para que reparara una rueda rota, o todas las cosas que sabía hacer? Además, jamás había exhibido sus dotes sólo para demostrar de lo que era capaz. En su casa solamente empleaba su arte cuando había necesidad.

Conque se reafirmó en su decisión de mantener su don en secreto. No diría lo que sabía hacer. Aprendería como cualquier niño normal, trabajando el hierro como hacía el mismo herrero, y dejando que los músculos crecieran lentamente sobre sus brazos y hombros, sobre su torso y espalda.

—Bromeaba—dijo Alvin—. Un hombre me dejó andar en un caballo de más que llevaba.

—No me gusta esa clase de bromas —dijo el herrero—. No me gusta que mientas con semejante desparpajo.

¿Qué podía decir Alvin? Ni siquiera le cabía sostener que no había mentido. Lo había hecho, cuando dijo que alguien le dejó montar. De modo que el herrero tenía razón al llamarlo mentiroso. La única confusión era acerca de cuál de las afirmaciones era la mentira.

—Lo siento —atinó a decir.

—No te tomaré, niño. No tengo por qué hacerlo, después de un año de demora. Y aquí te apareces, mintiendo con toda frescura. No lo aceptaré.

—Lo siento, señor. No volverá a suceder. En mi pueblo no me conocen como mentiroso, y ya verá que aquí me conocerán por jugar limpio, si me da una oportunidad. Si me sorprende mintiendo, o no trabajando como corresponde, podrá despedirme sin lugar a reclamo. Sólo permítame demostrárselo, señor.

—Tampoco parece tener once años...

—Pero los tengo, señor. Usted sabe que es así. Con sus propios brazos sacó a mi hermano Vigor del río la noche que yo nací. Eso me dijo mi Papá.

El rostro del herrero se volvió distante, como si recordara.

—Sí, te dijo la verdad. Yo lo saqué de las aguas. Aferrado a las raíces de ese árbol aun después de la muerte. Pensé que tendríamos que cortarlas para sacarlo. Ven aquí, niño.

Alvin se acercó. El herrero le pellizcó los músculos.

—Bueno, veo que no eres holgazán. Los haraganes crecen fofos, pero tú eres fuerte como un granjero laborioso. Sobre eso no podrás mentir. Pero todavía no has aprendido lo que significa el trabajo de verdad...

—Estoy dispuesto a aprender.

—Ah, estoy seguro de ello. Muchos niños quisieran poder aprender de mí. Otros trabajos vienen y van, pero siempre habrá necesidad de un herrero. Eso nunca cambiará. Bueno, veo que eres fuerte de cuerpo. Veamos cómo andas de los sesos. Mira este yunque. Esto de la punta se llama pico. Dilo.

—Pico.

—Y esto es la garganta. Y ésta es la plancha. No está cubierta con acero ampollado para que la cortadera no se desafilé cuando golpeas una cortadera en frío contra ella. Aquí, sobre la plancha de acero de la muesca hacia arriba, es donde trabajas el metal en caliente. Y éste es el agujero duro, donde apoyo el mocho del copador de la fragua, el tas y la estampa. Y este otro es el agujero de punzar, pues cuando hago orificios en cintas de hierro, el punzón caliente se mete directamente en este agujero. ¿Lo entendistes todo?

—Creo que sí, señor.

—Bueno, pues nómbrame las partes del yunque.

Alvin las nombró lo mejor que pudo. No pudo recordar la función de todas, pero al parecer hizo un buen papel, pues cuando hubo terminado, el herrero asintió y sonrió.

—Calculo que no eres lento de mollera, niño. Aprenderás rápido. Y para tu edad eres grande, eso es bueno. No tendré que tenerte en la escoba y el fuelle los primeros cuatro años, como cuando son niños menudos. Pero tu edad, ahí hay un problema. El término de trabajo de un aprendiz es de siete años, pero los artículos escritos con tu padre sólo dicen hasta los diecisiete...

—Ahora casi tengo doce, señor.

—Lo que digo es que quiero poder conservarte los siete años completos, si te necesito. No quiero que te largues cuando finalmente tu instrucción pueda serme útil.

—Siete años, señor. Mi término acabará la primavera en que cumpla diecinueve años.

—Siete años es mucho tiempo, niño. Y pienso hacértelos cumplir. Casi todos los chicos comienzan a los nueve o diez, o incluso a los siete, para poder ganarse la vida y comenzar a buscar mujer a los dieciséis o diecisiete. No aceptaré nada de eso. Espero que vivas como un cristiano, y nada de andar tonteando con las chicas del pueblo. ¿Me comprendes?

—Sí, señor.

—Pues bien, entonces. Mis aprendices duermen en la buhardilla, sobre la cocina. Y comerás a la mesa con mi esposa y mis hijos y yo, aunque te agradeceré que no hables hasta que alguien te dirija la palabra dentro de la casa. No quiero que mis aprendices se crean que tienen los mismos derechos que mis hijos, porque no es así.

—Sí, señor.

—Y ahora, necesito calentar esta cinta otra vez. Conque empieza a trabajar con el fuelle, allí.

Alvin fue hasta el asa del fuelle. Tenía forma de T, para trabajar a dos manos. Pero Alvin dobló el extremo para que quedara en el mismo ángulo que el mango del martillo cuando el herrero lo levantaba en el aire. Entonces, comenzó a mover el fuelle con un brazo.

—¿Qué haces, niño? —le gritó a Alvin su nuevo maestro—. No durarás diez minutos trabajando el fuelle con un solo brazo.

—Entonces, en diez minutos cambiaré al brazo izquierdo —dijo Alvin—. Pero si me agacho cada vez que muevo el fuelle no podré prepararme para el martillo.

El herrero lo miró con ofuscación. Entonces, se echó a reír.

—Tienes la lengua suelta, niño, pero también eres sensato. Hazlo a tu modo mientras puedas, pero más vale que no falte aire: necesito un fuego muy vivo, y eso es más importante ahora que la fuerza que acumules en los brazos.

Alvin se puso a bombear. Pronto sintió el dolor causado por el movimiento inhabitual que le mordía la nuca, el torso y la espalda. Pero siguió moviéndose, sin jamás menguar el ritmo del fuelle, obligando al cuerpo a resistir. Podría haber hecho que los músculos le crecieran en ese

mismo instante, o enseñarles el camino con su poder oculto. Pero Alvin no había ido allí para eso. No le cabía ninguna duda. Conque dejó que lo atravesara el dolor, y que su cuerpo cambiara como correspondía, creando cada nuevo músculo a costa de su esfuerzo.

Alvin trabajó quince minutos con su mano derecha, y diez minutos con la izquierda. Sintió que los músculos le dolían, y la sensación le resultó placentera. Pacífico Smith pareció satisfecho con su labor. Alvin supo que allí cambiaría; que su trabajo haría de él un hombre fuerte y diestro.

Un hombre, mas no un Hacedor. Todavía no se hallaba en el camino que lo llevaría a ser aquello para lo cual había nacido. Pero como en el mundo no había habido ningún Hacedor en los últimos mil años o más, como decía la gente, ¿de quién tendría que ser aprendiz para poder formarse en dicho oficio?

MODESTIA

Whitley Physicker ayudó a Peggy a descender del carruaje ante una casa de bella fachada, en uno de los mejores barrios de Dekane.

—Quisiera esperarte en la puerta, Peggy Guester, para asegurarme de que haya quien te dé la bienvenida allí —dijo él, pero ella sabía que él no esperaba que se lo permitiese. Si alguien sabía hasta qué punto aborrecía ella tener a alguien alrededor, ese alguien era el doctor Whitley Physicker. De modo que se lo agradeció gentilmente y se despidió de él.

Oyó que el carruaje se alejaba, los caballos golpeteando los adoquines, mientras tocaba el llamador de la puerta. Una criada asomó en el umbral. Era una alemana tan recién llegada del barco que el idioma no le alcanzaba para preguntar el nombre a Peggy. La invitó a pasar con un gesto, la sentó en un banco, en el vestíbulo, y sostuvo ante ella una bandeja de plata.

¿Para qué sería el plato? Peggy no atinaba a descubrir los pensamientos que poblarían la mente de esa extranjera. Esperaba, algo, ¿qué? Un papelito, o algo así, pero a Peggy no se le ocurría para qué. La joven acercó más la bandejilla, pero ella sólo atinó a encogerse de hombros.

Finalmente, la alemanita renunció y se marchó. Peggy aguardó sentada sobre el banco. Buscó los fuegos interiores que poblaban la casa y halló al que buscaba. Sólo entonces comprendió para qué era la bandeja: para su tarjeta de visita.

La gente de las ciudades, al menos los ricos, ponían el nombre en unas pequeñas cartulinas para anunciarse cuando acudían a visitar a otro. Peggy recordaba haber leído algo de eso en un libro, pero era en las Colonias de la Corona. Nunca creyó que las personas conservarían tal formalidad en tierras libres.

Pronto llegó la dama de la casa. La criada alemana la seguía detrás, atisbando a la zaga de su hermoso atuendo. Peggy supo, por su fuego interior, que la mujer no se había vestido de ningún modo en particular ese día. Pero para Peggy fue como la misma Reina.

Y en su fuego vio lo que esperaba: la mujer no estaba enfadada de verla. Sólo intrigada. Ah, la estaba evaluando, desde luego. Peggy nunca había conocido a nadie, por no hablar de sí misma, que no emitiera ningún juicio al encontrarse con un desconocido. Pero fue una opinión favorable. Cuando la dama miró las ropas sencillas de Peggy, vio a una joven del campo, no a una indigente. Cuando la dama vio la expresión grave e impávida de Peggy, no creyó estar ante una joven fea, sino ante alguien que había conocido el dolor. Y cuando la mujer imaginó el dolor de Peggy, su primer pensamiento fue ayudarla a sanar. Era una buena mujer. Peggy no se había equivocado al acudir allí.

—No creo que haya tenido el placer de conocerla —dijo la mujer. Su voz era dulce, suave y hermosa.

—Supongo que no, señora Modestia —dijo Peggy—. Mi nombre es Peggy. Creo que usted tuvo cierta relación con mi padre, años atrás.

—¿Quizá si mencionara su nombre?

—Horace. Horace Guester, de Hatrack, Hio.

Peggy vio el torbellino que agitó su fuego interior al escuchar el nombre; un recuerdo feliz, aunque con cierto atisbo de temor. ¿Qué querría esa joven? Pero el temor se desvaneció rápidamente. Su esposo había fallecido años atrás, y nada podía perjudicarla. Aun así, ninguna de estas emociones se reflejó en el rostro de la mujer, que mantuvo con perfecta gracia su expresión dulce y amistosa. Modestia se volvió hacia la criada, y habló unas palabras en fluido alemán. La doncella hizo una reverencia y se marchó.

—¿Su padre la envió? —preguntó la dama. Su pregunta implícita era: «¿Tu padre te dijo qué fui yo para él, y él para mí?»

—No —dijo Peggy—. Vine aquí por mi cuenta. Moriría si supiera que sé su nombre. Como

verá, soy una tea, señora Modestia. Él no tiene secretos para mí. Nadie los tiene.

Peggy no se sorprendió al ver cómo tomaba Modestia la novedad. La mayoría de la gente habría pensado de inmediato en los secretos que ella podría ver dentro de cada uno. Pero, en cambio, la mujer pensó qué terrible debía de ser para Peggy conocer cosas que no tendría que saber.

—¿Desde cuándo es así? —preguntó suavemente—. Seguramente, no desde que era usted pequeña. El Señor es demasiado misericordioso para permitir que tal conocimiento inunde la mente de una criatura.

—Me parece que el Señor no se preocupó mucho por mí —aventuró Peggy.

La dama tendió la mano y la posó sobre la mejilla de Peggy. La joven sabía que había reparado en el polvo que la cubría. Pero la dama no pensaba en sus ropas o en la pulcritud. Pensaba que era una tea. Y que por eso una joven de su corta edad lucía un rostro tan frío e inexpresivo. Saber tanto había endurecido a la mujercita.

—¿Para qué has venido aquí? —preguntó Modestia—. Seguramente no piensas castigarnos, a mí o tu padre por nuestra antigua transgresión.

—Oh, no, señora —dijo Peggy. Nunca en la vida su voz le había resultado tan áspera; comparada con la de esa dama, parecía un graznido de cuervo—. Si soy lo bastante buena tea para conocer su secreto, también sé que en él hubo tanto de bondad como de falta, y, en lo que respecta al pecado, Papá sigue pagando por él, el doble y el triple cada año de su vida.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Modestia.

—Había esperado... —murmuró—, había deseado que el tiempo atemperase la vergüenza, y que ahora él pudiese recordarlo con alegría. Como uno de esos antiguos tapices ingleses desvaídos cuyos colores ya no brillan pero cuya imagen es la sombra misma de la belleza.

Peggy pudo haberle dicho que él sentía más que alegría, y que sus sentimientos por ella eran tan vivos como antes. Pero ése era el secreto de Papá, y no le correspondía a ella decirlo.

Modestia se llevó un pañuelo a los ojos, para enjugar las lágrimas que temblaban en las pestañas.

—Durante todos estos años no he hablado de esto con nadie. Sólo confié mi corazón al Señor, y él me ha perdonado; sin embargo, hay algo hermoso en poder hablar de esto con alguien cuyo rostro esté ante mis ojos, y no sólo en mi imaginación. Dime, niña, si no has venido como ángel vengador, ¿habrás llegado a otorgar el perdón?

La señora Modestia hablaba con tal elegancia que Peggy se encontró buscando en la memoria el lenguaje de los libros que había leído, en lugar de su habla natural.

—Soy una... suplicante —repuso Peggy—. He venido a por ayuda. He venido a cambiar mi vida, y pensé que, como usted quiso a mi padre, podría querer ser gentil con la hija...

La dama sonrió.

—Si realmente eres la tea que dices ser, ya conoces mi respuesta. ¿Qué clase de ayuda necesitas? Mi esposo me dejó una buena suma de dinero al morir, pero no creo que sea dinero lo que necesitas.

—No, señora —dijo Peggy. Pero ¿qué deseaba, ahora que estaba allí? ¿Cómo explicarle para qué había acudido a ella?— No me agradaba la vida que vi para mí misma en Hatrack. Quise...

—¿Escapar?

—Algo así, supongo, aunque no exactamente.

—¿Quieres ser otra cosa distinta de lo que eres? —dijo la dama.

—Sí, señora Modestia.

—¿Y qué deseas ser?

Peggy nunca había pensado en las palabras con que pudiese describir su sueño, pero ahora que tenía ante sí a la señora Modestia, supo cómo expresar sencillamente su anhelo:

—Deseo ser como usted, señora.

La dama sonrió, y se pasó la mano por el rostro y por los cabellos.

—Ah, mi niña, debes tener metas más elevadas que ésa. Mucho de lo mejor que hay en mí me lo dio tu padre. La forma en que me amó me enseñó que quizá, no, no quizá, que yo era digna de ser amada. He aprendido mucho más desde entonces, sobre lo que una mujer es y debe ser. Qué hermosa simetría poder devolver a su hija parte de la sabiduría que él me prodigó. —Rió suavemente—. Jamás imaginé que pudiese tomar una pupila.

—Yo pensé más bien en ser una discípula, señora Modestia.

—Ni pupila ni discípula. Te quedarás aquí, en mi casa, como huésped. ¿Me dejarás ser tu amiga?

Aunque Peggy no pudo ver con claridad los senderos de su propia vida, sintió que se abrían en su interior, y que todos los futuros que tanto ansiaba la aguardaban en ese lugar.

—Ay, señora —murmuró—, si usted quisiera...

EL BUSCADOR DE CORRIENTES SUBTERRÁNEAS

Hank Dowser había visto muchos aprendices con los años, pero ninguno tan fresco como éste. Allí estaba Pacífico Smith, inclinado sobre la herradura delantera izquierda de la vieja Picklewing, dispuesto a hundir el clavo, cuando de pronto intervino el niño.

—Ese clavo no. Allí no.

Bueno, era el mejor momento para que el maestro arrojara un buen zoquete contra la oreja del mocoso y lo enviara chillando a la casa. Pero Pacífico Smith sonrió y miró al joven.

—¿Crees que puedes clavar esta herradura, Alvin? —preguntó el maestro—. Es una yegua grandota, pero veo que has crecido unos centímetros desde la última vez que me fijé.

—Puedo —repuso el niño.

—Un momento —irrumpió Hank Dowser—. Picklewing es mi único animal, y no puedo comprarme otro. No quiero que su aprendiz practique con mi yegua y se equivoque a costa de ella. —Y como estaba hablando con toda franqueza, Hank espetó como un imbécil—: De todas formas, ¿quién es el maestro aquí?

Bueno, fue un error. Lo supo no bien lo dijo. No se dice «¿Quién es el maestro?» delante del aprendiz. A Pacífico Smith se le encarnaron las orejas, y se puso de pie cuan alto era, con esos brazos de buey y esas manos capaces de aplastar la cabeza a un oso, y dijo:

—El maestro aquí soy yo, y cuando digo que mi aprendiz es lo bastante bueno para hacer un trabajo, pues lo es, o te llevas el caballo a otro herrero.

—Tranquilo... —dijo Hank Dowser.

—Estoy tranquilo, con la pata de tu yegua en la mano. En realidad, pesa bastante, y tú me vienes a preguntar si soy el maestro en mi propia herrería.

Cualquiera con dos dedos de frente sabe que encolerizar al que va a herrarte la yegua es tan idiota como provocar a las abejas cuando uno va a buscar la miel. Hank Dowser esperó que fuera fácil calmar a Pacífico.

—Pero claro que lo eres. Sólo que me sorprendió que tu aprendiz hablara con tal desparpajo. Eso fue todo.

—Bueno, es que tiene un don —repuso Pacífico Smith—. Este niño, Alvin, sabe cómo está la pezuña del animal por dentro. Cuándo prenderá el clavo, cuándo lastimará la carne viva, esas cosas. Y sabe herrar, naturalmente. Si me dice «No meta ese clavo allí», sé que no debo hacerlo, porque el caballo quedará cojo o se pondrá como loco.

Hank Dowser sonrió y retrocedió. Era un día caluroso, y por eso la gente andaba con el ánimo caldeado.

—Respeto el don de cada hombre —dijo Hank—. Como deseo que los demás respeten el mío.

—En ese caso, ya he sostenido demasiado la pata de este animal. Alvin, ven a clavar la herradura —ordenó el herrero.

Si el niño hubiera reído con sorna, o se hubiera pavoneado, Hank habría tenido motivos para irritarse tanto. Pero Alvin el Aprendiz se acercó cabizbajo, con los clavos en la boca, para poner la herradura delantera izquierda. Picklewing se apoyó sobre él, pero el niño era alto, aunque no se le veía asomo de barba en el rostro. Y tenía los mismos músculos que su maestro. La yegua se inclinó de esa forma durante un minuto, antes de que la herradura estuviera calzada en su sitio. Ni se inquietó, ni mucho menos corcoveó como hacía cuando la herraban. Y ahora que Hank lo pensaba, Picklewing siempre parecía inclinarse un poco sobre esa pierna, como si dentro de la herradura tuviese una llaga. Pero llevaba tanto tiempo así que Hank ni siquiera había reparado en ello.

El aprendiz se apartó del sitio, sin jactarse de su labor. No hacía nada que fuese reprobable, pero Hank seguía sintiendo una ira irrazonable hacia el joven.

—¿Cuántos años tiene?

—Catorce —repuso Pacífico Smith—. Llegó aquí cuando tenía once.

—Bastante crecido para empezar como aprendiz, ¿no crees? —preguntó Hank.

—Llegó con un año de retraso por la guerra entre los pieles rojas y los franceses. Es de la región del Wobbish.

—Pasaron años jodidos, esos —dijo Hank—. Yo, por suerte, estuve en Irrakwa todo el tiempo. Buscando corrientes subterráneas para molinos de agua a lo largo del ferrocarril que estaban construyendo. Catorce, ¿eh? Será muy alto, pero creo que mintió sobre su edad.

Si al niño le ofuscó que lo llamaran mentiroso, no dio señales de ello. Lo cual enfureció a Hank Dowser más todavía. Ese chico era como una hormiga en el trasero: todo lo que hacía lo volvía furioso.

—No —insistió el herrero—. Conocemos bien su edad. Nació aquí, en Río Hatrack, catorce años atrás, cuando su familia pasaba en dirección al Oeste. Es grande para sus años, ¿no?

Parecían estar hablando de un caballo en lugar de un joven. Pero a Alvin el Aprendiz no le importó. Se quedó allí de pie, mirando a través de ellos como si fuesen de cristal.

—¿Entonces te quedan cuatro años más de contrato? —preguntó Hank.

—Algo más. Hasta que esté por cumplir los diecinueve.

—Bueno. Si ya es tan bueno, pronto se marchará por su cuenta. —Hank miró al joven, pero éste tampoco pareció entusiasmarse con la idea.

—Creo que no —dijo Pacífico Smith—. Es bueno con los caballos, pero se descuida con la forja. Cualquier herrero sabe hacer herraduras, pero hay que ser herrero de veras para hacer hojas de arado, o cintas de ruedas, y para eso el don con los animales no te sirve de un comino. Vaya, para terminar mi instrucción elegí hacer un ancla como pieza maestra. Estaba en Netticut por entonces, claro. Aquí nadie pide muchas anclas, para el caso...

Picklewing resopló e hizo sonar los cascotes, pero no se encabritó como suelen hacer las bestias cuando les ponen mal una herradura. Era un buen juego de hierros, bien clavado. Hasta eso hizo que Hank se enfureciera más con el aprendiz. Su propia ira no parecía tener sentido. El niño había clavado la última herradura de Picklewing en una pata que, en manos de cualquier otro herrero, habría quedado coja. Lo había hecho bien. ¿Por qué entonces esa ira ardiente bajo la piel, que empeoraba con cada cosa que hacía o decía el chico?

Hank se desembarazó de sus sentimientos.

—Bueno, habéis hecho bien el trabajo —dijo—. Ahora me corresponde cumplir mi parte.

—Oye, ambos sabemos que encontrar una corriente subterránea vale más que hacer un juego de herraduras —aclaró el herrero—. Conque si necesitas más trabajo te lo debo, gratis y sin demoras.

—Volveré, Pacífico Smith, la próxima vez que mi animal necesite herraduras nuevas. —Y como Hank Dowser era cristiano, y se avergonzaba del desagrado que le inspiraba el joven, agregó loas a su trabajo—. Con el don que tiene el chico, seguramente he de volver mientras él siga de aprendiz aquí.

Pero el niño hizo como si no hubiera escuchado los elogios, y el maestro herrero se limitó a contener una risilla.

—No eres el único que siente así —dijo.

En ese momento, Hank Dowser comprendió algo que, de otro modo, se le habría escapado. El talento del joven con las herraduras era útil para el comercio, y Pacífico Smith era de la clase de hombre que retendría al joven hasta el último día de su contrato para beneficiarse con su fama de herrar sin daños y sin caballos cojos. Lo único que debía hacer un maestro codicioso era aducir que el niño era malo en la forja o algo por el estilo, y usar eso como pretexto para retenerlo. Mientras tanto, el joven haría que su herrería fuese considerada la mejor en todo el territorio al este del Hio. Dinero en los bolsillos de Pacífico Smith, y nada para el joven: ni monedas, ni libertad.

La ley era la ley, y el herrero no la estaba violando: tenía derecho al trabajo del aprendiz hasta el último día del contrato. Pero era costumbre que un aprendiz se marchara no bien tuviese suficiente conocimiento para ganarse la vida en el mundo. Pues, si un chico no podía aspirar a una libertad temprana, ¿qué estímulo tendría para trabajar con todo su empeño y tesón? Decían que hasta los propietarios de esclavos, de las Colonias de la Corona, dejaban que sus mejores

negros ganasen algo de dinero para que pudiesen comprar su libertad algún día, antes de morir.

No. Pacífico Smith no estaba actuando en contra de la ley, pero estaba violando la usanza de los maestros para con sus aprendices, y Hank pensó mal de él por ese motivo: un maestro debía de ser muy ruin para retener a un chico que ya sabía cuanto él pudiese enseñarle.

Y sin embargo, sabiendo que el joven actuaba bien, y su maestro mal, aun sabiéndolo, miró al chico y sintió un odio frío en el corazón. Hank se estremeció, y trató de librarse de su aversión.

—Dices que necesitas una corriente subterránea —cambió de tema—. ¿La quieres para beber, para lavar o para la herrería?

—¿Acaso eso cambia las cosas? —preguntó el herrero.

—Bueno, yo diría que sí—dijo Hank—. Para beber hace falta agua pura, y para lavar es necesaria agua que no tenga enfermedad. Pero para trabajar en la fragua, al hierro le da lo mismo enfriarse en agua limpia o fangosa, ¿me equivoco?

—La vertiente de la colina se está secando, año tras año —explicó Pacífico—. Necesito una fuente con qué contar. Profunda, límpida y pura.

—¿Sabes por qué se seca la fuente? —ofreció Hank—. Porque todos cavan pozos, y consumen el agua antes de que asome siquiera. Tu corriente de agua debe de ser el último filón...

—No me sorprendería —comentó el herrero—. Pero no puedo tapar las fosas de los demás. Y yo también necesito agua. Me afiqué aquí por el arroyo, y ahora me lo están secando. Supongo que podría mudarme, pero tengo una esposa y tres críos en la casa, y, bueno, me gusta este lugar. Conque prefiero buscar agua nueva a tener que irme.

Hank fue hasta un grupo de sauces que había cerca del arroyo, no lejos de una vieja casa de vertiente, en mal estado.

—¿Es tuya? —preguntó Hank.

—No. Pertenece a Horace Guester, el dueño de la hostería que hay más allá.

Hank buscó una delgada varita de sauce que se abría formando una horquilla correcta, y comenzó a cortarla con su cuchillo.

—Veo que no usan mucho la casa de la vertiente...

—El arroyo se está secando, como te dije. La mitad del tiempo, en verano, el agua no alcanza para mantener frescas las jarras con la nata. Una casa de vertiente no sirve si no puede usarse todo el verano.

Hank hundió la hoja por última vez, y la varita se separó. Afiló en punta el extremo grueso, y arrancó las yemas para que quedara lo más lisa posible. Había buscadores de corrientes subterráneas que no se fijaban en si la varita quedaba lisa o no, que arrancaban las hojas y dejaban las yemas al aire. Pero Hank sabía que el agua a veces se resistía, y que para encontrarla hacía falta una buena varita de sauce. Otros usaban una varita lisa, pero siempre la misma, año tras año, lugar tras lugar, y eso tampoco era bueno. Hank lo sabía, porque la rama debía ser de sauce o, a veces, de nogal que creciese absorbiendo el agua que uno deseaba encontrar. Otros buscadores de fuentes subterráneas eran charlatanes de feria, aunque no servía de mucho decirlo. La mayoría de las veces encontraban agua porque en casi todos los sitios aparece una napa si uno cava lo suficiente. Pero Hank lo hacía bien. Hank tenía el don de verdad. Podía sentir el temblor de la varita en las manos, y el agua que le canturreaba desde lo profundo de la tierra. Tampoco se contentaba con la primera señal de agua. Buscaba agua limpia, agua alta, cercana a la superficie y fácil de extraer. Se enorgullecía de su trabajo.

Pero no era como ese aprendiz —¿cómo se llamaba?—, Alvin, no era como él. Un hombre sabía herrar un animal sin dejarlo cojo, o bien no sabía. Y si alguna vez lastimaba un caballo, la gente lo pensaría dos veces antes de volver al mismo herrero. Pero con un buscador de aguas subterráneas, no parecía haber diferencia si uno hallaba agua siempre o no. Si uno se llamaba buscador de corrientes subterráneas y tenía una horquilla de madera, la gente le pagaría por buscar agua, sin molestarse en descubrir si uno tenía realmente el don o no.

Al pensarlo, Hank se preguntó si no sería por eso que odiaba tanto al joven. Él ya se había hecho un nombre por su trabajo, mientras que Hank no gozaba de ninguna fama pese a ser el único buscador de fuentes subterráneas genuino que podía pasar por esas tierras.

Se sentó sobre la orilla verde del arroyo y se quitó las botas. Cuando se inclinó para posar la segunda bota sobre una roca seca, donde no pudiera llenársele de tábanos, vio dos ojos que parpadeaban en la sombra, dentro de un seto espeso. Le dieron un susto de padre y señor mío,

pues creyó estar ante un oso primero, y luego imaginó que podía ser un piel roja buscando cueros cabelludos, aunque ambos peligros no se veían mucho por esas tierras en esa época. No, era un negrito mestizo, oculto en los arbustos. Mitad blanco, mitad negro. Hank lo notó enseguida tras reponerse de la sorpresa.

—¿Qué miras? —exigió Hank.

Los ojos se cerraron, y el rastro desapareció. Los arbustos se retorcieron y susurraron: alguien se alejaba deprisa.

—Descuida —dijo Pacífico Smith—. Es Arturo Estuardo.

¡Arturo Estuardo! No había nadie en Nueva Inglaterra ni en Estados Unidos que no conociese ese nombre como si viviera en las Colonias de la Corona.

—Ah, pues yo soy el Lord Protector, mucho gusto —dijo Hank Dowser—. Si el Rey tuviera ese color de piel, yo tendría derecho a tres comidas gratis por día en cualquier pueblo de Hio o Suskwahenny hasta el día de mi muerte.

Pacífico rió de la ocurrencia.

—No, ésa fue una broma de Horace Guester: ponerle al niño semejante nombre. Horace y la vieja Peg Guester lo están criando, pues su madre legítima es muy pobre para hacerlo. No creo que sea la única razón. Tiene la piel tan clara para ser negro, que, bueno... A su padre, Mock Berry, no puede culpárselo si no quiere ver al niño sentado a la mesa junto a todos los demás carboncitos.

Hank Dowser comenzó a quitarse los calcetines.

—No supondrás que el viejo Horace Guester lo aceptó por haber hecho su parte para que el niño saliera con la tez tan clara...

—Calla esa boca, Hank, antes de decir nada semejante —dijo Pacífico—. Horace no es de esa clase de hombre.

—Te sorprendería saber quiénes resultaron ser esa clase de hombres —dijo Hank—. Aunque no pienso así de Horace Guester, claro.

—¿Crees que la vieja Peg Guester dejaría entrar en su casa a un hijo bastardo medio negro de su propio marido?

—¿Y si no lo supiera?

—Lo sabría. Su hija Peggy era la tea de Río Hatrack. Y todos sabemos que la pequeña Peggy jamás diría una mentira.

—Antes de venir a este lugar escuché hablar mucho de esa tea. ¿Cómo es que nunca la he visto?

—Se ha marchado. Es por eso —explicó Pacífico—. Tres años atrás. Se fugó. Ten el buen tino de no preguntar nunca por ella en la hostería de los Guester. Son un poco quisquillosos sobre el tema.

Descalzo, Hank Dowser se puso de pie, a orillas del arroyo. Levantó la vista, y allí entre los árboles, Arturo Estuardo lo miraba nuevamente. Bueno. ¿Qué daño haría un pequeño negrito? Ninguno.

Hank se internó en las aguas y dejó que el líquido helado creciera sobre sus pies. Habló al agua en silencio: No quiero obstruir tu flujo, ni volverlo más lento. La vertiente que encontraré no quiere hacerte ningún daño. Será como darte otro lugar para que fluyas por él, como darte otro rostro, otras manos, otro ojo. Conque no te ocultes de mí, Agua. Muéstrame dónde surges, empujando para llegar a los cielos, y yo les diré que caven allí, y te liberaré para que bañes la tierra. Ya verás si no.

—¿Esta agua te parece lo bastante buena? —preguntó Hank al herrero.

—Más pura, imposible —repuso Pacífico—. Jamás escuché que nadie enfermara por tomarla.

Hank hundió la varita en el arroyo, aguas arriba de sus pies. Saboréala, dijo a la varita. Siente el sabor y recuérdalo. Encuentra más agua así de dulce.

La varita comenzó a estremecerse en sus manos.

Estaba preparada. La quitó del arroyo. Se serenó un poco, pero siguió cimbreado, como para hacerle saber que estaba viva y deseosa de buscar.

Se acabó la charla. Se acabó el pensamiento. Hank echó a caminar, con los ojos casi cerrados, pues no quería que la visión lo distrajesen del temblor que sentía en las manos. La varita nunca lo guiaría mal. Mirar el camino sería como admitir que la rama no tenía ningún poder.

Le llevó una media hora. Ah, encontró varios lugares antes, pero no eran lo bastante buenos para Hank Dowser. Podía decirlo por la forma en que la varita se sacudía y caía, allí donde el agua se acercaba lo bastante a la superficie. Era tan bueno en su oficio que muchos no sabían distinguir entre él y un hidromántico, lo cual era el mejor don que podía llegar a desear un buscador de corrientes subterráneas. Y como los hidrománticos eran de los más raros, porque solían ser séptimos hijos o decimoterceros, Hank se conformaba con ser lo que era, en todo caso.

La varita cayó con tanta fuerza que se enterró unos ocho centímetros bajo la tierra. Mejor, imposible. Hank sonrió y abrió los ojos. No estaba ni a treinta metros de la herrería. Con los ojos abiertos no habría podido hallar lugar mejor. Ningún hidromántico lo habría superado.

El herrero pensó lo mismo, al parecer:

—Bueno, si me hubieses preguntado dónde la quería, te habría dicho este lugar.

Hank asintió, y aceptó el cumplido sin una sonrisa, con los ojos entrecerrados. El cuerpo le seguía temblando con la fuerza del agua que lo llamaba.

—No quiero quitar la vara de aquí—dijo Hank— hasta que hayas cavado una zanja alrededor para señalar el sitio.

—Ve a buscar una pala —ordenó el maestro.

Alvin el Aprendiz salió en busca de la herramienta. Hank notó que, tras él, salía Arturo Estuardo, corriendo con sus piernecitas cortas con tanta torpeza que parecía estar a punto de caer. Y cayó, de bruces, un metro más allá, sobre el rocío. Pero eso no lo detuvo. Se puso de pie y siguió andando hacia la herrería adonde había ido Alvin.

Hank se volvió y pateó el suelo que pisaba.

—No soy hidromántico. No estoy seguro —dijo Hank, con toda la modestia de que fue capaz—. Pero diría que no tendrás que cavar tres metros hasta encontrar agua aquí. Nunca he visto un sitio tan fresco y vívido.

—Me importa un bledo: no seré yo quien cave —aclaró el herrero.

—Ese aprendiz parece lo bastante fuerte para cavar solo, si no se duerme cuando vuelves la espalda.

—No es ningún vago —dijo Pacífico—. Pero de todas formas, te quedarás a pasar la noche en la hostería, calculo.

—Me figuro que no —dijo Hank—. A unos diez kilómetros al oeste hay una gente que me necesita. Quieren que encuentre tierra seca para hacer una buena bodega subterránea.

—Pero ¿eso no sería lo contrario de tu don?

—Así es, Pacífico, y en estas tierras húmedas es mucho más difícil.

—Bueno, entonces, pasa por aquí al regresar, y tomarás un trago de la primera agua que saquemos de tu fuente.

—Lo haré —dijo Hank—. Y con gusto. —Era un honor que no solía ofrecérsele a menudo: el primer trago de una vertiente. En eso había cierto poder, pero sólo si se ofrecía libremente—. Regresaré en un par de días, tenlo por seguro.

El aprendiz regresó con la pala y se dispuso a cavar. Fue una zanja superficial, pero Hank notó que el joven la trazaba sin medir. Cada lado del cuadrado era igual, y hasta donde Hank podía medir, los ángulos eran rectos al centímetro. Allí de pie, con la vara todavía hundida en la tierra, Hank sintió una náusea en el estómago por estar tan cerca del joven. Sólo que no era la clase de indisposición de cuando uno quiere vomitar lo que desayunó. Era un malestar que movía a la violencia, al dolor. Hank se sintió con ganas de arrebatarse la pala al chico y partírsela en la cabeza con el filo contra el cráneo.

Hasta que por fin se dio cuenta, con la varita temblándole en las manos. No era Hank quien odiaba al joven, no, señor. Era el agua, a la que Hank servía tan bien. El agua quería matar al chico.

Cuando el pensamiento asomó, Hank luchó por sofocarlo, por acallar el malestar que lo invadía. Era la idea más insensata que se le había cruzado por la mente. El agua era agua, y lo único que quería era salir de la tierra, o descender de las nubes para correr por la tierra. En ella no había malicia. Ni deseo de matar. Y, de todas formas, Hank Dowser era cristiano. Baptista hasta el tuétano, que era la religión natural para un buscador de corrientes subterráneas. Cuando ponía bajo el agua a las personas, era para bautizarlas y para acercarlas a Jesús, no para ahogarlas. Hank no tenía corazón de asesino; el Salvador le enseñaba a amar a sus enemigos, y le enseñaba que

odiar a alguien es como matar.

Oró en silencio a Jesús para que limpiara su corazón de odio y para que le impidiera desear la muerte de ese joven inocente.

Y, por toda respuesta, la vara salió disparada de la tierra, voló de sus manos y fue a caer bajo los setos, a un par de metros.

En todos sus días de buscador de vertientes, jamás le había sucedido algo semejante. ¡Que una vara saliera disparada así! Caramba, era como si el agua lo hubiera desdeñado así como una dama de alcurnia desdeña al hombre que maldice.

—Ya he cavado la zanja —dijo el joven.

Hank lo miró fijamente para ver si había advertido algo extraño en el modo de volar de la varita. Pero el chico no parecía siquiera mirarlo a él. Sólo contemplaba el cuadrado que acababa de delimitar.

—Buen trabajo —dijo Hank, tratando de que la voz no delatara el odio que sentía.

—Cavar aquí no servirá de nada —dijo Alvin.

Hank no podía creer lo que acababan de escuchar sus oídos. Ya era bastante que el niño hubiese sido arrogante con su propio maestro en el arte que conocía. Pero ¿qué cuernos sabía ese mocoso sobre buscar fuentes?

—¿Qué has dicho, muchacho?

Debió de haber sentido la amenaza en el rostro de Hank, o el tono de furia de su voz, pues se retractó.

—Nada, señor —dijo Alvin—. No es asunto mío.

Pero Hank había acumulado tanto odio que no pensaba permitir que el joven se escabullera tan fácilmente.

—¿Crees poder hacer mi trabajo, eh? Tal vez tu maestro te deje creer que eres tan bueno como él porque tienes un don para las herraduras, pero déjame decírtelo, niño: soy un auténtico buscador de corrientes subterráneas y mi varita me dice que aquí hay agua.

—Correcto —dijo el joven. Habló humildemente, y Hank no advirtió que el chico le llevaba diez centímetros de altura, y probablemente más de largo de brazos. Alvin el Aprendiz no era lo que se dice un gigante, pero nadie podría llamarlo enano.

—¿Qué es correcto? ¿Quién eres tú para decir si lo que dice mi varita es correcto o errado?

—Lo sé, señor, estuve fuera de lugar.

El herrero regresó con un pico, una carretilla y dos sólidas palancas de hierro.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tu chico se ha hecho el listo conmigo —dijo Hank. Sabía que no era cierto aun mientras lo decía. El joven se había disculpado, ¿o no?

Entonces, la mano de Pacífico salió disparada, y asestó al joven una bofetada en el rostro, como la zarpa de un oso. Alvin vaciló bajo el peso del golpe, pero no cayó.

—Lo siento, señor —dijo Alvin.

—Dijo que no habría agua aquí donde yo dije que estaría la fuente. —Hank no podía contenerse—. Yo respeté su don, él tendría que haber respetado el mío.

—Con don o sin don —dijo el herrero—, deberá respetar a mis clientes, o aprenderá lo que lleva ser un buen herrero. Sí, señor, ya lo creo que aprenderá.

El herrero tenía en la mano una de las pesadas palancas de hierro, como si pensara azotar al joven con ella en la espalda. Eso sería un homicidio despiadado, y Hank no tenía corazón para presenciárselo. Sostuvo la mano y tomó la palanca por el extremo.

—No, Pacífico, aguarda. Está bien. Me pidió disculpas.

—¿Y a ti eso te basta?

—Eso, y saber que tú me escucharás a mí y no a él —dijo Hank—. No soy tan viejo como para tener que escuchar que un mocoso con don para las herraduras me diga que ya no sé encontrar agua.

—Ah, el pozo se cavará aquí, y puedes apostar por ello. Y lo hará este jovencito, por sí solo, y no comerá un bocado hasta que haya encontrado agua.

Hank sonrió.

—Bueno, en tal caso le alegrará saber que sé lo que hago. No tendrá que cavar mucho, lo aseguro.

Pacífico se dirigió a Alvin, quien se había apartado unos metros. En el rostro no mostraba ira, ni enfado, ni nada, en realidad.

—Voy a acompañar al señor Dowser hasta su yegua recién herrada, Alvin. Y es la última vez que quiero verte hasta que puedas traerme un cubo de agua limpia de este manantial. No comerás bocado ni beberás agua hasta que la tomes de aquí.

—Vamos —dijo Hank—. Ten corazón. Sabes que a veces hace falta dejar pasar unos días hasta que la tierra se asiente en una fuente nueva.

—De todas formas, me traerás un cubo de agua de la fuente nueva, aunque debas trabajar toda la noche —dijo Pacífico.

Se encaminaron a la herrería, hacia el corral donde aguardaba Picklewing. Charlaron un rato, ensillaron y Hank Dowser se marchó, mientras el animal trotaba lo más dichoso y campante, como una castañuela bajo su peso. Mientras partía, vio al chico trabajando. No levantaba ninguna polvareda; sólo el hundirse y levantarse metódico de la pala. El niño no parecía detenerse a descansar, tampoco. En el sonido de su labor no se oía una sola interrupción. El *shuc* de la pala contra la tierra, y el *suish-fum* de los terrones que caían contra la pila.

Hank no acalló su ira hasta que dejó de escuchar el último sonido del joven, hasta que ya no pudo recordar el ruido que hacía. Sea cual fuere el don que tenía Hank para hallar corrientes subterráneas, ese joven era enemigo de su arte. Lo supo sin dudas. Había creído que su ira era irracional antes, pero luego, cuando el chico habló, se dio cuenta de que había estado en lo cierto. El joven creía ser amo del agua, tal vez hasta hidromántico, y eso hacía de él un enemigo de Hank.

Jesús dijo que al enemigo había que regalarle el manto, y darle la otra mejilla. Pero ¿qué se hace cuando el enemigo busca quitarle a uno el medio de subsistencia? ¿Eh? ¿Uno lo deja que le cause la ruina? No este cristiano, se dijo Hank. Esta vez enseñé algo a ese mocoso, y si no aprende, la próxima vez le enseñaré algo más.

EL BAILE DE DISFRACES

Peggy no era la más bella del baile del Gobernador, pero eso no la preocupaba. La señora Modestia le había enseñado que no estaba bien competir entre mujeres.

—No hay un solo premio que, cuando una mujer lo gane, deba quedar fuera del alcance de todas las demás.

Pero nadie más parecía comprenderlo. Las demás mujeres se miraban unas a otras con ojos celosos y ponderaban el posible gasto de los trajes, o calculaban el gasto en amuletos de belleza que otras mujeres pudiesen lucir. Constantemente observaban quién bailaba con quién, y cuántos hombres querían ser presentados.

Pocas de ellas miraron a Peggy con envidia cuando entró por primera vez en el salón, a media tarde. Peggy sabía la impresión que estaba causando. En lugar de lucir un arreglo elaborado en los cabellos, se había cepillado el pelo lustroso para recogerlo en un estilo que parecía prolijo pero proclive a soltar mechones aquí y allá. Su vestido era sencillo, casi sin adornos, pero esto era deliberado:

—Tienes un cuerpo dulce y joven, de modo que tu atuendo no debe distraer la frescura natural de tu silueta juvenil.

Además, el traje era inusualmente modesto y mostraba menos carne que el de cualquier otra mujer. Pero, más que los demás, revelaba el movimiento libre del cuerpo que ocultaba.

Casi podía oír la voz de la señora Modestia, que le decía:

—Muchas jóvenes se confunden. El corsé no es un fin en sí mismo. Es un medio para que los cuerpos viejos y flojos imiten el cuerpo que naturalmente posee una mujer joven y sana. En ti, el corsé debe estar ligeramente encintado, y debe darte comodidad, no opresión. Así tu cuerpo podrá moverse libremente, y serás capaz de respirar. Otras jovencitas se maravillarán de que tengas el coraje de presentarte en público con tu cintura natural. Pero los hombres no miden el corte de las faldas de una mujer, sino el placer natural que les depara la compañía femenina cuando una dama se siente cómoda, segura de sí misma y disfruta de la vida ese día, en ese lugar y en su compañía.

Y lo más importante era que no llevaba joyas. Las demás doncellas dependían de sus sortilegios cada vez que aparecían en público. A menos que una joven tuviese el don de fabricar hechizos, debía comprar —ella, sus padres o su esposo— un conjuro engarzado en un anillo o en un brazalete. Se preferían los amuletos, porque se usaban cerca del rostro, y de esa forma bastaba con un conjuro más débil... y más barato. Tales sortilegios no producían efecto a distancia, pero cuanto más se acercaba uno a una joven con un hechizo de belleza, más comenzaba a sentir que su rostro era particularmente delicioso. Ninguno de sus rasgos se transformaba; uno seguía viendo lo que allí había. Pero lo que cambiaba era el juicio del hombre que estaba por delante. La señora Modestia reía de tales embrujos:

—¿De qué sirve engañar a alguien que sabe que está siendo burlado?

Por eso, Peggy no usaba amuletos.

Todas las demás mujeres del baile usaban disfraz. Aunque todas llevaban el rostro al descubierto, era un baile de máscaras. Sólo Peggy y la señora Modestia, entre todas las damas, no llevaban disfraces, ni simulaban ser un ideal inexistente.

Peggy leyó el pensamiento de las demás jóvenes que la observaron cuando ella entró en el salón: «Qué poca cosa. Qué vulgar. No es una competidora.» Y su evaluación era correcta, al menos inicialmente. Nadie parecía reparar especialmente en Peggy.

Pero la señora Modestia escogía cuidadosamente a algunos de los hombres que se le acercaban:

—Quisiera que conociese a mi joven amiga Margaret —decía, y entonces Peggy ofrecía su sonrisa, fresca, abierta y natural. La sonrisa que hablaba de su honesta dicha al conocer a un

amigo de la señora Modestia.

Le tocaban la mano y se inclinaban, y su gesto de agradecimiento era grácil y desprovisto de todo cálculo: un gesto sincero. Su mano se estrechaba en un gesto amistoso, con el que se saluda a un amigo anhelado.

—El arte de la belleza es el arte de la verdad —decía la dama—. Otras mujeres pretenden ser quienes no son. Tú serás tu más adorable persona, con la misma gracia exuberante y natural de una cierva saltarina o de un águila volando en círculo.

Los hombres la conducían hacia la pista, y allí bailaba con ellos, sin preocuparse por el paso correcto o por llevar bien el ritmo, o por ostentar su vestido. En cambio, disfrutaba de la danza, de su movimiento simétrico, de la forma en que la música fluía por los cuerpos unidos.

El hombre que la conocía y que danzaba con ella, la recordaba. Luego, las demás jóvenes parecían torpes, duras, poco naturales. Muchos hombres, tan artificiales como la mayoría de las mujeres, no se conocían lo suficiente para saber que disfrutaban en compañía de Peggy más que de ninguna otra joven. Pero la señora Modestia no presentaba tales hombres a Peggy. En cambio, sólo permitía que ella bailase con aquellos que pudieran estar a su altura. Y la señora Modestia sabía cuáles eran porque éstos eran quienes la apreciaban sinceramente a ella.

De modo que las horas pasaron en el baile, el crepúsculo anunció una noche brillante, y cada vez más hombres fueron rodeando a Peggy, para anotarse en su lista de baile, conversar con ella durante los intervalos, traerle refrigerios —que aceptaba si tenía hambre o sed, y gentilmente rechazaba si no los deseaba—, hasta que las demás jovencitas comenzaron a reparar en ella. Había muchísimos hombres que no se fijaban en Peggy, desde luego; ninguna otra joven carecía por causa de la abundancia de Peggy. Pero ellas no lo vieron de ese modo. Lo que percibían era que Peggy siempre estaba rodeada, y no le fue difícil adivinar sus conversaciones murmuradas:

—¿Qué clase de conjuro lleva?

—Debajo del corsé lleva un amuleto. Estoy segura de haber visto su forma recortada contra la tela barata.

—¿Acaso no se dan cuenta de que tiene la cintura gruesa?

—Mírale el cabello medio suelto, como si acabara de llegar del granero...

—Debe de adularlos vergonzosamente.

—Espero que hayas notado que sólo una clase de hombre se le acerca...

Pobrecitas, pobrecitas. Peggy no tenía ningún poder que ellas mismas no poseyeran consigo desde la cuna. Ella no empleaba ningún artificio que hubiese que comprar.

Lo más importante para ella era que allí ni siquiera usaba su don. Todas las enseñanzas de la señora Modestia habían llegado fácilmente a ella con los años, pues no eran sino la extensión de su honestidad natural. La única barrera era el don de Peggy. Por costumbre, cuando conocía a alguien, siempre examinaba su fuego interior para ver quién era; y, como sabía más de esa persona que de sí misma, debía ocultar el conocimiento de sus secretos más oscuros. Esto la hacía tan reservada, tan hosca.

La señora Modestia y Peggy estaban de acuerdo: no podía decir a los demás cuánto sabía sobre ellos. Pero la señora Modestia le aseguraba que, mientras ocultara algo tan importante, nunca podría ser la Peggy más hermosa. Nunca podría ser la mujer que Alvin amaría por sus propias cualidades y no por piedad.

La respuesta fue muy sencilla: como Peggy no podía decir lo que sabía, ni podía ocultarlo, la única solución residía en no saber. Ése fue el duro esfuerzo de los pasados tres años: aprender a no mirar los fuegos interiores que la rodeaban. Pero, gracias a su arduo empeño, y años de frustración y de mil triquiñuelas distintas para engañarse, lo había conseguido. Podía entrar en un salón de baile atestado y no prestar atención a los fuegos que había a su alrededor. Claro, los veía —no podía ponerse una «venda»— pero no reparaba en ellos. No se aproximaba para mirar de cerca. Y su talento estaba desarrollándose a tal punto que ya ni debía procurarlo. Podía estar al lado de alguien, conversando, siguiendo sus palabras, sin ver sus pensamientos más que cualquier otra persona.

Desde luego, los años de ejercicio de tea le habían enseñado mucho sobre la naturaleza humana; sobre los pensamientos que ocultan ciertas palabras, o sobre ciertos tonos de voz. O determinadas expresiones y gestos. Era muy hábil para adivinar los pensamientos de los demás. Pero la gente buena no se molestaba cuando ella parecía saber lo que estaba pensando en ese

momento. Peggy no debía ocultar ese conocimiento. Lo que no podía saber eran los secretos más íntimos, y ellos le eran invisibles, a menos que escogiera mirarlos.

Pero ella prefería no saber. En su nuevo estado encontraba una libertad que jamás había experimentado en toda su existencia. Podía juzgar a la gente como cualquiera. Podía disfrutar de la compañía de los demás, sin saber, y, por lo tanto, sin sentirse responsable de sus apetitos ocultos, o, lo peor, de sus futuros atroces. Eso imprimía una suerte de locura exultante a su danza, a su risa, a su conversación. En el baile, nadie se sentía tan libre como Margaret, la joven amiga de Modestia, pues nadie había conocido jamás un confinamiento tan desesperante como el de ella hasta ese momento.

Así, la noche de Peggy en el baile del Gobernador fue gloriosa. No triunfal, pues no derrotó a nadie. El hombre que ganaba su amistad no se sentía conquistado, sino liberado, incluso victorioso. Lo que ella experimentaba era pura dicha, y quienes la acompañaban también gozaban a su lado. Y esos buenos sentimientos eran incontenibles. Aun las que hablaban maliciosamente a espaldas de ella detrás de los abanicos, podían percibir la alegría de la velada; muchos dijeron a la esposa del Gobernador que había sido el mejor baile realizado en Dekane, lo cual equivalía a decir en todo el estado de Suskwhenny.

Algunos incluso se percataron de quién era la que había llevado tanto júbilo a la ocasión. Entre ellos, la esposa del Gobernador y la señora Modestia. Peggy las vio conversar en determinado momento, mientras ella describía un gracioso giro sobre la pista y volvía a su compañero de baile con una sonrisa que lo hizo reír de alegría por estar danzando con ella. La esposa del Gobernador sonreía y asentía, mientras señalaba con el abanico la pista de baile. Por un instante, los ojos de Peggy se cruzaron con los de ella. Peggy le obsequió con una sonrisa, y la dama retribuyó el gesto de aprobación. La actitud no pasó inadvertida: Peggy sería bienvenida en cualquier fiesta a la que quisiera acudir en Dekane. Si lo deseaba, podría ir a dos o tres por noche, cada noche del año.

Pero Peggy no se complació con este éxito, pues sabía lo insignificante que era. Se había abierto camino en los eventos más encumbrados de Dekane, pero Dekane era apenas la capital de un estado al borde de la frontera americana. Si deseaba victorias sociales, tendría que llegar a Camelot para poder relacionarse con la realeza, y de allí dirigirse a Europa, para que la recibieran en Viena, París, Varsovia o Madrid. Pero aun entonces, tampoco significaría nada haber bailado con todas las coronas del continente. Ella moriría, los demás morirían, y ¿sería mejor el mundo por todo lo que ella hubiese bailado?

Catorce años antes, había visto la verdadera grandeza en el fuego interior de un niño recién nacido. Lo había protegido, porque amaba su futuro. Y también había llegado a amar al niño por lo que era, por su alma. Y más que a Alvin el Aprendiz, amaba la tarea que el joven tenía por delante. Los monarcas construían reinos y los perdían. Los mercaderes amasaban fortunas o las despilfarraban; los artistas concebían obras que el tiempo desvanecía u olvidaba. Sólo Alvin el Aprendiz tenía la semilla del Hacedor que se alzaría contra el tiempo, contra la destrucción incesante del Deshacedor. Así, esa noche, bailó para él, sabiendo que si podía ganar el amor de esos desconocidos, también podría obtener el amor de Alvin, y ganar un lugar a su lado en la travesía hacia la Ciudad de Cristal, el sitio donde todos podrían ver como teas, construir como hacedores, y amar con la pureza de Cristo.

Al pensar en Alvin, su atención se desplazó hacia su fuego remoto. Había aprendido a no mirar los fuegos cercanos, pero jamás dejaba de observarlo a él. Tal vez esto le hacía más difícil el poder controlar su don, pero ¿para qué le servía aprender cualquier cosa, si ello le valía perder contacto con el joven? No tuvo que buscarlo; en un rincón de su mente, siempre sabía dónde ardía ese fuego. Durante esos años se había acostumbrado a no tenerlo todo el tiempo ante sí, pero podía encontrarlo apenas en un instante. Y eso hizo entonces.

Cavaba en las tierras que rodeaban la herrería. Pero apenas advirtió la labor, como tampoco lo hacía él. Lo que más ardía en su fuego interior era la furia. Alguien lo había tratado injustamente. Pero eso no era nada nuevo, ¿verdad? Pacífico, uno de los maestros más ecuanímenes, se había dejado invadir por una creciente envidia ante la destreza de Alvin con el hierro, y, en sus celos, había incurrido en una injusticia, al negar la capacidad de Alvin con más vehemencia cuanto más lo superaba el aprendiz. Alvin convivía con la injusticia cada día, pero Peggy nunca lo había visto tan encolerizado.

—¿Ocurre algo malo, señorita Margaret? —El hombre que bailaba con ella la miraba con preocupación. Peggy se había detenido, en mitad de la pista, mientras la música seguía y las demás parejas continuaban la danza. Pero, en derredor de ellos, algunos comenzaron a observarlos.

—No puedo... continuar —se disculpó. Se sorprendió al ver que el miedo la había dejado sin aliento. ¿Miedo de qué?

—¿Quisiera retirarse del salón de baile? —preguntó el joven. ¿Cuál era su nombre? En su mente había un solo nombre: Alvin.

—Por favor —repuso. Se apoyó en él mientras salían por las puertas abiertas rumbo al patio. La multitud se apartó para dejarles paso; ella no se dio cuenta.

Era como si toda la ira que Alvin llevaba acumulando durante los años de trabajo con Pacífico Smith, ahora pugnara por salir y cada golpe de su pala fuese un profundo tajo de venganza. Un buscador de corrientes subterráneas, itinerante... ése había sido quien lo enfureciera. A ése quería lastimar. Pero el buscador de fuentes no preocupaba a Peggy, ni su provocación, por ruin o terrible que hubiese sido. La afligía Alvin. ¿Acaso no veía que cuando cavaba con tanto odio cometía un acto de destrucción? ¿Y no sabía que cuando uno obra para destruir invita al Destructor? Cuando uno deshace, el Deshacedor puede reclamar la posesión de su ser.

Afuera, en la oscuridad crepuscular, el aire era más fresco. La última hebra de sol teñía de escarlata los prados de la mansión del Gobernador.

—Señorita Margaret, espero no haberle provocado este desmayo...

—No, no es un desmayo. ¿Me perdonará usted? Me reclama un pensamiento, al cual debo dedicar mi atención.

La miró, extrañado. Cuando una mujer quería desembarazarse de un hombre, siempre sostenía estar a punto de desmayarse. Pero no la señorita Margaret. Peggy sabía que el hombre estaba intrigado e inseguro. El significado de un desmayo en el código de comportamiento social era inconfundible. Pero ¿cuál sería la respuesta apropiada de un joven, cuando la dama decía «tener que prestar atención a un pensamiento»?

Posó una mano sobre el brazo de su compañero.

—Le aseguro, amigo mío, que estoy bien, y que me es sumamente grato bailar con usted. Espero que pronto volvamos a compartir una pieza. Pero, por ahora, por el momento, necesito estar sola.

Vio que sus palabras lo tranquilizaban. Llamarlo «amigo mío» era promesa de recordarlo. Y su deseo de volver a bailar con él era tan sincero que el joven le creyó. Tomó sus palabras por ciertas, y se inclinó con una sonrisa. Después de eso, Peggy ni siquiera lo vio marcharse.

Su atención se hallaba muy lejos, en Río Hatrack, donde Alvin el Aprendiz llamaba al Deshacedor sin saber que lo hacía. Peggy buscó y buscó en su fuego interior, tratando de ver de qué modo podría mantenerlo a salvo. Pero no encontró nada. Alvin estaba movido por la ira, y todos los caminos conducían a un solo sitio. Y el sitio la paralizó de terror, pues no pudo ver lo que allí había, no pudo ver lo que podría suceder. Y no había modo de salir.

¿Qué hacía en este baile idiota, mientras Alvin necesitaba de mí? Si hubiera estado prestando la debida atención, habría visto avecinarse todo esto. Y podría haber hallado un modo de protegerlo. En cambio, estaba bailando con estos hombres que nada significan para el futuro de la humanidad. Sí, son felices a mi lado. Pero ¿de qué vale eso, si Alvin cae, si Alvin el Aprendiz es destruido, si la Ciudad de Cristal es deshecha antes de que el Hacedor comience a construirla siquiera?

LOS POZOS

Alvin no necesitó alzar la vista cuando el buscador de corrientes subterráneas se alejó. Supo por dónde se movía el hombre: su ira era como un ruido negro entre la dulce música verde del bosque. Ésa era la maldición de ser el único blanco, niño o adulto, que podía sentir la vida de la tierra verde. Por lo tanto, era el único blanco que sabía que la tierra se moría.

No se trataba de que el suelo fuese estéril; años de crecimiento boscoso habían vuelto tan fértil a la tierra que, como se decía, hasta la sombra de una semilla podía echar raíces y germinar. En los campos había vida. La había incluso en los pueblos. Pero no era parte del propio canto de la tierra. Era mero ruido, mero murmullo. El verde del bosque, la vida del indio, del animal, de la planta, el suelo que antes viviera unido y en armonía, ahora silenciaba su canto, que se tornaba cada vez mas quejumbroso e intermitente. Alvin lo oía morir y sufría por ello.

Ay, presumido buscador de corrientes subterráneas. ¿Qué te enfureció tanto? Alvin no lograba dilucidarlo. Pero no discutió, pues no bien se acercó el buscador de agua, Al vio que el Deshacedor asomaba en los confines de su visión, como si Hank Dowser lo hubiera traído consigo.

La primera vez que Alvin vio al Deshacedor fue en sus pesadillas infantiles: era una inmensa nada que rodaba invisible hacia él, tratando de aplastarlo, de introducirse en él, de desmigajarlo. El viejo Truecacuentos había ayudado a Alvin para que éste pudiese dar nombre a su enemigo vacío: el Deshacedor, el que ansiaba deshacer el universo y desmoronarlo hasta que fuese plano, frío, liso y muerto.

Cuando le dio nombre y comprendió de qué se trataba, comenzó a ver al Deshacedor a la luz del día, bien despierto. No de frente, claro está: no se puede mirar al Deshacedor de frente. Yace invisible detrás de todo lo que vive, crece y se construye en el mundo. Pero Alvin lo veía en los límites de su visión, como si acechara, como si fuera una serpiente furtiva.

De niño, Alvin había aprendido una forma de hacer que el Deshacedor retrocediera y se mantuviera a raya. Sólo tenía que emplear sus manos para construir algo. Podía ser tan simple como tejer hebras de hierba para formar cestillas. Eso le bastaba para encontrar un poco de paz. Así, cuando el Deshacedor apareció cerca de la herrería, poco tiempo después de que Alvin llegase allí, el aprendiz no se preocupó mucho. En la herrería sobraban ocasiones de hacer cosas. Además, en la fragua había muchísimo fuego, fuego y hierro: la tierra más dura. Alvin sabía, desde la infancia, que el Deshacedor siempre buscaba el agua. Ella era su sierva, y hacía casi toda la labor de destrucción y desgaste. Por eso no se sorprendió cuando el Deshacedor cobró vigor y fuerzas ante la cercanía de un buscador de corrientes subterráneas como Hank.

Pero ahora Hank se marchaba, llevándose consigo toda su ira y su iniquidad, y el Deshacedor seguía allí, oculto en los prados y arbustos, acechando en las sombras largas del crepúsculo.

Hundir la pala, hacer palanca con la tierra, llevarla hasta el borde del foso y echarla a un lado. Un ritmo firme para construir una pila cuidadosa y dar forma a los lados del hoyo. Primero, el primer metro del agujero, dejar los lados en ángulo recto, para armar la forma de la construcción. Luego, seguir cavando más hondo pero dándole una forma redondeada, para que luego pueda recubrirse de piedra el lado interno de la fuente. Aunque supiera que de este pozo nunca saldría agua, lo haría con cuidado para que perdurara. Construir con prolijidad, lo más perfecto posible, para tener a raya a ese Deshacedor furtivo.

¿Y entonces, por qué Alvin no se sentía más valiente ante su enemigo?

Alvin sabía que se aproximaba la noche. Como si tuviera un reloj en el bolsillo, porque vio acercarse a Arturo Estuardo con el rostro acabado de limpiar, justo después de la cena, chupando un dulce de marrubio y sin decir una palabra. Alvin se había acostumbrado a su presencia. Desde que el niño había comenzado a caminar, había sido siempre la sombra de Alvin. Sólo se salvaba

de su acecho cuando llovía. Nunca decía mucho, y cuando hablaba no era fácil comprender sus balbuceos de niño. Le costaba pronunciar la erre y la ese. Pero no importaba. Arturo nunca quería nada y nunca hacía daño. Al cabo de un tiempo, Alvin terminó por olvidar la presencia del niño.

Allí, cavando, mientras las moscas de la tarde le zumbaban en el rostro, Alvin no podía hacer mucho con la cabeza sino pensar. Llevaba tres años en Hatrack, y en todo ese tiempo no había podido acercarse ni un centímetro más al conocimiento de su don. Casi nunca lo usaba, salvo cuando debía herrar a los caballos, y porque no toleraba que sufrieran cuando él sabía cómo clavar para que la herradura entrara bien. Era una buena acción, pero comparada con la destrucción que sufría la tierra a su alrededor, no servía de mucho.

En esa región, el hombre blanco era la herramienta del Deshacedor. Alvin lo sabía: el hombre blanco podía destruir mejor que el agua, incluso. Cada árbol que caía, cada nutria, ciervo, mapache o castor que mataba sin consentimiento del animal, cada muerte era parte de la matanza de la tierra. Antes, los pieles rojas habían mantenido el equilibrio en las cosas, pero ya no se los veía: habían muerto, o bien traspasado el Mizzipy al oeste, o, como los irrakwa y los cherriky, habían dejado que su corazón se volviera blanco, y, con las mangas por los codos, competían con los hombres blancos para ver quién deshacía más rápido la tierra. No quedaba nadie que velara por la integridad de las cosas.

A veces, Alvin creía ser el único que aborrecía al Deshacedor y que deseaba construir para derrotarlo. Y no sabía cómo hacerlo. No tenía idea del paso que debía dar a continuación. La tea que lo había tocado durante su nacimiento era la única persona que podía enseñarle a ser un auténtico Hacedor, pero se había marchado la misma mañana que él llegó. No podía ser accidental: ella había preferido no enseñarle. Alvin sabía que lo aguardaba un destino, pero no había quien lo ayudaría a encontrar el sendero.

Sin dudas, no sería el herrero. Qué viejo codicioso. Alvin sabía que Pacífico Smith le enseñaba lo menos posible. Sabía que Pacífico se preguntaba cómo haría Alvin para aprender tanto, pero el joven lo observaba trabajar cuando el maestro lo creía distraído. El viejo Pacífico haría cuanto estuviera en sus manos para impedir que Alvin se marchase. Heme aquí: con una verdadera Obra honesta que hacer en la vida, como los tipos de la Biblia, o Ulises, o Héctor, y el único maestro que me toca es este herrero tan codicioso que debo hurtarle los conocimientos, aunque me correspondan por derecho.

A veces, Alvin ardía de furia, y a veces soñaba hacer algo espectacular para mostrar a Pacífico Smith que su aprendiz no era ningún tonto que se dejaba embaucar sin decir ni ay. ¿Qué haría Pacífico Smith si viera a Alvin partir el hierro con los dedos? ¿O si lo viera enderezar un clavo torcido y dejarlo fuerte como antes, o unir el hierro quebradizo que se astillaba bajo el martillo? ¿Qué haría si viese a Alvin dejar una lámina de hierro tan delgada que pudiese verse el sol a su través, pero que, de tan fuerte, nadie pudiese romper?

Pero con sólo pensarlo, Alvin supo que sería una rematada estupidez. Pacífico Smith se quedaría boquiabierto la primera vez, y tal vez hasta se desmayara, pero en diez minutos estaría pensando un modo de obtener provecho de su don, y Alvin perdería toda esperanza de marcharse antes de su tiempo. Y su fama echaría a correr, sí, señor, y cuando por fin tuviese diecinueve años y pudiera ser libre, Alvin ya habría dado demasiado que hablar. La gente lo acosaría pidiéndole curaciones, conjuros, enmiendas y trabajos en piedra, proezas todas para las cuales no había nacido. Si le llevaban a los enfermos para que los curase, no tendría tiempo para aprender otro don que el de la medicina. Ya curaría cuando hubiese aprendido el camino que lo llevara a ser un Hacedor.

Una semana antes de la masacre de Tippy-Canoe, el profeta Lolla-Wossiky le había mostrado una visión de la Ciudad de Cristal. Alvin sabía que, en el futuro, él tendría que construir esas torres de luz y hielo. Ése era su destino, y no ser un remendón de pueblo. Mientras estuviera al servicio de Pacífico Smith, debería mantener su don en secreto.

Por eso jamás había escapado, aunque fuese lo bastante grande para que nadie lo creyese un aprendiz fugitivo. ¿De qué le serviría la libertad? Primero tenía que aprender a ser un Hacedor. De otro modo, daba lo mismo quedarse o partir.

Así, nunca hablaba de lo que era capaz, y no empleaba su arte más que para herrar caballos o percibir la muerte de la tierra a su alrededor. Pero todo el tiempo, para sus adentros, recordaba quién era en verdad. Un Hacedor. Sea lo que fuere, eso soy, y por ello el Deshacedor intentó

matarme antes de que naciera, y en cientos de accidentes y casi homicidios durante mi infancia, en Iglesia de Vigor. Por eso ronda por aquí, observándome, buscando la primera ocasión de invadirme, tal vez esta noche, solo aquí en la oscuridad. Solo yo, mi pala y mi ira por tener que hacer cosas que no significan nada.

Hank Dowser. ¿Quién se negaría a escuchar una buena idea de otra persona? Seguro que la varita se hundió con fuerza: allí corría agua de sobra. Pero la razón por la cual nunca brotaría era que, a poco más de un metro por debajo de la tierra, corría una lengua de roca. ¿Por qué creían que era un prado natural? Allí los árboles no podían echar raíz porque el agua corría por debajo de la roca, y el árbol nunca podría atravesar la piedra para llegar a la napa. Hank Dowser sabía encontrar agua, pero lo que no podía era descubrir qué había entre el agua y la superficie. Si Hank no sabía verlo, no era su culpa, pero si Alvin no le decía lo que ocurría allí, sería culpa de él.

Conque allí estaba Alvin, cavando con toda prolijidad. Tal como había previsto, no bien definió el contorno redondeado de la fuente oyó el *clin clan* de la pala contra la piedra.

Al escuchar el sonido nuevo, Arturo Estuardo corrió hasta el borde del hoyo y se asomó:

—Donk, donk —canturreó. Y luego palmeó con sus manecitas.

—Donk, donk, ya lo creo —dijo Alvin—. Me la pasaré haciendo donk donk sobre la roca en toda la superficie del hoyo. Y no pienso ir a decirselo a Pacífico Smith, puedes estar seguro de ello, Arturo Estuardo. Me dijo que no comería ni bebería hasta que encontrara agua, y no pienso ir a suplicar un plato de cena sólo porque me topé con un lecho de roca. No, señor.

—Donk —dijo el pequeño.

—Voy a cavar hasta la última palada de tierra para que quede la roca al desnudo.

Con todo esmero, retiró toda la tierra que le fue posible, rascando con la pala la superficie áspera de la piedra. Pero la roca se veía marrón y terrosa, y Alvin no se dio por satisfecho. Quiso que la roca brillara de limpia. Nadie miraba salvo Arturo Estuardo, y, de todas formas, era un niño. De modo que Alvin empleó su don como no había hecho desde que se marchara de Iglesia de Vigor. Hizo que la tierra se deslizara sobre la roca desnuda, y que se apretujara contra las paredes redondeadas del hoyo.

En un santiamén, la piedra quedó tan blanca y lustrosa que pareció un estanque reflejando la última luz del ocaso. Las aves del crepúsculo trinaban en los árboles cercanos. El sudor chorreaba por el cuerpo de Alvin con tal premura que al caer sobre la roca dejaba puntos negros.

Arturo se detuvo en el borde del hoyo.

—Agua—dijo.

—Atrás, Arturo Estuardo. No será muy profundo, pero no debes acercarte a esta clase de agujeros. Si caes podrías matarte.

Un pájaro echó a volar, y sus alas batieron con ruido ensordecedor. Más allá, otra ave lanzó un grito frenético.

—Nieve —insistió Arturo Estuardo.

—No es nieve; es roca —explicó Alvin.

Entonces, trepó para salir del hoyo y se puso de pie al lado del niño, riendo para sus adentros.

—Aquí tienes tu fuente, Hank Dowser —dijo Alvin—. Cuando regreses, pasa a ver dónde se hundió tu varita.

Lamentaría que Alvin hubiese recibido un castañazo de su maestro. No era broma ser golpeado por un herrero, especialmente cuando era el maestro de uno. Si no tenía miramientos con un pequeño, mucho menos los tendría con un aprendiz ya crecido como Alvin.

Ahora podía ir hasta la casa y decir a Pacífico Smith que la fuente estaba cavada. Luego, traería a su maestro y le mostraría el hoyo, y la roca sólida como tierra firme, mirándolo desde el fondo. Alvin se escuchó decirle: «Dígame cómo se bebe eso, y lo haré con gusto.» Y con todo placer vería a Pacífico Smith ponerse azul de sólo verlo, y comenzar a maldecir allí mismo.

Pero... Ahora Alvin podía demostrarles que se habían equivocado al tratarlo de esa forma, sólo que, a la larga, no interesaba en lo más mínimo que les diera la lección merecida. Lo que importaba era que Pacífico Smith necesitaba realmente un pozo. Lo necesitaba lo bastante para pagar a un buscador de aguas con su trabajo gratis. Alvin supo que tendría que cavar una fuente, donde dijo Hank Dowser, o en cualquier otro lugar.

Eso complacería mucho más el orgullo de Alvin, pensándolo bien. Se presentaría con un cubo de agua, como Pacífico le ordenó, pero de una vertiente elegida por él mismo.

Miró en derredor, bajo la última luz carmesí, pensando dónde cavar la fosa. Oyó a Arturo Estuardo saltando en el césped del prado, y a las aves que esa noche parecían haber creado un coro de iglesia, tan fuerte trinaban.

O tal vez tuviesen miedo. Pues ahora que miraba mejor, Alvin veía que esa noche, el Deshacedor parecía más vivaz que nunca. Normalmente, haber cavado el primer hoyo habría bastado para enviarlo a paseo y contenerlo por un par de días. Pero, en cambio, lo seguía más allá de su visión, a cada paso que daba para buscar el sitio donde cavar el auténtico pozo. Y comenzaba a parecerse a sus pesadillas infantiles, en las que no podía hacer nada para detener al Deshacedor. El solo recuerdo fue suficiente para ponerle los pelos de punta y hacerlo estremecerse de terror en el tibio aire primaveral.

Alvin se desembarazó de su miedo. Sabía que el Deshacedor no le pondría un dedo encima. Durante toda su vida, había intentado matarlo mediante accidentes, como derretir el hielo sobre el cual posaba los pies, o desmoronar la tierra de la orilla para que cayera a la corriente. Incluso había llegado a intervenir mediante las acciones de otros hombres para que atentaran contra su vida, como con el reverendo Thrower o con los choc-taw. En toda su vida, fuera de sus sueños, el Deshacedor nunca había hecho nada directo.

Como tampoco lo haría entonces, se dijo Alvin. Sigue buscando, para poder cavar una fuente de verdad. El hoyo falso no bastó para ahuyentar a ese embustero, pero éste sí lo hará, y después de eso no lo veré asomar en los bordes de mi visión por lo menos durante tres meses.

Pensando en eso, Alvin siguió buscando una fisura en la lengua de roca que corría oculta bajo la tierra.

Cuando Alvin buscaba cosas subterráneas no era como si viese. Parecía como si tuviera una mano que pudiese recorrer el suelo o la roca tan rápido como una gota de agua sobre una plancha caliente. Aunque jamás había conocido a un hidromántico, suponía que éste debía enviar su don bajo la tierra para sentir el relieve interior. Y si, en efecto, el mismo Alvin era hidromántico, tenía que poner en duda lo que algunos decían: que lo que recorría la tierra era el alma misma del hidromántico, y que a muchos se les perdía el ánima y nunca más podían decir una palabra ni mover un músculo hasta el día en que morían. Pero Alvin no permitiría que esos cuentos le impidieran hacer lo que debía. Si se necesitaba piedra, él encontraría las fisuras naturales para que saliera sin astillarse. Si lo que hacía falta era agua, Alvin hallaría un modo de cavar para poder hacerla brotar.

Finalmente, dio con un sitio donde la lengua de piedra se afinaba y quebraba. Allí la tierra era más alta, y la napa más profunda, pero lo que interesaba era poder atravesar la roca. El nuevo lugar quedaba a mitad de camino entre la herrería y la casa del herrero. Lo cual sería menos conveniente para Pacífico pero mejor para su esposa Gertie, quien también necesitaba del agua. Alvin se armó de voluntad: ya estaba casi oscuro, y había decidido no descansar esa noche hasta terminar su labor. Casi sin pensarlo, decidió emplear su don como lo hacía en tierras de su padre. No hincó la pala en el suelo; con su arte, era como si la tierra se convirtiera en harina y saltara del hoyo hacia afuera para que Alvin ni siquiera tuviera que quitarla. Si algún adulto lo hubiese visto en ese momento, habría creído estar borracho, o que le había dado el mal de San Vito, de tan rápido que cavaba. Pero nadie miraba, salvo Arturo Estuardo. De todas formas, como ya era de noche, y Alvin no tenía candil, nadie se daría cuenta de que estaba allí. Podría usar su don hasta el amanecer sin temor a que lo encontrasen.

Oyeron gritos provenientes de la casa. Fuertes, pero no lo bastante claros para que Alvin entendiese lo que decían.

—Loco —dijo Arturo Estuardo. Miraba directamente a la cabaña, atento como un perro de caza.

—¿Escuchas lo que dicen? —preguntó Alvin—. La vieja Peg Guester siempre dice que tienes oído de tísico, y que nada se te escapa.

Arturo Estuardo cerró los ojos.

—No tienes derecho a matar de hambre a ese chico —dijo.

Alvin se echó a reír sin poder contenerse. Arturo estaba imitando a la perfección la voz de Gertie Smith. Alvin jamás había escuchado nada igual.

—Es demasiado grandullón para andarse con mañas. Tengo que enseñarle —dijo Arturo Estuardo. Esta vez la voz fue idéntica a la del maestro herrero.

—Madre mía... —musitó Alvin.

El pequeño Arturo continuó:

—O Alvin se come este plato de cena, Pacífico Smith, o te lo pondré en la cabeza.

«Quisiera verlo, vieja bruja, para romperte los brazos de una vez.

Alvin no pudo aguantar la risa.

—Pero, Arturo Estuardo, eres una cotorra...

El pequeño alzó la vista hacia Alvin y una sonrisa le surcó el rostro. Desde la casa se escuchó un ruido a platos rotos. Arturo Estuardo se echó a reír y a corretear en círculos.

—¡Rompe un plato, rompe un plato, rompe un plato!

—Pero esto es el colmo —dijo Alvin—. Dime, Arturo, ¿tú no comprenderás lo que dices, verdad? Quiero decir que sólo estás repitiéndolo, ¿no es así?

—Le rompió un plato en la cabeza a él —Arturo rió a gritos y cayó de espaldas sobre la hierba.

Alvin rió con él, pero no pudo apartar la mirada del pequeño. Este niño esconde más de lo que muestra, pensó Alvin. O bien está loco de remate.

Desde la dirección opuesta llegó un grito de mujer, poderoso y profundo, que flotó sobre el aire húmedo y oscuro.

—¡Aaaar... turo! ¡Arturo Estuardo!

Arturo se sentó.

—Mamá —dijo.

—Cierto, esa que llama es la vieja Peg Guester —dijo Alvin.

—Me voy a dormir —dijo el niño.

—Me temo que primero te dará un baño, niño. Estás un poquitín guarro... Arturo se puso de pie y echó a trotar por el prado, rumbo al sendero que conducía desde la casa de verano hasta la hostería donde él vivía. Alvin lo vio alejarse hasta que se perdió de vista, aleteando con los bracitos al correr como si realmente volara. Un ave, tal vez un búho, acompañó al niño parte del trayecto, rasando la tierra como si quisiera hacerse amiga de él. Cuando Arturo desapareció detrás de la casa de verano, Alvin volvió a reanudar su labor.

En minutos, la noche se cerró, y de inmediato se cernió el silencio sepulcral de las estrellas. Hasta los perros del pueblo habían callado. Pasarían horas antes de que asomara la luna. Alvin se puso a trabajar. No necesitaba mirar; sentía cómo se iba abriendo el pozo, y cómo se disponía la tierra bajo sus pies. En ese momento tampoco miraba como los pieles rojas, ni empleaba el don de escuchar el canto verde de la tierra. Usaba su propio arte, que lo ayudaba a abrirse paso en la hondura del suelo.

Sabía que esa vez debería cavar el doble de profundo. Pero cada vez que la pala cogía grandes cantidades de tierra, ésta se abría suavemente, como si hubiese sido el lugar escogido por Hank Dowser. Las piedras se desmigajaban con facilidad y, con su don, Alvin ni siquiera debía levantarlas con la palanca para que salieran disparadas del hoyo como terrones.

Pero cuando atravesó la capa, el terreno se volvió húmedo bajo sus pies. De haber sido otra persona, la labor habría debido aguardar hasta la mañana siguiente, para conseguir quién le ayudase. Sin embargo, para Alvin fue muy sencillo. Afirmó la tierra alrededor de la pared circular del foso, para que el agua no se filtrara tan deprisa. Ahora ya no debía trabajar con la pala. Alvin usó una draga para recoger el suelo legamoso, y no necesitó ayuda para retirarlo con una soga, pues con su don podía arrojarlo de forma tal que el barro se mantenía unido y caía sobre el suelo fuera de la fuente, con toda prolijidad como si sacara conejos de un sombrero.

Allí, Alvin era un maestro que obraba milagros en medio de una fosa, en la tierra. Podrás decirme que no beberé ni comeré hasta que la fuente esté terminada, creyendo que iré a suplicarte que me dejes ir a dormir. Pero no te dará el gusto. Tendrás tu fuente, con paredes tan sólidas que seguirán ofreciendo agua cuando tu casa y tu herrería se hayan desmoronado de viejas.

Pero mientras sentía el dulce sabor de la victoria, vio que el Deshacedor estaba más cerca que nunca. Parpadeaba y danzaba, ya no en los límites de su visión. Lo veía frente a él, aun en la oscuridad, más claro que a la luz del día, pues ahora no había nada real que lo distrajesa de él.

De pronto se asustó, como en las pesadillas de su niñez. Por un instante, Alvin permaneció en el hoyo, helado de pavor, mientras el agua fluía desde la profundidad, volviendo barro el suelo que tenía debajo de los pies. Barro espeso, treinta metros por debajo de su cuerpo, que comenzó a devorarlo. La pared circular del hoyo también tornó a ablandarse; se desmoronaría, y él quedaría

sepultado debajo; se ahogaría tratando de respirar, mientras el fango se le introducía en los pulmones. Lo supo, sintió el légamo frío y húmedo alrededor de sus muslos, de la entrepierna; oprimió los puños y sintió el barro escurriéndosele entre los dedos, como esa nada de todas sus pesadillas...

Y entonces, recuperó el control de sí mismo. Sí, estaba enterrado en el barro hasta la cintura, y de haber sido otro chico se habría retorcido hasta hundirse más y más, en su afán por escapar. Pero él era Alvin, no un chico cualquiera, y estaría a salvo mientras no se dejara paralizar por el temor, como un crío en un mal sueño. Hizo que el fango se endureciera bajo sus pies lo suficiente para soportar su peso, y luego hizo que ese sitio resistente flotara hacia arriba, para salir del barro hasta que se encontró sobre la grava fangosa del fondo del pozo.

Fácil como partirle el cuello a una rata. Si eso era todo lo que se le ocurría al Deshacedor, bien podía ir yéndose a su casa. Alvin podría contra él, como podía contra Pacífico Smith y contra Hank Dowser. Siguió cavando, recogió el fango, y lo arrojó a la superficie una y otra vez.

Ya había cavado muy profundo: estaba unos dos metros por debajo de la lengua de roca. Vaya, si no hubiera afirmado las paredes de tierra del foso, el agua ya le habría cubierto la cabeza. Alvin tomó la sogá anudada que había dejado balanceándose, y trepó por la pared, ayudándose con manos y pies.

La luna recorría el cielo, pero el pozo era tan profundo que aquélla no brillaría sobre la corriente subterránea hasta la mitad de la noche. No importaba. Alvin había retirado una gran cantidad de roca del pozo, una hora antes. Arrojó una buena parte de vuelta al hoyo y se lanzó tras la roca.

Desde pequeño había puesto en práctica su don para la piedra, pero nunca fue tan diestro como esa noche. Con las manos desnudas, modeló la roca como si fuese arcilla blanda, y con ella formó ladrillos cuadrados que alineó sobre la pared circular desde el fondo hasta la superficie, y las adosó firmemente entre sí para que la presión de la tierra y el agua no las aflojasen. El agua se filtraría fácilmente entre las rendijas de las piedras, pero la tierra no, de modo que el manantial tendría agua límpida casi desde el primer momento.

La piedra no fue suficiente para todo el pozo. Alvin hizo tres viajes hasta el arroyo, con la carretilla, para traer guijarros pulidos por la corriente. Aunque estaba empleando su don para facilitar la tarea, la noche corría y el cansancio comenzaba a apoderarse de él. Pero rehusó prestarle atención. ¿Acaso no había aprendido el arte de los pieles rojas para correr mucho después de que el cansancio pudiese haberlos fulminado? Un niño que había seguido a Ta-Kumsaw a la carrera sin descanso desde Detroit hasta el Montículo de las Ocho Laderas, no tenía por qué ceder ante una noche de intenso cavar, ni reparar en la sed, o en el dolor de la espalda, de los muslos, de los hombros. O en la molestia de sus codos y rodillas.

Por fin, por fin, terminó. La luna dejó atrás el cenit, y la boca le sabía como una manta de crin, pero el trabajo estaba hecho. Trepó fuera del hoyo, apoyándose contra la pared de piedra que acababa de construir. Y una vez que hubo subido deshizo el conjuro que mantenía ocluida el agua por debajo de la fuente, y el caudal, dócil, comenzó a filtrarse ruidosamente en la profunda cisterna de piedra que había hecho para que la contuviera.

Pero Alvin no fue hasta la casa. Ni siquiera se dirigió al arroyo para beber. Su primer sorbo de agua sería de ese pozo, como había dicho Pacífico Smith. Se quedaría allí y aguardaría hasta que el agua hubiese llegado a su nivel natural, limpiaría el líquido y llevaría un cubo lleno hasta la casa de su maestro, donde bebería ante sus mismos ojos. Luego, llevaría a Pacífico Smith al prado, y le mostraría el pozo que había señalado Hank Dowser, aquel por el cual Pacífico lo había golpeado, y luego señalaría el pozo en el cual podía arrojarse un cubo que, en lugar de estrellarse, regresaría lleno de agua.

Permaneció un rato de pie al borde de la fuente, imaginando las imprecaciones y blasfemias de Pacífico Smith. Entonces se sentó, sólo para relajar las piernas, imaginando el rostro de Hank Dowser cuando viera lo que había hecho Al. Y luego se tendió en el suelo para aliviar el dolor de la espalda, y cerró los ojos por un minuto, para no tener que prestar atención a ese aletear sombrío e invisible que lo fastidiaba desde ese lugar que sólo podía ver con el rabillo del ojo.

EL DESHACEDOR

La señora Modestia se revolvió. Peggy escuchó su respiración inquieta. Luego, despertó y se sentó abruptamente sobre la cama. De inmediato, la señora Modestia buscó a Peggy en la penumbra de la habitación.

—Aquí estoy —murmuró Peggy.

—¿Qué te sucede, niña? ¿No has dormido?

—No puedo —repuso Peggy.

La señora Modestia salió al pórtico, al lado de la joven. La brisa del sudoeste agitaba las cortinas de damasco a sus espaldas. La luna coqueteaba con una nube, y la ciudad de Dekane era un fugaz dibujo de tejados bajo la colina que se alzaba sobre ellas.

—¿Lo ves? —preguntó la dama.

—A él, no. Veo su fuego interior. Puedo ver a través de sus ojos, como ve él. Puedo ver sus futuros, pero a él, no.

—Mi pobre niña. En una noche tan maravillosa, tener que marcharte del baile del Gobernador para vigilar a este niño distante en graves peligros... —Era la forma que tenía la señora Modestia de preguntar cuál era el peligro, sin preguntarlo directamente. Así, Peggy podía responder o no, sin ofender ni sentirse ofendida.

—Ojalá pudiese explicarle... Es su enemigo, el que no tiene rostro...

—No tiene rostro. ¡Qué espantoso! —La señora Modestia se estremeció.

—Bueno, sí lo tiene para otros hombres. Una vez hubo un ministro, un hombre que se creía científico. Veía al Deshacedor, pero no en su verdadera faz, como hace Alvin. En cambio, su mente forjó una identidad para él, y un nombre. Lo llamaba el «Visitante», y creía que era un ángel.

—¿Un ángel?

—Creo que cuando la mayoría de nosotros vemos al Deshacedor, no podemos comprenderlo. No tenemos la fortaleza intelectual suficiente. Por eso nuestras mentes se aproximan todo lo que pueden. Y lo que vemos es la forma que para nosotros representa el poder destructivo desnudo, una fuerza terrible e irresistible. Los que aman el poder del mal, ven al Deshacedor como alguien hermoso. Los que lo odian y le temen, ven lo más atroz sobre la tierra.

—¿Y qué ve tu Alvin?

—Es tan sutil que yo nunca podría verlo como lo ve Alvin. Si él no hubiera reparado en el Deshacedor, yo tampoco habría podido percibirlo ni aun mirando con sus ojos. Un día vi que él veía algo, y sólo entonces comprendí lo que era. Piense en ello como si... es la sensación que uno tiene cuando cree ver un movimiento fuera del campo de visión, sólo que cuando se vuelve no hay nada.

—Como si alguien siempre se escurriera por detrás... —aventuró la señora Modestia.

—Sí, exactamente.

—¿Y ahora está acechando de cerca a Alvin?

—Pobre niño, no se da cuenta de que él mismo lo está llamando. Ha cavado un hoyo negro y profundo en su corazón, y ése es el sitio por donde se escurre el Deshacedor.

La señora Modestia suspiró.

—Ay, mi niña, estas cosas están más allá de mi comprensión. Nunca tuve ningún don; apenas puedo comprender las cosas que tú haces.

—¿Que usted no tiene ningún don? —preguntó Peggy.

—Sé que casi nadie admite no tener ninguno, pero no he de ser la única...

—Me malinterpreta, señora Modestia —dijo Peggy—. Me sorprendí, no porque usted carezca de dones, sino porque crea no tenerlos. Claro que usted tiene un don.

—Vamos, no me molesta no tener ninguno...

—Usted tiene el don de ver la belleza latente como si ya estuviera allí, y, al verla, la hace brotar.

—Qué idea encantadora... —comentó la señora Modestia.

—¿Duda de mí?

—No dudo de que creas lo que dices.

No tenía sentido discutir: la señora Modestia la creía, pero temía creer. De todas formas, no importaba. Lo que realmente interesaba era Alvin, que acababa de terminar su segundo pozo. Se había salvado una vez; creía que el peligro había terminado. Se estaba sentando en el borde del pozo, para descansar un momento. Ahora se recostaba. ¿No veía que el Deshacedor se le acercaba? ¿No advertía que su misma somnolencia abría todo su ser para que el Deshacedor se apoderara de él?

—¡No! —gritó Peggy—. ¡No te duermas!

—Ah —comentó la señora Modestia—. Le hablas. ¿Puede escucharte?

—No —se lamentó la joven—. Ni una palabra.

—¿Qué harás entonces?

—Nada. No se me ocurre nada.

—Tú me contaste que usabas su membrana...

—Lo que uso es parte de su poder. Pero ni siquiera su don puede apartar lo que él mismo está llamando. De todas formas, nunca tuve conocimientos suficientes para ahuyentar al Deshacedor en sí. Ni aunque tuviera un metro de su bolsa de nacimiento, en lugar de un pequeño pellejito. — En su silencio desesperado, Peggy lo vio cerrar los ojos—. Duerme.

—Si el Deshacedor gana, ¿Alvin morirá?

—No lo sé. Quizá. Tal vez desaparezca, convertido en una nada. O tal vez el Deshacedor lo posea...

—¿No puedes ver el futuro, tea?

—Todos los senderos conducen a la oscuridad. Y no veo ninguno que salga de ella.

—Entonces, todo ha terminado —musitó la señora Modestia.

Peggy sintió algo frío en las mejillas. Ah, claro: sus propias lágrimas secándose bajo la brisa fresca.

—Pero si Alvin despertase —preguntó la señora Modestia—, ¿podría derrotar a ese enemigo poderoso? Perdón que te moleste con mis preguntas, pero si sé cómo funciona, tal vez pueda ayudarte a pensar en algo...

—No, no. No podemos hacer sino mirar... —Pero, pese a rechazar la sugerencia de la señora Modestia, la mente de Peggy buscó formas de emplearla.

Debo despertarlo. No puedo luchar contra el Deshacedor, pero si lo despierto, él podría hacerlo por sí mismo. Por muy cansado y débil que esté, podría encontrar un camino hacia la victoria. De inmediato, Peggy se volvió y salió corriendo hacia su habitación, hurgó en un cajón, y dio con la caja de madera tallada que contenía la membrana.

—¿Debo irme? —La señora Modestia la había seguido.

—Quédese conmigo —dijo Peggy—. Por favor, acompáñeme. Y, si fracaso, consuélame.

—No fallarás —dijo la señora Modestia—. Él no fracasará, si es el hombre que tú dices que es.

Peggy apenas la escuchó. Se sentó sobre el borde de la cama, buscando en el fuego interior de Alvin algún modo de despertarlo. Normalmente, podía usar los sentidos de él aun cuando Alvin dormía. Podía escuchar lo mismo que él, y ver su recuerdo del sitio que lo rodeaba. Pero ahora que el Deshacedor se aproximaba, los sentidos de Alvin se adormecían. Peggy no podía fiarse de ellos. Desesperada, pensó en otro plan. ¿Un sonido fuerte? Usando el poco sentido que quedaba a Alvin de la tierra a su alrededor, encontró un árbol, frotó un pequeñísimo resto de la membrana y trató —como había visto hacer a Alvin— de imaginar que la madera se separaba para dejar caer una rama. Fue dolorosamente lento —¡Alvin lo hacía tan rápido!— pero por fin logró hacerla caer. Demasiado tarde. Alvin ni la escuchó. El Deshacedor había deshecho el aire que lo rodeaba a tal punto que la reverberación del sonido no podía atravesarlo. Tal vez Alvin lo hubiese notado. Quizás estuviera un poco más cerca de la conciencia. Tal vez no.

¿Cómo puedo despertarlo si está tan insensible que nada logra perturbarlo? Una vez sostuve este pellejo mientras una viga maestra caía hacia él; quemé una abertura del tamaño de un niño en

la madera, para que no le tocara ni un solo cabello. Una vez, una piedra de molino cayó hacia su pierna. La partió en dos. Una vez, su propio padre tomó una horquilla en el altillo del granero, poseído por la locura del Deshacedor y decidido a acabar con su hijo más amado.

Llevé a Truecacuentos hasta allí para que distrajera al padre de su oscuro propósito y alejara al Deshacedor.

¿Cómo? ¿Cómo logró Truecacuentos que el Destructor se alejara? Pues él percibió a la bestia deleznable y gritó para detenerlo. Por eso el Deshacedor se marchó cuando llegó el anciano. Truecacuentos ya no está cerca de Alvin, pero tal vez haya alguien a quien yo pueda despertar y acercar por la colina. Alguien lleno de amor y bondad, cuya sola presencia haga huir al Deshacedor.

Con miedo agonizante, se apartó del fuego interior de Alvin, aun pese a que la negrura del Deshacedor amenazaba con ahogarlo, y buscó otro fuego en la noche, alguien a quien pudiese despertar y enviar a tiempo. Y cuando comenzó a buscar, sintió que en el fuego interior de Alvin algo se aclaraba, una traza de sombras dentro de la sombra, y no ese vacío mayúsculo que hasta entonces había usurpado el lugar de su futuro. Si Alvin tenía alguna posibilidad, residía en su búsqueda. Y aunque encontrara a alguien, no tenía idea de cómo haría para despertarlo. Pero ya vería la forma, o la Ciudad de Cristal sería devorada por el cauce incontenible que había abierto la ira tonta e infantil de Alvin.

CARDENAL

Alvin despertó horas más tarde. La luna caía al oeste, y, al este, asomaba la primera línea de luz. No había querido dormirse. Pero estaba cansado, después de todo, y su labor había terminado. Obviamente, no podía cerrar los ojos y pensar que seguiría despierto. Todavía tenía tiempo de llenar un cubo de agua y llevarlo a la casa.

¿Pero había abierto los ojos? Veía el cielo, gris a la izquierda, gris a la derecha. Pero ¿dónde estaban los árboles? ¿No tendrían que estar moviéndose suavemente bajo la brisa de la mañana, a la distancia? Tampoco había brisa, y, más allá de sus ojos y de su piel, había otras cosas que no podía sentir. La música verde del bosque viviente. Había desaparecido; los insectos que dormían sobre la hierba no emitían su murmullo de vida, los ciervos que pacían al amanecer no palpitaban con el ritmo de su corazón. No había pájaros descansando sobre las ramas, a la espera de que el calor del sol llamara a los primeros insectos.

Muerto. Deshecho. El bosque había desaparecido.

Alvin abrió los ojos.

¿Pero acaso antes no los tenía abiertos?

Alvin volvió a abrir los ojos, y vio que no podía ver; sin cerrarlos, los abrió una vez más, y cada vez el cielo le pareció más oscuro. No, no más oscuro, sino más lejano, como si él cayese en un foso tan profundo que el mismo cielo se perdiese.

Alvin gritó de terror, y abrió los ojos ya abiertos. Y vio:

El aire tembloroso del Deshacedor que se cernía sobre él, metiéndosele en las fosas nasales, entre los dedos, en los oídos.

Sintió... no, señor... supo que algo ya no estaba: las capas externas de su piel. Allí donde el Deshacedor lo tocaba, su propio cuerpo se deshacía en fragmentos diminutos que morían, se secaban, se dispersaban.

—¡No! —gritó. Pero su grito no emitió ningún sonido. En cambio, el Deshacedor se abalanzó al interior de su boca, se internó hasta sus pulmones, y no pudo apretar los dientes lo suficiente para impedir que esa criatura huidiza se le introdujera en el cuerpo y lo devorara por dentro y por fuera.

Trató de curarse, como había hecho años atrás con esa pierna que la piedra de molino le había partido por la mitad. Pero era como la vieja historia que Truecacuentos le había enseñado: nunca lograría construir al mismo ritmo con que el Deshacedor destruía. Por cada sitio que curaba, mil lugares se desmoronaban y desaparecían. Iba a morir. Ya estaba medio muerto. Pero no sólo moriría en carne y hueso. El Deshacedor pensaba devorar su cuerpo y su alma, su mente y su carne por entero.

Splash. Escuchó que el agua se estrellaba contra algo. Fue el sonido más hermoso de toda su vida. Si podía oír ruidos, había algo más allá del Deshacedor que lo rodeaba y lo invadía.

Alvin oyó que el ruido reverberaba y resonaba en su propio recuerdo, y aferrado a eso, colgado de ese contacto con el mundo real, abrió los ojos.

Esta vez de veras, pues vio el cielo, y el borde de árboles donde debía estar. Y vio también a Gertie Smith, la mujer del herrero, de pie a su lado y con un cubo en las manos.

—Me figuro que es la primera agua que sale de este pozo —dijo.

Alvin abrió la boca y sintió que el aire húmedo le colmaba el pecho.

—Me figuro que sí —murmuró.

—Nunca habría imaginado que pudieras cavarlo solo y cubrir la paré con piedras, todo en una noche —dijo—. Ese mestizo, Arturo Estuardo, vino a la cocina donde estaba haciendo los bizcochos para el desayuno, y me dijo que habías terminado el pozo. Tuve que salir para verlo.

—Se levanta disparatadamente temprano —dijo Alvin.

—Y tú te quedas despierto hasta disparatadamente tarde —agregó Gertie—. Si fuera un hombre de tu talla le daría a mi esposo una buena tunda. Al, aprendiz o no.

—Hice lo que él me dijo.

—Ya veo que sí. Veo también que te hizo cavar ese círculo de roca al lado de la herrería, ¿me equivoco? —Cacareó de contento—. Eso le enseñará al viejo cretino. Le cree tanto a ese buscador de agua... Pero su propio aprendiz tiene mejor don para el agua que ese embustero...

Por primera vez, Alvin comprendió que el hoyo que había cavado en su ira era un anuncio a cuatro vientos de que servía para algo más que para herrar caballos.

—Por favor, señora...

—¿Por favor qué?

—Mi don no es para encontrar agua, señora, y si usted comienza a decirlo por ahí, ya no tendré un minuto de paz.

La mujer lo estudió con ojo entrecerrado.

—Si no tienes el don del buscador de aguas, niño, dime cómo apareció esta agua limpia en el foso que cavastes.

Alvin pensó en la mentira que diría:

—La varita del buscador se enterró también en este lugar, yo lo vi, y cuando allí me encontré con la roca me puse a cavar a este lado.

Gertie era una mujer suspicaz.

—¿Crees que dirías lo mismo si Jesús estuviera aquí juzgando tu alma eterna por la verdad de tus palabras?

—Señora, supongo que si Jesús estuviera aquí, estaría pidiendo perdón por mis pecados, y no me importaría un bledo ningún pozo.

La mujer volvió a reír, y lo palmeó ligeramente en el hombro.

—Me gusta tu cuento sobre la varita. Justamente en ese momento estabas mirando al viejo Hank... Es el colmo. Pero diré a todos la historia, ya verás si no.

—Gracias, señora.

—Sírvete. Bebe. Mereces el primer trago del primer cubo de agua limpia de esta fuente.

Alvin sabía que, por costumbre, los primeros tragos eran para el dueño, pero ella se lo estaba ofreciendo y él tenía tanta sed que no podría haber lanzado dos escupitajos aunque le hubiesen pagado cinco dólares por cada uno. Se llevó el cubo a los labios y bebió, dejando que el agua le empapara la camisa.

—Diría que tienes hambre, también —dijo la mujer.

—Más que hambre, cansancio —repuso Alvin.

—Pues ven a dormir a la casa, entonces.

Sabía que era lo que correspondía, pero sentía que el Deshacedor no andaba muy lejos, y, a decir verdad, tenía miedo de volver a dormirse.

—Gracias, señora, pero quisiera estar solo un rato antes de descansar...

—Como te apetezca —repuso la mujer, y se marchó.

La brisa de la mañana lo heló al soplar contra el lienzo húmedo de su camisa. ¿Habría sido un sueño el ataque del Deshacedor? No lo creía. Estaba bien despierto, pero si Gertie Smith no hubiese venido a hundir el cubo en la fuente, habría sido deshecho. El Deshacedor ya no se ocultaba. Ya no se escabullía por detrás o en derredor. Por donde mirara lo veía, temblando bajo la luz gris de la alborada.

Por alguna razón, el Deshacedor había escogido esa mañana para un enfrentamiento cara a cara. Sólo que Alvin no sabía de qué modo debía combatir. Si cavar una fuente y construirla tan bien no bastaba para alejar a su enemigo, no sabía qué otra cosa hacer. El Deshacedor no era como los hombres con quienes forcejeaba en el pueblo. El Deshacedor no tenía nada de donde poder aferrarlo.

Pero de algo estaba seguro. Alvin jamás volvería a conciliar el sueño otra noche si no abatía de algún modo a ese Deshacedor y lo obligaba a retorcerse en el polvo.

Se supone que debo ser tu amo, dijo Alvin al Deshacedor. Dime, entonces, Deshacedor, ¿cómo puedo destruirte, cuando sólo eres destrucción? ¿Quién me enseñará a ganar esta batalla, cuando tú puedes echarte sobre mí en mi sueño, y yo no tengo la menor idea de cómo llegar hasta ti?

Mientras repetía estas palabras en su mente, Alvin fue hasta el borde del bosque. El

Deshacedor se apartó de él, siempre fuera de su alcance. Al supo, sin tener que mirar, que se había deslizado por detrás de él, de modo que estaba acorralado por todos los flancos.

Estamos en medio del bosque sin talar, donde tendría que sentirme más a gusto. Pero el canto verde no se oye aquí. A mi alrededor acecha mi enemigo desde que nací, y yo, sin ningún plan en mente.

Pero el Deshacedor sí tenía un plan. No tenía que perder tiempo preguntándose qué hacer. Alvin se dio cuenta de inmediato.

Pues mientras Alvin se paseaba bajo la fresca brisa de la mañana estival, el aire comenzó a enfriarse, y en ese momento aparecieron los primeros copos de nieve. Cayeron sobre los árboles de hojas verdes, y sobre la hierba tierna y tupida que crecía entre los troncos. No fueron los copos húmedos y pesados de una nevisca de verano, sino los cristales helados y finos de una cruel nevada de invierno. Alvin se estremeció.

—No puedes hacer esto —dijo.

Pero no tenía los ojos cerrados, lo sabía. Éste no era un sueño de siesta. Era nieve de verdad, tan espesa y fría que las ramas de los verdes árboles se partían bajo su peso. Tan insidiosa que las hojas se desgarraban y caían al suelo en un tintineo de cristales. Y el mismo Alvin moriría congelado si no salía de allí de algún modo.

Comenzó a desandar el camino que lo había llevado hasta allí, pero la nieve se abatía con tanta intensidad que la visión se le nublaba a dos metros por delante, y era incapaz de abrirse paso con su sentido interior porque el Deshacedor había paralizado el canto verde del bosque viviente. Pronto dejó de caminar y se lanzó a correr. Pero no a paso firme como le enseñara Ta-Kumsaw, sino con ruido y torpeza, como cualquier imbécil hombre blanco. Y, como habría hecho cualquier blanco, resbaló sobre una piedra cubierta de hielo y cayó de bruces sobre un manto de nieve.

La nieve se le metió en la boca, en la nariz y en los oídos, y se le introdujo entre los dedos, como el barro de la noche anterior, como el Deshacedor en su sueño. La nieve lo asfixiaba. Escupió y gritó:

—¡Sé que es mentira!

Su voz desapareció contra un muro de nieve.

—¡Es verano! —exclamó.

La mandíbula le dolía de frío, y supo que volver a hablar le causaría un gran dolor, pero alcanzó a aullar a través de los labios entumecidos:

—¡Te haré detener!

Y entonces supo que nunca podría conseguir nada del Deshacedor, que nunca lograría que fuese o hiciese nada, pues él era el no-ser y el no-hacer. Era un error dirigirse al Deshacedor. En cambio, debía hablar a todas las cosas vivientes que lo rodeaban: a los árboles, a la hierba, a la tierra, al aire mismo. Lo que debía restituir era la música verde.

Capturó esa idea y la puso en práctica. Volvió a hablar, pero esta vez apenas en un susurro, pues su voz no provenía de la ira:

—Verano... —susurró.

»Aire tibio —musitó.

»¡Hojas verdes! —exclamó—. ¡Viento tórrido del sudeste! Cúmulos de la tarde, niebla de la mañana, luz del sol que consume la bruma.

¿Creyó ver que cambiaba un poco? ¿Que la nevada menguaba? ¿Acaso la nieve descendía sobre el suelo, y los copos sobre las ramas caían, dejando ver la madera desnuda?

—Es una cálida mañana —clamó—. Luego podrá caer la lluvia, como don del Sabio, desde distancias remotas, pero por ahora, luz del sol, entibia las ramas, despiértalas, haz que crezcan nuevas hojas. ¡Así es! ¡Así es!

Había felicidad en su voz, pues la nevada era apenas un chaparrón, la nieve del suelo se fundía para formar charcos, y las hojas truncadas volvían a asomar sobre las ramas como milicias marchando al redoble.

Y, tras su último grito, en medio del silencio, oyó el canto de un ave.

Un canto como jamás había escuchado. No conocía a ese pájaro cuyo dulce trino cambiaba con cada silbido, y que jamás volvía a repetir la misma melodía. Era un son que se entretejía, sin que nadie pudiese advertir la tonada. Era un canto imposible de repetir, pero también imposible de descomponer, de reducir, de devanar. Era una única pieza, el producto propio de un Hacedor.

Alvin supo que si encontraba al pájaro capaz de entonar esa melodía estaría a salvo. Y que su victoria sería completa.

Corrió y sintió dentro de sí el canto verde del bosque una vez más. Sus pies hallaron los sitios precisos donde pisar sin tener que mirar el suelo. Siguió el canto hasta que llegó al claro de donde provenía la música.

Encaramado sobre una vieja rama donde todavía quedaba un montoncito de nieve... un cardenal. Y sentado ante el tronco, escuchando, casi nariz contra nariz... Arturo Estuardo.

Alvin los rodeó muy suavemente, describiendo un círculo amplio antes de acercarse más. Arturo Estuardo no pareció advertir su presencia. No quitó los ojos del pájaro. La luz del sol refulgía sobre los dos, pero ni el ave ni el niño osaron parpadear. Alvin tampoco abrió la boca. Como Arturo Estuardo, estaba capturado por el canto del cardenal.

No era distinto de cualquier otro cardenal, de los miles de pájaros escarlata que Alvin viera desde su infancia. Sólo que de su garganta provenía una música que ninguna otra ave había cantado jamás. No era un cardenal. Ni era el cardenal. El pájaro no poseía ningún don del que los otros cardenales carecieran. Era sólo Cardenal, el que en ese momento hablaba en nombre de todos los pájaros, y entonaba la melodía de todas las aves canoras, para que ese niño pudiese escucharlo.

Alvin se acuclilló sobre la hierba recién nacida, a un metro de Cardenal, y escuchó su canto. Sabía, pues una vez se lo había dicho Lolla-Wossiky, que el canto de los cardenales narraba la historia de cada piel roja, y cada uno de sus actos dignos de llevarse a cabo. Alvin tuvo poca esperanza de comprender ese antiguo cuento, o al menos de escuchar que Cardenal cantara los hechos en que él mismo había intervenido: el Profeta, Lolla-Wossiky, caminando sobre las aguas; el río Tippy-Canoe teñido de púrpura con sangre de los pieles rojas; Ta-Kumsaw de pie con doce balas de mosquete en el cuerpo, ordenando a sus hombres que se levantaran, que pelearan, que hicieran retroceder al ladrón blanco.

Pero el sentido de la canción se le escapaba por mucho que escuchase. Sabía recorrer un bosque con las piernas de un indio y escuchar el canto verde con los oídos de un indio, pero el canto de Cardenal no era para él. El proverbio no se equivocaba: «Ninguna niña acapara todos los pretendientes; ningún niño, todos los dones.» Había muchas cosas que Alvin ya sabía hacer, y tenía por delante mucho que aprender, pero todavía quedaría mucho más fuera de su capacidad, y parte de eso era el canto de Cardenal.

Sin embargo, Alvin no creía del todo que Cardenal estuviese allí por casualidad. Aparecerse así, al final de su primer encuentro cara a cara con el Deshacedor... Cardenal debía tener algún propósito. En el canto de Cardenal debía hallar alguna respuesta.

Alvin se disponía a hablar, a preguntar lo que tanto lo escocía desde que supo cuál sería su destino. Pero no fue su voz la que interrumpió el trinar de Cardenal. Sino la de Arturo Estuardo.

—No conozco los días que vendrán —dijo el niño mestizo. Su voz fue como música, y sus palabras, límpidas como ninguna otra cosa que hubiese oído en boca del pequeño durante los tres años de vida de éste—. Sólo conozco los días pasados.

A Alvin le llevó un segundo comprender lo que sucedía. Arturo estaba pronunciando la respuesta a la pregunta de Alvin. ¿Seré alguna vez un Hacedor, como dijo la tea? Eso habría preguntado Alvin, y las palabras de Arturo eran la respuesta.

Pero no la respuesta del propio Arturo, claro. El niño no comprendía lo que estaba diciendo, así como no había entendido, la noche anterior, al imitar la pelea de Gertie con Pacífico. Estaba transmitiendo la respuesta de Cardenal. Traducida del canto del ave, para que los oídos de Alvin pudiesen comprenderla.

Alvin supo que había hecho la pregunta equivocada. No necesitaba que Cardenal le dijese si sería un Hacedor. Eso lo sabía desde hacía años, pese a todas sus dudas. La verdadera pregunta no era ésa, sino cómo llegar a ser un Hacedor.

Dime cómo.

El canto de Cardenal se tornó una melodía suave y sencilla, más semejante al trino de cualquier ave y más distinta de la epopeya milenaria de los pieles rojas que acababa de escuchar. Alvin no captó el sentido, pero supo de qué se trataba. Era el canto de Hacer. Una y otra vez, se repitió la misma tonada. Duró unos breves instantes, pero sus notas fueron tan cegadoramente brillantes y su canto tan verdadero, que Alvin lo vio con sus ojos, lo sintió desde los labios hasta

las piernas, lo saboreó y lo olió. Era el canto de Hacer, y era su propia canción. Lo supo por el dulzor que le dejó en la lengua.

Y cuando la melodía llegó a su cúspide, Arturo Estuardo volvió a hablar en una voz que, de tan prístina, de tan aguda, casi no pareció humana:

—El Hacedor es aquel que forma parte de lo que hace —anunció el niño mestizo.

Alvin grabó las palabras en su corazón, aun sin comprenderlas. Porque sabía que algún día entendería, y que cuando así fuese tendría el poder de los antiguos Hacedores que construyeron la Ciudad de Cristal. Comprendería, y emplearía su poder. Encontraría la Ciudad de Cristal y la volvería a erigir.

El Hacedor es aquel que forma parte de lo que hace.

Cardenal enmudeció. Quedó inmóvil, con la cabeza inclinada a un lado, y luego fue, no ya Cardenal, sino un pájaro más, de plumaje carmesí. Echó a volar.

Arturo Estuardo observó al pájaro hasta que desapareció. Luego, lo llamó en su verdadera vocecita de niño:

—Pájaro. Vuela, pájaro...

Alvin se acuclilló al lado del niño, agotado por la labor de la noche, por el temor del alba gris, por el trino del día brillante.

—Yo volé —dijo Arturo Estuardo. Por primera vez, al parecer, advertía que Alvin estaba con él y le dirigía la palabra.

—¿Ah, sí? —murmuró Alvin. No quería destruir el sueño del niño diciéndole que las personas no vuelan.

—Un mirlo grandote me llevó —dijo Arturo—. Volé y volé. —Entonces, el pequeñín alzó las manitas y las apretó contra las mejillas de Alvin—. Hacedor —le dijo. Y se echó a reír y reír de alegría.

Conque Arturo no era un burdo imitador. Realmente había comprendido el canto de Cardenal. O parte de él, al menos. Lo suficiente para conocer el nombre del destino de Alvin.

—No se lo digas a nadie —pidió Alvin—. Yo no diré a nadie que tú sabes hablar con las aves, y tú no dirás a nadie que yo soy un Hacedor. ¿Lo prometes?

El rostro de Arturo se volvió serio.

—Yo no hablo con las aves —aclaró—. Las aves hablan conmigo. —Y luego, agregó—: Yo volé.

—Te creo —le dijo Alvin.

—Te queo —repitió Arturo. Y volvió a reír.

Alvin se puso de pie, y Arturo lo siguió. Al lo tomó de la mano.

—Vayamos a casa —propuso.

Llevó a Arturo hasta la hostería, donde la vieja Peg Guester irrumpió en regaños para con el niño por haberse escapado y tener preocupado a todo el mundo durante la mañana entera. Pero fue un regaño lleno de afecto, y Arturo sonrió con su mejor cara de bobalicon al escuchar la voz de la mujer a quien llamaba Mamá. Cuando la puerta se cerró y Arturo Estuardo quedó dentro de su casa, Alvin se dijo: «Algún día diré a este niño lo que ha hecho por mí. Le diré lo que esto ha significado para mí.»

Alvin fue hasta su casa por el sendero que conducía a la antigua vertiente, y se encaminó hacia la herrería donde Pacífico lo esperaba enfurecido por no encontrarlo en su lugar de trabajo, aunque se había pasado la noche cavando.

El pozo. Alvin se encontró de pie ante el hoyo que había hecho como monumento a Hank Dowser. La roca blanca brillaba bajo el sol, cruel y deslumbrante como una humillante carcajada.

En ese momento, Alvin supo por qué el Deshacedor se había acercado a él esa noche. No por el verdadero pozo que cavó, ni porque empleara su don para retener el agua, ni porque hubiera ablandado la piedra para adaptarla a su necesidad. Pero sí porque había cavado ese primer pozo hasta la piedra con la única intención de hacer quedar como un tonto a Hank Dowser.

¿Para castigarlo? Sí, señor. Para que fuera blanco de la risa de cualquier hombre que viera el pozo de roca en el sitio que Hank había señalado. Eso lo destruiría, acabaría con su reputación de buscador de corrientes subterráneas, pero injustamente, porque era un buen buscador que había sido engañado por el relieve de la tierra. Hank había errado honestamente. Y Alvin hizo cuanto pudo para castigarlo como si fuese un tonto, cosa que no era.

Cansado como estaba, derruido por la labor y la batalla contra el Deshacedor, Alvin no perdió un minuto. Tomó la pala de donde la había dejado, al lado del pozo auténtico, se quitó la camisa y se puso a trabajar. Cuando cavó el falso pozo, cometió un acto de maldad: destruir a un hombre honesto sin otro motivo que el desprecio. Pero al llenarlo, hacía la labor de un Hacedor. Como estaba a plena luz del día, no podía ayudarse con su don. Trabajó con todas sus fuerzas hasta la más pura extenuación. Hasta que estuvo a punto de morir.

Era mediodía. No había cenado ni desayunado, pero el hoyo estaba bien relleno, y las hierbas estaban otra vez en su lugar, para que volviesen a crecer. Si uno no miraba muy de cerca, jamás se daría cuenta de que allí había existido un pozo. En realidad, Alvin se valió un poco de su don para entretejer las raicillas del césped y afirmarlas al suelo, para que ningún sector de hierba muerta señalara el lugar.

Pero, sin embargo, había algo que lo quemaba más que el dolor de la espalda o el hambre en el estómago: su vergüenza. La noche anterior había estado tan furioso pensando en cómo humillar a Hank Dowser, que jamás se le ocurrió hacer lo correcto, y aplicar su don para perforar el lecho de roca en el sitio escogido por Hank. Nadie habría sabido, excepto el mismo Alvin, que Hank había errado con el lugar. Ése habría sido el comportamiento más cristiano y misericordioso. Cuando un hombre te golpea en la mejilla, debes responderle estrechándole la mano. Eso había dicho Jesús. Y Alvin no supo escuchar. Alvin era demasiado presumido.

Eso hizo que el Deshacedor acudiera a mí, pensó Alvin. Podría haber usado mi don para construir, y lo empleé para destrozar. Vaya, nunca más, nunca más, nunca más. Se lo prometió tres veces, y aunque fue un juramento silencioso y sin testigos, lo mantendría mejor que si hubiese tenido a un juez o a un ministro por delante.

Ay, pero era demasiado tarde. Si hubiera pensado en ello antes de que Gertie viese el hoyo obstruido, o que retirara agua del verdadero, podría haber llenado el segundo y abierto el primero, después de todo. Pero ahora ella había visto la roca, y si él la perforaba, todos sus secretos quedarían expuestos a la vista de cualquiera. Y cuando ya se ha bebido de un manantial no puede taparse hasta que se seque por sí mismo. Llenar un pozo abierto era invitar al cólera y la sequía por el resto de la existencia.

Había deshecho cuanto pudo. Uno puede lamentarse, y ser perdonado, pero los futuros estropeados por una mala decisión no pueden volverse a crear. No necesitaba que ningún filósofo se lo dijera.

Pacífico no estaba martillando en la forja, ni salía humo de la chimenea de la herrería. Estaría en la casa, haciendo algunos quehaceres, supuso Alvin. Conque dejó la pala en la herrería y se encaminó hacia la casa.

A mitad de camino, en el pozo útil, encontró a Pacífico Smith contemplando la pared baja de piedras que Al había erigido para que fuese cimiento de la nueva casa del agua.

—Buenas, Alvin —dijo el maestro.

—Buenas, señor —dijo Alvin.

—Arrojé la lata y el cubo de cobre hasta el fondo. Debes de haber cavado como el demonio para llegar tan profundo, niño.

—No quería que se secara —adujo Alvin.

—Y la recubriste de piedra ya... —dijo el herrero—. Esto es un prodigio...

—Trabajé rápido y sin parar.

—Por lo que veo, también cavaste en el sitio correcto.

Alvin respiró hondo.

—Como yo lo veo, señor, cavé donde el buscador de vertientes dijo.

—Yo vi otro foso más allá —insistió Pacífico Smith—. Y en el fondo había una roca más dura que las pezuñas del diablo. ¿No quieres que nadie sepa por qué cavaste aquí?

—Ya llené ese otro agujero, señor. Ojalá nunca lo hubiese hecho. No quiero que nadie cuente cosas de Hank Dowser. Allí había agua, con toda seguridad, y ningún buscador de aguas subterráneas en el mundo podría haber sabido que abajo había una lengua de roca.

—Salvo tú... —concluyó el herrero.

—No soy ningún buscador de corrientes subterráneas, señor —lo detuvo Alvin. Y repitió la mentira—: Sólo vi que la varita también se había hundido aquí...

Pacífico Smith meneó la cabeza, mientras una sonrisa asomaba en su rostro.

—Mi esposa ya me contó esa historia, y casi me muero de risa. Te partí la cabeza por decir que él se había equivocado. Y tú ahora quieres que él se lleve los laureles...

—Él es un verdadero buscador de aguas —sostuvo Alvin—. Y yo no, señor. De modo que como él sí lo es, el mérito debe llevarse él.

Pacífico Smith recogió el cubo de cobre, se lo llevó a los labios, y tomó un par de tragos. Luego inclinó la cabeza y vertió el resto del agua sobre su rostro, mientras reía a carcajadas:

—Juro que en toda mi vida jamás probé un agua tan dulce y deliciosa.

No era lo mismo que prometer que repetiría la historia, y que haría creer a Hank Dowser que era su pozo. Pero Alvin sabía que de su maestro no conseguiría nada mejor.

—Si no hay ningún problema, señor, tengo un poco de hambre —dijo Alvin.

—Sí, ve a comer. Te lo has ganado.

Alvin pasó a su lado. Del pozo emanaba el olor a agua nueva y fresca.

A sus espaldas, Pacífico Smith volvió a hablar:

—Gertie me dice que tomaste el primer trago de la vertiente.

Al se volvió, temiendo problemas.

—Sí, señor, pero porque ella me lo ofreció.

Pacífico estudió la respuesta, como si decidiera si era motivo para castigarlo o no.

—Bueno —dijo—. Es típico de ella, pero no me importa. En el cubo de madera queda suficiente agua de la primera para darle a Hank Dowser unos tragos. Le prometí que bebería del primer cubo, y cuando regrese cumpliré mi palabra.

—Cuando regrese, señor... —comenzó Alvin— si a usted no le molesta, yo preferiría, y él también, no estar en casa en ese momento. No sé si se da cuenta a qué me refiero. No creo que me tenga mucha estima...

El herrero lo miró con ojos entrecerrados.

—Si es una triquiñuela para escabullirte del trabajo por un par de horas cuando él esté aquí, vaya... —sonrió—, vaya, creo que te lo has ganado con el trabajo de ayer por la noche.

—Gracias, señor —dijo Alvin.

—¿Vas a la casa?

—Sí, señor.

—Bueno. Yo guardaré todas estas herramientitas. Tú llévale el cubo a la patrona. Está esperando. Tendrá que caminar mucho menos que cuando iba a buscar agua hasta el arroyo. Tendré que agradecer a Hank Dowser por haber elegido este sitio exacto. —El herrero seguía riendo para sus adentros cuando Alvin llegó a la casa.

Gertie Smith tomó el cubo, hizo sentar a Alvin, y casi lo llenó hasta el gaznate con tocino frito caliente y sabrosos bizcochos de manteca. Era tanta comida que Alvin tuvo que pedirle que se detuviera.

—Ya hemos terminado un cerdo —dijo Alvin—. No es necesario acabar con otro para mi desayuno.

—Los cerdos son sólo maíz hecho grasa —dijo Gertie Smith—. Y tú has trabajado el valor de dos lechones la noche pasada. Lo digo yo.

Con el estómago lleno y eructando, Alvin trepó por la escalera hasta la buhardilla que había sobre la cocina. Se quitó las ropas, y se cubrió con las mantas que había sobre el catre donde dormía.

El Hacedor es aquel que forma parte de lo que hace.

Murmuró las palabras para sí hasta que se durmió. No tuvo sueños ni tribulaciones. Durmió sin parar hasta la hora de la cena. Y luego, otra vez, hasta el amanecer. Cuando despertó por la mañana, antes de que rayara el alba, entraba a través de las ventanas un débil tinte gris, apenas más claro que la luna, que inundaba la casa del herrero. Casi nada llegaba hasta la buhardilla donde descansaba Alvin, y en lugar de saltar jubiloso de la cama como hacía cada mañana, se sintió embotado de tanto dormir, y algo dolorido de tanto trabajar. De modo que permaneció inmóvil un rato, mientras en su mente resonaba el trino de un pájaro. No pensó en la frase que Arturo Estuardo le había ofrecido como respuesta de Cardenal. En cambio, se preguntó cómo habían sucedido las cosas el día anterior. ¿Por qué el cruel invierno se había vuelto verano con sólo gritar?

«Verano», había murmurado. «Aire tibio, verdes hojas.» ¿Qué había en Alvin para que el

verano viniese cuando él lo llamaba? Siempre había sido así: cuando trabajaba el hierro o se inmiscuía en la roca para repararla o romperla. Entonces, debía tener en mente la forma de lo que quería, comprender el modo en que todo se alineaba, encontrar las grietas y fisuras naturales, los hilos del metal, o el grano de la roca. Y cuando curaba, era tan difícil que debía hacer acopio de todas sus fuerzas mentales para descubrir cómo debía ser el cuerpo, y recomponerlo. Todo era tan pequeño, tan difícil de ver. Bueno, no de ver, pero de lo que fuese. A veces le costaba mucho descubrir cómo eran las cosas por dentro.

Por dentro, y en lo profundo, todo era muy sutil y diminuto, y los secretos más recónditos del modo en el que funcionaban las cosas, siempre se le escabullían como cucarachas cuando uno enciende una lámpara en la habitación. Todo se hacía más y más pequeño, y adoptaba formas muy extrañas y nuevas. ¿Habría alguna partícula que fuese la más pequeña de todas? ¿Algún lugar en el corazón de las cosas donde viera lo real, en lugar de ver elementos formados por otros más pequeños, que a su vez se componían de otros menores?

Pero todavía no había comprendido cómo hizo el Deshacedor para crear el invierno. ¿Cómo, entonces, su clamor había bastado para que el verano regresara?

¿Cómo podré ser un Hacedor si ni siquiera sé cómo hago lo que hago?

La luz se volvió más intensa. Surcó los vidrios vacilantes de las ventanas, y durante un instante, Alvin creyó ver en la luz pequeños corpúsculos volando a toda prisa, como si los disparase algún arma o si los lanzasen con una vara, sólo que más rápido. La mayoría quedaba encajada en las rendijas de la madera que formaba las paredes, o en las tejas del techo, pero sólo unos pocos llegaban a la buhardilla, donde los capturaban los ojos de Alvin.

El instante pasó, y la luz fue sólo fuego, puro fuego, que se internaba en la habitación como las suaves olas que rompían contra la costa del lago Mizogan.

Por donde pasaban, las olas entibiaban las cosas —la madera de las paredes, la inmensa mesa de la cocina, el hierro de la estufa— e insuflaban en ellas el temblor danzante de la vida. Sólo Alvin podía verlo, sólo Alvin sabía que toda la sala despertaba con el día.

Lo que más odia el Deshacedor es el fuego del sol, que crea vida. Extingue ese fuego, se dice el Deshacedor. Extingue todos los fuegos, vuelve hielo las aguas, cubre la tierra de hielo, y que todo el cielo sea negro y frío como la noche. Y para oponerse al deseo del Deshacedor, un Hacedor solitario que ni siquiera sabe hacer el bien cuando cava una fosa.

El Hacedor es quien forma parte de... ¿parte de qué? ¿Qué hago yo? ¿Cómo puedo ser parte de algo? Cuando trabajo con el hierro, ¿soy parte del hierro? Cuando hago estremecer la piedra, ¿soy parte de ella? No tiene sentido, pero debo encontrarlo, pues si no perderé mi contienda con el Deshacedor. Podría luchar con él cada uno de mis días, de todas las formas que conozco, y, cuando muera, el mundo será igual que como era cuando nací. Debe haber algún secreto, alguna clave en esto, para que pueda construir de una vez. Debo hallar esa clave, eso es todo; descubrir el secreto, para poder decir una palabra y conseguir que el Deshacedor retroceda, se acobarde, renuncie y muera, tal vez muera incluso, para que la vida y la luz perduren por siempre y no se desvanezcan jamás.

Alvin oyó que Gertie comenzaba a moverse por el dormitorio, y que uno de los niños lanzaba un débil gemido, el último sonido antes de despertar. Alvin se encogió y se estiró, y sintió el dulce dolor delicioso de sus músculos resentidos que abandonaban el sueño y se disponían a pasar un día en la forja, ante el fuego.

LA BUENA ESPOSA

Peggy no durmió tanto ni tan bien como Alvin. Su batalla había terminado, él podía entregarse al sueño de los victoriosos. Para ella, en cambio, era el fin de la paz.

Era media tarde cuando Peggy despertó entre las pulcras sábanas de hilo del lecho que ocupaba en casa de la señora Modestia. Se sentía exhausta, le dolía la cabeza. Sólo tenía puesta la enagua, aunque no recordaba haberse desvestido. Sí recordaba escuchar el canto de Cardenal, y ver a Arturo Estuardo interpretar la canción. Recordaba ver el fuego interior de Alvin, y ver el retorno de todos sus futuros, pero seguía sin encontrarse en ninguno de ellos. Entonces, su recuerdo cesó. La señora Modestia debió de haberla desvestido y llevado al lecho cuando el sol se aproximaba al cenit.

Giró. La sábana se adhirió a su cuerpo, y al volverse sintió que tenía la espalda empapada de sudor. Alvin había conquistado una victoria y aprendido una lección; el Deshacedor ya no tendría otra oportunidad como ésta. En el futuro de Alvin no vio peligros. No en el porvenir cercano. El Deshacedor aguardaría la próxima ocasión, o volvería a la carga mediante sus siervos humanos. Tal vez el Visitante regresase ante el reverendo Thrower, o alguna otra alma con secretas ansias de maldad recibiría al Deshacedor como bienvenido maestro. Pero ése no era el peligro inmediato. Peggy lo sabía.

Pero mientras Alvin no tuviera noción de cómo ser un Hacedor, o de qué hacer con su poder, daría lo mismo que el Deshacedor se mantuviese a raya mucho tiempo o poco. La Ciudad de Cristal jamás sería construida. Y debía hacerse, o la vida de Alvin —y la de Peggy, consagrada a ayudarlo— habría transcurrido en vano.

Todo parecía tan claro que Peggy se sintió emerger de un sueño febril. La labor de Alvin era prepararse para superar sus flaquezas humanas. Si en el mundo había algún conocimiento sobre el arte de Hacer, o sobre su ciencia, Alvin no tendría ocasión de aprenderlo. La herrería era su escuela, la forja su maestro, que le enseñaría... a cambiar a otros hombres sólo mediante la persuasión y el largo sufrimiento, mediante la amabilidad y la docilidad, el amor no fingido y la mansedumbre. Alguien más tendría que adquirir ese conocimiento puro que llevase a Alvin a la grandeza.

Mi instrucción en Dekane ha concluido.

¡Cuántas lecciones me ha dado, señora Modestia, y todas las he aprendido! Estaría preparada para llevar el título más noble y hermoso al que una mujer podía aspirar, como usted me enseñó:

Buena esposa.

Así como a su madre la habían llamado la buena de Peg, durante todos esos años, y a otras mujeres la buena tal o la buena cual, cualquier mujer podía recibir el mote. Pero pocas lo merecían. Pocas inspiraban a los demás a que las llamasen por el nombre completo: Buena Esposa, no sólo «buena» seguido del nombre. Así como a la señora Modestia nadie nunca la llamaba señora, o doña. Darle un título común e inferior sería como menospreciar su persona.

Peggy se incorporó en la cama. La cabeza le dio vueltas; aguardó y luego se puso de pie. Sus pies resonaron sobre el suelo de madera. Caminó suavemente, pero supo que la señora Modestia la escucharía. Ya venía subiendo las escaleras.

Peggy se detuvo ante el espejo y se observó. Tenía el cabello revuelto de dormir, pegajoso de sudor. En la tez se le veían las marcas rojas de la funda de la almohada. Pero allí vio el rostro que la señora Modestia le había enseñado a contemplar.

—Nuestro trabajo —dijo la señora Modestia.

Peggy no se volvió. Supo que su mentora se encontraba allí.

—Una mujer debe saber que es hermosa —dijo la señora Modestia—. Así como Dios entregó a Eva un fragmento de cristal, o de plata pulida, o al menos un estanque sereno para que supiera

lo que había visto Adán allí.

Peggy se volvió y besó a la señora Modestia en la mejilla.

—Amo lo que usted ha hecho de mí —dijo.

La señora Modestia le retribuyó el gesto de cariño, pero cuando se separaron, había lágrimas en los ojos de la dama.

—Y ahora perderé tu compañía.

Peggy no estaba acostumbrada a que los demás adivinaran lo que ella sentía, especialmente cuando no tenía conciencia de que ya había tomado la decisión.

—¿Ah, sí? —preguntó Peggy.

—Te he enseñado todo lo que he podido —dijo la señora Modestia—, pero después de la noche pasada sé que necesitas cosas con las que nunca soñé, porque nunca creí que nadie pudiese llevar a cabo tu tarea.

—Sólo quería ser la Buena Esposa de ese Buen Hombre que será Alvin.

—Para mí eso fue el comienzo y el fin —repuso la señora Modestia.

Peggy escogió las palabras más sinceras, las más hermosas, las más buenas.

—Tal vez todo lo que ciertos hombres necesitan de una mujer es que sea afectuosa, sabia y prudente como un campo de flores donde él pueda ser mariposa y extraer el dulce néctar de sus capullos.

—Con cuánta gentileza me describes. —La señora Modestia sonrió.

—Pero Alvin tiene una tarea más ardua que hacer, y lo que necesita no es una mujer hermosa que lo reciba con afecto cuando concluya su labor del día. Él necesita una mujer que pueda llevar el otro extremo de su carga.

—¿Adónde irás?

Peggy respondió antes de comprender que sabía la respuesta.

—A Filadelfia, creo.

La señora Modestia la miró sorprendida, como si dijese: «¿Ya lo has decidido?». Las lágrimas le anegaron el rostro.

Peggy se apresuró a explicarle:

—Las mejores universidades están allí. Las que enseñan lo que hay que saber, y no como las anacrónicas escuelas religiosas de Nueva Inglaterra, o las escuelas copetudas para nobles que hay en el Sur.

—Esto no es repentino —dijo la señora Modestia—. Lo has estado planeando el tiempo suficiente para saber adónde ir.

—Es repentino, aunque tal vez lo haya planeado sin saberlo. He escuchado hablar a otros, y ahora lo he resuelto al tomar una decisión. Allí hay una escuela para mujeres, pero lo que me interesa son las bibliotecas. No tengo ninguna instrucción formal, pero de algún modo persuadiré a alguien de que me permita ingresar.

—No hará falta mucha persuasión —dijo la señora Modestia—, si te presentas con una nota del Gobernador de Suskwahenny. Y de otros hombres que se fíen de mi juicio, también.

Peggy no se sorprendió al ver que la señora Modestia seguía resuelta a ayudarla, pese a que Peggy había decidido su partida en forma tan repentina e ingrata. Y Peggy no pensaba incurrir en el falso orgullo de querer abrirse paso sin ayuda.

—Gracias, señora Modestia.

—Jamás he conocido un hombre o una mujer con una capacidad como la tuya. Ni con tu don, tan notable. No mido a la gente por esa clase de cosas. Pero temo que te desperdicies con este niño de Río Hatrack. ¿Acaso podría algún hombre merecer todo lo que has sacrificado por él?

—Merecerlo es su tarea. La mía es disponer del conocimiento cuando él lo necesite.

La señora Modestia lloraba sin pudor. Seguía sonriendo, pues había aprendido que el amor siempre debe sonreír, aun en el pesar, pero no podía contener las lágrimas.

—Ay, Peggy, ¿cómo pudiste aprender tan bien, y sin embargo equivocarte tanto?

¿Equivocarse? ¿Acaso la señora Modestia no se fiaba de su juicio ni siquiera entonces?

—«La sabiduría de una mujer es la ofrenda que concede a otras mujeres» —citó Peggy—. «Su belleza, la ofrenda al hombre. Y su amor, la ofrenda a Dios.»

La señora Modestia meneó la cabeza al escuchar su propia máxima de labios de Peggy.

—¿Por qué, entonces, piensas conceder tu sabiduría a este pobre hombre infortunado a quien

dices amar?

—Porque algunos hombres son tan grandes que pueden amar a una mujer por entero, y no sólo a una parte de ella.

—¿Y él es así?

¿Qué podía responder Peggy?

—Lo será, o no será suya.

La señora Modestia se detuvo por un instante, tratando de encontrar un modo hermoso de decir una penosa verdad:

—Siempre te enseñé que si eras tú misma, completa y perfectamente, los buenos hombres se sentirían atraídos hacia ti y te amarían. Digamos, Peggy, que este hombre tiene grandes necesidades... Pero si tú debes convertirte en algo que no eres para satisfacerlo, no serás perfectamente tú misma, y él no te amará. ¿No fue por eso que te marchaste de Río Hatrack en primer lugar? ¿Para que te amara por ti misma, y no por lo que hicieras por él?

—Señora Modestia: quiero que me ame, sí. Pero amo aún más la tarea que él debe lograr. Lo que hoy soy le bastará al hombre. Lo que haré mañana no será para el hombre, sino para su misión.

—Pero... —comenzó la señora Modestia.

Peggy enarcó una ceja y sonrió ligeramente. La señora Modestia asintió y no la interrumpió.

—Si amo a la misión más que al hombre, para ser perfectamente yo misma debo hacer lo que la tarea exige de mí. ¿No será, entonces, aún más hermosa?

—Para mí, quizá —repuso la señora Modestia—. Pero pocos hombres tienen la visión lo bastante clara para percibir esa sutil belleza.

—Él ama su tarea más de lo que ama su vida. ¿No amará entonces a la mujer que la comparta más que a la mujer que sólo sea hermosa?

—Tal vez tengas razón, pues nunca he amado más una tarea que a la persona que la hacía, y nunca conocí a un hombre que realmente amara su misión más que a su vida. Todo lo que te enseñé es cierto en el mundo que conozco. Si de mi mundo te mudas a otro, ya no puedo enseñarte nada.

—Tal vez no pueda ser una mujer perfecta y a la vez vivir mi existencia como debe vivirse.

—O tal vez, señora Margaret, aun el mejor hombre del mundo no posea la capacidad para reconocer a una mujer perfecta, y me acepte a mí como una digna impostora, mientras que a ti te ignore...

Fue más de lo que Peggy pudo soportar. Dejó el decoro a un lado y le echó los brazos al cuello a la señora Modestia. La besó, y exclamó a gritos que ella no tenía nada de impostora. Pero cuando el llanto terminó, su decisión fue la misma. Peggy había terminado su instrucción en Dekane, y a la mañana siguiente empacó todas sus cosas.

Todo lo que poseía era obsequio de la señora Modestia, salvo la vieja caja tallada que Abuelito le había regalado tantos años atrás. Pero lo que guardaba esa caja pesaba más que ninguna otra pertenencia de Peggy.

Se sentó en un tren que partía rumbo al norte, mirando pasar las montañas por la ventanilla que daba al este. No mucho tiempo atrás, Whitley Physicker la había llevado hasta Dekane en su carruaje. Al llegar, Dekane le había parecido el sitio más grandioso. Entonces, creyó que el solo hecho de estar allí le permitiría conocer el mundo. Ahora, sabía que el mundo era lo bastante extenso para que nadie pudiese conocerlo todo jamás. Se marchaba de un sitio pequeño y se dirigía a otro lugar diminuto. Y tal vez de allí fuese a lugares más insignificantes aún. En todas las ciudades ardían fuegos del mismo tamaño, y no brillaban más por tener más compañía.

Me marché de Hatrack para librarme de ti, Alvin Aprendiz. En cambio, afuera encontré una red mucho más enmarañada. Tu misión es más grande que tú mismo, y que yo, y como la conozco, debo ayudarte. Si no lo hiciera, sería una persona muy vil ante mis propios ojos.

Conque si al fin me amas o no, eso no cambiará mucho las cosas. Ah, sí, a mí me importará, pero el curso del mundo no se modificará en un sentido o en otro. Lo que cuenta es que ambos hagamos lo que nos corresponde para que tú puedas cumplir con tu labor. Entonces, si viene el amor, y si puedes ser un Buen Hombre para esta Buena Esposa, lo tomaremos como una bendición inesperada, y nos alegraremos de ello mientras podamos.

LA VARITA

Pasó una semana antes de que Hank Dowser regresara a Río Hatrack. Una semana miserable sin que pudiese encontrar un lugar decente para que la familia esa pudiera construir la bodega subterránea.

—Es todo suelo húmedo —dijo—. No puedo evitarlo; hay agua por todas partes.

Pero lo hicieron responsable igual. La gente es así. Se cree que el buscador de aguas pone el agua bajo la tierra, en lugar de ver que sólo la detecta. Lo mismo ocurre con las teas. Las culpan por causar las cosas, cuando lo único que hacen es verlas. En la mayoría de las personas no había gratitud, ni la más mínima comprensión.

De modo que, para Hank Dowser fue un alivio volver a estar con alguien más o menos decente, como Pacífico Smith. Aunque Hank no estaba muy orgulloso del modo en que había tratado a ese aprendiz. Pero ¿acaso podía criticarlo? Él mismo no se había comportado mejor. Ay, cómo lo avergonzaba acordarse de la rabia que había sentido hacia él, y de lo que hizo para que su maestro lo castigara. Y todo por nada, en realidad. Sólo una pequeña afrenta al orgullo de Hank Dowser. Jesús aceptó de pie los latigazos y la corona de espinas en silencio, pero yo no supe contenerme cuando un aprendiz masculló un par de palabras tontas. Ay, esos pensamientos afligían a Hank Dowser. Quiso tener la oportunidad de disculparse con el joven.

Pero el aprendiz no estaba. Qué lástima, aunque Hank no le dio demasiadas vueltas al asunto. Gertie Smith lo llevó hasta la casa y lo atiborró de comida. El hombre empujó cada bocado por el gaznate con tal de engullir media hogaza más de pan.

—Hum, casi no puedo caminar —dijo Hank, y era cierto.

Pero también era cierto que Gertie Smith cocinaba tan bien como forjaba su esposo, y como herraba ese aprendiz, y como él mismo encontraba corrientes subterráneas. Es decir, que cocinaba con un verdadero don. Todo el mundo tenía su talento, todo el mundo nacía con un don del Señor, y todos compartimos nuestras artes con el prójimo. Así debe ser el mundo para que todo marche bien.

Conque Hank bebió con orgullo y placer el agua del primer cubo que habían retirado de la fuente. Ah, qué agua tan buena y dulce. Con qué aprecio le agradecieron, con todo su corazón. Cuando comenzaba a alejarse, montado sobre Picklewing, advirtió que no había visto el pozo. Tendría que verlo, por supuesto...

Rodeó la herrería a lomos de caballo, y miró el sitio donde creía haber hundido la vara, pero el suelo parecía no haber sido cavado en cien años. Ni siquiera el cantero que ese aprendiz había cavado mientras él estuvo allí. Le llevó un minuto descubrir dónde estaba realmente el pozo: a mitad de camino entre la casa y la herrería. Sobre el malacate, habían hecho un prolijo tejado, todo terminado con roca bien pulida.

Pero estaba seguro de que él no había estado tan cerca de la casa cuando se hundió la varita.

—Ah, Hank —lo llamó Pacífico Smith—. Hank, qué suerte que todavía no te hayas marchado.

¿Dónde estaba? Ah, allí, en el prado, cerca de la herrería, donde Hank había buscado la fuente. Agitando en la mano una varita, una varita en forma de horquilla...

—Tu varita, la que usaste para encontrar esta fuente. ¿La quieres?

—No, Pacífico, gracias. Nunca uso dos veces la misma varita. No sirve si no es recién cortada.

Pacífico Smith arrojó la varita por encima de la cabeza, descendió unos metros por la ladera y se detuvo exactamente en el sitio donde Hank creía haber indicado la corriente de agua.

—¿Qué opinas del tejado que hicimos para el pozo?

Hank miró hacia allí.

—Buen trabajo en piedra. Si alguna vez dejas la forja, podrás ganarte la vida como picapedrero.

—Vaya, Hank, muchas gracias, pero el que lo hizo fue mi aprendiz.

—¡Qué suerte has tenido con ese chico! —comentó Hank. Pero las palabras le dejaron un gusto amargo en la boca. En la conversación había algo que lo inquietaba. Pacífico Smith escondía una doble intención, y Hank no sabía bien de qué se trataba. No importaba. Era hora de largarse.

—Adiós, Pacífico —gritó, llevando al animal hacia el camino—. Volveré a por más herraduras, recuérdalo.

—Me alegraré de ver otra vez esa cara horrible que tienes —le sonrió Pacífico, agitando la mano.

Hank encaminó a la vieja Picklewing y echó a trotar hacia la senda que conducía al camino del puente. Ésa era una de las cosas más hermosas de la ruta que partía de Hatrack hacia el Oeste. Desde allí hasta el Wobbish, la senda era tan suave como podía desearse, y sobre cada río, arroyo o vado había un puente cubierto. Eran tan fuertes y secos que muchos pasaban la noche bajo sus tejados.

En los aleros del puente Hatrack debía de haber unos cuarenta nidos de cardenales. Las aves hacían tanta bulla que a Hank le pareció un milagro que no despertasen a los muertos. Qué lástima que los cardenales no sirviesen para comer. Si valiesen el gasto podría hacerse un banquete en ese puente.

—Quieta, Picklewing, quieta, mi niña. —Detuvo la yegua y, en medio del puente, escuchó el canto de los pájaros. Y recordó con toda claridad que la varita había saltado de sus manos para hundirse en la hierba del prado. Y que luego había salido disparada, al noroeste del lugar que él había indicado para el pozo. Es decir, en el sitio exacto donde Pacífico Smith la recogió mientras se despedían.

El hermoso pozo nuevo no estaba en el lugar que él había detectado. Durante todo el tiempo que estuvo allí no dejaron de mentirle, de simular que les había encontrado una buena fuente pero el agua que bebían provenía de otro lugar.

Ay, pero Hank sabía quién había escogido ese otro sitio. ¿No se lo había dicho la varita al volar de ese modo? Voló, porque ese mocoso entremetido, ese aprendiz, abrió la boca. Y ahora todos se reían de él a su espalda, sin decirle una palabra a la cara, por supuesto. Sabía que Pacífico Smith se pasaría los años riendo de él todo el tiempo, creyendo que él había sido tan imbécil para no darse cuenta del cambio.

Pero él se dio cuenta, sí, señor. Pacífico Smith, me has hecho quedar como un perfecto idiota. Tú, y ese aprendiz que te has conseguido. Pero yo me di cuenta. Un hombre puede perdonar siete veces, o siete veces siete. Pero un día llega la número cincuenta, y hasta el mejor cristiano deja de perdonar.

—¡Arre! —gritó con enfado.

Picklewing echó atrás las orejas, y comenzó a trotar haciendo repiquetear las nuevas herraduras sobre los tablones del puente. El ruido de los cascos reverberó en las paredes y el tejado.

—Alvin —murmuró Hank Dowser—. Alvin el Aprendiz. No sabe respetar el don de ningún hombre. Para él sólo existe su propio don.

LA JUNTA DE EDUCACIÓN

Cuando el carruaje se detuvo ante la hostería, la vieja Peg Guester estaba arriba colgando colchones de las ventanas para que se ventilaran. Por eso los vio. Reconoció el coche de Whitley Physicker, un nuevo carruaje cerrado que no dejaba entrar el polvo ni el viento. Él podía usar un coche así, pues estaba en condiciones de pagar a alguien para que lo condujese en su lugar. Por cosas como ese carruaje casi todos ahora lo llamaban «Doctor Whitley», y ya no Whitley a secas.

El conductor era Po Doggly, quien antes había tenido un criadero de cerdos, hasta que su mujer falleció y él se dio a la bebida. Era bueno que Physicker le diese trabajo cuando todos los demás lo consideraban un viejo borrachín. Esas cosas hacían que muchos pensaran bien del doctor Physicker, aunque éste fuera más ostentoso de lo que correspondía entre cristianos.

De todas formas, Po saltó de su asiento y dio la vuelta para abrir la puerta del carruaje. Pero el primero que bajó no fue Whitley Physicker, sino Pauley Wiseman, el sheriff. Si había un hombre que no merecía su apellido, ése era Pauley Wiseman¹. La vieja Peg sintió que de sólo verlo se le encogía algo dentro. Era como su esposo Horace siempre decía: Si un hombre quiere el puesto de sheriff, sin dudas no es apto para cumplirlo. Pauley Wiseman quería el puesto, más de lo que muchos desean respirar. Se veía en el modo en que lucía esa estúpida estrella de plata al descubierto, sobre la chaqueta, para que nadie olvidara que estaba hablando con el hombre que tenía las llaves de la prisión. ¡Como si Río Hatrack necesitara una cárcel!

Entonces, Whitley Physicker salió del carruaje, y la vieja Peg supo de inmediato qué asunto los llevaba allí. La Junta de Educación había emitido su veredicto, y estos dos venían a cerciorarse de que ella lo aceptara sin hacer mucha bulla en público. La vieja Peg sacudió el colchón que tenía entre las manos con tal fuerza, que casi lo hizo volar por la ventana. Lo cogió por un extremo y lo acomodó para que se aireara bien. Y luego bajó las escaleras corriendo. Todavía no era tan vieja como para no poder bajar corriendo los escalones cuando le venía en gana. Bueno, subirlos ya era otra cosa.

Buscó con la mirada a Arturo Estuardo, pero, desde luego, no se encontraba en la casa. Tenía edad suficiente para ocuparse de ciertos quehaceres, y no rehuía el trabajo. Pero no bien terminaba, se marchaba al pueblo o andaba por ahí, casi seguro detrás de ese chico aprendiz, Alvin.

Una vez, la vieja Peg le preguntó:

—¿Por qué haces eso, muchacho? ¿Por qué siempre tienes que andar con Alvin el Aprendiz?

Arturo sonrió, y abrió los brazos como un luchador callejero. Y dijo:

—Debo aprender a ganarle a un hombre del doble de mi tamaño.

Lo más gracioso fue que lo repitió con la misma voz de Alvin, y del mismo modo que él lo hubiese dicho: con un aire de chanza tal, que denotaba que ni él mismo se lo tomaba muy en serio. Arturo tenía ese don; sabía imitar a la gente como si la conociera hasta la médula. A veces, Peg se preguntaba si no tendría algo del don de la tea, como Peggy, su hija fugitiva. Pero no; Arturo no parecía comprender nada de lo que decía. Era sólo un imitador, pero más espabilado que el demonio, y por eso la vieja Peg Guester consideraba que merecía ir a la escuela, probablemente más que ningún otro niño de Río Hatrack.

De modo que llegó a la puerta principal justo cuando comenzaban a golpear. Se quedó allí, algo jadeante después de la carrera por la escalinata, y esperó para abrir, aunque vio sus sombras a través de la cortina de encaje de la puerta. Mecían el peso del cuerpo de atrás hacia delante, como si estuvieran nerviosos. Tenían motivos para estarlo. Que sudaran, pues.

Era propio de los tipos de la Junta de Educación: enviar a Whitley Physicker, precisamente. La vieja Peg Guester se enfureció tan sólo al ver su sombra en la puerta. ¿No fue él quien se llevó a

¹ Wiseman: hombre sabio. (N. de la T.)

su pequeña Peggy, seis años atrás, para luego no querer decir adónde la había dejado? En Dekane, fue todo lo que dijo. Con gente que parecía conocer. Y luego, su esposo Horace, que no paraba de leer la nota y de decir: «Si una tea no puede ver su propio futuro, ninguno de nosotros podrá cuidar mejor de ella.» Ay, si no hubiera estado Arturo Estuardo, que tanto la necesitaba, la vieja Peg se habría largado de allí. A cualquier parte. A ver qué pensaban de eso. Llevarse a su hija y decir que había sido por el bien de ella... ¡Decirle eso a una madre! Ya veremos qué dirán cuando yo me marche. Si no hubiese estado Arturo Estuardo, se habría largado de allí tan deprisa que habría dejado la sombra pegada a la puerta.

Y ahora enviaban a Whitley Physicker otra vez, a que la afligiera por su otro hijo, igual que antes. Sólo que esta vez era peor, pues la pequeña Peggy realmente podía cuidar de sí misma, mientras que Arturo Estuardo no. Era sólo un niño de seis años, sin ningún futuro a menos que la vieja Peg luchara por él con uñas y dientes.

Golpearon otra vez. Abrió la puerta. Allí estaba Whitley Physicker, con su mejor aire digno y jovial. Y detrás, Pauley Wiseman, con su mejor aire digno y autoritario. Como dos mástiles de un mismo barco, con las velas hinchadas y aspecto imponente. Todo aires. ¿Venís a decirme lo que es correcto y apropiado, eh? Ya veremos.

—Mi buena señora Guester —dijo el doctor Physicker. Levantó levemente su sombrero, con el gesto apropiado para un caballero.

Eso era lo malo de Río Hatrack en aquellos días, pensó la vieja Peg. Demasiada gente dándose aires de damiselas y gentileshombres. ¿No saben que esto es Hio? Todos esos tipos emperifollados quedan bien en las Colonias de la Corona, con su Majestad, el otro Arturo Estuardo. Ese rey blanco de cabellos largos, a diferencia de su negrito Arturo, de cabellos cortos. En el estado de Hio todo el que se crea un gentilhombre no estará sino engañándose a sí mismo y a los demás tontos.

—Supongo que querrán pasar —dijo la vieja Peg.

—Esperaba que nos invitase —dijo Physicker—. Venimos de parte de la Junta de Educación.

—Si me van a rechazar, da lo mismo que estén en el porche que dentro de mi casa.

—Pero fíjese... —comentó Pauley Wiseman. No estaba acostumbrado a que la gente lo dejase de pie en el porche.

—No hemos venido a rechazarla, señora Guester —dijo el doctor.

La vieja Peg no le creyó ni por un instante.

—¿Me está queriendo decir que esa pandilla de estirados hipócritas va a dejar que un niño negro entre en la nueva escuela?

Eso hizo que el sheriff Pauley se envalentonara como un gallo de riña.

—Bueno, vieja Peg, si está tan segura de la respuesta, ¿para qué nos hace la pregunta?

—Porque quiero que quede bien asentado que son unos segregadores de negros con todo su corazón. Así, algún día, cuando los mancipacionistas triunfen y los negros tengan los mismos derechos que cualquiera, tendrán que pasar vergüenza en público, como se merecen.

La vieja Peg no escuchó que su esposo se acercaba por detrás, de tan fuerte como hablaba.

—Margaret —dijo Horace Guester—. Ningún hombre se queda de pie en el porche de mi casa, sin que se lo invite a pasar.

—Pues entonces, recíbelos tú —repuso la vieja Peg. Dio la espalda al doctor Physicker y al sheriff Pauley, y fue hasta la cocina—. Yo me lavo las manos de este asunto —gritó por encima del hombro.

Pero cuando llegó a la cocina se dio cuenta de que esa mañana todavía no había comenzado a cocinar, pues estaba haciendo las habitaciones del piso de arriba. Y, confundida por un instante, se preguntó si Poncio Pilato no era el que había pasado a la historia por haberse lavado las manos. Vaya, había hablado como una impía. Dios no la contemplaría con benevolencia si comenzaba a imitar al que asesinó al Señor. Conque dio la vuelta y fue hasta la sala, y se sentó cerca de la chimenea. Era agosto, y, cuando no estaba encendido el fuego, era un sitio fresco donde sentarse. No como la estufa de la cocina, que parecía la caldera del demonio en un día de calor como ése. No tenía por qué sudar la gota gorda en la cocina mientras esos dos decidían la suerte de Arturo Estuardo en el rincón más fresco de la casa.

Su esposo y los dos visitantes la miraron, pero no hicieron ningún comentario sobre su intempestiva partida y su inesperado regreso. La vieja Peg sabía lo que se decía de ella a sus

espaldas: que era lo mismo tratar de maniatar a un ciclón que meterse con la vieja Peg Guester. Pero le importaba un comino que la gente como Whitley Physicker y Pauley Wiseman hablaran de ella. Después de un silencio, mientras ella se acomodaba, siguieron conversando.

—Como decía, Horace, consideramos vuestra propuesta seriamente —dijo Physicker—. Para nosotros sería muy conveniente si la nueva maestra pudiese alojarse en vuestra hostería, y no andar de aquí para allá como suele hacerse en estos casos. Pero no pensamos que lo haga gratis. Hay suficientes alumnos inscritos y suficiente ingreso de impuestos, para poder pagaros un pequeño estipendio por el servicio.

—¿Y este pendio cuánto significa en dinero? —preguntó Horace.

—Habría que aclarar los detalles, pero se mencionó la suma de veinte dólares al año.

—Bueno —dijo Horace—, si estáis pensando en pagar el costo real, es una cifra muy baja.

—Por el contrario, Horace, sabemos que estamos pagándole mucho menos de lo que corresponde, pero como usted ofreció hacerlo gratis, esperamos que con esto se mejore un poco la oferta original.

Horace estaba dispuesto a aceptar, pero Peg no pensaba tolerar semejante teatro.

—Sé de qué se trata todo esto, doctor Physicker. Aquí no hay ninguna mejora. Nosotros no ofrecimos hospedar gratis a la maestra de la escuela, sino a la maestra de Arturo Estuardo. Y si creen que veinte dólares me harán cambiar de opinión al respecto, más vale que hagan las cuentas de nuevo.

El doctor Physicker puso cara de lástima.

—Ay, mi buena señora Guester, no se apresure en esto. No hubo un solo miembro de la Junta de Educación que opusiese ninguna objeción personal al hecho de que Arturo asistiera a la nueva escuela.

Cuando el médico dijo eso, la vieja Peg miró de frente a Pauley Wiseman. Y el sheriff se retorció en la silla como si le picara allí donde un hombre no puede rascarse delante de una dama. Así es, Pauley Wiseman. El doctor Physicker podrá decir lo que quiera, pero yo lo conozco a usted, y sé que hubo por lo menos uno que tuvo toda clase de objeciones para con Arturo Estuardo.

Whitley Physicker siguió hablando, desde luego. Como fingía que todos amaban a Arturo Estuardo con todo el corazón, no se dio cuenta de lo incómodo que se sentía el sheriff Pauley.

—Sabemos que Arturo ha sido educado por los dos ciudadanos más antiguos y respetables de Río Hatrack, y todo el pueblo lo ama por lo que es. Lo que no nos imaginamos es qué beneficio puede obtener el niño de una educación escolar.

—El mismo que cualquier otro niño o niña —dijo la vieja Peg.

—¿Eso cree? ¿Saber leer y escribir le permitirá conseguir trabajo en una contaduría? ¿Cree que, aun si le permitieran oficiar de abogado, algún jurado escucharía el alegato de un jurista negro? La sociedad ha decretado que un niño negro debe crecer como un hombre negro, y que los negros, como Adán, deberán ganarse el pan con el sudor de su cuerpo, y no con el fruto de su mente.

—Arturo Estuardo es más listo que cualquier otro niño que asista a esa escuela, y ustedes lo saben.

—Con más razón, no deberíamos alimentar falsas esperanzas al joven Arturo, sólo para que luego se le hagan añicos al crecer. Hablo de cómo es el mundo, buena señora Guester, no del corazón.

—Bueno, ¿por qué, entonces, ustedes, los sabios miembros de la Junta de Educación, no dicen «Al diablo con el mundo, hagamos lo que corresponde». No puedo obligarlos a que hagan lo que no quieren, pero no me vengan a decir que es por el bien de Arturo, maldita sea.

Horace frunció el ceño. No le gustaba que su mujer maldijera. Últimamente había cogido esa costumbre, desde aquella vez que imprecó en público a Millicent Mercher por insistir en que se la llamase «Señora Mercher» en lugar de «Buena Mercher». A Horace no le gustaba que su mujer hablase de ese modo, especialmente porque no sabía medir la oportunidad ni el lugar, como hacían los hombres, o al menos eso opinaba él. Pero la vieja Peg suponía que si uno no podía imprecar a un hipócrita mentiroso, ¿para qué se había inventado la imprecación?

Pauley Wiseman enrojeció. Apenas pudo contener una retahíla de sus blasfemias favoritas. Pero Whitley Physicker era un caballero, conque inclinó la cabeza un instante, como si

pronunciara una oración, pero la vieja Peg supuso que era para calmarse y poder seguir hablando civilizadamente.

—Mi buena Guester, tiene usted razón. El argumentó de que era por su propio bien lo pensamos después de haber tomado la decisión.

Su franqueza la dejó sin palabras, al menos durante el primer momento. Incluso el sheriff Pauley emitió una especie de graznido. Whitley Physicker no se estaba ciñendo a lo que habían acordado decir. Se acercaba sospechosamente a la verdad. El sheriff Pauley no sabía bien qué hacer cuando la gente empezaba a decir la verdad a tontas y a locas. La vieja Peg disfrutó al ver la cara de imbécil de Pauley, para la cual parecía haber sido especialmente dotado.

—Ya ve, mi buena señora Guester. Queremos que esta escuela funcione bien, de veras —dijo el doctor Physicker—. La idea de una escuela pública es de por sí extraña. En las Colonias de la Corona, las escuelas son para personas con título y dinero, de modo que los pobres no tienen posibilidad de aprender ni educarse. En Nueva Inglaterra, todos los colegios son religiosos, es decir, que no salen mentes brillantes sino perfectos puritanos obedientes que sólo hacen lo que Dios les manda. Pero las escuelas públicas de los estados holandeses y de Pensilvania son prueba de que en América podemos hacer algo diferente. Podemos enseñar a leer, escribir y calcular a todos los niños de las chozas más pobres del bosque, para que toda nuestra población sea instruida y pueda votar, y ocupar cargos públicos para que creemos nuestro propio gobierno.

—Hasta aquí todo está muy bien —lo interrumpió la vieja Peg—, y, si no me falla la memoria, usted dijo el mismo discurso en la sala comunal hace tres meses, antes de que votáramos el impuesto para la escuela. Lo que no veo, Whitley Physicker, es por qué mi hijo debe ser la excepción.

Al escuchar eso, el sheriff Pauley decidió que era hora de intervenir. Y ya que todos decían la verdad con tal desenfado, él decidió decir la suya. Fue una nueva experiencia y se le subió un poco a la cabeza.

—Si me disculpa, vieja Peg, en ese crío no hay una gota de su sangre, de modo que no diga que es su hijo, y si Horace ha tenido algo que ver en ello, no basta para hacer de él un niño blanco.

Horace se puso de pie lentamente, como si se dispusiera a invitarlo a salir al patio para meterle en el cuerpo un poco de cautela a golpes. Pauley Wiseman debió advertir que estaba en problemas no bien acusó a Horace de ser el posible padre de un negrito bastardo. Y cuando vio que el hostelero se ponía de pie cuan alto era, recordó que nunca podría vencer a Horace Guester. Horace no era lo que se dice un hombre menudo, ni Pauley era lo que se dice un hombre grande. Conque Pauley hizo lo único que sabía hacer cuando las castañas quemaban: se puso de frente para que se le viera bien la estrella de sheriff. Hazme algo, y tendrás que enfrentarte a un juicio por atacar a un oficial de la ley.

Así y todo, la vieja Peg sabía que Horace no golpearía a un hombre sin advertirle antes. Ni siquiera había destrozado a esa rata de río que lo había acusado de crímenes innumbrables con los animales del corral. Horace no era de los que perdían la cabeza en un arrebató de ira. En realidad, Peg vio que Horace ya había olvidado su furia contra Pauley Wiseman y que su mente pensaba en otra idea.

Sí. Horace se volvió hacia la vieja Peg como si Wiseman no existiese.

—Tal vez sea mejor que lo olvidemos todo, Peg. Cuando Arturo era pequeño estaba bien, pero ahora...

Horace, sin dejar de mirar a la vieja Peg a los ojos, no terminó la frase con toda intención. Pero el sheriff Pauley no fue tan listo.

—Cada día se vuelve más negro, buena Guester.

Bueno, ¿qué se decía a semejante declaración? Al menos ahora se veía muy bien lo que sucedía. Lo que no le permitiría ingresar en la nueva escuela de Río Hatrack a Arturo Estuardo era su color y ningún otro motivo.

Whitley Physicker suspiró en silencio. Las cosas no marchaban nunca como debían cuando el sheriff Pauley estaba presente.

—¿No lo veis? —preguntó con esa voz suave y razonable que tan bien sabía usar—. Hay gente ignorante y retrógrada —y al decirlo lanzó una mirada fría al sheriff Pauley— que no puede admitir la idea de que un niño negro reciba la misma educación que sus propios hijos e hijas.

Ellos dicen: «¿Cuál es la ventaja de mandarlos a la escuela si los negros aprenderán lo mismo? Lo último que falta es que quieran votar u ocupar cargos públicos.»

A la vieja Peg no se le había ocurrido. La idea jamás había pasado por su mente. Imaginó a Mock Berry como gobernador, tratando de impartir órdenes a las milicias. En todo el Hio no habría un soldado que aceptase órdenes de un negro. Sería tan contrario a la razón como que un pez saltara del agua para acabar con un oso.

Pero la vieja Peg no pensaba rendirse tan fácilmente, sólo porque Whitley Physicker hubiese hecho notar dicho asunto.

—Arturo Estuardo es un buen niño —dijo—. No trataría de votar más que yo.

—Lo sé —dijo Physicker—. Toda la Junta de Educación lo sabe. Pero los que lo ignoran son los negros que viven al fondo del bosque. Cuando se enteren de que hay un niño negro en la escuela, en sus chozas no quedará un solo crío. Y estaremos pagando una escuela que no estará cumpliendo con su función: educar a la ciudadanía de nuestra república. Le pedimos a Arturo que renuncie a una educación que no le servirá en ningún caso, para que otros puedan recibir una instrucción que les procurará mucho bien, a ellos y a toda la nación.

Parecía tan razonable. Después de todo, Whitley Physicker era médico, ¿no? Había ido a la escuela en Filadelfia, conque sabría más que la vieja Peg. ¿Cómo podía haber imaginado que era posible oponerse al doctor Physicker sin equivocarse?

Pero aunque no se le ocurría un solo argumento contra la posición de Whitley Physicker, tampoco podía librarse de la idea de que aceptar sería como hundir un cuchillo en el corazón del pequeño Arturo. Lo imaginaba preguntándole: «Mamá, ¿por qué no puedo ir a la escuela con todos mis amigos?». Y todas esas elocuentes palabras del doctor Physicker se desharían como si nunca las hubiese escuchado, y lo único que podría decirle sería: «Es porque eres negro, Arturo Estuardo.»

Whitley Physicker tomó su silencio por rendición.

—Ya lo verá —dijo—. A Arturo no le importará quedarse en casa. En realidad, los niños blancos estarán celosos de él, porque podrá estar al sol mientras ellos estarán encerrados en un aula...

La vieja Peg Guester sabía que en todo aquello había algo raro, algo que no era tan sensato como parecía. Sólo que no podía precisar qué.

—Y tal vez algún día las cosas sean distintas —dijo Physicker—. Tal vez la sociedad misma cambie. Acaso en las Colonias de la Corona y en los Apalaches dejen de tener esclavos negros. Tal vez llegue el tiempo en que... —su voz se perdió. Luego, meneó la cabeza—. A veces me lo pregunto, eso es todo. Tonterías. El mundo es como es, y no es natural que un niño negro crezca como hombre blanco.

La vieja Peg sintió un odio amargo al escucharlo decir esas palabras. Pero no fue una ira ardiente que la impulsara a gritarle. Fue una aversión fría y desesperante, que decía: «Quizá yo sea un bicho raro, pero Arturo Estuardo es mi verdadero hijo, y no lo traicionaré. No lo haré.»

Nuevamente, los demás tomaron su silencio como un consentimiento. Los hombres se pusieron de pie, aliviados. Horace más que nadie. Nunca habían supuesto que la vieja Peg entraría en razones tan rápido. El alivio de los visitantes era de esperar, pero Horace... ¿por qué estaba tan contento? La vieja Peg tuvo una desagradable sospecha que de inmediato supo cierta: Horace Guester, el doctor Physicker y el sheriff Pauley ya lo habían arreglado todo entre ellos antes de ese día. La conversación había sido una impostura. Un teatro para dejar contenta a la vieja Peg Guester.

Horace no quería que Arturo Estuardo fuese a la escuela. No más que Whitley Physicker, ni que ningún otro poblador de Río Hatrack.

La ira de la vieja Peg se volvió furia, pero era demasiado tarde. Physicker y Pauley estaban en la puerta, y Horace los seguía. Sin duda, se palmearían la espalda y sonreirían cuando la vieja Peg no los viera. Pero la vieja Peg no sonreía. Recordó que la noche antes de partir, la pequeña Peggy había visto como tea el futuro de Arturo Estuardo. La vieja Peg había preguntado si alguna vez Horace amaría a Arturo, y la niña se había negado a responder. Con lo cual le respondió. Vaya si no. Horace podía fingir tratar a Arturo como si fuera su propio hijo, pero pensaba en él como en un negrito que a su esposa se le había antojado cuidar. Horace no era un padre para Arturo Estuardo.

Conque Arturo estaba otra vez huérfano. Había perdido a su padre. O, mejor dicho, nunca lo había tenido. Bueno, que así fuera. Tenía dos madres: la que había muerto por él después de darlo a luz, y ella. Peg no había podido conseguir que lo aceptasen en la escuela. Lo había sabido desde el principio. Pero entonces su mente trazó un nuevo plan. Todo dependía de la maestra que contrataran, de la dama que trajesen de Filadelfia. Con suerte, sería una cuáquera, de esas que no odian a los negros, y en tal caso el plan resultaría perfecto. Pero aunque la maestra odiara a los negros como un rastreador de esclavos que viera a un fugitivo de pie al otro lado de la frontera con el Canadá, eso no haría la más mínima diferencia. La vieja Peg ya encontraría la forma. Arturo Estuardo era la única familia que le quedaba en el mundo, la única persona a la cual amaba, que no le mentía, ni la embaucaba, ni hacía cosas a espaldas de ella. No permitiría que nadie lo privara de nada que pudiese hacerle bien.

LA CASA DE LA VERTIENTE

Alvin supo que algo malo ocurría cuando oyó que Horace y la vieja Peg Guester reñían en la vieja casa de la vertiente. Durante un minuto gritaron tan fuerte que los oyó sobre el rugir de la fogata y de su propio martilleo. Luego bajaron un poco la voz, pero para entonces Alvin sentía tal curiosidad que no siguió descargando golpes de martillo. En realidad, lo posó a un lado y salió para escuchar mejor.

No, no. No estaba escuchando. Iba al pozo a buscar más agua para beber, y para el barril de enfriamiento. Si escuchaba algo por casualidad, nadie podía culparlo, ¿verdad?

—La gente dice que soy un mal hostelero, y que dejo que la maestra viva en la casa de la vertiente en lugar de alojarla como se debe.

—Es un edificio vacío, Horace. Lo dejaremos en buen estado. Y podremos usar las habitaciones de la hostería para los clientes que pagan.

—Yo no permitiré que esa maestra viva sola. No es decente.

—¿Por qué, Horace? ¿Piensas aprovecharte?

Alvin apenas podía creer lo que escuchaban sus oídos. Los cónyuges no debían hablarse de ese modo.

Alvin esperó oír un golpe. Pero, en cambio, Horace se lo tragó, al parecer. Todos decían que su mujer lo llevaba por las narices, y más prueba que ésa no hacía falta: que la mujer lo acusara de andar buscando adulterio, sin que él dijera ni pío.

—No importa, de todos modos —dijo la vieja Peg—. Tal vez lo intentes, y ella te diga que no. Pero de todas formas arreglaremos la casa, y se la ofreceremos.

Horace musitó algo que Alvin no llegó a escuchar.

—No me importa si la pequeña Peggy construyó esta casa. Se ha ido por su propia voluntad, sin decirme una palabra siquiera, y no pienso conservar este lugar como si fuera un monumento sólo porque ella solía venir aquí cuando era niña. ¿Me oyes?

Pero Alvin no oyó la respuesta.

Aunque a la vieja Peg sí que la escuchaba. Su voz tronaba como una tempestad de relámpagos.

—¿Tú me dices quién amaba a quién? Pues yo te lo diré, Horace Guester. Todo tu amor no bastó para impedir que se marchase, ¿o sí? Pero mi amor por Arturo Estuardo va a conseguir que el pequeño reciba una educación, ¿me has comprendido? Y cuando todo esto acabe, Horace Guester, ya veremos quién ama más a sus hijos.

Lo que oyó luego no fue un castañazo, sino un portazo capaz de hacer saltar la puerta de los goznes. Alvin no pudo evitar estirar la cabeza para ver quién había hecho el estruendo. Y, como cabía esperar, la que se alejaba a grandes zancadas era la vieja Peg.

Un minuto más tarde, o tal vez más, la puerta se abrió, muy despacio. Alvin apenas podía ver a través de los setos y las hojas que habían crecido entre el pozo y la casa de la vertiente. Horace Guester salió muy lentamente, con el rostro ensombrecido de un modo que Alvin nunca había visto antes en él. Permaneció un instante fuera, con la mano sobre el picaporte. Luego cerró la puerta, con mucha suavidad, como si posase un niño sobre una cuna. Alvin siempre se preguntaba por qué no habían echado abajo esa construcción años atrás, cuando Alvin cavó el pozo que terminó por secar la vertiente que fluía a través de esa casa. O al menos por qué nunca le habían dado ningún uso. Ahora, Alvin sabía que la causa se relacionaba con Peggy, con esa tea que había partido antes de que Alvin llegase a Río Hatrack. Por la forma en que Horace tocó la puerta, y por el modo en que la cerró, Alvin vio por primera vez cuánto podía querer un hombre a una hija, aun después de que se hubiese marchado, hasta el punto de venerar como tierra santa los sitios preferidos por ella. Por primera vez, Alvin se preguntó si alguna vez podría amar así a un hijo de su sangre. Y entonces se preguntó quién sería la madre de sus hijos, y si alguna vez ella le gritaría

como la vieja Peg hacía con Horace, o si alguna vez se tratarían como Pacífico Smith y Gertie, él azotándola con el cinturón, y ella arrojándole platos.

—Alvin —dijo Horace.

Y Alvin quiso morir de la vergüenza al ver que Horace lo sorprendía espiando de ese modo.

—Lo lamento, señor —dijo Alvin—. No tendría que haber estado escuchando.

Horace le dedicó una sonrisa cansada.

—Supongo que para no haber escuchado eso tendrías que haber sido sordomudo.

—Sí, se puso un poco fuerte, pero yo tampoco me aparté del camino para no oír.

—Bueno, sé que eres un buen chico, y jamás escuché que nadie me viniera con cuentos de ti.

Eso de «buen chico» le molestó un poco. Alvin tenía dieciocho años. En menos de doce meses cumpliría los diecinueve y estaría preparado para establecerse como herrero por su cuenta. El hecho de que Pacífico Smith no lo liberara antes de su instrucción, no le daba derecho a Horace Guester para que lo llamase chico. Seré Alvin el Aprendiz, pensó, y no un hombre ante la ley, pero ninguna mujer me hace pasar vergüenza gritándome como a usted.

—Alvin —dijo Horace—. Di a tu maestro que necesitaré nuevos goznes y herrajes para las puertas de la casa de la vertiente. Supongo que la arreglaremos para que allí viva la nueva maestra, si aceta.

Conque así era. Horace había perdido la batalla con la vieja Peg. Inclinaba la cabeza. ¿Eso era el matrimonio, entonces? ¿Qué le quedaba a un hombre? ¿Tener que azotar a su mujer como Pacífico Smith, o dejarse llevar de las narices como el pobre Horace Guester? Bueno, si ésa es la elección, no pienso escoger ninguna, pensó Alvin. Claro está, que Alvin miraba a las jóvenes del pueblo. Las había visto pasearse por las calles, con los pechos bien levantados por el corsé, y la cintura tan estrecha que si las cogía con sus fuertes manos podía zarandearlas hacia cualquier lado. Sólo que jamás se le ocurría apretar ni aferrar, porque el solo pensarlo le daba calor y vergüenza. Así, cuando ellas pasaban, él miraba el suelo o se ocupaba en cargar o descargar, o en lo que tuviese que hacer en el pueblo.

Alvin sabía lo que veía cuando lo miraban las jóvenes del poblado. Veían un hombre sin chaqueta, en mangas de camisa, sucio y sudoroso de tanto trabajar. Veían un hombre pobre que nunca les daría una hermosa casa de madera blanca como la de su padre, que sin duda debía ser abogado, juez o comerciante. Lo miraban con desdén, como a un mero aprendiz, pese a que tenía más de dieciocho años. Si por algún milagro llegaba a desposar a una de esas chicas, ya sabía cómo sería su vida: siempre lo despreciaría, y siempre esperaría que él cediera a sus antojos, por ser ella una dama.

Y si se casaba con una joven de clase inferior, como él mismo, sería como vivir con Gertie Smith, o con Peg Guester: buena cocinera y muy trabajadora, pero un demonio cuando no quisiese obedecerle. En la vida de Alvin no habría ninguna mujer, eso era seguro. Jamás se dejaría humillar como Horace Guester.

—¿Me has oído, Alvin?

—Sí, señor Horace, le daré a Pacífico Smith su recado no bien le vea. Todos los herrajes para la casa de la vertiente.

—Y que sea un buen trabajo, también —continuó Horace—. Es para que allí viva la maestra.

—Pero Horace no pudo evitar levantar el labio superior y dar un tono desagradable a su voz al decir—: Para que pueda dar clases particulares.

Por la forma en que dijo «clases particulares», podría haberse tratado de un prostíbulo, o de algo vergonzoso, pero Alvin sabía muy bien quién recibiría las clases. ¿Acaso no sabían todos cómo había luchado la vieja Peg para que aceptaran a Arturo Estuardo en la escuela?

—Bueno, hasta más ver —dijo Horace.

Alvin lo saludó, y el hostelero se dirigió con paso cansado hacia su casa.

Esa tarde, Pacífico Smith no vino. Alvin no se sorprendió. Ahora que él era todo un hombre, podía hacer hasta el último trabajo de la herrería, más rápido y mejor que Pacífico. Nadie decía nada al respecto, pero Alvin comenzó a notar, desde el año anterior, que la gente solía aparecer cuando Pacífico no estaba en la forja. Pedían a Alvin que hiciese el trabajo en el acto, mientras esperaban. «Sólo un trabajito», decían, aunque a veces no era tan sencillo. Y Alvin no tardó en darse cuenta de que no venían por pura casualidad. Querían que él hiciese lo que necesitaban.

Tampoco era porque él hiciese nada especial con el hierro, salvo un conjuro o dos allí donde

hacía falta. Pero eso lo hacía cualquier herrero. Alvin sabía que no estaría bien superar a su maestro mediante el empleo de su don secreto. Sería como llevar un cuchillo oculto durante una lucha a puño limpio. Si usaba su arte para dar a su hierro alguna forma determinada, sólo lograría crearse problemas. De modo que hacía el trabajo como todos, sólo con sus fuertes brazos y su ojo certero. Se había ganado cada pulgada de los músculos de la espalda, los brazos y los hombros. Y si a la gente le gustaba más su trabajo que el de Pacífico Smith, era porque Alvin era mejor herrero, y no porque su don le hubiese dado alguna ventaja.

De todas formas, Pacífico debió de haberse dado cuenta, pues cada vez se ausentaba más de la herrería. Quizá supiese que era mejor para sus negocios, aunque él nunca sería lo bastante humilde para reconocerlo delante de su aprendiz. Pero Alvin no lo creía totalmente. Más probable era que Pacífico se alejara para que los clientes no vieran cómo miraba constantemente por encima del hombro de Alvin para ver qué era lo que hacía él mejor que el maestro. O quizás estuviera celoso, y no pudiera soportar ver el trabajo de Alvin. Pero también podía ser que Pacífico fuese holgazán, y que como su aprendiz trabajaba bien, bueno, ¿por qué no ir a tomar unas copas con las ratas de río de Boca del Hatrack?

O tal vez, aunque era muy poco probable, Pacífico estuviese avergonzado de retener a Alvin siendo que el joven ya podía ganarse la vida por su cuenta como oficial herrero. Era muy ruin por parte de un maestro retener a un aprendiz una vez que aprendía el oficio, sólo para beneficiarse con su labor sin tener que pagarle el jornal que le correspondía. Alvin le hacía ganar buen dinero a Pacífico Smith, y todos lo sabían. Y Alvin seguía tan pobre como el primer día, y tenía que dormir en una buhardilla, sin dos cobres con que hacer ruido en el bolsillo cuando iba al pueblo. Por supuesto, Gertie lo alimentaba muy bien: la mejor comida del pueblo. Al lo sabía bien, pues de tanto en tanto comía con los demás jóvenes del poblado. Pero buena comida no era lo mismo que una buena paga. La comida se come y desaparece. El dinero puede usarse para comprar cosas, o hacer cosas. Para tener libertad. Ese contrato que su padre había firmado con Pacífico Smith, y que el herrero guardaba en la alacena de la cocina, hacía de él un esclavo como cualquier negro del Sur.

Con una diferencia. Alvin podía contar los días que le quedaban para poder ser libre. Era agosto. No quedaba un año siquiera. En la primavera siguiente obtendría la libertad. En el Sur no había ningún esclavo que supiese de nada semejante, ni que pudiese albergar esa esperanza en el corazón. A lo largo de los años había pensado mucho en ello cada vez que se sentía abatido. Pensaba: «Si ellos pueden seguir viviendo y trabajando, sin esperanza de libertad, también yo puedo esperar otros cinco años, tres años, un año, sabiendo que algún día habrá de terminar.»

De todas formas, esa tarde Pacífico Smith no apareció, y cuando Alvin terminó la labor pendiente, en lugar de limpiar y dedicarse a los quehaceres domésticos fue hasta la casa de la vertiente y midió las puertas y las ventanas. Como era un sitio construido para mantener dentro el frescor del arroyo, las ventanas no se abrían. Pero la maestra no aceptaría eso de no poder tomar nunca un poco de aire, de modo que Alvin también midió los ventanales. No era que hubiese decidido volver a hacer los marcos, pues no era exactamente carpintero, o al menos sabía de carpintería lo mismo que cualquier hombre. Pero como estaba tomando medidas en el lugar, cuando llegó a las ventanas hizo lo mismo.

Y además, midió muchas otras cosas. Pensó que el lugar tendría que ser cálido en el invierno, y calculó dónde tendría que poner una pequeña estufa barrigona. Y, al pensarlo, decidió cómo poner el cimientto correcto debajo de la pesada estufa, y cómo construir la embocadura sobre la chimenea, y todas las cosas que hacían falta para convertir la casa de la vertiente en una construcción sólida, donde pudiese vivir una dama.

Alvin no anotó las medidas. Nunca lo hacía. Las conocía con sólo poner los dedos, las manos y los brazos en los lugares. Y si lo olvidaba, o erraba en alguna medida, sabía que enseguida podría hacer caber la pieza en el lugar. Sabía que era una especie de holgazanería, pero como en esos días se valía muy poco de su don, y no era ninguna vergüenza utilizarlo en ese tipo de cosas, decidió emplearlo.

Arturo Estuardo apareció cuando Alvin estaba a punto de terminar en la casa de la vertiente. Ninguno de los dos dijo nada. Cuando viene alguien al lugar que le es propio, no hace falta saludarlo ni reparar en él siquiera. Cuando Alvin necesitó medir el techo, sólo tuvo que decirlo, y Arturo trepó con la misma facilidad con que Peg Guester sacudía los colchones de la hostería.

Sobre el techo, Arturo echó a andar como un gato, sin prestar atención a la altura. Recorrió el perímetro llevando su propia cuenta, y cuando acabó, sin esperar que Alvin estuviera listo para atraparlo, el pequeño se lanzó de un salto a los aires. Era como si creyese poder volar. Y con Alvin allí para recibirlo, bueno, igual podría haber sido cierto, pues el joven tenía brazos tan fuertes que lo atraparon con toda suavidad y lo posaron sobre el suelo así como un ánsar se posa sobre un estanque.

Después de terminar con las medidas, Al y Arturo fueron hasta la herrería. Alvin tomó unas barras de hierro de la pila, calentó la forja y se puso a trabajar. Arturo lo ayudó, venteando el fuelle y trayendo herramientas. Llevaban tanto tiempo trabajando juntos así, que parecía como si Arturo fuese el aprendiz de Alvin. Y ninguno de los dos pensó jamás que pudiese haber algo de malo en ello. Cada vez que hacían algo juntos, transmitían tanta armonía que para los demás era como una danza.

Un par de horas más tarde, Alvin ya tenía todos los herrajes. Tendría que haber tardado menos, solo que a Alvin se le ocurrió poner una cerradura. Y cuando tuvo la idea en mente, decidió que tenía que ser una cerradura de verdad, como esas que encargaban los ricos del pueblo en las cerrajerías de Filadelfia. Con llave y todo. Y un pestillo que se echase por sí solo cuando uno cerrara la puerta, de tal forma que uno nunca pudiese dejarla abierta por inadvertencia.

Y además, puso conjuros secretos en todos los herrajes. Figuras perfectas de seis lados que hablaban de seguridad, para que nadie con malas intenciones pudiese acercarse para abrir la cerradura. Cuando la cerradura estuviese fija en su lugar, nadie vería los conjuros, pero ellos cumplirían su función, pues cuando Alvin hacía un conjuro era tan perfecto que, a cada lado, proyectaba una red de sortilegios como si fuesen un muro.

A Alvin se le ocurrió preguntarse por qué funcionarían los conjuros. Desde luego, sabía por qué se trataba de una tal forma mágica: era dos veces tres. Y si uno ponía conjuros de seis lados sobre una mesa, éstos encajaban perfectamente uno con el otro. Como si fueran cuadrados perfectos, sólo que más fuertes. No sólo tejidos como trama y urdimbre, sino con algo más. Los cuadrados, que en la naturaleza eran muy difíciles de encontrar, eran demasiado simples y débiles. En cambio, había hexágonos en los copos de nieve, en los cristales de hielo y en las colmenas. Hacer un solo conjuro era como hacer un lienzo de conjuros, de tal forma que esos hexágonos perfectos que él ocultó dentro de la cerradura, envolverían toda la casa con su protección, aislándola de todo daño como si hubiera forjado una red de hierro y la hubiera entretejido a su alrededor.

Pero eso no respondía a la pregunta. ¿Por qué funcionaban? ¿Por qué sus conjuros ocultos detendrían la mano de un hombre, o disuadirían a quien quisiese entrar? ¿Por qué un conjuro debería repetirse invisiblemente lo más lejos posible y por qué, cuanto más perfecto era un hexágono, más lejos llegaba su poder? Llevaba años inquirendo sobre estas cuestiones, pero qué poco sabía. En realidad, su ignorancia casi absoluta lo desesperaba hasta tal punto que, aun entonces, con los herrajes en la mano, se preguntó si no sería mejor para él contentarse con trabajar como un buen herrero y olvidar toda esa historia sobre el Hacedor.

Con tantas preguntas y cuestionamientos, Alvin se olvidó de formularse el interrogante más simple y elemental. ¿Para qué necesitaría esa maestra una cerradura tan perfecta y poderosa? Alvin ni siquiera intentó respondérselo. No pensaba de ese modo. En cambio, él pensaba que la cerradura era una hermosa pieza, y que esa casa debía quedar lo más hermosa posible. Más tarde se interrogaría a sí mismo acerca de todo ello, se preguntaría si ya entonces sabía, antes de conocerla, lo que esa maestra significaría para él. Tal vez en su mente, él también hubiese trazado un plan, como la vieja Peg Guester. Pero entonces no lo sabía, y ésa es la pura verdad. Cuando hizo todos esos bellos herrajes con dibujos, para que la puerta se viera hermosa, pensó estar haciéndolo por Arturo Estuardo. Tal vez creía que si la maestra tenía un buen sitio donde vivir, se sentiría más inclinada a darle clases particulares al pequeño Arturo.

Ya era hora de dar por terminada la labor, por ese día, pero Alvin no pensó lo mismo. Llevó todos los herrajes hasta la casa, en una carretilla, junto con las herramientas que creyó necesarias, y unos restos de hojalata para la boquilla de la chimenea. Trabajó rápido y, sin quererlo, se valió de su don para facilitar la labor. Todo encajó bien en la primera prueba. Las puertas quedaron sostenidas por los goznes en perfecto ángulo, y la cerradura entró exactamente en el hueco, con tal precisión que nunca se saldría. Ningún hombre podría violentar esa puerta. Sería más fácil

descargar el hacha contra las paredes de maderos que atacar esa puerta. Y con todos los conjuros que había puesto, ninguna persona osaría levantar un hacha contra esa casa, o, si lo hacía, las fuerzas no le alcanzarían ni para dar un golpe digno. Ni siquiera un piel roja se reiría de esos conjuros.

Al hizo otro viaje hasta el cobertizo que había afuera de la herrería. Pacífico solía comprar viejas estufas barrigonas en mal estado, para fundir el hierro. Alvin escogió la mejor de ellas. Cargar una estufa no era nada fácil, ni siquiera para un herrero fuerte. Pero como la carretilla no resistiría tanto peso, Alvin tuvo que llevarla con sus propios brazos, colina arriba. La dejó fuera mientras traía piedras del lecho del arroyo para formar una base sobre la cual posar la estufa. El suelo de la casa de la vertiente consistía en vigas que cubrían toda la superficie, pero la franja por donde corría el cauce de agua había quedado sin entablar. De nada habría servido la casa si hubiesen cubierto con maderas el agua fresca. De todas formas, montó una sólida base de piedras bajo un rincón superior, donde había tablones pero no muy por encima del suelo. Entonces, sobre las planchas puso láminas delgadas de hierro para que el suelo estuviese protegido del fuego. Luego calzó la estufa en su lugar, y encajó el caño en el hoyo que había abierto en el techo.

Puso a trabajar a Arturo Estuardo con una espátula, para que quitara de las paredes el viejo musgo adherido. Saldría fácilmente, pero lo que Alvin quería era mantener distraído al niño para que no notase que estaba reparando cosas en esa estufa rota, cosas que ningún nombre normal podría hacer. Quedó como nueva, con todos los goznes en su debido sitio.

—Tengo hambre —dijo Arturo Estuardo.

—Ve a casa de Gertie y dile que estoy trabajando aún, y que por favor nos envíe comida para los dos, ya que tú también me estás ayudando.

El niño partió corriendo. Alvin sabía que transmitiría el mensaje palabra por palabra, con la misma voz de Alvin, y que Gertie reiría a carcajadas. Le daría una cesta con tanta comida, que probablemente Arturo tendría que descansar tres o cuatro veces durante el regreso hasta su casa, de tan lleno que quedaría.

Y durante todo ese tiempo, Pacífico Smith ni siquiera apareció.

Cuando por fin regresó Arturo Estuardo, Alvin estaba sobre el tejado dando el toque final a la embocadura, y, de paso, arreglando alguna de las tejas. El caño quedó tan bien encajado, que en la casa jamás entraría agua durante los días de lluvia. Arturo Estuardo lo aguardaba abajo, sin preguntar si podía entrar y comenzar a comer, sin preguntar siquiera cuánto tiempo más tardaría Alvin. No era de los que se quejaban ni molestaban. Cuando Alvin terminó, se deslizó hasta el borde del tejado, se cogió al borde del alero y se dejó caer.

—Después de un día caluroso y de tanto trabajo, el pollo frío os caerá lo más bien —dijo Arturo Estuardo, exactamente con la misma voz de Gertie Smith, sólo que aguda como la de un niño.

Alvin le sonrió y abrió la cesta. Se pusieron a comer como marineros que llevaran varios meses de mal comer, y en un santiamén quedaron los dos tendidos sobre el suelo, panza arriba, eructando de tanto en tanto, y observando las nubes blancas que se movían como un plácido rebaño mordisqueando la hierba de los cielos.

El sol se acercaba al horizonte, hacia el oeste. Sin duda, buena hora para dar por concluida la jornada, pero Alvin no podía sentirse satisfecho.

—Mejor vete a casa —dijo a Arturo—. Tal vez si le dejas la cesta vacía a Gertie Smith y te vas en silencio, Ma no se enfade mucho contigo.

—¿Qué harás ahora?

—Debo reparar el marco de las ventanas y los goznes.

—Bueno, yo debo terminar con las paredes.

Alvin sonrió, pero sabía que lo que pensaba hacer con las ventanas no era algo que le interesase que observara nadie. No tenía intención de hacer demasiada labor de carpintería, y nunca dejaba que nadie lo mirase cuando hacía algo obvio con su don.

—Mejor será que te vayas a casa ya —insistió Alvin.

Arturo suspiró.

—Me has ayudado mucho, pero no quiero que te metas en problemas.

Para sorpresa de Alvin, Arturo le devolvió las mismas palabras, con voz idéntica a la de Alvin:

—Me has ayudado mucho, pero no quiero que te metas en problemas.

—Lo digo en serio —dijo Alvin.

Arturo Estuardo rodó por el suelo, se puso de pie y se sentó sobre la barriga de Alvin, como hacía a menudo. Sólo que en ese momento, con un pollo y medio en el estómago, Alvin no se sintió muy cómodo.

—Vamos, Arturo —dijo Alvin.

—Nunca le conté a nadie lo del cardenal... —dijo el niño.

Y eso hizo que a Alvin se le pusiera la carne de gallina. Había tenido la esperanza de que en aquel entonces Arturo Estuardo fuese demasiado pequeño para recordar nada. Pero Alvin debía haber sabido que el hecho de que Arturo Estuardo no hablara de algo, no quería decir que lo hubiese olvidado. El niño jamás se olvidaba ni siquiera de una oruga trepando por una hoja.

Si Arturo Estuardo recordaba el cardenal, también debía acordarse de ese día en que se hizo invierno en pleno verano, y de la noche en que Alvin cavó un pozo e hizo que la piedra quedara limpia de tierra sin usar las manos. Y si Arturo Estuardo conocía el don de Alvin, ¿qué sentido tenía tratar de mantenerlo en secreto ante él?

—Muy bien, entonces —dijo Alvin—. Ayúdame a colocar las ventanas... mientras no le cuentes a nadie lo que veas. —Pero Arturo Estuardo ya lo sabía. Era una de las cosas que comprendía.

Terminaron antes de que se pusiera el sol. Alvin cortó la madera para los marcos con los dedos desnudos, dando forma para que los marcos se encastraran uno en otro. Y así montó ventanas de guillotina, que se deslizaban suavemente hacia arriba y hacia abajo. Hizo pequeños agujeros en los marcos, y pernos de madera para que la sostuvieran a la altura que cualquiera pudiese desear. Desde luego, no tuvo que tallar como un hombre normal, pues cada pase de su cuchillo formaba un arco perfecto. Y con seis tajos hizo cada clavija.

Mientras tanto, Arturo Estuardo terminó con la pared, y luego ambos barrieron la casa, con una escoba, desde luego, pero Alvin ayudó con su don para que en la casa no quedara una sola mota de serrín, de limaduras de hierro, de musgo o de polvo antiguo. Lo único que no hicieron fue tratar de cubrir la zanja que atravesaba la casa, por donde antaño había corrido el agua. Para eso habrían tenido que derribar un árbol y aserrar tablones. Y, de todas formas, Alvin se asustó un poco al ver todo lo que habían hecho en tan poco tiempo. ¿Y si alguien aparecía esa noche y se daba cuenta de que el prodigio había sido producto de una sola tarde de trabajo? Habría preguntas. Y suposiciones.

—No digas a nadie que hicimos todo esto en un solo día —advirtió Alvin.

Arturo Estuardo sonrió. Se le había caído uno de los dientes delanteros hacía poco, y por el agujero se le veían las encías rosadas. Rosadas como las de un hombre blanco, pensó Alvin. La boca de Arturo por dentro es igual a la de cualquiera. Y entonces a Alvin se le ocurrió la loca idea de que si Dios tomase a toda la gente muerta y la despellejase, y colgase los cuerpos como el carnicero cuelga a los lechones, todo hueso y carne colgando de las patas, sin cuello, sin piel y sin cabeza, sólo carne, y entonces pidiera, por ejemplo a los de la Junta de Educación de Río Hatrack, que dijeran cuál era blanco, cuál negro y cuál indio, ellos no podrían hacerlo. Dios preguntaría: «¿Por qué entonces dijisteis que éste, aquél y ese otro no podían ir a la escuela con éste, éste y el de más aquí?» ¿Qué podrían responderle? Y Dios diría: «Bajo la piel, todos tenéis la misma carne. Pero, os diré algo: no me gusta vuestro sabor. Pienso arrojar vuestras chuletas a los perros.»

Fue una idea tan graciosa que Alvin no pudo sino transmitírsela a Arturo Estuardo, y el niño rió tanto como Alvin. Sólo entonces, cuando dejaron de reír, Alvin recordó que quizá nadie le hubiese contado a Arturo lo del rechazo de la Junta de Educación.

—¿Sabes de qué se trata todo esto?

Arturo Estuardo no entendió la pregunta. O quizá la entendió mejor que Alvin. De todos modos, repuso:

—Ma espera que la señorita maestra me enseñe a leer y a escribir aquí, en la casa de la vertiente.

—Bien —dijo Alvin. No tenía sentido explicarle lo de la escuela, entonces. O bien Arturo Estuardo ya sabía lo que algunos blancos pensaban acerca de los negros, o bien lo descubriría pronto, sin que Alvin tuviese que decírselo en ese momento.

—Todos tenéis la misma carne —dijo Arturo Estuardo con una voz graciosa que Alvin nunca

había escuchado antes.

—¿De quién es esa voz? —preguntó.

—De Dios, por supuesto —respondió el niño.

—Buena imitación —dijo Alvin, divertido.

—Claro que sí —repuso Arturo Estuardo. Pero sin ninguna diversión.

Pero nadie fue a la casa de la vertiente durante dos días, o más. El lunes de la semana siguiente, Horace apareció en la herrería. Era temprano; a esa hora, Pacífico estaba casi siempre allí, «enseñando» ostentosamente a su aprendiz cómo hacer algo que éste ya sabía.

—Mi obra maestra fue un ancla de barco —decía Pacífico—. Claro, fue en Newport, antes de que viniera al Oeste. Allí hacen barcos balleneros, no como estas carretas y casas de pacotilla. Necesitan verdaderas piezas de hierro. Un niño como tú puede trabajar más o menos bien aquí, donde nadie sabe mucho, pero nunca podrías arreglártelas allá, donde para ser herrero hay que ser un hombre.

Alvin estaba acostumbrado a ese tipo de conversación. Dejó que siguiera parloteando, sin prestarle mucha atención. Cuando Horace entró, puso fin a la perorata de Pacífico, lo cual Alvin recibió con toda gratitud.

Después de los buenos días y los cómo-te-va, Horace fue al grano.

—Vine a ver cuándo podrás tener oportunidad de comenzar en la casa de la vertiente.

Pacífico levantó una ceja y miró a Alvin. Sólo entonces, el joven comprendió que no había dicho una palabra del recado a su maestro.

—Ya está hecho, señor —le dijo Alvin a Pacífico, como si la pregunta tácita del herrero hubiese sido «¿Ya lo terminaste?», y no «¿De qué trabajo en la casa de la vertiente me está hablando?».

—¿Hecho? —preguntó Horace.

Alvin se volvió.

—Pensé que lo habría notado. Creí que era urgente, de modo que lo hice en mis ratos libres.

—Bueno, veámoslo —propuso Horace—. Ni siquiera se me ocurrió mirar cuando venía hacia aquí.

—Sí —dijo el herrero—. Me muero por verlo.

—Yo me quedaré aquí para seguir trabajando —opinó Alvin.

—No —dijo Pacífico—. Tú vienes y nos muestras ese trabajo que has hecho en tu «tiempo libre». —Alvin apenas notó la forma en que había subrayado las dos últimas palabras, tanto lo turbaba tener que exhibir su trabajo. Sólo atinó a guardar las llaves en el bolsillo.

Subieron la ladera hasta llegar a la casa. Horace era de los que sabían elogiar el trabajo de alguien cuando correspondía, sin pecar de mezquino. Pasó los dedos por los goznes labrados, y admiró la cerradura al meter la llave. Para orgullo de Alvin, abrió fácilmente y sin trabarse. La puerta se deslizó en silencio, como una hoja en otoño. Si Horace notó los conjuros, no lo dio a entender. Se fijaba en otras cosas, no en los hechizos.

—Vaya, limpiaste las paredes...

—Lo hizo Arturo Estuardo —aclaró Alvin—. Las rascó con toda prolijidad.

—Y esta estufa... Te advierto, Pacífico, que no calculé en este asunto el coste de una estufa nueva.

—No es una estufa nueva —intervino Alvin—. Quiero decir, con todo respeto, que era una de las estufas rotas que guardamos para fundición, sólo que cuando me fijé, vi que podía repararla, conque ¿por qué no ponerla aquí?

Pacífico le lanzó una mirada fría, y luego se volvió hacia Horace.

—Eso no significa que sea gratis, desde luego.

—Claro que no —dijo Horace—. Pero si la compraste como fundición...

—Ah, no te cobraré mucho...

Horace admiró cómo se embocaba en el techo.

—Un trabajo perfecto —sentenció. Dio la vuelta. Alvin creyó ver una expresión triste en su rostro, o quizá resignada—. Habrá que cubrir el resto del suelo, por supuesto.

—No es nuestra especialidad —lo atajó Pacífico.

—No te preocupes, estaba hablando para mis adentros.

Horace fue hasta la ventana que daba al este, la empujó con los dedos, y ésta se levantó.

Encontró los pernos en el alféizar y los puso en el tercer agujero de cada lado. Entonces, dejó que la ventana cayera para descansar sobre los pernos. Miró las clavijas, la ventana, y luego otra vez las clavijas, largo tiempo. Alvin sintió terror de sólo pensar que le preguntase cómo había hecho él, sin ser maestro carpintero, para encastrar una ventana tan bien hecha. Y peor aún, ¿si Horace se daba cuenta de que era la ventana original y no una nueva? Eso sólo podía explicarse por el don de Alvin: ningún carpintero podía introducirse en la madera para cortar una ventana corrediza como ésa.

Pero lo único que dijo Horace fue:

—Hiciste bastante trabajo de más...

—Bueno, imaginé que hacía falta hacerlo —dijo Alvin. Si Horace no pensaba preguntarle cómo lo había hecho, Alvin no haría nada por explicarlo.

—Nunca pensé que lo tendrías acabado tan pronto —comentó Horace— ni que harías tantas cosas. La cerradura parece de las caras, y la estufa... espero no tener que pagarlo todo de una vez.

Alvin casi dijo: «No tiene que pagar por nada de esto», pero, por supuesto, no le correspondía. Esas cosas las decidía Pacífico.

Pero cuando Horace se volvió para buscar una respuesta, no se dirigió a Pacífico Smith, sino a Alvin:

—Pacífico Smith ha venido cobrando precio completo por tu trabajo, de modo que no debo pagarte menos.

Sólo entonces, Alvin comprendió que había cometido un error al declarar que el trabajo era producto de su tiempo libre, ya que las cosas que un aprendiz hacía en sus ratos de ocio debían pagársele directamente a él, y no a su maestro. Pacífico Smith nunca le dejaba tiempo libre a Alvin. Si alguien necesitaba un trabajo, lo tomaba él y se lo encargaba a Alvin, como parte de las tareas que éste debía cumplir en su herrería por contrato. Al hablar de tiempo libre, Alvin parecía dar a entender que Pacífico le había concedido tiempo para que ganara unos dólares por sí mismo.

—Señor, yo...

Pero Pacífico habló antes de que Alvin pudiese explicar el error.

—No estaría bien pagar precio completo —sostuvo el herrero—. Alvin se está acercando al fin de su contrato, y pensé que podía comenzar a hacer cosas por su cuenta, para ver cómo manejaba el dinero. Pero aunque a ti el trabajo te parezca perfeto, para mí es de segunda clase. Conque la mitá del precio me parece justo. Supongo que al menos te habrá llevado veinte horas, ¿no, Alvin?

Habían sido diez, pero Alvin asintió. De todas formas, no sabía qué decir, pues su maestro, obviamente, no pensaba decir la pura verdad sobre su trabajo. Y lo que él había hecho le habría llevado veinte horas —dos jornadas completas de trabajo— a un herrero sin el don de Alvin.

—Bien —dijo Pacífico—. Entre el trabajo de Al, a mitad de precio, y el costo de la estufa, el hierro y todo... son unos quince dólares.

Horace silbó y se columpió sobre los talones.

—Puedes aceptar mi trabajo gratis, como práctica —dijo Alvin.

Pacífico lo miró, furibundo.

—Ni soñarlo —dijo Horace—. El Salvador dijo que quien trabaja merece su paga. Lo que me inspira cierta duda es el alto precio del hierro.

—Es una estufa —aseguró Pacífico.

No lo fue hasta que yo la arreglé, dijo Alvin para sus adentros.

—Tú la compraste como hierro de fundición —dijo Horace—. Y, como dijiste con respecto a la labor de Alvin, no sería justo pagarla a precio completo.

El herrero suspiró.

—Considerando el tiempo que hace que nos conocemos, Horace, dado que me trajiste hasta aquí, y me ayudaste a establecerme por mi cuenta cuando llegué al Oeste, dieciocho años atrás... Son nueve dólares.

Horace no sonrió, pero asintió.

—Es justo. Y como por lo general cobras cuatro dólares por cada día de trabajo de Alvin, calculo que sus veinte horas de trabajo a mitá de precio son cuatro dólares. Ven por la casa esta tarde, Alvin, y te los daré. Y, Pacífico, a ti te pagaré el resto cuando se llene la hostería, en la temporada de la cosecha.

—Está bien —convino el herrero.

—Me alegra ver que ahora dejas tiempo libre a tu aprendiz —dijo Horace—. Hubo mucha gente que te criticó por ser tan estrito con un buen aprendiz, pero yo siempre dije: «Pacífico está esperando el momento oportuno, ya veréis.»

—Es cierto —dijo Pacífico—. Estaba esperando el momento.

—¿No te molesta si les digo a los demás que el momento ha llegado?

—Alvin todavía tiene que hacer su tarea para mí —atajó.

—Supongo que sí —asintió pensativamente Horace—. Que trabaje para ti por las mañanas, y para sí mismo por las tardes. ¿Está bien? Es la forma en que actúan casi todos los maestros justos, cuando un aprendiz se acerca a la hora de convertirse en oficial.

Pacífico comenzó a ruborizarse. Alvin no se sorprendió. Veía lo que estaba sucediendo: Horace Guester estaba comportándose como un abogado defensor, como si buscara la ocasión de obligar al herrero a que tratase bien a Alvin por primera vez en más de seis años de instrucción. Cuando Pacífico decidió fingir que Alvin realmente gozaba de tiempo libre, bueno, fue como si hubiese abierto una rendija, que Horace aprovechó para agrandar por la fuerza. ¡Estaba obligando a Pacífico a que cediera la mitad de cada día, nada menos! El herrero no lo tragaría tan fácilmente.

Pero se lo tragó.

—Para mí está bien con medio día. Desde hace tiempo pensaba hacerlo.

—¿O sea, que ahora trabajarás por las tardes en la herrería, verdad, Pacífico?

Ay, Alvin miró a Horace con la más absoluta admiración. No pensaba dejar que se pasara el tiempo holgazaneando para que Alvin tuviera que cargar con todo el trabajo de la herrería.

—Cuánto trabajo es asunto mío, Horace.

—Sólo quiero decirle a la gente cuándo podrá encontrar al maestro en la herrería, y cuándo al aprendiz.

—Estaré todo el día.

—Bueno, me alegra escucharlo —dijo Horace—. Alvin, debo reconocer que has hecho un excelente trabajo. Tu maestro te ha enseñado muy bien, y tú has aprendido como nadie que yo haya visto. Ven sin falta por la tarde a cobrar tus cuatro dólares.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Ahora debo dejaros seguir con vuestro trabajo —se disculpó Horace—. ¿Éstas son las únicas llaves de la puerta?

—Sí, señor. Las únicas dos. Las aceité para que no se oxiden.

—Las mantendré aceitadas, entonces. Gracias por recordármelo.

Horace abrió la puerta y la sostuvo hasta que los otros dos salieron. Y luego la cerró cuidadosamente, mientras ellos miraban. Se volvió a Alvin, sonriente:

—Tal vez lo primero que te encargue sea una cerradura así de buena para la puerta de mi casa.

—Se echó a reír y sacudió la cabeza—. Pero no, supongo que no. Soy un hostelero. Mi trabajo es dejar entrar a la gente, y no cerrarles la puerta. Aunque en el pueblo habrá otros que juzgarán muy bien el aspecto de esta cerradura.

—Espero que sí, señor. Muchas gracias.

Horace volvió a asentir y miró fríamente a Pacífico, como si dijese «No olvides lo que hoy prometiste aquí». Y luego echó a andar por el camino hacia su hostería.

Alvin descendió la pendiente hacia el taller de la forja. Oyó que Pacífico lo seguía, pero Alvin no deseaba precisamente mantener una conversación con su maestro en ese momento. Mientras Pacífico nada dijera, para Alvin todo andaría bien.

Pero el silencio duró hasta que estuvieron dentro.

—Esa estufa estaba hecha pedazos —dijo el herrero.

Era lo último que había esperado escuchar Alvin, y lo que más temía. Nada de regañarlo por haberse tomado tiempo libre, ni de intentar retirarle los beneficios que acababa de concederle. Pacífico Smith se acordaba de la estufa mejor de lo que Alvin había supuesto.

—Sí, parecía estar toda rota —convino Alvin.

—No había forma de repararla sin refundirla —aseguró Pacífico—. Si hubiera pensado que era posible, yo mismo la habría compuesto.

—Yo pensé lo mismo —dijo Alvin—. Pero cuando me fijé...

El aspecto que Pacífico Smith tenía en el rostro lo hizo callar. El hombre lo sabía. En la mente

de Alvin no hubo dudas. Sabía lo que su aprendiz podía hacer. Alvin sintió el miedo de que lo descubriera de pies a cabeza. Era como el juego del escondite que tantas veces había jugado con sus hermanos y hermanas, allá en Iglesia de Vigor. Lo peor era cuando uno era el último escondido sin descubrir, y debía esperar, y esperar, y escuchaba las pisadas que se acercaban, y uno temblaba de miedo, y sentía el estremecimiento en cada parte del cuerpo, como si uno estuviese deseando locamente moverse. Era tan terrible que uno quería saltar y gritar «Aquí estoy», y luego correr como un conejo, no hacia la piedra libre, sino a cualquier parte. Correr hasta que los músculos no dieran más y uno cayese de bruces contra la tierra. Era una locura, y de la locura nunca salía nada bueno. Pero eso sentía cuando jugaba con sus hermanos y hermanas, y eso sintió ante el herrero, al estar a punto de ser descubierto.

Para sorpresa de Alvin, en el rostro de su maestro asomó una lenta sonrisa.

—Conque ésas teníamos —dijo Pacífico—. Con razón. Veo que estás lleno de sorpresas. Ahora me doy cuenta. Tu padre dijo, cuando naciste, que eras sétimo hijo de un sétimo hijo. Claro, tu forma de herrar los caballos era por eso. Y cuando encontrastes ese pozo como un hidromántico, también me di cuenta de eso. Pero ahora... —Pacífico sonrió—. Yo aquí, pensando que nunca había nacido un herrero como tú, y todo el tiempo habías estado manejando el metal como un alquimista.

—No, señor —denegó Alvin.

—Tranquilo, guardaré tu secreto —dijo Pacífico—. No se lo diré a nadie. —Pero reía con ese modo tan propio de él.

Alvin supo que el herrero no lo diría abiertamente, pero que lo daría a entender desde allí hasta el Hio. Pero eso no era lo que más molestaba a Alvin.

—Señor —dijo—, todo el trabajo que hice para usted lo hice honestamente, con mis propios brazos y capacidad.

Pacífico asintió pensativamente, como si entendiera algún significado oculto en las palabras de Alvin.

—Ya he comprendido. El secreto no saldrá de mi boca. Pero lo supe todo el tiempo. Sabía que no podías ser tan buen herrero como parecías.

Pacífico Smith no sabía que estaba jugando con la muerte. Alvin no era un alma homicida. Siete años atrás, en el Montículo de las Ocho Laderas, había perdido toda sed de sangre que hubiese podido anidar en él. Pero durante los años pasados de su instrucción, nunca había escuchado una sola palabra de elogio de ese hombre. Nada, sino quejas por la holgazanería de Alvin, y por la mala calidad de su trabajo, y todo el tiempo había estado mintiendo; todo el tiempo había creído que Alvin era un buen herrero. Sólo cuando Pacífico se convenció de que Alvin usaba hechizos ocultos para hacer su tarea, sólo entonces reconoció a Alvin que era un buen herrero. Mejor que bueno. Alvin, por supuesto, sabía que era un herrero nato, pero el hecho de que nunca se lo hubieran dicho en voz alta, le dolía más de lo que había supuesto. ¿No sabía su maestro cuánto habría significado una palabra, sólo media hora atrás? Una palabra, como «Tienes talento para esto, chico», o «Tienes buena mano para esta clase de trabajo». Pero Pacífico no fue capaz. Prefirió mentir y decir que Alvin no tenía talento hasta que algo le hizo pensar que, después de todo, su talento no había sido tal.

Alvin quiso aferrar la cabeza de Pacífico Smith, y clavarla sobre el yunque. Clavarla tan fuerte que la verdad atravesase el cráneo del herrero y le entrase en los sesos. Nunca usé mi don de Hacedor en ningún trabajo de esta herrería, pues fui lo bastante fuerte para poder hacerlo bien con mis músculos y mi habilidad, conque no me mires con esos ojos burlones como si fuera un timador, como si no fuese un herrero de verdad. Además, aunque hubiera usado mi auténtico don de Hacedor, ¿crees que es sencillo? ¿Crees que no he tenido que pagar un precio por ello también yo?

Dentro de Alvin, más calientes que la forja, ardían todos sus años de esclavitud, toda la furia de su vida, todos los meses de rabia por la injusticia de su maestro, todo ese tiempo de cuidarse y ocultar, toda su ansia desesperada de saber qué hacer con su existencia, y sin tener a quién preguntárselo. La inquietud y el estremecimiento que agitaban a Alvin ya no eran deseos de correr, sino de cometer violencia, de borrar esa sonrisa del rostro de Pacífico Smith, de borrarla para siempre contra el pico del yunque.

Pero Alvin se las arregló de algún modo para permanecer inmóvil, mudo y quieto como un

animal que intentara ser invisible, y no estar en su sitio. Y en esa inmovilidad, Alvin escuchó el canto verde a su alrededor, y dejó que la vida de la tierra lo penetrara, colmara su corazón y le prodigase paz. La música verde no era tan poderosa como solía ser más al oeste, en épocas más silvestres, cuando el piel roja podía unir su canto al del bosque. Era una música débil, y por momentos pareció ahogarse bajo el ruido inarmónico de la vida del pueblo, o de los tonos monocordes de los campos civilizados. Pero Alvin pudo encontrar el canto que necesitaba, y sumarse a él en silencio, para que envolviera y serenara su corazón.

¿Supo Pacífico Smith lo cerca que había estado de la muerte? Pues, sin duda, no habría podido vencer en una lucha contra el aprendiz. Alvin era mucho más alto y joven, y en su corazón ardía el fuego terrible de la justicia. Pero, supiéralo o no, la sonrisa desapareció del rostro del herrero, que asintió solemnemente.

—Mantendré todo lo que dije allí arriba, presionado por Horace. Sé que probablemente lo hayas arreglado todo con él, pero soy un hombre justo, de modo que te perdonaré, mientras sigas aportando lo que te corresponde hasta que tu contrato haya terminado.

Lo había acusado de conspirar con Horace. Eso tendría que haberlo enfurecido más, pero Alvin ya era parte de la música verde, y casi no estaba presente en la herrería. Estaba en esa especie de trance que había aprendido al correr con las pieles rojas, junto a Ta-Kumsaw, en el que uno olvidaba quién era y dónde estaba, y el cuerpo era sólo una criatura distante que atravesaba el bosque a la carrera.

Pacífico aguardó una respuesta, que no llegó. Así, se volvió para marcharse, con gesto de entendimiento.

—Tengo cosas que hacer en el pueblo —dijo—. Ocupate de esto. —Se detuvo en la puerta y regresó a la herrería—. Y mientras trabajas, podrías arreglar las demás estufas rotas que hay en el cobertizo.

Luego, desapareció.

Alvin permaneció allí mucho tiempo, sin moverse, sin siquiera tener conciencia de que poseía un cuerpo que mover. Cuando recuperó los sentidos y dio un paso, ya era mediodía. En su corazón reinaba una paz absoluta, y se había desvanecido hasta la última traza de ira. Si lo hubiera pensado, habría sabido que la ira volvería, que más que curado estaba calmado. Pero para él la calma fue suficiente entonces. Su contrato terminaría en la primavera siguiente, y luego se marcharía de ese lugar y sería, por fin, un hombre libre.

Pero, hubo una cosa más. Nunca se le ocurrió hacer lo que Pacífico Smith le había pedido: arreglar esas estufas destruidas. Y Pacífico jamás volvió a mencionar el tema. El don de Alvin no era parte de su trabajo como aprendiz, y Pacífico Smith debió de haberlo sabido en lo profundo de su corazón. Debió de saber que no podía decir qué hacer al joven Alvin, cuando éste Hacía.

Días más tarde, Alvin estaba ayudando a colocar el suelo nuevo en la casa de la vertiente. Horace lo llevó a un lado y le preguntó por qué no había ido a buscar sus cuatro dólares.

Alvin no podía decirle la verdad: que nunca aceptaba dinero por los trabajos que realizaba como Hacedor.

—Pues digamos que es mi contribución a la paga de la maestra —dijo Alvin.

—Tú no tienes ninguna propiedad sobre la cual pagar impuestos —dijo Horace—, ni hijos que enviar a estudiar.

—Entonces digamos que se los pago por la tierra en que descansa mi hermano detrás de la hostería.

Horace asintió solemnemente.

—Esa deuda, si la hubo alguna vez, fue saldada hasta lo último por el trabajo de tu padre y tus hermanos hace dieciocho años, joven Alvin, pero respeto que desees pagar tu parte. Esta vez, consideraré que pagaste con creces. Pero cualquier otro trabajo que hagas para mí será retribuido con precio completo, ¿me has oído?

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Llámame Horace. Cuando un hombre adulto me llama señor, me siento más viejo.

Regresaron al trabajo, y no dijeron una palabra más sobre la labor de Alvin en la casa de la vertiente. Pero algo había quedado clavado en la mente de Alvin: lo que dijo Horace cuando Alvin ofreció contribuir al salario de la maestra. «No tienes propiedad, ni hijos que mandar a estudiar.» Allí estaba todo dicho, en pocas palabras. Por eso, aunque Alvin era un hombre

crecido, aunque Horace lo llamase adulto, en realidad todavía no era un hombre, ni siquiera ante sus propios ojos. Porque no tenía familia. Hasta entonces, sólo sería un chico grande. Un niño, como Arturo Estuardo, sólo que más alto, y con un poco de barba cuando no se afeitaba.

Y, como Arturo Estuardo, tampoco podría participar en la escuela. Era demasiado grande. No había sido creada para personas como él. ¿Por qué, entonces, aguardaba con tanta ansiedad la llegada de la maestra? ¿Por qué pensaba en ella con tanto anhelo? Ella no iría hasta allí por él, y sin embargo, sabía que había hecho todo ese trabajo en la casa de la vertiente para esa mujer, como para hacerla sentirse en deuda, o quizá para agradecerle por anticipado lo que tanto necesitaba que ella hiciera por él.

Enséñeme, dijo en silencio. Tengo un trabajo que hacer en este mundo, pero nadie sabe qué es, ni cómo se hace. Enséñeme. Eso quiero de usted, Señorita: que me ayude a encontrar el camino hasta la raíz del mundo, o hacia la raíz de mí mismo, o hacia el trono de Dios, o hacia el corazón del Deshacedor, o dondequiera resida el secreto de un Hacedor, para que pueda construir contra la nieve del invierno, o encender una luz que brille para contrarrestar la caída de la noche.

LA RATA DE RÍO

La tarde en que llegó la maestra, Alvin estaba en Boca del Hatrack. Pacífico lo había enviado con la carreta para que fuese a recoger un cargamento de hierro que vendría por el Hio. Boca del Hatrack había sido un mero fondeadero, un lugar donde las canoas y botes descargaban mercancías para el pueblo de Río Hatrack. Pero, a medida que el tráfico fluvial se fue tornando más intenso, y que más personas iban asentándose en las márgenes del Hio, creció la necesidad de hosterías y tiendas, donde pudieran pasar la noche los viajeros, y los granjeros venderle forraje a las canoas. Boca del Hatrack y el pueblo de Río Hatrack cada vez adquirían más importancia, ya que ése era el último punto donde el Hio se acercaba al gran Camino del Wobbish —el que el padre y los hermanos de Alvin habían abierto en la espesura para llegar hasta Iglesia de Vigor—. La gente descendía por el río, descargaba y seguía hacia el oeste por tierra.

Había ciertas cosas que la gente no toleraba en Río Hatrack: las casas de juego, donde el dinero cambiaba de manos en las mesas de póquer. La ley no se inclinaba mucho a aventurarse en las guaridas de las ratas de río y otra gentuza como ellos. Y arriba de estas casas, se decía que había mujeres —no damas— que se entregaban a un comercio del cual las personas decentes no hablaban, y los mozos de la edad de Alvin hablaban en voz baja y con risotadas nerviosas.

Lo que impulsaba a Alvin en dirección a Boca del Hatrack no era pensar en faldas recogidas ni en muslos desnudos. Alvin apenas reparaba en esas casas, pues sabía que allí no tenía nada que hacer. Lo que lo atraía era el fondeadero, el puerto y el río, donde balsas y barcas iban y venían sin parar, diez que pasaban corriente abajo por cada una que la remontaba. Sus botes favoritos eran los barcos de vapor, que silbaban y surcaban las aguas a velocidades antinaturales. Eran botes anchos y largos, impulsados por los pesados motores que fabricaban en Irrakwa, y aún así se movían más deprisa aguas arriba que las livianas balsas corriente abajo. En ese momento, había ocho de ellos sobre el Hio. Navegaban desde Dekane hasta Sphinx, y de allí regresaban. Pero no podían seguir más allá de Sphinx, pues el Mizzípy se cubría de niebla y ningún bote se atrevía a internarse en esas aguas.

Algún día, pensó Alvin, alguien podrá subirse en un bote como el Orgullo del Hio y echar a bogar. Al oeste, hacia las tierras inhóspitas, y tal vez vislumbrar el sitio donde Ta-Kumsaw y Tenskwa Tawa viven hoy. O ir hasta Dekane, aguas arriba, y tomar el nuevo tren a vapor que viaja sobre rieles hasta Irrakwa y el canal. Desde allí, cualquier persona podría viajar por el mundo entero y cruzar los océanos. O tal vez alguien podría quedarse en esta orilla y ver cómo el mundo pasaba por delante.

Pero Alvin no era ningún holgazán. No perdió el tiempo en el fondeadero, muy a su pesar. Entró en las oficinas de la dársena y reclamó los nueve cajones de hierro que estaban en el muelle.

—No quiero ver que uses mis carretillas de mano para cargar esos bultos, ¿eh? —dijo el oficial del puerto.

Alvin asintió. Siempre era igual. La gente se moría por el hierro, oficial incluido. No tardaría en aparecer por la herrería para encargar tal o cual cosa. Pero mientras tanto, dejaría que Alvin cargase todo el hierro por sí solo, y no dejaría que las carretillas se le gastaran por llevar todo ese peso. Pacífico tampoco le daba suficiente dinero para pagar a alguna de las ratas de río que pudiese ayudarlo con la carga. Pero, a decir verdad, Alvin lo prefería. No le agradaban mucho los hombres que frecuentaban el río. Si bien la época de los piratas había pasado, pues el intenso tráfico impedía el asalto furtivo, seguía habiendo robos y tratos sucios. Alvin no tenía mucho respeto por los hombres que se ganaban la vida de ese modo. Según pensaba, esos pillos abusaban de la confianza de los demás y luego los traicionaban. ¿Y qué podía conseguirse con eso, sino que la gente dejara de confiar en el prójimo? Prefiero enfrentarme con un hombre

fornido en pelea limpia, brazo contra brazo, que tener que vérmelas con un hombre armado de mentiras.

Pero, quién lo diría, Alvin conoció a la nueva maestra y se enfrentó con una rata de río en el mismo momento.

La rata de río con la que se midió fue uno de los que, con su pandilla, holgazaneaban bajo los aleros del puerto, probablemente a la espera de que abriese la casa de juego. Cada vez que Alvin salía de la dársena con un fardo de barras de hierro, le gritaban algo para tomarle el pelo. Al principio fueron comentarios jocosos. «¿Por qué haces tantos viajes, chico? Coge un fardo bajo cada brazo», y ese tipo de cosas. Alvin recibió las chanzas con una sonrisa: todos sabían cuánto pesaba cada atado. Cuando, el día anterior, habían descargado las barras del barco, los boteros tuvieron que bajar cada fardo entre dos. Conque, en cierto sentido, burlarse de Alvin por su debilidad era una especie de cumplido, pues todos sabían que el hierro pesaba mucho y que Alvin era muy fuerte.

Luego, Alvin fue hasta la tienda para comprar las especias que Gertie necesitaba para su cocina, y un par de utensilios culinarios de Irrakwa y Nueva Inglaterra cuyo propósito Alvin no alcanzaba a sospechar.

Cuando regresó, con los brazos llenos, encontró a las ratas de río aún holgazaneando bajo la sombra, sólo que otra persona era blanco de sus bromas, y que sus chanzas no tenían nada de agradable. Era una mujer de mediana edad —Alvin le calculó unos cuarenta años—, con el cabello severamente recogido en un rodete y un sombrerito sobre la cabeza. Llevaba un vestido negro cerrado hasta el cuello y con las mangas hasta las muñecas, como si la luz del sol pudiese matarla. Y mientras las ratas de río le decían cosas, ella miraba hacia delante con ojos de piedra.

—¿Sabes que lleva el vestido cosido?

Todos festejaron la ocurrencia.

—Probablemente nunca se lo levante para ningún hombre.

—Pero no, amigos, debajo de esas faldas no hay nada. Es sólo una cabeza y unas manos cosidas a un vestido relleno, como una muñeca, ¿qué creéis?

—No hay modo de que pueda ser una mujer de verdad.

—De todas formas, yo sé darme cuenta cuándo estoy ante una mujer de verdad... Porque al minuto de poner los ojos sobre mí, las mujeres de verdad se abren de piernas y se levantan la falda.

—Pero tal vez si la ayudas, quizá la conviertas en una mujer de veras.

—¿A ésta? Pero si es de madera. Se me astillaría el remo si tratara de hundirlo en esas aguas.

Bueno, fue más de lo que Alvin pudo escuchar. Ya era bastante malo que un hombre pensara semejantes cosas de una mujer que invitaba a ello, como esas chicas de las casas de juego, que se abrían el escote hasta que los pechos se les veían como la ubre de una vaca, y que merodeaban por las calles pateándose la falda hasta que cualquiera podía verles las rodillas. Pero esta mujer, sin duda, era una dama, y por legítimo derecho no tenía por qué oír semejantes groserías. Alvin supuso que debía de estar esperando que alguien viniera a recogerla. Todavía faltaban un par de horas para que partiese el coche rumbo a Río Hatrack. No parecía tener miedo. Probablemente supiese que esos hombres son más bocazas que activos, y que su virtud no corría peligro. Y a juzgar por su rostro, Alvin no supo bien si estaría escuchándolos, pues su expresión era completamente fría y remota. Pero las palabras de las ratas de río lo turbaron tanto que no fue capaz de soportarlas, ni de marcharse en su carreta dejando sola a esa mujer allí. De modo que puso los paquetes en la carreta, fue hasta el grupo y se dirigió al más grosero y locuaz de todos:

—Tal vez sería mejor que le hablara como a una dama —dijo Alvin—. O que no le hablara.

Alvin no se sorprendió al ver el modo en que lo miraron. Provocar a una dama era una clase de broma, pero sabía que a partir de ese momento estarían calculando cuánto tardarían en acabar con él. Siempre recibían con agrado la oportunidad de dar una lección a algún joven del pueblo, aunque fuese fornido y musculoso como lo era Alvin de tanto trabajar en la herrería.

—Tal vez sea mejor que tú no nos hables a nosotros... —dijo el gritón—. Tal vez ya hayas dicho más de lo que debías.

Una de las ratas de río no comprendió, y creyó que el juego era seguir insultando a la dama.

—Está celoso. Quiere hundir la pértiga él solo en el río fangoso...

—Todavía no he dicho lo suficiente —prosiguió Alvin—. No, mientras sigáis ignorando los modales con que hay que hablar a una dama.

Entonces, la mujer habló por primera vez.

—No necesito de su protección, joven —dijo—. Haga el favor de proseguir su camino. —Su voz sonaba extraña. Culta, como la del reverendo Thrower; se le entendían todas las palabras. Como a la gente que iba a las escuelas del este.

Pero habría sido mejor que callase, pues su voz sólo enfureció y enardeció más a las ratas de río.

—Ay, qué dulce que es con el niño.

—Mirad, se le está declarando.

—Este tío quiere irse con nuestro bote.

—Enseñémosle a la doña quién es el hombre de verdad.

—Ah, pero si ella quiere el mastilcito de él, cortémoslo para regalárselo.

Apareció un cuchillo. Y otro. ¿No sabía ella que una mujer no debía abrir la boca en esas circunstancias? Si sólo querían vérselas con Alvin, habría una pelea singular, uno contra uno. Pero si se les ocurría pavonearse ante ella, se darían por satisfechos atacándolo todos a la vez, hiriéndolo de gravedad, o tal vez matándolo, cortándole la nariz, las orejas, o quizá, como amenazaron, castrándolo.

Alvin la miró con aire furioso, ordenándole en silencio que se callara. Ya fuese porque comprendió la mirada de él, porque se dio cuenta por sí misma, o porque se asustó demasiado como para hablar, lo cierto es que no pronunció ni una palabra más, y Alvin se dispuso a dirigir la situación hacia derroteros que pudiera controlar mejor.

—Cuchillos... —dijo, con todo el desprecio que pudo—. ¿Así que tenéis miedo de enfrentar a un herrero a mano limpia?

Se rieron de él, pero guardaron las armas.

—Un herrero no es nada, comparado con los músculos que echamos nosotros empujando las embarcaciones en el río.

—Vosotros ya no empujáis nada, y todo el mundo lo sabe —dijo Alvin—. Os quedáis allí tirados, engordando, mirando cómo las paletas impulsan los barcos.

El más gritón se puso de pie y dio un paso adelante, quitándose la sucia camisa por la cabeza. Era musculoso y fuerte, no podía negarse, y tenía bastantes cicatrices rojas y blancas sobre el pecho y los brazos. Le faltaba una oreja.

—A juzgar por su aspecto —dijo Alvin— ha peleado con muchos.

—Jodidamente cierto.

—Y a juzgar por su aspecto, yo diría que casi todos fueron mejores que usted.

El hombre enrojeció bajo la piel tostada, desde la frente hasta el pecho.

—¿No hay alguien aquí con quien valga la pena pelear? ¿Alguien que gane las peleas?

—Yo gano mis peleas —gritó el hombre, enfurecido. Era el plan de Alvin: ponerlo nervioso para que fuera fácil derrotarlo. Pero los demás comenzaron a disuadirlo.

—El chico tiene razón, tú no le ganas a nadie.

—Dale lo que quiere.

—Mike, ocúpate de este chico.

—Es tuyo, Mike.

Al fondo, en un rincón oscuro, se puso de pie un hombre que había estado todo el tiempo sentado en la única silla con respaldo. Dio un paso adelante.

—De este crío me ocupo yo —anunció.

Sin más, el gritón retrocedió y se apartó del camino. Pero no era lo que Alvin quería. El hombre a quien llamaban Mike era más grande y más fuerte que cualquiera de los otros. Lo vio cuando se quitó la camisa. Tenía una o dos cicatrices, pero en general estaba entero y conservaba las dos orejas, signo seguro de que si alguna vez perdía en una lucha, no salía tan mal parado.

Tenía los músculos de un búfalo.

—Mi nombre es Mike Fink —aulló—. Soy el hijo de puta más ruin y despiadado que camina sobre las aguas. Dejo huérfanos a los cocodrilos con estas manos desnudas. Puedo arrojar un búfalo vivo de cabeza contra una carreta hasta matarlo. Si no me gusta cómo corre un río, lo tomo de una punta y le doy un sacudón para enderezarlo. Cada mujer que me tiro tiene trillizos, si sobrevive. Cuando termine contigo, niño, el pelo te colgará de los dos lados porque ya no te quedarán orejas. Para mear tendrás que sentarte, y no gastarás en navajas con qué afeitarte.

Y mientras Mike Fink se pavoneaba, Alvin se quitaba la camisa y el cuchillo que llevaba en el cinturón, para posarlos sobre el asiento de la carreta. Entonces, trazó un círculo en la tierra, tratando de parecer tranquilo y confiado como si Mike Fink fuese un crío molesto de siete años, y no un hombre con mirada de asesino.

Así, cuando Fink terminó de jactarse, el círculo ya estaba hecho. Fink fue hasta él y lo borró con el pie, levantando una nube de polvo. Caminó alrededor del círculo, borrándolo.

—No sé quién te enseñó a pelear, chico —dijo—, pero cuando peleas conmigo, no existen líneas ni existen reglas.

La dama volvió a hablar:

—Obviamente, tampoco hay reglas cuando usted habla, pues, si no, sabría que decir «existen» es señal de absoluta ignorancia y estupidez.

Fink se volvió hacia la mujer con la intención de hablar, pero no supo qué decir, o tal vez temió que cualquier cosa que dijera lo hiciese parecer más ignorante aún. El desprecio que la mujer puso en la voz lo enfureció, pero a la vez lo hizo dudar de sí mismo. Al principio, Alvin creyó que la intervención de la dama haría las cosas más peligrosas para él, como antes. Pero luego advirtió que ella hacía con Fink lo mismo que él hiciera con el gritón: irritarlo para que peleara con torpeza. El problema, como supo Alvin al estudiar al hombre, era que, muy probablemente, Fink no peleara con torpeza bajo el influjo de la ira, sino con mayor ruindad. Para matar. Llevaría a la acción su amenaza de mutilarlo. No sería una pelea amistosa, como las que Alvin libraba en el pueblo, donde el juego consistía en derribar al contrincante, o, si luchaban sobre la hierba, en impedirle ponerse de pie.

—No eres tan bravo como pretendes —le dijo Alvin—, y lo sabes, pues si no, no esconderías un cuchillo en la bota.

Fink se mostró sorprendido, y luego sonrió. Se levantó la pernera del pantalón y extrajo un largo cuchillo de la bota. Se lo arrojó a los demás.

—Para luchar contra ti, no me hará falta el cuchillo —dijo.

—Entonces, ¿por qué no te quitas el que llevas en la otra bota?

Fink frunció el ceño y se levantó la otra pernera del pantalón.

—Aquí no hay ningún cuchillo.

Pero Alvin sabía que no era así, y se alegró: Fink estaba lo bastante preocupado como para no querer despojarse del cuchillo que llevaba mejor escondido. Además, probablemente sólo Alvin pudiese verlo con su don de percibir lo que los demás no veían. Fink no quería que se supiese la existencia de ese cuchillo, pues pronto se correría la voz por el río y ya no podría sacar ventaja de él.

Aun así, Alvin no podía permitir que Fink peleara con ese cuchillo encima:

—Quítate las botas, y lucharemos descalzos —dijo Alvin. Con o sin cuchillo, era una buena idea. Alvin sabía que las ratas de río solían patear como mulas con las botas. Luchar descalzos tal vez le bajara los humos a ese Mike Fink.

Pero si Mike Fink perdió algo de valor, no lo demostró. Se sentó sobre el suelo de tierra y se quitó las botas. Alvin hizo lo mismo, sólo que también se quitó los calcetines. Fink, en cambio, no los usaba. Así, ambos quedaron desnudos, exceptuando los pantalones. Bajo la luz del sol, el cuerpo se les cubrió rápidamente de sudor y polvo, dándoles un aspecto sucio y costroso.

Pero no tan costroso como para que Alvin dejara de ver el conjuro de protección que rodeaba el cuerpo de Mike Fink. ¿Cómo era posible? ¿Tendría un amuleto o un hechizo en el bolsillo? La fuerza parecía provenir del lado trasero, pero cuando Alvin rastreó el bolsillo trasero con su don, no encontró más que la loneta cruda de sus pantalones. No llevaba ni una moneda.

Para entonces se había congregado una multitud. No sólo las ratas de río que descansaban a la sombra, sino toda una caterva de maleantes que pensaban ver la victoria de Fink. Alvin comprendió que el hombre debía de ser una auténtica leyenda a lo largo del río. Y no era de extrañar, con semejante conjuro de protección. Alvin imaginó que cualquier cuchillo dirigido hacia Fink, se torcería a último momento, o se soltaría, pero de uno u otro modo, jamás podría dañarlo. Era mucho más fácil ganar todas las peleas si ningún hombre podía hincarte los dientes, o si los cuchillos sólo conseguían rascarte la piel.

Primero, Fink intentó las triquiñuelas más obvias, pues daban el mejor espectáculo: rugir, abalanzarse contra Alvin como un búfalo, tratar de abrazarlo como un oso, o de zarandearlo como

a un trompo. Pero Alvin no pensaba permitir nada de eso. Ni siquiera necesitó recurrir a su don para zafarse. Era más joven y más ligero que Fink, y no bien éste intentaba ponerle la mano encima, Alvin lo esquivaba instantáneamente. Al principio, la multitud silbó al herrero y lo llamó cobarde. Pero después de un rato, los hombres comenzaron a reírse de Fink, quien estaba haciendo el ridículo con tantos gritos y amagues que no conducían a nada.

Mientras tanto, Alvin exploraba tratando de encontrar el origen del amuleto hexagonal de Fink, pues nunca tendría posibilidades de ganar si no se desembarazaba de esa poderosa red. No tardó en dar con él: un tatuaje grabado profundamente en la nalga de Fink. Y no era un hexágono perfecto, pues la piel había mudado de forma a lo largo de los años, pero el dibujo era ingenioso, con fuertes lazos y cierres. Lo suficiente para protegerlo intensamente aunque la forma ya no fuese exacta.

Si no hubiera estado en mitad de una lucha con Fink, Alvin podría haber sido más sutil. Podría haber debilitado apenas el conjuro, pues no tenía intenciones de privarlo de aquello que lo había protegido durante tantos años. Vaya, eso podría causarle la muerte, sobre todo si, contando con la acción de hechizo, se había vuelto descuidado. ¿Pero qué otra alternativa le quedaba? De modo que aflojó el tatuaje, e hizo que la tintura se diluyera, hasta ser arrastrada por el flujo sanguíneo. Alvin pudo hacerlo sin mucha concentración: sólo tuvo que decidirlo y dejar que ocurriese, mientras él se ocupaba en eludir el avance de su contrincante.

Pronto, Alvin sintió que el conjuro comenzaba a debilitarse y desvanecerse, hasta que por fin dejó de actuar. Fink no lo sabía, pero Alvin sí: era tan vulnerable como cualquier otro hombre.

Pero, para entonces, Fink ya no rugía y se abalanzaba torpemente como antes. Buscaba cercarlo y atraparlo de frente para aplastarlo con su superioridad de peso. Sin embargo, Alvin era de brazos más largos, así que cada vez que el otro quería aferrarlo, el herrero apartaba fácilmente las manos del camino.

Y, como el hechizo ya no actuaba, Alvin no lo golpeó. En cambio, se metió dentro de los brazos de Fink, de forma tal que, mientras éste los abría, Alvin pudo enganchar ambas manos por detrás del cuello del hombre.

Alvin empujó hacia abajo con fuerza e hizo que la cabeza de Fink quedara a la altura de su pecho. Fue muy fácil; Fink dejó que lo hiciera, y Alvin adivinó por qué: la rata de río pensaba acercarse lo suficiente a Alvin para levantar la cabeza de golpe y destrozarle el mentón. Lo hizo con tal fuerza que al joven podría habersele partido el cuello. Sólo que la mandíbula de Alvin no estaba donde Fink pensaba, pues se había apartado para atrás. Cuando la cabeza de Fink salió disparada hacia arriba sin control al no encontrar oposición, Alvin se lanzó hacia delante y estrelló la frente contra el rostro de Fink en pleno. Sintió que el impacto destrozaba la nariz del hombre, y que la sangre echaba a brotar regando el rostro de ambos.

No era nada tan fuera de lo común que a alguien se le partiera la nariz durante una pelea así. Dolía como el demonio, seguro, y eso bastaba para detener cualquier lucha amistosa. Aunque en una lucha amistosa no se llegaba a semejantes golpes. Cualquier otra rata de río habría sacudido la cabeza, soltado un par de rugidos y vuelto a la carga.

Pero Fink retrocedió, con expresión de auténtica sorpresa en el rostro, aferrándose la nariz con las manos. Y luego, dejó escapar un aullido lastimero, como un perro azotado.

Todos enmudecieron. Era gracioso ver a una rata de río como Mike Fink aullando por una nariz rota. No, no era gracioso, exactamente, sino extraño. No era el modo en que debía comportarse una rata de río.

—Vamos, Mike —lo alentó alguien.

—Tú puedes con él.

Pero fue un aliento bastante descorazonado. Nunca antes habían visto a Fink herido ni atemorizado. Y él tampoco sabía ocultarlo muy bien. Sólo Al sabía por qué. Sólo Al sabía que Mike Fink nunca había sentido semejante dolor en toda su vida, y que jamás había derramado una gota de su sangre en una pelea. Tantas veces había roto la nariz a los demás, y reído del dolor ajeno... Era fácil reír cuando uno no sabía lo que se sentía. Ahora lo sabía. El problema era que estaba aprendiendo lo que cualquiera experimenta a los seis años, de modo que se comportaba como un crío. No lloraba, pero sí aullaba.

Durante un instante, Alvin pensó que la lucha había terminado. Pero el miedo y la furia de Fink pronto cedieron paso a la rabia, que lo urgía a proseguir peleando. Tal vez hubiera aprendido

lo que era el dolor, pero no la prudencia.

De modo que a Alvin le llevó un par de brazadas y giros más, poder derribar a Fink. Pese a su sorpresa y a su temor, Fink era el hombre más robusto al que Alvin se hubiese enfrentado nunca. Hasta esa pelea con Fink, Alvin nunca había tenido una verdadera ocasión de descubrir cuán fuerte era; nunca había tenido que llegar a su propio límite. Ahora estaba haciéndolo, mientras rodaba por el polvo que le impedía respirar, y con el aliento cargado de Fink sobre su rostro, por debajo y por encima, restregando las rodillas y escarbando con los brazos, buscando dónde poder hacer palanca.

Finalmente, todo se redujo a una cuestión de la inexperiencia de Fink con la debilidad. Como ningún hombre le había quebrado un hueso en toda su vida, Fink no sabía protegerse las piernas, ni cómo hacer para no exponerlas a las fracturas. Cuando Alvin se liberó y se incorporó de un salto, Fink rodó deprisa y por un instante, tendido sobre el suelo, pasó una pierna por sobre la otra, de la forma más estúpida. Y Alvin, sin pensarlo siquiera, saltó en el aire y cayó con ambos pies sobre la pierna superior de Fink, descargando todo su peso. El hueso de arriba se partió contra el de abajo, el cual también se rompió, tan terrible fue el impacto. Fink chilló como un niño en el fuego.

Sólo entonces, Alvin comprendió lo que acababa de hacer. Sí, por supuesto, la pelea terminó allí. Nadie es lo bastante duro para poder luchar con las piernas rotas. Pero Alvin vio de inmediato, sin mirar —o al menos sin mirar con los ojos—, que no eran fracturas limpias, de esas que sanan fácilmente. Además, Fink no era un hombre joven. Si alguna vez curaban, quedaría cojo en el mejor de los casos, o parálítico, si no. Y no podría ganarse la vida. Por otra parte, ese hombre debía de haberse ganado muchos enemigos a lo largo de los años. ¿Qué no le harían ahora, indefenso y herido? ¿Cuánto tiempo más viviría?

De modo que Alvin se acucilló sobre la tierra, al lado de Mike Fink, mientras éste se retorció —o, mejor dicho, su mitad superior se retorció—, y le tocó las piernas. Al posar las manos sobre la piel, aun a través de la tela, Alvin se abrió paso con facilidad, trabajó rápidamente, y en unos instantes volvió a tejer los huesos. Fue todo lo que intentó hacer, no más. Tuvo que dejar las magulladuras, el músculo desgarrado y las heridas, pues de lo contrario Fink volvería a atacarlo.

Retiró las manos, y se apartó de Fink. De inmediato, las ratas de río se congregaron alrededor de su héroe caído.

—¿Tiene las piernas rotas? —preguntó el gritón.

—No —repuso Alvin.

—¡Están hechas añicos! —exclamó Fink.

Pero otro hombre ya le había levantado la pernera del pantalón. Encontró la herida, pero al comenzar a palpar el relieve del hueso, Fink chilló y se apartó.

—¡No la toques!

—A mí no me parece rota... —aseguró el hombre.

—Mirad cómo mueve las piernas. No están quebradas.

Era cierto. Fink ya no retorció sólo la mitad superior del cuerpo. Las piernas se movían como cualquier otra parte de él.

Un hombre lo ayudó a ponerse de pie. Fink vaciló, casi cayó, y se aferró al gritón para mantenerse erguido, mientras la nariz sangrante manchaba la camisa de dicho hombre. Los demás se apartaron de él.

—Igual que un niño... —musitó uno.

—Lloriqueando como un perrito faldero.

—¡Qué grandullón!

—Mike Fink. —Y luego, soltaron una risilla.

Alvin se detuvo al lado de la carreta para ponerse la camisa. Entonces, se sentó en el asiento para acomodarse los calcetines y calzarse. Levantó la vista y vio que la dama lo observaba. Estaba a un par de metros, pues la carreta del herrero había quedado casi sobre la dársena. Su mirada era de franco desagrado. Alvin comprendió que probablemente le molestase su desaliño. Tal vez no tendría que haberse puesto la camisa sobre el sudor y la roña, pero tampoco era educado estar con el torso desnudo delante de una dama. En realidad, los hombres del pueblo, especialmente los médicos y los abogados, parecían avergonzarse de estar en público sin chaqueta, chaleco y corbata. Los pobres no tenían esa clase de prendas, y un aprendiz jamás se

daría aires con semejante atuendo. Pero camisa... tenía que ponerse la camisa, con mugre o sin ella.

—Perdón, señora—dijo—. Me lavaré cuando llegue a casa.

—¿Lavarse? —preguntó ella—. ¿Y cuando lo haga, también se le habrá ido la brutalidad?

—Bueno, la verdad es que no sé, pues nunca escuché esa palabra.

—Me atrevería a decir que no. Brutalidad. De la palabra bruto. Que significa bestia.

Alvin se sintió ruborizar de ofuscación.

—Tal vez. Quizá tendría que haberlos dejado hablarle así todo lo que quisieran.

—Yo no les prestaba atención. No me molestaban. Usted no tenía ninguna necesidad de protegerme, especialmente de ese modo. Rodando por el polvo y desnudándose. Está cubierto de sangre.

La mujer era tan remilgada y mentecata que Alvin no sabía qué responder.

—No estaba desnudo —dijo por fin. Y luego sonrió—. Y después de todo, es la sangre de él.

—¿Y eso lo enorgullece?

Sí. Pero sabía que si lo reconocía, ella todavía lo miraría con más desdén. ¿Y con eso qué? ¿Qué le importaba a él el concepto que ella tuviese de su persona? Sin embargo, no respondió.

Se produjo un silencio, y oyó a las ratas de río a su espalda, burlándose de Fink, quien ya no aullaba pero tampoco decía nada. Ya no pensaban en Fink, de todas formas.

—Ese chico del pueblo se cree fuerte...

—Tal vez debemos enseñarle lo que es una pelea de verdad.

—Entonces veremos si su amiga sigue haciéndose la presumida.

Alvin no sabía leer el futuro, pero no hacía falta una tea para adivinar qué sucedería. Al tenía puestas las botas, el caballo estaba con la rienda lista, y era hora de largarse. Pero la dama era tan encopetada que no podía dejarla allí. Sabía que las ratas de río la tomarían con ella, y por muy poca protección que creyese necesitar, esos truhanes acababan de ver la derrota humillante de su mejor hombre, y por culpa de ella, lo cual significaba que acabaría tendida sobre el suelo, con sus petates en el río, si no peor.

—Más vale que suba —dijo Alvin.

—Me pregunto quién cree ser para darme instrucciones como un vulgar... ¿Qué hace?

Alvin estaba cargando sus baúles y maletas en la parte trasera de la carreta. Le pareció tan obvio que no se molestó en responderle.

—Creo que usted me está robando, señor.

—Si no sube, sí—dijo Alvin.

Pero las ratas de río se estaban acercando a la carreta, y uno de ellos tomó el arnés del caballo. La mujer miró a su alrededor, y su expresión de enfado cambió. Sólo un poco. Subió al asiento de la carreta. Alvin la tomó de la mano y la ayudó a acomodarse. Para entonces, el gritón estaba a su lado, reclinado contra la carreta, sonriendo con perversidad.

—Venciste a uno de nosotros, herrero. ¿Podrás con todos?

Alvin lo miró. Estaba concentrado en el que aferraba el caballo, para sacudirle la mano de dolor como si la atravesasen mil alfileres. El hombre gritó y soltó al animal. El gritón apartó la mirada de Alvin para ver de dónde venía el chillido, y en ese momento Alvin lo pateó en la oreja con su bota. No fue un gran puntapié, pero tampoco le quedaba mucho de oreja. El hombre terminó en el suelo, cogiéndose la cabeza.

—¡Arre! —exclamó Alvin.

El caballo echó a andar, obediente, y la carreta se movió una pulgada. Y otra más. Era difícil mover deprisa una carreta cargada de hierro, y menos de forma repentina. Alvin hizo que las ruedas giraran fácilmente, pero nada pudo hacer con respecto al peso de la carga, o a las fuerzas del animal. Cuando el caballo pudo comenzar a trotar, al peso del hierro se había sumado el de las ratas de río, que habían trepado para detenerla.

Alvin se volvió y descargó el látigo contra ellos. Fue para conservar las apariencias, pues no golpeó a ninguno pero hasta el último de ellos cayó del carro como si realmente le hubiera dado, o lo hubiera asustado. Lo que sucedió en verdad, fue que, de pronto, la carreta se tornó resbaladiza como si la hubiese engrasado. No pudieron sino soltarse y, mientras caían al suelo de tierra, el vehículo comenzó a adquirir velocidad.

Pero no se habían dado por vencidos, no. Después de todo, Alvin tendría que girar y volver a

pasar por el mismo punto para llegar a Río Hatrack. Trataba de pensar en algo cuando escuchó un disparo de mosquete, estruendoso como un cañón. El estampido resonó en el denso aire estival. Cuando la carreta terminó de virar, vio al oficial del puerto de pie sobre la dársena, y a su esposa detrás. Tenía un mosquete en las manos, mientras la mujer cargaba el que acababa de disparar.

—Bueno, amigos, me figuro que casi siempre logramos llevarnos bien —dijo el oficial—, pero hoy no parecéis daros cuenta de lo que es perder con todas las de la ley. Es hora de que os acomodéis bajo la sombra, porque si dais otro paso hacia esa carreta, los que no caigáis muertos a disparos tendréis que ser juzgados en Río Hatrack, y si creéis que os salvaréis de la condena por haber atacado a un joven del pueblo y a la nueva maestra, entonces sois tan brutos como parecéis.

Fue un verdadero discurso, y dio mejor resultado que todos los que Alvin había escuchado en su vida. Se marcharon rumbo a la sombra, con la cola entre las patas. Mientras echaban un par de tragos de una botella, miraron a Al y a la dama con una mirada realmente hosca. El oficial volvió a la oficina antes de que la carreta virara rumbo al camino principal.

—¿No cree que el oficial pueda estar en peligro por habernos ayudado? —preguntó la dama. Alvin se alegró de escuchar que la arrogancia había desaparecido de su voz, aunque seguía hablando con ese timbre claro y uniforme como el tintinear del martillo contra el hierro.

—No —dijo Alvin—. Todos saben que si algo le sucede al oficial del puerto, ninguno de ellos podrá volver a trabajar en el río o, si lo hacen, no lograrán sobrevivir una noche en la costa.

—¿Y usted?

—Ah, yo no tengo esa seguridad. De modo que no volveré a Boca del Hatrack durante un par de semanas. Cuando regrese, todos habrán conseguido algún trabajo y estarán a kilómetros de aquí. —Entonces recordó lo que había dicho el oficial del puerto—. ¿Usted es la nueva maestra?

Ella no respondió. No directamente, de todas formas.

—Supongo que en el este hay hombres así, pero uno no los conoce en plena calle como aquí.

—Bueno, es mucho mejor encontrarlos en la calle y no en privado —dijo Al, riendo.

Pero ella no se rió.

—Estaba esperando a que viniera a buscarme el doctor Whitley Physicker. Esperaba mi barco por la tarde, dentro de unas horas, pero tal vez ya venga en camino.

—Éste es el único camino, señora —dijo Alvin.

—Señorita —lo corrigió—. No señora. Ese título se reserva para las mujeres casadas.

—Como decía, es el único camino. Conque si está de camino, nos cruzaremos con él..., señorita.

Esta vez, Alvin no rió. Pero, al mirarla de reojo, creyó verla sonreír. Conque tal vez no fuese tan altanera como parecía, pensó Alvin. Tal vez sea casi humana. Quizás incluso acepte dar clases particulares a cierto negrito que conozco. Tal vez valga todo el trabajo que me tomé para arreglar la casa de la vertiente.

Como tenía que mantener la vista al frente, pues conducía la carreta, no sería natural, ni mucho menos cortés darse la vuelta y contemplarla a los ojos como quería. De modo que emitió su don, su chispa, esa parte de él que «veía» como ninguna otra persona podía hacer con sus ojos. Para Alvin, explorar a la gente bajo la piel era una costumbre, por así decirlo. Hay que recordar que no era como ver con los ojos. Seguramente, podía decir qué había bajo las ropas de alguien, pero así y todo, no veía a las personas desnudas. En cambio, examinaba de cerca la superficie de la piel, casi como si se afincara en los poros. De modo que para él no era como fisgonear o espiar por las ventanas. Era sólo otra forma de ver a la gente y de comprenderla. No veía la forma ni el color de un cuerpo, sino sus heridas, su tensión, o su sudor. Veía las cicatrices nuevas y antiguas. El dinero oculto, o los papeles secretos. Claro que si quería leerlos debía descubrir el contacto de la tinta sobre la superficie y recorrerlo hasta poder reconstruir en su mente la forma de las letras y de las palabras. Era muy lento. Ver era distinto, sí, señor.

De todas formas, envió su don para «ver» a esa dama altanera a quien no podía mirar de frente. Y lo que encontró lo dejó estupefacto. Pues estaba tan cubierta de hechizos como el mismo Mike Fink.

No. Más. Tenía capas y capas de conjuros. Del cuello le pendían amuletos, llevaba hechizos cosidos a las ropas, y hasta un hexágono de alambre clavado en el rodete. Sólo uno de ellos era para protección. El resto era... ¿para qué? Alvin nunca había visto un trabajo semejante, y tuvo que pensar y explorar mucho para descubrir qué propósito tenían todos esos conjuros que la

rodeaban. Mientras sostenía las riendas y miraba hacia delante, logró desentrañar que esos hechizos ejercían un poderoso sortilegio para hacer que se la viese distinta de lo que era.

El primer pensamiento que lo asaltó, y creo que era natural, fue tratar de descubrir quién era realmente bajo ese disfraz. Las ropas que llevaba eran auténticas. Lo único que cambiaban los conjuros era el sonido de su voz y la textura de la piel. Pero Alvin tenía poca práctica con los sortilegios y ninguna con sortilegios creados con hechizos. Muchas personas hacían sortilegios con una palabra y un gesto, enlazados a un dibujo de lo que querían parecer. Era un trabajo sobre la mente de los demás, y bastaba con darse cuenta para no dejarse engañar más. Y como Alvin siempre sabía ver lo que ocultaban, los sortilegios nunca surtían efecto con él.

Pero el de ella era distinto. El conjuro cambiaba la forma en que la luz la iluminaba y se reflejaba, de modo que uno no creía ver lo que no existía, sino que la veía de modo distinto, pues la luz llegaba a los ojos de esa forma. Como no era un cambio operado en la mente de Alvin, conocer la triquiñuela no lo ayudaba a conocer la verdad. Y valiéndose de su don, tampoco podía decir lo que había por debajo de los conjuros, salvo que no era tan arrugada y huesuda como parecía, lo cual le hizo pensar que era más joven.

Y cuando dejó de preguntarse qué ocultaría su disfraz, se hizo la otra pregunta, la que importaba: Si una mujer tenía el poder de disfrazarse y de adquirir otro aspecto, ¿por qué escogería verse así? Fría, severa, vieja, huesuda, adusta, melindrosa, irritada, solitaria. Esta mujer había escogido ser todo lo que una mujer debería esperar no ser nunca.

Tal vez fuera una fugitiva disfrazada. Pero, sin lugar a dudas, bajo esos conjuros había una mujer, y Alvin jamás había oído de una dama que estuviera fuera de la ley, de modo que descartó el pensamiento. Tal vez fuera joven, e imaginara que los demás sólo la tomarían en serio si parecía mayor. Alvin estaba seguro de que no era tan vieja. O tal vez fuese bonita, y los hombres pensaban constantemente en ella de forma equivocada. Alvin trató de conjurar en su mente qué podría haber sucedido si esas ratas de río hubiesen estado ante una mujer hermosa de verdad. Pero, en realidad, si hubiera sido bella las ratas de río habrían tratado de mostrar su mejor educación. Se sentían libres para hostigar sólo a las mujeres feas, ya que probablemente les hiciesen recordar a sus madres. De modo que su fealdad no necesariamente significaba protección. Y tampoco había sido concebida para ocultar una cicatriz, pues Alvin veía que no llevaba la piel marcada ni lastimada.

Lo cierto es que no pudo explicarse por qué se había cubierto con tantas capas falsas. Ella podía ser cualquiera; nunca tendría la posibilidad de preguntárselo, pues decirle que podía ver a través de sus conjuros era como revelar su don, y él no sabía si podía confiarle semejante secreto. Si ni siquiera sabía quién era, ni por qué escogía vivir rodeada de mentiras.

Se preguntó si debía decírselo a alguien. ¿No tendría que saberlo la Junta de Educación, antes de confiar los niños a su cuidado? Pero tampoco podía decírselo sin delatarse a sí mismo. Y además, tal vez su secreto fuera un asunto personal y no hiciera daño a nadie. Si decía la verdad, se perjudicaría a sí mismo y también la perjudicaría a ella, sin que nadie se beneficiara.

No. Lo mejor sería observarla de cerca, y aprender quién era, del único modo en que alguien puede conocer a otra persona: viendo lo que hacía. Fue el mejor plan que se le pudo ocurrir, y, a decir verdad, ahora que conocía su secreto, ¿podría dejar de prestarle una especial atención? Estaba tan acostumbrado a explorar a su alrededor mediante su don, que tendría que esforzarse para no mirarla, especialmente si aceptaba vivir en la casa de la vertiente. Por un lado, deseó que rehusara para no tener que andar preocupándose con todo ese misterio; pero por otro, quiso que se quedase, para poder vigilarla y cerciorarse de que era una persona correcta.

Y podría vigilarla mejor si estudiase con ella. Podría observarla con mis propios ojos, hacerle preguntas, escuchar sus respuestas y juzgar qué clase de persona es. Tal vez si me enseñara durante el tiempo suficiente, acabaría fiándose de mí, y yo de ella. En tal caso, podría decirle que seré un Hacedor, y tal vez ella me cuente sus íntimos secretos y podamos ayudarnos mutuamente. Seríamos verdaderos amigos, como no lo he sido de nadie desde que dejé a mi hermano Mesura, allá en Iglesia de Vigor.

No estaba llevando el caballo muy deprisa: la carga era muy pesada y, además, iban los baúles y maletas sobre el hierro, y ella. Conque después de la charla y del silencio, no habían hecho un kilómetro desde Boca del Hatrack cuando el extraño carruaje del doctor Whitley Physicker apareció en el camino. Alvin lo reconoció de inmediato y saludó a Po Doggly, que llevaba las

riendas. Les llevó dos minutos trasladar al carruaje las cosas de la maestra. Po y Alvin se ocuparon de cargarlo todo. El doctor Physicker empleó todos sus esfuerzos en ayudar a la maestra a subir al carruaje. Alvin nunca lo había visto comportarse de un modo tan elegante.

—Lamento terriblemente que haya tenido que sufrir la incomodidad de trasladarse en esa carreta —se disculpó el médico—. No creí llegar con retraso.

—En realidad, yo he llegado con adelanto —explicó ella. Y entonces, volviéndose graciosamente hacia Alvin, continuó—: Y el viaje en carreta me resultó sorprendentemente agradable.

Como Alvin no había dicho una palabra durante la mayor parte del trayecto, no supo si ella lo dijo como cumplido por haberle hecho buena compañía, o como agradecimiento por haber mantenido cerrada la boca. De todas formas, el rostro se le ruborizó, y no de ofuscación.

Mientras el doctor Physicker ascendía al carruaje, la maestra le preguntó:

—¿Cuál es el nombre de este joven?

Alvin no respondió, pues no le había dirigido la pregunta a él, sino al doctor.

—Alvin —respondió el médico, acomodándose en su asiento—. Nació aquí. Es el aprendiz del herrero.

—Alvin —dijo ella, hablándole esta vez a él, desde la ventana del carruaje—. Gracias por su gesto galante de hoy, y espero que sepa disculpar lo inacertado de mi primera respuesta. Había subestimado la villanía de nuestros indeseables compañeros.

Sus palabras fueron tan elegantes que Alvin las oyó como música, aunque no pudo comprender la mitad de lo que había dicho. Sin embargo, su expresión fue la más amable que podía esperarse en un rostro tan adusto y frío. Se preguntó cuál sería su aspecto debajo de todo ese disfraz.

—Un placer, señora —repuso Alvin—. Quiero decir, señorita.

Desde el asiento del conductor, Po Doggly lanzó el arre a las dos yeguas y el carruaje partió, todavía en dirección a Boca del Hatrack, claro. A Po no le resultó fácil encontrar un lugar donde dar la vuelta, de modo que Alvin ya había adelantado gran parte del trecho cuando el vehículo lo adelantó. Po disminuyó la velocidad, y el doctor Physicker se asomó para arrojar al aire una moneda de un dólar. Alvin la atrapó, más por reflejo que por comprender de qué se trataba.

—Por ayudar a la señorita Larner —dijo el doctor Physicker. Entonces, Po azuzó a los caballos y le adelantaron, lanzando una nube de polvo a las narices de Alvin.

Sintió el peso de la moneda en la mano, y por un momento quiso lanzársela al carruaje. Pero no serviría de nada. No. Se la devolvería a Physicker en otro momento, cuando nadie pudiera ofenderse. Pero le dolió, y mucho, que se le pagara por ayudar a una mujer, como si fuera un sirviente, un niño, o vaya a saberse qué. Y lo que más le dolió fue pensar que podía haber sido idea de ella. Como si, en opinión de ella, haber luchado por su honor valiese un cuarto de su jornal diario. Seguramente, si hubiera llevado chaqueta y corbatín en lugar de una camisa mugrienta, ella habría pensado que Alvin prestaba el servicio que un buen caballero cristiano debe a una dama, y creería deberle gratitud, en lugar de una paga.

Una paga. La moneda le quemó la mano. Vaya, por unos minutos hasta creyó agradecerle incluso. Casi tuvo la esperanza de que ella aceptara enseñarle, y ayudarlo a comprender cómo funcionaba el mundo, o cómo convertirse en un verdadero Hacedor para sofocar el poder atroz que ejercía el Deshacedor. Pero ahora veía con claridad que lo despreciaba, y ¿cómo podría pedírselo siquiera? ¿Cómo pretender ser digno de su enseñanza, cuando lo único que ella veía en él era mugre, sangre y estúpida pobreza? Sabía que él tenía buenas intenciones, pero ante sus ojos seguía siendo un bruto, como dijo no bien tuvo ocasión. Aquella impresión permanecía en el corazón de ella. Brutalidad.

Señorita Larner. Así la llamó el doctor. Probó el gusto del nombre al decirlo, y le supo a polvo. No se llevan animales a la escuela.

LA MAESTRA

La señorita Larner no tenía intención de ceder una pulgada ante esa gente. Había oído historias atroces sobre las Juntas de Educación de las escuelas de fronteras. Sabía que tratarían de escabullirse de todas las promesas que le habían hecho por carta. Ya comenzaban a intentarlo.

—En sus cartas, me hicieron saber que dispondría de una residencia como parte de mi remuneración. No considero que una hostería sea una residencia privada.

—Tendrá su propia habitación privada... —arguyó el doctor Physicker.

—¿Y tendré que comer en una mesa común? No es aceptable. Si me quedo aquí, pasaré todos mis días en compañía de los niños del pueblo, y cuando la jornada lectiva concluya, lo menos que puedo pretender es poder preparar mis propias comidas en privado y comerlas en soledad, y poder pasar la noche en compañía de mis libros, sin ninguna distracción ni molestia. Eso no es posible en una hostería, caballeros, de modo que una habitación en una casa de tránsito no constituye una residencia privada.

Los vio estudiándola. Algunos se sentían menoscabados por la precisión de su discurso. Sabía perfectamente que los abogados de campiña se daban aires de instruidos, pero que no tenían nada que hacer al lado de alguien realmente educado. El único problema real vendría del sheriff, Pauley Wiseman. Qué absurdo era que un hombre grande usara un apelativo de niño.

—Mire, jovencita... —comenzó el sheriff.

La dama enarcó una ceja. Era típico de hombres así el suponer que su condición de mujer soltera —pese a que parecía frisar los cincuenta— le daba derecho a llamarla «jovencita», como uno podría llamar a una niña recalcitrante.

—¿Qué se supone que debo «mirar»?

—Bueno, Horace y Peg Guester pensaban ofrecerle una pequeña casa para usted sola, pero dijimos que no. Así de simple. Que no a ellos, y que no a usted.

—Muy bien, entonces. Veo que, después de todo, no piensan cumplir con su palabra. Afortunadamente, caballeros, no soy una maestra común, obligada a aceptar con gratitud cualquier cosa que se le ofrezca. Tenía una buena posición en la Penn School, y les aseguro que puedo regresar allí cuando me plazca. Buenos días.

Se puso de pie. Lo mismo hicieron todos los caballeros, excepto el sheriff. Pero no se levantaron por cortesía.

—Por favor...

—Síntese...

—Conversemos...

—No se apresure.

Entonces, el doctor Physicker, el perfecto conciliador, tomó cartas en el asunto, no sin lanzar al sheriff una mirada severa con el fin de acallararlo. Pero Pauley no pareció darse por aludido.

—Señorita Larner, nuestra decisión sobre la casa privada no es irrevocable. Pero, por favor, considere los problemas que nos afligen. En primer lugar, nos preocupaba que la casa no fuese adecuada. En realidad, no es una casa sino una gran habitación, reconstruida de una vieja casa de vertiente...

La vieja casa de la vertiente.

—¿Tiene calefacción?

—Sí.

—¿Y ventanas? ¿Hay una puerta que pueda cerrarse bien? ¿Mesa, cama y silla?

—Sí. Todo eso.

—¿Y suelo de madera?

—Sí. Y uno bueno.

—En tal caso, dudo que su anterior función como casa de la vertiente me moleste. ¿Tienen ustedes alguna otra objeción?

—Maldición. Sí que tenemos ojecciones —exclamó el sheriff Wiseman. Y luego, al ver las expresiones horrorizadas de los demás, agregó—: Con el perdón de la señorita por mi forma de hablar...

—Me interesaría escuchar esas objeciones —dijo la maestra.

—Una mujer sola, en una casa solitaria, en el bosque. No es corresto.

—Aquí lo único inapropiado es decir «corresto», señor Wiseman —corrigió la señorita Larner—. Con respecto a la rectitud de vivir sola en una casa, le aseguro que lo he hecho durante muchos años, sin que nadie jamás me ocasionara la más mínima molestia. ¿Hay alguna otra casa cerca de ésta?

—A un lado, la hostelería. Y al otro, la casa del herrero —explicó el doctor Physicker.

—Así pues, si me veo víctima de alguna provocación o vejamen, les aseguro que me haré escuchar, y espero que aquellos que me oigan acudan en mi ayuda. ¿O acaso, señor Wiseman, teme que yo pueda incurrir en alguna actividad deshonesta, voluntariamente?

Por supuesto, estaba pensando exactamente en eso, y el rubor de su rostro lo delató.

—Creo que tienen ustedes adecuadas referencias en lo que concierne a mi comportamiento moral —dijo la señorita Larner—. Pero si les queda alguna duda sobre ese particular, será mejor que regrese a Filadelfia de inmediato, pues si a mi edad no puedo inspirar la suficiente confianza para que se me permita vivir una recta existencia sin supervisión, ¿cómo pueden confiarme sus hijos para que los eduque?

—Nues decente —exclamó el sheriff.

—No es. —La maestra sonrió benignamente a Pauley Wiseman—. Señor Wiseman, según mi experiencia, cuando una persona supone en los demás el afán de cometer toda suerte de actos indecentes no bien se presenta la oportunidad, se está limitando a confesar su propia lucha interna.

Pauley Wiseman no comprendió que lo había acusado. No hasta que varios de los abogados comenzaron a sonreír con disimulo.

—Caballeros de la Junta de Educación: tal como yo lo veo, tienen ustedes sólo dos alternativas. La primera, pagar mi pasaje fluvial a Dekane y mi pasaje terrestre hasta Filadelfia, más el salario de un mes que habré empleado en las travesías.

—Si no enseña, no cobra —dijo el sheriff.

—Se apresura, señor Wiseman —dijo la señorita Larner—. Creo que los abogados, aquí presentes, le informarán que las cartas de la Junta de Educación constituyen un contrato, al cual quedan sujetos, y que, por lo tanto, tengo derecho a percibir no ya el sueldo de un mes, sino el de un año.

—Bueno, eso no es exacto, señorita Larner —comenzó uno de los abogados.

—Hio es uno de los Estados Unidos, señor —insistió ella—. Y existen amplios precedentes en otras cortes estatales, que tienen vigencia hasta y a menos que, el gobierno de Hio promulgue legislación específica en contra.

—¿Es maestra o abogada? —preguntó otro, y todos se echaron a reír.

—Su segunda alternativa es permitirme inspeccionar esta... esta casa de vertiente... y determinar si la considero aceptable. Y, en caso afirmativo, permitirme vivir allí. Si alguna vez me encuentran involucrada en un comportamiento moralmente reprochable está dentro de los términos de nuestro contrato que me despidan de inmediato.

—Podemos meterla en la cárcel, eso podemos hacer —acotó Wiseman.

—Vaya, señor Wiseman, ¿no estamos anticipándonos al hablar de prisión cuando aún debo escoger qué acto moralmente abominable he de realizar?

—Cállate, Pauley —ordenó uno de los abogados.

—¿Qué alternativa escogen, caballeros? —preguntó ella.

El doctor Physicker no pensaba dejar que Pauley Wiseman convenciera a los miembros más indecisos de la Junta. Se encargaría de que no hubiese más debate.

—No necesitamos retirarnos para discutir esto, ¿verdad, caballeros? No seremos cuáqueros, aquí en Río Hatrack, y por eso no estaremos acostumbrados a que las mujeres vivan solas, o a que se dediquen a predicar o a lo que fuere, pero somos personas de mente abierta y dispuestas a

aprender nuevas tendencias. Necesitamos de sus servicios, y nos atendremos al contrato. ¿Todos a favor?

—Ajá...

—¿En contra? Los sí vencen.

—No —dijo Wiseman.

—La votación ha concluido, Pauley.

—La cerraste demasiado deprisa, maldición.

—Tu voto en contra ha sido registrado, Pauley.

—Puede estar seguro de que no lo olvidaré, sheriff Wiseman —sonrió fríamente la señorita Larner.

El doctor Physicker golpeteó la mesa con su martillo.

—La sesión se levanta hasta el jueves que viene, a las tres de la tarde. Y ahora, señorita Larner, me complacerá escoltarla hasta la casa de la vertiente de los Guester, si es una hora conveniente. Al no saber cuándo llegaría usted, me dieron la llave y me pidieron que abriera la vivienda para que usted la inspeccionara. Luego la saludarán.

La señorita Larner advirtió, como todos los demás, que era extraño —por no decir más— que el dueño de la casa no saliera en persona a recibir a su huésped.

—Verá usted, señorita Larner. No sabíamos con certeza si aceptaría el lugar. Quisieron que usted tomara su decisión al ver la casa, y no en presencia de ellos, para que no se sintiera turbada en caso de querer declinar.

—En tal caso, han actuado cortésmente —profirió la señorita Larner—, y se lo agradeceré cuando los conozca.

Para la vieja Peg fue humillante tener que ir caminando sola hasta la casa de la vertiente, para suplicar a esa vieja solterona remilgada y altanera de Filadelfia. Horace tendría que haber ido con ella. Hablarle de hombre a hombre. Pues eso parecía creerse esa mujer: no una dama sino un caballero. Para el caso podría haber venido de Camelot; creía ser una princesa para dar órdenes de ese modo a la gente común. Bueno, en Francia ya se ocuparon de ellos como correspondía. Ese Napoleón puso a Luis XVII donde debía. Pero las mujeres copetudas como esta maestra, la señorita Larner, nunca tenían su merecido, se pasaban la vida pensando que la gente que no hablaba perfectamente era tan inferior que ni había que tomarla en cuenta.

¿Dónde estaba Horace, entonces, para ponerla en su lugar? Cerca del fuego, con el morro fruncido. Como un crío de cuatro años. Ni Arturo Estuardo había puesto jamás unos morros semejantes.

—No me gusta —dijo Horace.

—Pues te guste o no, si Arturo Estuardo va a recibir una educación se la dará ella, o nadie —dijo la vieja Peg, con todo su sentido común, pero ¿Horace la escucha? No. Yo debería reírme.

—Puede vivir allí y enseñar a Arturo si le place, o no, si no le place, pero no me cae bien, y no creo que esa casa de la vertiente sea el lugar que le corresponda.

—¿Por qué? ¿Es tierra santa? —refuta la vieja Peg—. ¿Hay alguna maldición en la casa? ¿Tendríamos que haber construido un palacio para su alteza real?

Pero cuando a Horace se le mete una idea en la cabeza, es inútil hablar. ¿Para qué seguía intentándolo?

—Nada de eso, Peg.

—¿Entonces, qué? ¿O ya no escuchas razones? ¿Tú decides, y que los demás abran paso?

—¡Es porque allí iba la pequeña Peggy, y no me gusta que esa mujer insoportable viva allí!

¡Pero miradlo! Era típico de Horace traer a colación a su hija fugitiva, la que nunca les escribió una línea desde que se marchó, privando a Río Hatrack de su tea y a Horace del amor de su vida. Sí, señora, eso fue Peggy para él: el amor de su vida. Si yo huyera, o si, Dios no permita, me muriese, ¿cuidaría él mi memoria y no dejaría que ninguna otra mujer ocupase mi lugar? Me figuro que no. Me figuro que no daría tiempo a que se enfríen las sábanas donde dormí, para buscar otra que poner en la cama. A mí me reemplazaría en un minuto, pero a la pequeña Peggy... Hay que tratar la casa de la vertiente como si fuera un santuario, y ahora yo tengo que venir sola a enfrentarme con esta vieja estirada, y suplicarle que enseñe a mi negrito. Vaya, tendré suerte si no intenta comprármelo.

La señorita Larner tardó en abrir la puerta, y cuando lo hizo llevaba un pañuelo contra el

rostro. Quizá perfumado, para no tener que sentir el olor de la gente honesta del campo.

—Si no le importa, tengo una o dos cosas que quisiera conversar con usted —dijo la vieja Peg.

La señorita Larner miró a la distancia, por encima de la cabeza de la vieja Peg, como si estuviese contemplando a un pájaro en algún árbol remoto.

—Si es acerca de la escuela, se me ha dicho que dispondría de una semana para prepararme antes de que inscribiéramos a los alumnos e iniciáramos el ciclo lectivo, en otoño.

La vieja Peg oyó el clin, clin, clin, de uno de los herreros que trabajaba en la forja, ladera abajo. Contra su voluntad, no pudo sino pensar en la pequeña Peggy, quien odiaba ese sonido con todo su ser. Tal vez Horace tuviera razón con su tontería. Tal vez la pequeña Peggy hubiese encantado la casa de la vertiente.

Sin embargo, ante sí tenía a la señorita Larner, y con ella debía vérselas.

—Señorita Larner, soy Margaret Guester. Mi esposo y yo somos los dueños de esta casa de la vertiente.

—Ah, mil disculpas. Usted es mi anfitriona, y yo no me estoy mostrando cortés. Pase, por favor.

Eso ya era otra cosa. La vieja Peg dio un paso a través de la puerta abierta y observó el sitio durante un instante. Sólo ayer le había parecido un lugar desnudo pero limpio, lleno de promesas. Ahora era casi acogedor, con un pequeño tapete sobre la mesa, varios libros sobre el aparador, una alfombrilla de punto sobre el suelo, y dos vestidos colgando de un gancho, sobre la pared. En un rincón, los baúles y maletas. Se notaba que alguien vivía allí. La vieja Peg no había sabido bien qué esperar. Desde luego, la señorita Larner tenía otros vestidos, además de ese esperpento negro de viaje. Pero Peg no se la había imaginado en un acto tan cotidiano como mudarse de ropa. Vaya, cuando se quita un vestido, antes de ponerse el otro, probablemente se quede en bragas y enaguas como todo el mundo.

—Siéntese, señora Guester.

—Por aquí no nos andamos mucho con señor de aquí o señora de allá, señorita Larner. Soy la buena Guester, casi siempre, salvo cuando me dicen vieja Peg.

—Vieja Peg... ¡Qué nombre... interesante!

Pensó en explicarle por qué la llamaban «vieja» Peg. En decirle que su hija había escapado, esa clase de cosas. Pero ya sería lo bastante difícil explicarle que tenía un hijo negro. ¿Por qué hacer que su familia pareciera aún más extraña?

—Señorita Larner, no andaré con vueltas. Usted tiene algo que yo necesito.

—¿Eh?

—Bueno, decir que es para mí no sería lo más correcto. Es para mi hijo, Arturo Estuardo.

Si se dio cuenta de que era el nombre del mismo Rey, no dijo nada.

—¿Y qué podría querer él de mí, buena Guester?

—Aprender de los libros.

—Eso he venido a proporcionar a todos los niños de Río Hatrack, buena Guester.

—No a Arturo Estuardo. Al menos si esos cobardes cabeza de mosquito se salen con la suya.

—¿Por qué habrían de excluir a su hijo? ¿Está excedido de edad, tal vez?

—Tiene la edad correcta, señorita Larner. Lo que no tiene correcto es el color.

La señorita Larner aguardó, con el rostro impasible.

—Es negro, señorita Larner.

—Bueno, medio negro, querrá decir... —ofreció la maestra.

Naturalmente, la maestra estaba intentando imaginar cómo había hecho la hostelera para hacerse de un niño medio negro. La vieja Peg se divirtió viéndola actuar con toda educación mientras por dentro seguramente debía de estar retorciéndose de espanto. Pero no podía dejarla mucho tiempo con semejante idea en la cabeza, ¿no?

—Es adoptado, señorita Larner. Digamos que su mamá negra se quedó embarazada con un niño medio blanco.

—Y usted, por pura bondad...

¿Había un dejo irónico en la voz de la señorita Larner?

—Quería tener un hijo varón. No estoy criando a Arturo Estuardo por piedá. Es mi hijo.

—Ya veo —agregó la señorita Larner—. Y la buena gente de Hatrack ha decidido que la educación de sus hijos sufrirá si oídos medio negros escuchan mis palabras al mismo tiempo que

sus puros oídos blancos.

La señorita Lerner volvió a parecerle irónica, sólo que esta vez la vieja Peg no osó regocijarse al escuchar el modo en que había pronunciado esas palabras.

—¿Le enseñará usted, señorita Lerner?

—Confieso, buena Guester, que he vivido demasiado tiempo en la ciudad de los cuáqueros. Había olvidado que en este mundo había personas de mente estrecha, tan desvergonzadas como para castigar a un niño por el pecado de haber nacido con la piel de tinte tropical. Puedo asegurarle que me negaré a abrir la escuela si su hijo adoptado no figura entre mis alumnos.

—No —exclamó la vieja Peg—. Es ir demasiado lejos.

—Soy una emancipacionista a ultranza, buena Guester. No me uniré a una conspiración para privar a un niño negro de su herencia intelectual.

La vieja Peg no sabía qué cuernos era una herencia intelectual, pero se dio cuenta de que la señorita Lerner se excedía con su simpatía. Si se mantenía en esa posición, lo estropearía todo.

—Debe escucharme, señorita Lerner. Conseguirán otra maestra, y ya no tendré posibilidad. Ni Arturo Estuardo. No, le pido que le dé una hora por las tardes, algunos días por semana. Durante el día lo haré estudiar, pa'que aprenda rápido lo que usted le enseñe. Es un crío muy listo. Ya lo verá. Se sabe las letras, de la a a la zeta mejor que Horace. Ése es mi esposo, Horace Guester. Conque sólo le pido unas pocas horas por semana, si es posible. Por eso reparamos esta casa de la vertiente. Para que lo hiciera sin que se supiese.

La señorita Lerner se puso de pie. Estaba sentada sobre la cama. Fue hasta la ventana.

—Es más de lo que imaginaba. Enseñar a un niño en secreto, como si fuera un delito...

—Para algunos lo es, señorita Lerner.

—Ah, de eso no me caben dudas.

—¿Acaso ustedes los cuáqueros no se reúnen en secreto? Lo único que pido es una reunión silenciosa, ¿no sabe que...?

—No soy cuáquera, buena Guester. Sólo soy un ser humano que rehúsa negar la humanidad en los demás, a menos que sus actos los denuncien como indignos de pertenecer a la noble especie.

—¿Entonces le enseñará?

—Sí, después de las clases. Sí, aquí en mi casa, que tan gentilmente usted y su esposo me han ofrecido. ¿Pero en secreto? ¡Jamás! Proclamaré a todos los de este pueblo que estoy enseñando a Arturo Estuardo, y no unas pocas noches a la semana, sino todos los días. Tengo libertad de enseñar privadamente si me place. Está estipulado en mi contrato y, mientras no viole sus términos, tendrán que aceptarme al menos por un año. ¿Está bien?

La vieja Peg la miró con la más absoluta admiración.

—Para mí será perfeto. Usted tiene tan malas pulgas como un gato con un cardo en el trasero.

—Lamento no haber visto nunca un gato en una situación tan desafortunada, buena Guester, por lo que no puedo apreciar la exactitud de su comparación.

La vieja Peg no atinó a desentrañar el significado de las palabras, pero vio algo parecido a un guiño en los ojos de la mujer, de modo que no hizo comentarios.

—¿Cuándo podrá eviarle a Arturo? —preguntó.

—Como dije al abrir la puerta, necesitaré una semana para prepararme. Cuando la escuela abra para los niños blancos, abrirá también para Arturo Estuardo. Sólo resta la cuestión del pago.

La vieja Peg se quedó estupefacta durante un instante. Había venido preparada para ofrecer dinero, pero por la forma en que habló la señorita Lerner, pensó que no querría cobrarle. Pero, como ella debía ganarse la vida enseñando, era justo.

—Habíamos pensado ofrecerle un dólar por mes, lo cual sería muy conveniente para nosotros, señorita Lerner. Pero si necesita más...

—Ah, no me refería a dinero, buena Guester. Sólo pensé pedirle si sería tan amable de permitirme realizar una lectura semanal de poesía en su hostería, los domingos por la tarde, para invitar a todos los pobladores de Río Hatrack que deseen mejorar sus conocimientos de la mejor literatura de la lengua inglesa.

—No creo que haya muchos que se vuelvan locos por la poesía, señorita Lerner, pero si quiere, no hay problemas.

—Pues la sorprenderá saber el número de gente que desea ser considerada como instruida, buena Guester. Nos costará encontrar asientos para todas las damas de Río Hatrack, que

conminarán a sus esposos a que las traigan para escuchar las obras inmortales de Pope y Dryden, Donne y Milton, Shakespeare y Gray, y, ¡ay de mí!, Wordsworth y Coleridge. Y quizá de un poeta americano, un trovador itinerante de extraños cuentos, llamado Blake.

—¿No se estará refiriendo acaso al viejo Truecacuentos?

—Creo que ése es su apodo más común.

—¿Ha escrito algunos de sus poemas?

—¿Escrito? No es necesario, pues es un gran amigo. Muchos de sus versos están a buen recaudo en mi memoria.

—Pero mire dónde fue a parar ese pillo. A Filadelfia, nada menos.

—Ha animado muchos salones en esa ciudad, buena Guester. ¿Realizaremos nuestra primera «soirée» este domingo?

—¿«Mi haré»? ¿Qué es eso?

—Soirée. Una velada nocturna, tal vez con ponche de jengibre...

—Ay, señorita Larner. A mí no tiene que enseñarme nada sobre hospitalidad. Y si ése es el precio de la educación de Arturo Estuardo me temo que la estamos estafando, pues al final nos hace el favor por los dos lados.

—Es usted muy amable, buena Guester. Pero debo hacerle un pregunta.

—Diga. No soy muy buena para las respuestas, pero...

—Buena Guester —dijo la señorita Larner—. ¿Tiene usted conciencia del Tratado de Esclavos Fugitivos?

De sólo escucharlo, el dolor y el temor horadaron el corazón de la mujer.

—¡Una obra del demonio!

—La esclavitud es una obra diabólica, sin dudas, pero el Tratado se firmó para que los Apalaches se incorporaran al Pacto Americano, y para evitar que nuestra frágil nación se lanzara a la guerra contra las Colonias de la Corona. La paz no puede llamarse diabólica.

—Lo es, cuando esa paz significa que pueden enviar sus malditos rastreadores a los estados libres para que se lleven cautivos a los negros otra vez como esclavos.

—Tal vez tenga razón, buena Guester. En realidad, podría decirse que el Tratado de Esclavos Fugitivos es más un artículo de rendición que un pacto de paz. Sin embargo, es la ley de esta tierra.

Sólo entonces la vieja Peg comprendió lo que acababa de hacer la maestra. ¿Para qué habría mencionado al Tratado de Esclavos Fugitivos, sino para decirle que Arturo Estuardo no estaba seguro allí, que podían venir rastreadores de las Colonias de la Corona, y reclamarlo como propiedad de alguna familia de blancos «cristianos»? Y eso decía también que la señorita Larner no se había creído ni una sola palabra de su historia sobre el origen de Arturo Estuardo. Y si ella había visto la mentira con tanta facilidad, ¿por qué creía la vieja Peg haber engañado a todos los otros? El pueblo entero de Río Hatrack podía saber que Arturo Estuardo era un niño esclavo, que había huido, y que había conseguido una mamá blanca.

Y si todos lo sabían, ¿qué les impediría informar sobre Arturo Estuardo a las Colonias de la Corona? ¿Avisar que en cierta hostería, cerca del río Hatrack, vivía un esclavo fugitivo? El Tratado hacía que su adopción de Arturo fuese claramente ilegal. Podían quitarle el crío de las manos y nunca más tendría el derecho de verlo. En realidad, si alguna vez iba al Sur, podían arrestarla y colgarla, según las leyes esclavistas del rey Arturo. Y pensar en ese monarca monstruoso de Camelot la hizo recordar lo peor de todo: que si alguna vez llevaban al Sur a Arturo Estuardo, le cambiarían el nombre. En las Coronas de la Colonia sería alta traición tener un esclavo con el mismo nombre que el Rey. Y el pobre Arturo se vería con un nombre que jamás habría escuchado en su vida. Pensó en el niño, confundido, siendo azotado por no responder a las llamadas, ¿pero cómo respondería si nadie lo llamaba por su nombre correcto?

Su rostro debió de haber retratado sus pensamientos, pues la señorita Larner caminó por detrás de ella y posó sus manos sobre los hombros de la buena Peg.

—No tiene que temer nada de mí, buena Guester. Vengo de Filadelfia, donde la gente habla en alta voz de negar ese Tratado. Un joven de Nueva Inglaterra llamado Thoreau se ha hecho notar, clamando que había que refutar las malas leyes, y que los buenos ciudadanos debían estar preparados a ir a la cárcel antes que someterse a ellas. Le haría bien escucharle.

La vieja Peg lo dudó. Se le helaba el corazón de sólo pensar en el Tratado. ¿Ir a prisión? ¿De

qué serviría si Arturo era azotado en el Sur, y encadenado? Pero no era asunto de la señorita Larner.

—No sé por qué dice todo esto, señorita Larner. Arturo Estuardo es un hijo nacido libre, de una mujer negra libre, aunque se haya enredado en un lío de sábanas. El Tratado de Esclavos Fugitivos no representa nada para mí.

—En tal caso, no volveré a pensar en ello, buena Guester. Ahora, si me dispensa, estoy algo cansada por el viaje, y tenía pensado retirarme temprano, aunque todavía haya luz.

La vieja Peg se puso de pie de un salto, aliviada por no tener que hablar más de Arturo y del Tratado.

—Sí, desde luego. ¿Pero no pensará en irse a dormir sin un baño? Para un viajero, nada mejor que un baño.

—Estoy de acuerdo, buena Guester, pero me temo que en mis maletas no quedó lugar para traer la bañera.

—No bien regrese, haré que Horace le traiga la bañera de más que tenemos, y si no le molesta encender bien la estufa, traeremos agua de la fuente de Gertie y la pondremos a hervir en un santiamén.

—Ay, buena Guester, temo que me convencerá de que estoy en Filadelfia antes de que se oculte el sol. Será toda una desilusión, pues me había preparado para resistir los rigores de la vida primitiva en la espesura, y me encuentro con que están ustedes en condiciones de ofrecer las más placenteras bendiciones de la civilización.

—Supongo que lo que ha dicho significa más o menos muchas gracias, de modo que le diré de nada, y en un minuto estaré aquí con Horace y la bañera. Y no se atreva a ir a buscarse el agua. Al menos no hoy. Quédese aquí a leer, o filosofar, o lo que haga una persona educada en lugar de dormir un rato.

Y así la vieja Peg se marchó de la casa de la vertiente. Quiso correr por el sendero hasta la hostería. ¡Pero si la maestra no era tan páfida como parecía! Es cierto que la vieja Peg no logró entender ni la mitad de lo que dijo, pero al menos deseaba conversar con la gente común y enseñaría gratis a Arturo, y daría recitales de poesía en la hostería. Y lo mejor de todo es que tal vez hasta quiera charlar con la vieja Peg de cuando en cuando, y quizá se le pegue algo de tanta inteligencia. No es que la inteligencia fuese tan importante para una mujer como la vieja Peg, pero, para el caso, ¿de qué servía una piedra preciosa en el dedo de una mujer rica? Estar cerca de esa solterona educada del este hacía que Peg pudiese comprender un poco más el mundo de fuera de Río Hatrack, era más de lo que había esperado en toda su vida. Era como pintarle las alas a una polilla deslucida. No hará que la polilla se convierta en mariposa, pero quizá se sienta menos desesperada y no se arroje al fuego.

La señorita Larner miró alejarse a la vieja Peg. Madre, murmuró. No, ni siquiera suspiró. Ni siquiera abrió la boca. Pero sus labios se oprimieron como formando una M, y la lengua dibujó el resto de los sonidos en la cavidad de su boca.

Le hizo daño engañar. Había prometido no mentir jamás, y en cierto sentido, tampoco entonces estaba mintiendo. El nombre que había adoptado, Larner, no significaba sino maestra, y dado que era una maestra, era un nombre tan verdadero como Guester, en el caso de su padre, o Smith, en el de Pacífico². Y cuando la gente le hacía preguntas, jamás mentía, aunque se negaba a decir más de lo que otros debieran saber, para que no comenzaran a preguntarse cosas.

Sin embargo, pese a su cuidado para no mentir abiertamente temió estar engañándose a sí misma. ¿Cómo podía creer que su presencia allí, tan bien disfrazada, no fuese sino una mentira?

Y, así y todo, hasta ese engaño era verdad, en su raíz. Ya no era la misma persona que antes, cuando fue la tea de Río Hatrack. Ya no se relacionaba con esas gentes como antaño. Si hubiese sostenido ser la pequeña Peggy, hubiera sido quizás una mentira mayor que su disfraz, pues supondrían estar ante la chicuela de antes, y la tratarían de ese modo. En ese sentido, su disfraz reflejaba lo que realmente era, al menos allí y entonces: educada, distante, voluntariamente solterona, y sexualmente fuera del alcance de los hombres.

De modo que su disfraz no era mentira, claro que no: era apenas un modo de conservar un secreto, el secreto de quién había sido alguna vez, pero quien ya no era. Su juramento seguía

² Larner, en inglés, puede entenderse como un modo de referirse al que enseña. Guester significa hostelero, y Smith, herrero. (N. de la T.)

intacto.

La madre había desaparecido de vista en el bosque, entre la hostería y la casa de la vertiente, pero Peggy seguía buscándola. Y si hubiera querido, Peggy habría podido verla, no con sus ojos, sino con su visión de tea. Podría haber detectado el fuego interior de su madre y acercarse. Madre, ¿no sabes que para tu hija Peggy no tienes secretos?

Pero lo cierto era que la madre podía conservar todos los secretos que quisiera. Peggy no hurgaría en su fuego interior. Peggy no había vuelto para ser la tea de Río Hatrack. Después de todos esos años de estudio, durante los cuales Peggy había leído tantos libros que en determinado momento temió que se le acabasen, que en América no hubiera libros suficientes para satisfacerla, después de todos esos años, había un solo arte que dominaba con certeza: el de no ver los fuegos de los demás a menos que lo quisiese. Finalmente había domesticado su visión de tea.

Por supuesto, aún miraba dentro de los demás cuando necesitaba hacerlo, pero eso ocurría muy rara vez. Aun cuando estuvo ante la Junta de Educación y necesitó convencerlos a todos, para adivinar sus pensamientos y manejarlos, le bastó con su conocimiento de la naturaleza humana. Y con respecto a los futuros revelados en sus fuegos internos, ya no reparaba en ellos.

No soy responsable de vuestros futuros, de los de ninguno de vosotros. Mucho menos del tuyo, Madre.

Ya he intervenido bastante en tu vida, y en la de cualquiera. Si conozco todos vuestros futuros, gente de Río Hatrack, mi imperativo moral es acomodar mis propias acciones para ayudarlos a lograr el porvenir más feliz posible. Pero al hacerlo, dejo de ser yo misma. Mi propio futuro pierde toda esperanza, ¿y por qué habría de ser así? Al cerrar los ojos a lo que sucederá, me permito ser como vosotros, y vivir de acuerdo con lo que pueda suceder. De todas formas, no podría garantizaros la felicidad, y esta forma, al menos, es una posibilidad de que yo misma la alcance.

Pero mientras se justificaba, sentía una amarga culpa en su interior. Al renegar de su don, pecaba contra el Dios que se lo había concedido. Ese gran maestro Erasmo, así lo había enseñado: tu don es tu destino. Nunca conocerás la alegría salvo que sigas el camino trazado ante ti por lo que anida en tu interior. Pero Peggy se negaba a someterse a esa cruel disciplina. Su niñez le había sido arrebatada, ¿y para qué? A su madre no le agradaba, los pobladores de Hatrack la temían, a menudo la odiaban, pese a recurrir a ella una y otra vez, buscando respuestas para sus preguntas egoístas e insignificantes, culpándola si algún mal acaecía en sus vidas, pero sin jamás agradecerle por ahorrarles hechos aciagos. Nunca podían estar seguros de que ella los hubiese salvado, pues los males nunca llegaban a suceder.

Lo que deseaba no era gratitud, sino libertad. Algo que la liberara de su peso. Había comenzado a cargarlo desde muy pequeña, y no le había deparado ninguna misericordia al hacer uso de ella. Sus propios miedos siempre superaban su necesidad de una niñez despreocupada. ¿Acaso alguien lo comprendía? ¿Alguno sabía con cuánta dicha los había abandonado?

Ahora, Peggy, la tea, había regresado, pero nunca lo sabrían. No volví para vosotros, gente de Río Hatrack, ni vine a servir a vuestros hijos. Regresé por un único alumno, el hombre que ahora trabaja en la forja, y cuyo fuego interior arde con tal brillo que lo veo aun en sueños, aun dormida. Volví tras aprender todo lo que el mundo podía enseñar, para poder ayudar a ese joven a cumplir una misión que significa más que cualquiera de nosotros. Ése es mi destino, si tengo alguno.

Mientras, haré todo el bien que pueda. Enseñaré a Arturo Estuardo, trataré de realizar los sueños por los cuales su joven madre murió; enseñaré a los demás niños cuanto deseen aprender, durante las horas del día por las cuales me contrataron; y daré al pueblo de Río Hatrack todo el saber y la poesía que desee recibir.

Tal vez no queráis poesía tanto como quisierais mi don de tea para saber vuestros futuros, pero me atrevo a decir que la poesía os hará mucho mejor. Pues saber el futuro os vuelve apocados y complacientes por momentos, mientras que la poesía podrá forjar en vosotros la clase de almas que enfrenta cualquier porvenir con sabiduría, coraje y nobleza. Así, ni hace falta conocerlo pues, si la grandeza mora en uno, cualquier futuro puede ser una oportunidad de grandeza. ¿Podré enseñaros a ver en vuestro interior lo que vio Gray?

Un corazón otrora grávido de fuego celestial, manos que

*acaso blandieron el cetro del imperio, o despertaron al
éxtasis la lira vital.*

Pero dudó que esas almas comunes de Río Hatrack fuesen realmente anónimos Milton. Pauley Wiseman no era ningún César ignoto. Tal vez lo deseara, pero carecía del suficiente ingenio y autocontrol. Whitley Physicker no era Hipócrates, por mucho que intentara officiar de médico y conciliador. Su amor por el lujo lo echaba a perder, y, como muchos otros facultativos bien intencionados, había llegado a trabajar por los honorarios, y no por la dicha de la tarea.

Recogió el cubo del agua que había a un lado de la puerta. Pese a su cansancio, no pensaba permitir que la considerasen inútil ni siquiera un solo día. Padre y Madre vendrían y verían que la señorita Larner había hecho por sí sola todo lo que le fue posible antes de que llegara la bañera.

Clin, clin, clin, ¿Alvin no descansaba? ¿No sabía que el sol bullía en el oeste, tornándose carmesí antes de hundirse detrás de los árboles? Mientras descendió la colina en dirección a la herrería, sintió como si estuviera a punto de correr, de lanzarse a la carrera hacia allí como había hecho el día en que Alvin nació. Aquella noche había llovido, y la madre de Alvin había quedado atrapada en la carreta, en medio de la corriente. Peggy los vio; detectó sus fuegos entre la negrura de la lluvia y el río que se desbordaba. Peggy dio la señal de alarma, y luego Peggy también custodió el parto. Vio los futuros de Alvin en su fuego interior, el más brillante que había visto o vería en toda su existencia. Peggy le salvó la vida al retirarle del rostro la bolsa de aguas que le impedía respirar y, valiéndose de ese pellejito, siguió salvándolo innumerables veces a lo largo de esos años. Podría haber dejado de ser la tea de Río Hatrack, pero a él nunca lo abandonaría.

Pero se detuvo en mitad de camino. ¿Qué estaba pensando? No podía ir hacia él. Todavía no. Tenía que ser él quien se acercase a ella. Sólo así podría ser su maestra, y tener una mínima oportunidad de convertirse en algo más.

Dio la vuelta y atravesó la ladera, desviándose hacia el pozo. Había visto a Alvin abrir ese pozo —los dos pozos—, y cuando vino el Deshacedor, por una vez, fue incapaz de ayudarlo. La propia ira y destructividad de Alvin habían llamado a su enemigo, y en esa ocasión Peggy no pudo hacer nada con la membrana para salvarlo. Sólo le restó observar mientras él purgaba las fuerzas del Deshacedor que moraban en su propio interior, para derrotar, por una vez, al que lo acosaba desde el exterior. Ahora, ese pozo era un monumento del poder de Alvin, y de su fragilidad.

Dejó caer el cubo de cobre en la fuente, y el torno giró mientras la cuerda comenzó a desenrollarse. Se oyó el estrépito ahogado del cubo contra el agua. Aguardó un instante a que el cubo se llenara, y luego comenzó a girar la manivela. Llegó rebosante y, en lugar de verter el líquido en el cubo de madera que había llevado, se lo llevó a los labios y bebió de la carga fría y pesada. Cuántos años había esperado para beber esa agua, la que Alvin amestrara la misma noche que se amestró a sí mismo. Había pasado toda una noche de temor y vigilia, y cuando por fin, a la mañana siguiente, Alvin tapó el primer pozo, el de la venganza, lloró de alivio. El agua no era salobre, pero a ella le supo como sus propias lágrimas.

El martillo enmudeció. Como siempre, descubrió el fuego interior de Alvin de inmediato, sin quererlo siquiera. Se marchaba de la herrería. ¿Sabría él que ella estaba allí? No. Siempre salía a por agua cuando concluía su labor de la jornada. Desde luego, no podía volverse hacia él hasta que escuchara sus pasos. Pero aunque sabía que vendría y a pesar de estar escuchando, no lo oyó. Fue silencioso como una ardilla sobre una rama. El único sonido fue el de su voz.

—Qué agua tan buena, ¿verdá?

Se volvió para mirarlo de frente. Lo hizo con demasiada prisa, con demasiada avidez. El cubo, que seguía aferrado por la cuerda, saltó en sus manos, la salpicó de agua y cayó nuevamente a la fuente.

—Soy Alvin, ¿me recuerda? No quería asustarla, señora. Señorita Larner.

—Olvidé tontamente que el cubo estaba sujeto —se disculpó ella—. Estoy acostumbrada a las bombas y grifos, me temo. Los pozos abiertos no son frecuentes en Filadelfia.

Se volvió hacia la fuente para volver a llenar el cubo.

—Permítame —se ofreció él.

—No hay necesidad. Puedo hacerlo girar sola.

—Pero ¿por qué tendría que hacerlo, señorita Larner, cuando para mí es una alegría hacerlo

por usted?

Se apartó y lo vio dar vueltas a la manivela con una mano, con la misma facilidad con que un niño sacudiría una cuerda. El cubo llegó hasta arriba. La mujer examinó su fuego interior apenas, para ver si lo estaba haciendo para pavonearse delante de ella. Pero no. Él no sabía cuán anchos eran sus hombros, cómo se retorcían sus músculos bajo la piel cada vez que movía un brazo. Ni siquiera podía ver la serenidad de su propio rostro, la misma respuesta pacífica que uno podría ver en un ciervo que no está atemorizado. En él no había una nota de alerta. Algunos tenían ojos inquietos, como si estuvieran esperando el peligro, o la presa. Otros miraban fijamente la tarea entre manos, con absoluta concentración. Pero Alvin tenía una distancia serena, como si no le preocupara en particular nada de lo que él o nadie pudiese estar haciendo. En cambio, parecía vagar por pensamientos interiores, ajenos a cualquier otro. Nuevamente, en su fuero íntimo Peggy rememoró la Elegía de Gray:

*Lejos del afán innoble de la turba enloquecida, sus sobrios
deseos perderse jamás supieron; por el valle fresco y
solitario de la vida, conservaron el tenor sin pompa de su
sendero.*

Pobre Alvin. Cuando termine contigo, ya no habrá valle fresco y solitario. Recordarás tus épocas de aprendiz como los últimos días de paz de tu existencia.

Cogió con una mano el cubo lleno por el borde, y fácilmente lo vertió dentro del que ella había llevado, el cual sostenía en la otra. Lo hizo con la misma facilidad con que un ama de casa vierte crema de un cuenco a otro. ¿Y si esas manos sostuvieran mis brazos con la misma ligereza y facilidad? ¿Me partiría sin desearlo, tan fuerte es? ¿O me sentiría esposada en su abrazo irresistible? ¿Me consumiría en el fuego blanco de su corazón?

Buscó el cubo.

—Por favor, permítame llevarlo, señora. Señorita Larner.

—No es necesario.

—Sé que estoy sucio, señorita Larner, pero puedo llevarlo hasta su casa y dejarlo dentro sin estropear nada.

¿Es mi disfraz tan monstruosamente distante que crees ser rechazado por mi excesiva pulcritud?

—Sólo me refería a que no pienso hacerle trabajar más por hoy. Ya me ha ayudado demasiado en un solo día.

La miró a los ojos, ya sin esa pacífica expresión. En su mirada había un asomo de ira.

—Si teme que espere una paga, se equivoca. Si éste es su dólar, puede quedárselo. Nunca lo quise. —le ofreció la moneda que Whitley Physicker le había arrojado desde su carruaje.

—En ese momento reprobé al doctor Physicker. Me pareció insultante que él presumiera pagando un servicio que usted me brindó por pura galantería. Pensé que nos rebajaba a ambos actuando como si los acontecimientos de la mañana hubieran valido exactamente un dólar.

Los ojos de Alvin se serenaron otra vez.

Peggy prosiguió en su voz de señorita Larner.

—Pero debe perdonar al doctor Physicker. No se halla cómodo con su riqueza y busca la menor oportunidad de compartirla con los demás. Todavía no ha aprendido a hacerlo con el debido tacto.

—Ya no importa, señorita Larner, ahora que sé que no provino de usted. —Guardó la moneda en el bolsillo y comenzó a cargar el cubo lleno hacia la casa, cuesta arriba.

Era evidente que no estaba acostumbrado a caminar al lado de una dama. Sus zancadas eran demasiado largas, su paso muy veloz. Ella no podía seguirlo. Ni siquiera podía seguir el mismo itinerario que él: parecía olvidar la empinada pendiente. Era como un niño, no como un adulto; seguía la ruta más directa, aunque ello significara tener que trepar por innecesarios obstáculos.

Y sin embargo, apenas soy cinco años mayor que él. ¿He terminado por creerme mi propio disfraz? ¿A los veintitrés años, ya estoy pensando y actuando como una mujer del doble de mi edad? ¿Acaso no me encantaba caminar como él, por el terreno más escabroso, con tal de sentir el esfuerzo y la victoria?

Pese a ello, siguió la senda más fácil, bordeando la colina y ascendiendo por la cuesta más larga y suave. Él ya había llegado. La esperaba en la puerta.

—¿Por qué no abrió la puerta y dejó el cubo dentro? El cerrojo no está echado —dijo ella.

—Con todo su perdón, señorita Larner, ésta es una puerta que pide no ser abierta, con cerrojo o sin él.

Entonces, pensó Peggy, quiere que sepa sobre los hechizos ocultos que puso en la cerradura. No muchos pueden reconocer un conjuro. Ella no los sabía reconocer. No lo sabría si no le hubiera visto cuando los puso allí. Pero, desde luego, no podía decírselo. De modo que preguntó:

—Ah, ¿hay alguna protección que no alcanzo a ver?

—Puse un par de conjuros en el cerrojo. No mucho, pero bastará para que esté a salvo. Y hay un hechizo en lo alto de la estufa, conque no tendrá que preocuparse por la posibilidad de que vuelen chispas.

—Usted tiene gran confianza en su hechicería, Alvin.

—Sé hacerlo bien. Casi todos conocen algún conjuro, señorita Larner. Pero no muchos herreros pueden introducirlos en el hierro. Sólo quería que lo supiese.

Quería que supiese mucho más, por supuesto. De modo que ella le dio la respuesta esperada:

—Supongo, entonces, que usted habrá hecho algún trabajo en esta casa de la vertiente.

—Hice las ventanas, señorita Larner. Suben y bajan con toda suavidad, y hay clavijas para sostenerlas donde usted quiera. Y también hice la estufa, las cerraduras y los herrajes. Y mi ayudante, Arturo Estuardo, rasqueteó las paredes.

Para ser un joven rústico, llevaba la conversación bastante bien. Por un instante, pensó en jugar con él, en fingir no seguir las asociaciones que él sugería para ver cómo se comportaba. Pero no... él sólo quería pedirle que hiciera lo que la había llevado hasta allí. No había motivo para hacerle más difíciles las cosas. El aprendizaje ya sería arduo de por sí.

—Arturo Estuardo... —dijo—. Debe ser el mismo niño al cual la buena Guster me pidió le diera clases particulares.

—Ah, ¿ya se lo pidió? ¿O no debiera preguntarlo?

—No tengo intención de mantenerlo en secreto, Alvin. Sí, enseñaré a Arturo Estuardo.

—Me alegra, señorita Larner. Es el niño más listo que haya conocido. ¡Y sabe imitar! Vaya, con una sola vez que la escuche, ya podrá repetir lo que diga usted con su propia voz. Cuando lo haga, usted no podrá creerlo.

—Sólo espero que no se le ocurra semejante juego mientras le esté enseñando.

Alvin frunció el ceño.

—Bueno, no es un juego, en realidad, señorita Larner. Es algo que hace sin ningún significado en particular. Quiero decir, que si comienza a hablar en su misma voz, no lo hará para burlarse, ni nada por el estilo. Cuando escucha algo, recuerda la voz, eso es todo, no sé si me entiende. No puede recordar algo separado de la voz de quien lo dijo.

—Lo tendré en cuenta.

A la distancia, Peggy escuchó que se cerraba una puerta. Se proyectó hacia afuera para mirar, y halló los fuegos de Padre y Madre que iban hacia allí. Discutían, como siempre. Si Alvin pensaba pedirselo, tendría que hacerlo de prisa.

—¿Había alguna otra cosa que quería decirme, Alvin?

Era el momento esperado, pero Alvin no se armaba de suficiente valor.

—Bueno, tenía idea de pedirle... pero debe comprender, no traje el agua hasta aquí para que se sintiera obligada, ni nada. Lo habría hecho de todas formas, para cualquiera, y con respeto a lo que pasó hoy, no sabía que usted era la maestra. Digo, a lo mejor lo podría haber supuesto, pero no lo pensé. Por eso no me debe nada por lo que hice.

—Creo que yo seré quien decida cuánta gratitud le debo, Alvin. ¿Qué quería pedirme?

—Desde luego, usted estará muy ocupada con Arturo Estuardo, conque no espero que tenga mucho tiempo libre, tal vez un día por semana, quizá sólo una hora. Podría ser los sábados, y podría cobrarme lo que quisiera, pues mi maestro me está dando tiempo libre y tengo unos ahorros, y...

—¿Me está pidiendo que oficie de tutora, Alvin?

Pero Alvin no sabía lo que significaba esa palabra.

—De tutora. Que le dé clases particulares.

—Sí, señorita Larner.

—El coste es de cincuenta centavos por semana, Alvin. Y quiero que venga a la misma hora que Arturo Estuardo. Que llegue junto con él y que se marche con él.

—¿Pero cómo podrá enseñarnos a los dos al mismo tiempo?

—Me atrevo a pensar que usted podría obtener cierto beneficio de las lecciones que daré al niño, Alvin. Y mientras él escriba o calcule, yo podré conversar con usted.

—No quiero restarle tiempo al pequeño de sus clases.

—Piense claramente, Alvin. No sería apropiado que usted recibiera lecciones a solas conmigo. Tal vez sea algo mayor que usted, pero habrá quienes estén dispuestos a pescarme en falta, y dar lecciones particulares a un joven soltero, sin duda daría que hablar a las malas lenguas. Arturo Estuardo estará presente en todas sus lecciones, y la puerta de la casa quedará abierta.

—Podríamos ir a estudiar a la hostería...

—Alvin, ya le he explicado los términos. ¿Desea contratarme como tutora?

—Sí, señorita Larner. —Hundió la mano en el bolsillo y extrajo una moneda—. Aquí tiene un dólar por las primeras dos semanas.

Peggy observó la moneda.

—Creía que pensaba devolvérsela al doctor Physicker.

—No quiero que se sienta incómodo por tener tanto dinero, señorita Larner. —Sonrió.

Será tímido, pero no puede mantener la seriedad durante mucho tiempo. Siempre habrá alguna broma a punto de asomar en él.

—No, claro —dijo la señorita Larner—. Las lecciones comenzarán la semana entrante. Gracias por su ayuda.

En ese momento, Padre y Madre venían por el camino. Padre cargaba un inmenso barreño sobre la cabeza, y vacilaba bajo el peso. Alvin corrió a ayudarlo de inmediato. Bueno, en realidad cogió directamente el barreño y lo cargó solo.

Así fue como Peggy vio el rostro de su padre por primera vez en más de seis años. Rojo, sudoroso, resoplando tras el esfuerzo. Enfadado, o al menos hosco. Aun cuando, sin duda, Madre le había asegurado que la señorita maestra no era tan arrogante como parecía. Pero Padre lamentaba la presencia de esa extraña en la casa de la vertiente, en el sitio que pertenecía sólo a su hija perdida.

Peggy quiso llamarlo «Padre», asegurarle que la que allí vivía era realmente su hija, que todo su trabajo para hacer del lugar una morada, había sido una ofrenda de amor para ella. Qué feliz se sentía al ver que su padre la amaba tanto, que no la había olvidado después de todos esos años. Pero le desgarraba el corazón no poder confesarle quién era. No podía, si deseaba llevar a cabo la tarea para la cual había vuelto. Tendría que hacer con él lo que ya estaba intentando con Alvin y Madre: no reclamar viejas deudas y afectos, sino ganar nuevo amor y amistad.

No podría regresar a su pueblo como hija del lugar, ni siquiera ante Padre, el único que sentiría una dicha absoluta por su llegada. Debía volver como una desconocida. Pues eso era, aunque se quitase el disfraz. Después de tres años de instrucción en Dekane, y de otros tres de estudiar y aprender, ya no era la pequeña Peggy, esa tea callada y sarcástica. Desde ese entonces, había pasado a ser otra persona. Había aprendido muchas artes bajo la tutela de la señora Modestia, los libros y maestros le habían enseñado muchas otras. No era la de antes. Sería mentira decir «Padre, soy tu hija, la pequeña Peggy». Por eso dijo:

—Señor Guester, soy su nueva huésped, la señorita Larner. Es un gusto conocerlo.

Se acercó a ella y le tendió la mano. Pese a sus prejuicios, pese a que, una hora antes, había eludido darle la bienvenida, era un hostelero de corazón y no pudo negarle un saludo cortés, o al menos el recibimiento rudo y franco que, en ese pueblo de frontera, pasaba por cortesía.

—Un placer conocerla, señorita Larner. Espero que esté cómoda con el alojamiento...

La entristeció que su padre empleara esas palabras con ella. Le hablaba como a esos clientes que llamaban «dignatarios», lo cual significaba que, en opinión de su padre, ocupaban una posición más alta en la vida. He aprendido mucho, Padre, y esto es lo primero: en la vida no hay posición más alta que cualquier otra, si la ocupa alguien de buen corazón.

Peggy creyó que el corazón de su padre era bondadoso, pero no osó mirar su fuego interior. Si lo examinaba muy de cerca, tal vez encontrara cosas que a una hija no le correspondía ver. Antes, cuando mirar a los demás era una costumbre, su corta edad le había impedido contenerse. En la

inocencia de la niñez, había aprendido cosas que convirtieron en imposibles niñez e inocencia a la vez. Pero ahora que había aprendido a controlar su don, al menos le concedería la intimidad de su propio corazón. Se lo debía a él y a su Madre.

Y también se debía a sí misma no saber exactamente lo que sentían y pensaban acerca de todo.

Emplazaron la bañera en su pequeña casa. Madre había traído otro cubo y un perol, y Padre y Alvin partieron rumbo a la fuente a buscar agua, mientras Madre ponía a hervir sobre la estufa la que había. Cuando el baño estuvo listo, hizo salir a los hombres. Y entonces, Peggy también despidió a Madre, aunque no sin los cabildeos de rigor.

—Le agradezco su solicitud —dijo Peggy—, pero tengo la costumbre de bañarme en la mayor intimidad. Usted ha sido excepcionalmente solícita, y si ahora me permite tomar sola mi baño, le aseguro que la recordaré con toda gratitud a cada instante.

El torrente de lenguaje florido fue más de lo que Madre pudo resistir. Por fin, la puerta se cerró, dio vuelta a la llave, y corrió las cortinas. Peggy se quitó su vestido de viaje, almidonado de polvo y sudor, y luego se despojó de la camisa y las bragas, tibiamente adheridas a la piel. Era uno de los beneficios de su disfraz: no tenía que molestarse en llevar corsés. Nadie esperaba que una solterona de su edad tuviera la cintura perversamente estrecha de esas pobres víctimas de la moda que se fajaban casi hasta no poder respirar.

Por último, se quitó los amuletos: los tres que pendían de su cuello, y el que llevaba hundido en el rodete. Le había costado conseguirlos, y no sólo porque fueran esos amuletos caros y nuevos que actuaban sobre lo que veían los demás, en lugar de influir sobre la opinión ajena. Había tenido que ir cuatro veces al taller del artesano de conjuros para que el hombre se convenciera de que realmente deseaba verse fea.

—Una joven tan hermosa como tú no necesita de mi arte —decía una y otra vez.

Peggy tuvo que tomarlo por los hombros y decirle:

—¡Por eso los quiero! Para dejar de parecer hermosa.

Finalmente cedió, pero no sin musitar que era un pecado cubrir lo que Dios había hecho tan bien.

Dios, o la señora Modestia, pensó Peggy. Yo era hermosa en la casa de la señora Modestia. ¿Soy hermosa ahora, cuando nadie me ve sino yo, que soy la menos propensa a admirarme?

Desnuda por fin, se hincó al lado de la tina y hundió la cabeza en el agua caliente para lavarse el cabello. Inmersa entre el vapor, sintió la misma libertad de antaño que le prodigaba la casa de la vertiente. El húmedo aislamiento que ningún fuego interior invadía, para que fuese ella misma y tuviese ocasión de saber en qué podía consistir su identidad.

En la casa de la vertiente no había espejo. Ella tampoco había traído ninguno. Sin embargo, cuando su baño terminó y se hubo secado con la toalla ante la estufa, aún transpirando entre el vapor de la sala en la tarde de agosto, supo que era hermosa, como la señora Modestia le había enseñado a ser, supo que, si Alvin la pudiese ver como realmente era, la desearía, no por su sabiduría, sino con el amor más superfluo e informal que cualquier hombre siente por una mujer que deleita sus ojos. Por eso, así como antaño se había ocultado de él para que no la desposara por lástima, ahora se escondía para que no la escogiera por amor pueril. Este ser, este cuerpo terso y juvenil, le sería invisible hasta que su verdadero ser, su mente despierta y pródiga, pudiera esculpir en él el mejor de los hombres, el que sería, no amante, sino Hacedor.

Si tan sólo pudiera ocultar a sus ojos el cuerpo de Alvin, para no tener que imaginar sus caricias, suaves como el roce del aire sobre su piel mientras se movía por la habitación...

PROPIEDAD

Los blancos comenzaron a aullar antes de que los gallos cantaran. Cavil Planter no se levantó de inmediato; el sonido se entremezcló con su sueño. En esos días, sus noches solían poblarse de negros aullando. De todas formas, acabó por despertar y salió de la cama. Afuera apenas había luz; debió abrir la cortina para ver dónde había dejado los pantalones. Distinguió sombras moviéndose cerca del sector de los esclavos, pero pudo darse cuenta de lo que sucedía. Por supuesto, pensó lo peor, y tomó la escopeta que colgaba de la pared. Por si no lo sabéis, los dueños de esclavos siempre tienen un arma en la habitación donde duermen.

En el salón, tropezó con alguien. Escuchó un grito de mujer. A Cavil le llevó un momento comprender que se trataba de su mujer, Dolores. A veces olvidaba que sabía caminar, de tan infrecuentes que eran sus incursiones fuera del dormitorio. No estaba acostumbrado a verla fuera del lecho, deambulando por la casa sin un esclavo o dos en quienes reclinarse.

—¿Eres tú, Dolores? Soy yo, Cavil.

—¿Qué ocurre, Cavil? ¿Qué está sucediendo afuera? —Se aferró a su brazo. Cavil no podía moverse.

—¿No crees que podría responderte mejor si me dejaras ir a averiguarlo?

La mujer se colgó más aún.

—No lo hagas, Cavil. No salgas, podrían matarte.

—¿Por qué habrían de querer matarme? ¿No soy un amo justo? ¿No me protegerá el Señor acaso? —Con todo, sintió un escalofrío de terror. ¿Sería esa revuelta de esclavos que todos los amos temían pero de la que nadie osaba hablar? Se dio cuenta de que el pensamiento lo acosaba desde que se había levantado de la cama. Dolores lo había conjurado con sus palabras—. Tengo la escopeta —dijo Cavil—. No te preocupes por mí.

—Tengo miedo —dijo Dolores.

—¿Sabes de qué tengo miedo yo? De que tropieces en la oscuridad y te lastimes. Regresa a la cama, así no tendré que preocuparme por ti mientras esté afuera.

Alguien comenzó a golpear a la puerta.

—¡Amo! ¡Amo! —gritó un esclavo—. Lo necesitamos, Amo.

—¿Lo ves? Es Zorro Gordo —dijo Cavil—. Si fuera una revuelta, mi amor, lo habrían estrangulado antes que a nadie. Antes que a mí, incluso.

—¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor? —preguntó Dolores.

—¡Amo! ¡Amo!

—A la cama —dijo Cavil.

Por un instante, la mano de la mujer descansó sobre el cañón frío y duro de la escopeta. Luego se volvió y, como un fantasma pálido y gris en la oscuridad del salón, desapareció en la penumbra hacia su dormitorio.

Zorro Gordo estaba tan agitado que casi saltaba.

Cavil lo miró, como siempre, con disgusto. No le agradaba, aunque dependía de él para enterarse de lo que hablaban los esclavos a su espalda. En los cielos no había esperanzas de salvar el alma de un solo negro puro. Habían nacido en la corrupción más absoluta, como si hubieran abrazado el pecado original y lo hubieran mamado en la leche de sus madres. Era un milagro que su leche no fuera negra con tanta inmundicia como debía contener. Espero que no lleve mucho tiempo sembrar en la raza negra suficiente semilla blanca para que pueda intentarse su salvación con éxito.

—Es esa niña Salamandy, Amo —dijo Zorro Gordo.

—¿El niño se adelantará? —preguntó Cavil.

—No, no —repuso Zorro Gordo—. El niño no viene, Amo. Venga, por favor. No necesitará

esa escopeta, Amo. Creo que mejor lleve el cuchillo de hoja ancha...

—Yo lo decidiré —dijo Cavil. Cuando un negro te sugiere que dejes el arma a un lado, es cuando más debes aferrarte a ella.

Caminó hacia la choza de las mujeres. La luz ya bastaba para ver el suelo. Las negras tendidas en la oscuridad lo miraban con los ojos blancos. La misericordia del Señor les había dado ojos blancos, para que uno pudiera verlos en las sombras.

Al otro lado de la puerta del cobertizo donde dormía Salamandy, había un puñado de mujeres. Como estaba tan próxima a dar a luz, no tenía que trabajar en el campo, y le habían dado una cama con un buen colchón. Nadie diría que Cavil Planter no cuidaba a sus hembras reproductoras.

Una de las mujeres gritó:

—Ay, Amo, por ésta tendrá que dejarnos matar un gallo...

En la oscuridad no pudo saber quién había sido, pero creyó identificar la voz de Coppy, la que habían bautizado Agnes pero que prefería llamarse así por el sonajero de víbora que usaba³.

—En mi plantación no se realizarán abominaciones salvajes —dijo Cavil con gravedad. Pero el comentario le advirtió que Salamandy había muerto. Un mes antes de parir, moría. El corazón se le encogió de pesar. Un niño menos. Un vientre menos. Oh, Dios, ten misericordia de mí. ¿Cómo podré servirte bien si me quitas a mi mejor concubina?

En la habitación olía a porquería: al morir, había excretado. Se había ahorcado con las sábanas. Cavil se maldijo por haber sido tan imbécil de dárselas. Lo había hecho como muestra de un favor especial. Era el sexto niño medio blanco que le daría, y por eso decidió ofrecerle un juego de sábanas para poner sobre el colchón. Así le retribuía el favor...

Los pies se mecían a un metro del suelo. Debió de haberse puesto de pie sobre la cama para saltar desde allí. Todavía entonces, mientras pendía ligeramente, sus pies golpeaban contra la cama. Pero a Cavil le llevó uno o dos segundos comprender qué significaba eso: como no se le había partido el cuello, debió de haber estado un largo tiempo estrangulándose, con la cama a unos pocos centímetros, y ella sabiéndolo... Pudo haber dejado de estrangularse en cualquier momento, pudo haber cambiado de parecer. Pero había preferido morir. No, matar. Matar al niño que llevaba en el vientre.

Otra prueba de la insidiosa perfidia de esos negros. En lugar de dar a luz un niño medio blanco con una esperanza de salvación, había preferido estrangularse. ¿Su perversidad no tendría límites? ¿Cómo podría un hombre temeroso de Dios salvar a esas criaturas?

—¡Se mató, Amo! —gritó la misma mujer que antes. Se volvió para mirarla. Era Coppy—. Aguardará a mañana para matar a otra más, si esta noche no sacrifica un pollo sobre ella.

—Me enferma pensar que usaréis la muerte de esta pobre mujer como excusa para asar un pollo cuando no os corresponde. Tendrá una sepultura decente, y su alma no hará daño a nadie, aunque, por haberse suicidado, arderá en el infierno eternamente.

Al escuchar esto, Coppy aulló de dolor. Las demás mujeres se unieron a sus gemidos plañideros. Cavil había ordenado a Zorro Gordo que pusiese a unos negros a cavarle una tumba. No en el cementerio común, claro, pues como se había matado no podía yacer en tierras consagradas. Sí entre los árboles, sin lápida, como corresponde a una bestia que quitó la vida a su pequeño.

Antes del crepúsculo ya estaba bajo tierra. Como se había suicidado, Cavil no podía pedir al predicador baptista ni al católico que viniesen a ayudar. En realidad, pensaba decir él mismo las palabras, sólo que esa noche había invitado a cenar a un predicador peregrino. El ministro se presentó temprano, y los esclavos de la casa lo enviaron al fondo, donde encontró el entierro en sus últimos instantes y ofreció su ayuda.

—Oh, no necesita hacerlo —lo dispensó Cavil.

—Nunca se dirá que el reverendo Philadelphia Thrower no extendió su amor cristiano a todos los hijos de Dios, blancos o negros, hombres o mujeres, santos o pecadores.

Los esclavos levantaron la vista al oírlo, igual que lo hizo Cavil, aunque éste por razones distintas. Eran palabras propias de un emancipacionista, y Cavil temió que, al invitar a ese predicador presbiteriano, hubiese acogido en su casa al mismo demonio. Sin embargo, tal vez

³ Se refiere a una variedad de serpiente americana que en EE.UU. se denomina «copperhead». (Nota. de la T.)

pudiese hacer algo para acallar los temores supersticiosos de los negros si aceptaba administrar los ritos en su calidad de auténtico predicador. Y, en efecto, cuando las palabras concluyeron y la tumba quedó cubierta, todos parecieron tranquilizarse, y no se escuchó un solo aullido infernal.

Durante la cena, el predicador —Thrower era su nombre— acalló los miedos de Cavil considerablemente.

—Creo que el hecho de que los negros llegasen a América encadenados es parte del gran plan de Dios. Como los hijos de Israel, quienes tuvieron que sufrir años de cautiverio con los egipcios, estas almas negras están bajo el propio azote del Señor, quien les está dando forma según sus propios fines. Los emancipacionistas comprenden una verdad: que Dios ama a sus hijos negros. Pero interpretan mal todo lo demás. Vaya, si se impusieran y lograran liberar a todos los negros juntos, se lograría el fin del diablo, y no el de Dios, pues sin esclavitud los negros no tienen esperanza de salir de su estado de salvajismo.

—Pues su argumento parece sumamente teológico —aprobó Cavil.

—¿No comprenden los abolicionistas que cada negro que escapa de su legítimo amo rumbo al Norte, está condenado a la maldición eterna para sí y para sus hijos? Antes que ir al Norte habría sido mejor que permanecieran en África. Los blancos del Norte odian a los negros, y no se equivocan al hacerlo, pues sólo los más perversos, orgullosos y arrogantes osan ofender a Dios abandonando a sus amos. Pero vosotros, aquí en los Apalaches y en las Colonias de la Corona, sois los únicos que verdaderamente amáis al hombre negro, pues sólo vosotros queréis haceros responsables de estos hijos descarriados y ayudarlos a avanzar por el camino que los conduzca a una plena humanidad.

—Usted será presbiteriano, reverendo Thrower, pero conoce la religión verdadera.

—Me alegra saber que estoy en casa de un hombre respetuoso de Dios, hermano Cavil.

—Espero ser su hermano, reverendo Thrower.

Y así siguió la charla. A medida que la tarde transcurrió, cada uno se encontró más cautivado por el otro. Al anochecer, cuando se sentaron en el patio para refrescarse, Cavil pensó haber dado con el hombre correcto a quien confiar parte de su gran secreto.

Cavil trató de sacar el tema en forma casual.

—Reverendo Thrower, ¿cree usted que Dios, hoy, habla con los hombres?

—Sé que lo hace. —La voz de Thrower se tornó solemne.

—¿Cree que Él podría hablar a un hombre común como yo?

—No debe esperarlo, hermano Cavil, pues el Señor va donde Él desea, y no donde nosotros queremos. Pero sé que es posible que el más humilde de los hombres reciba a un... visitante.

Cavil sintió un estremecimiento en el estómago. Vaya, parecía como si Thrower ya conociera el secreto de Cavil. Pero decidió no decírselo de una vez.

—¿Sabe qué creo? —dijo Cavil—. Que el Señor no puede aparecer en su verdadera forma, pues su gloria mataría a un mortal.

—Ah, sin duda —convino Thrower—. Como cuando Moisés tuvo una visión del Señor, y el Señor le cubrió los ojos con Su mano, y sólo dejó que Moisés le viera la espalda cuando terminó de pasar.

—Yo me refería a... ¿Y si un hombre como yo viera al mismo Jesucristo, sólo que no en la forma en que se lo ve en cuadros y retratos, sino con la forma de un capataz? Calculo que un hombre ve sólo lo que le permitirá comprender el poder de Dios, no la verdadera majestuosidad del Señor.

—Podría ser —asintió Thrower pensativamente—. Es una explicación posible. O tal vez usted sólo viera a un ángel...

Ahí estaba. Qué simple. De «si un hombre como yo», a que Thrower dijese «usted vio un ángel». Cómo se parecían los dos... Cavil decidió contarle toda la historia, por primera vez en los siete años que habían transcurrido desde la primera aparición.

Cuando terminó, Thrower tomó su mano y la estrechó fraternalmente, mirándolo a los ojos con expresión ferviente.

—Pienso en su sacrificio: haber mezclado su carne con la de esas hembras negras, para servir al Señor. ¿Cuántos hijos nacieron?

—Veinticinco vivos. Usted me ayudó a enterrar al vigesimosexto esta noche, dentro del cuerpo de Salamandy.

—¿Dónde están esos promisorios jóvenes medio blancos?

—Bueno, ésa es la mitad de mi labor —dijo Cavil—. Hasta el Tratado de Esclavos Fugitivos, los vendía al Sur no bien podía, para que crecieran y diseminaran sangre blanca por las Colonias de la Corona. Cada uno será un misionario a través de su semilla. Desde luego, a los últimos los conservé aquí. No es lo más seguro, tampoco, reverendo Thrower. Todas mis esclavas en edad de parir son negras, y la gente se preguntará de dónde salieron esos niños mestizos. Hasta ahora, sin embargo, mi capataz, Látigo, ha mantenido cerrada la boca, si es que se ha dado cuenta. Y fuera de él, nadie los ve jamás.

Thrower asintió, pero era evidente que pensaba en otra cosa.

—¿Sólo veinticinco niños?

—Es lo mejor que pude hacer —dijo Cavil—. Ni siquiera las negras pueden concebir inmediatamente después de un parto.

—No, no; me refería a otra cosa. Verá usted. Yo también tuve un... visitante. Por eso vine hasta aquí desde los Apalaches. Me dijo que encontraría a un granjero, quien también conocería a mi Visitante, y que había entregado a Dios veintiséis ofrendas vivientes.

—Veintiséis.

—Vivientes.

—Bueno, verá... Qué cosa. No estaba incluyendo en mis cálculos al primero que nació, pues su madre escapó y me lo quitó pocos días antes de que lo vendiera. Tuve que restituir el dinero al comprador, y no pude encontrarla pues los perros no alcanzaron a oler bien su huella. Los esclavos dicen que se convirtió en un mirlo y que echó a volar, pero ya sabe usted las tonterías que cuentan...

—Conque... veintiséis, entonces. Y dígame... ¿el nombre Agar significa algo para usted?

Cavil contuvo la respiración.

—Nadie sabe que yo llamaba así a su madre.

—Mi Visitante me dijo que Agar le había quitado su primera ofrenda.

—Es Él. Usted también lo ha visto.

—Ante mí se presenta como... no como un capataz. Sí como un científico, como un hombre de sabiduría incalculable. Supongo que porque yo soy científico, además de mi vocación de ministro. Siempre había supuesto que Él era un mero ángel, escúcheme, un mero ángel, pues no osaba esperar que se tratase del... mismo Maestro. Pero ahora que usted me dice... ¿podría ser que ambos hubiéramos estado en presencia de nuestro Señor? Ah, Cavil, ¿cómo puedo dudarlo? ¿Por qué otra razón el Señor nos habría acercado así? Eso significa que me ha... perdonado.

—¿Perdonado?

Ante la pregunta de Cavil, el rostro de Thrower se oscureció.

Cavil se apresuró a tranquilizarlo.

—No, no me diga nada si no lo desea.

—Yo... pensarlo me resulta casi insoportable pero ahora que estoy perdonado, o al menos, que se me ha dado otra oportunidad, hermano Cavil... Una vez se me confió una misión que cumplir, tan oscura, difícil y secreta como la de usted. Salvo que yo no tuve el coraje y la entereza para perseverar, y fracasé. Lo intenté, pero no tuve la inteligencia o el vigor necesarios para superar el poder del diablo. Pensé que había sido rechazado, despreciado. Por eso me convertí en un predicador peregrino, pues me sentía indigno de ocupar un púlpito propio. Pero ahora...

Cavil asintió, y tomó al ministro de la mano mientras las lágrimas echaban a rodar por sus mejillas.

Por fin, Thrower lo miró.

—¿Cómo supone que nuestro... Amigo... desea que lo ayude en su labor?

—No lo sé —repuso Cavil—. Pero hay una única forma que se me ocurre, en este momento.

—Hermano Cavil, no creo poder cumplir esa tarea tan repugnante.

—Según mi experiencia, el Señor fortalece al hombre para que lo... soporte.

—Pero en mi caso, hermano Cavil... Nunca conocí a una mujer en el sentido que lo dice la Biblia. Sólo una vez mis labios tocaron los de una joven, y fue en contra de mi voluntad.

—En tal caso, haré cuanto pueda por ayudarlo. ¿Y si oramos juntos, con unción y un largo rato, y luego se lo enseño una vez?

Bueno, les pareció la mejor idea. Así lo hicieron, y resultó ser que el reverendo Thrower fue un

alumno rápido. Cavil sintió un inmenso alivio al ver que otro se sumaba a su misión, sumado a un placer peculiar al tener a alguien que lo observara y a quien poder observar luego. Se formó una hermandad muy poderosa, al mezclar ambas semillas en un mismo recipiente, por así decirlo. Como dijera el reverendo Thrower:

—Cuando este campo se coseche, hermano Cavil, no sabremos cuál de las dos semillas dio fruto, pues el Señor, esta vez, nos permitió compartir la misma tierra.

Y entonces, el reverendo Thrower quiso saber el nombre de la niña.

—Bueno, la bautizamos Hepzibah, pero la llaman Cucaracha.

—Cucaracha.

—Todos adoptan nombres de animales. Supongo que no tiene una buena opinión de sí misma.

Al oír eso, Thrower tomó la mano de Cucaracha y la palmeó, tiernamente, como si Thrower y Cucaracha fuesen marido y mujer. La idea casi hizo reír a Cavil.

—Oye, Hepzibah, debes usar tu nombre cristiano —le dijo el reverendo—, y no el de un animal tan despreciable.

Cucaracha se limitó a mirarlo con los ojos bien abiertos, enroscada sobre el colchón.

—¿Por qué no me responde, hermano Cavil?

—Ah, nunca hablan durante esto. Se lo enseño a golpes, desde muy pronto pues siempre querían disuadirme de que lo hiciera. Supuse que sería mejor no escucharlas, que tener que oír palabras del diablo.

Thrower se volvió hacia la joven.

—Pero ahora te pido que me hables, Cucaracha. No dirás palabras del diablo, ¿verdad?

Por toda respuesta, los ojos de Cucaracha giraron hacia arriba. Alrededor de una viga, seguía anudada parte de una sábana. La habían cortado por debajo del nudo.

El rostro de Thrower se descompuso.

—¿Quiere decir que ésta es la habitación donde... la niña que enterramos...?

—Aquí está la mejor cama —dijo Cavil—. No quería que lo hiciéramos sobre una pila de heno si podíamos evitarlo.

Thrower no dijo nada. Salió de la habitación a toda prisa, para abalanzarse en la oscuridad. Cavil suspiró, recogió la linterna, y lo siguió. Encontró a Thrower echado sobre la bomba. Oyó a Cucaracha escabullirse de la habitación donde Salamandy había muerto, rumbo a su propio dormitorio, pero no le prestó atención. Le preocupaba Thrower. Esperaba que el hombre no hubiese estado tan aturdido como para vomitar sobre el agua para beber.

—Estoy bien —dijo Thrower—. Sólo que... era la misma habitación. No soy supersticioso, compréndame. Pero me pareció una falta de respeto para con los difuntos.

Estos tipos del Norte. Aunque comprendieran algo sobre la esclavitud, nunca abandonarían la idea de que los negros eran personas. ¿Uno dejaría de usar una habitación porque allí había muerto un ratón, o porque alguna vez mató a una araña sobre la pared? ¿Uno incendia el establo donde murió su caballo favorito?

De todas formas, Thrower recuperó la compostura, se subió los pantalones y se los abrochó. Después, regresaron a la casa. El hermano Cavil puso a Thrower en la habitación de huéspedes, que no se usaba mucho, a causa de lo cual se levantó una nube de polvo cuando Cavil golpeó la manta con la mano.

—Tendría que haber dicho a los esclavos de la casa que usaríamos esta habitación —dijo el hermano Cavil.

—No importa —dijo Thrower—. Hace mucho calor, y no necesitaré manta.

Al regresar a su habitación, Cavil se detuvo un instante para escuchar la respiración de su mujer. Como a veces sucedía, la escuchaba gemir suavemente en su dormitorio. El dolor debía de estar consumiéndola. Ah, Señor, pensó Cavil, ¿cuántas más veces deberé servirte para que tengas misericordia y cures a mi Dolores? Pero no entró en la habitación. Él no podría hacer nada para ayudarla, fuera de orar, y, a su vez, también él necesitaba dormir. Ya era muy tarde, y mañana tendría que trabajar.

Y, sin duda, Dolores debió haber pasado una noche terrible, pues a la hora de desayunar aún seguía durmiendo. Así que Cavil terminó comiendo con Thrower. El predicador acabó con una ración increíblemente grande de salchichas y maíz molido. Cuando hubo vaciado el plato por tercera vez, le comentó a Cavil:

—El servicio del Señor abre el apetito. —Ambos rieron a carcajadas de la ocurrencia.

Después del desayuno, salieron. Pasaron cerca del bosque donde habían enterrado a Salamandy. Thrower sugirió que miraran la tumba, pues de otro modo nunca sabrían qué habían hecho los negros durante la noche. Sobre la sepultura se veían pisadas. La tumba parecía una charca de fango. Y el barro estaba cubierto de hormigas.

—¡Hormigas! —exclamó Thrower—. No pueden haber olido el cuerpo por debajo de la tierra.

—No —dijo Cavil—. Lo que han encontrado es más fresco, y está a la intemperie. Fíjese. Restos de entrañas.

—Exhumaron su cuerpo y...

—No son las entrañas de ella, reverendo Thrower. Probablemente una ardilla, un mirlo, o algo parecido. La noche pasada le ofrecieron un sacrificio al diablo.

Thrower comenzó a musitar una plegaria al Señor.

—Saben que prohíbo esa clase de cosas —explicó Cavil—. Pero esta noche ya no quedará ninguna prueba. Me están desobedeciendo a mis espaldas. No lo permitiré.

—Ahora comprendo la magnitud de la labor que los dueños de esclavos debéis hacer. El demonio se ha apoderado de sus almas por completo.

—Bueno, no se aflija. Pagarán por eso. ¿Quieren derramar sangre sobre la tumba? Pues será la de ellos. Látigo. Dónde está, señor Látigo.

El capataz acababa de llegar para la jornada de trabajo.

—Un poco de vacaciones para los negros esta mañana, señor Látigo.

Látigo no preguntó por qué.

—¿Cuáles quiere que azote?

—A todos. Diez latigazos a cada uno. Menos a las mujeres preñadas, por supuesto. Pero aun a ellas, un azote en los muslos. Y que todos miren.

—Señor, se indisciplinan un poco cuando miran —dijo Látigo.

—El reverendo Thrower y yo también miraremos —dijo Cavil.

Mientras Látigo reunía a los esclavos, Thrower musitó algo acerca de que en realidad no deseaba verlo.

—Es la tarea del Señor —dijo Cavil—. Tengo agallas suficientes para observar cualquier acto de justicia. Pensé que después de la noche anterior, usted también lo haría.

Así, miraron juntos mientras cada negro recibía sus azotes, y la sangre chorreaba sobre la tumba de Salamandy. Después de un rato, el reverendo Thrower ni siquiera parpadeaba. A Cavil le agradó verlo: el hombre no era débil, después de todo, sino algo atildado por su crianza en Escocia y su vida en el Norte.

Luego, mientras el reverendo se preparaba para seguir viaje —había prometido predicar en un pueblo a media jornada de allí hacia el sur— formuló una pregunta a Cavil Planter:

—Noté que sus esclavos no parecen... viejos, compréndame, pero tampoco jóvenes.

Cavil se encogió de hombros.

—Es el Tratado de Esclavos Fugitivos. Aunque mi granja prospere, no puedo vender ni comprar esclavos. Ahora somos parte de Estados Unidos. La mayoría de la gente los adquiere por reproducción, pero ya sabe que todos mis negritos iban a parar al Sur, hasta hace poco. Y ahora que he perdido otra hembra, me quedan sólo cinco mujeres. Salamandy era la mejor. Las demás no tienen por delante tantos años de vida útil como madres.

—Se me ocurre... —dijo Thrower. Se detuvo.

—¿Qué se le ocurre?

—Viajé mucho por el Norte, hermano Cavil, y en casi todos los pueblos de Hio, Suskwahenny, Irrakwa y Wobbish hay una o dos familias de negros. Ahora bien, usted sabe, y yo sé, que no nacieron en tierras del Norte.

—Son todos fugitivos.

—Algunos quizás hayan ganado su libertad legalmente. Pero muchos, sin duda, son meros fugitivos. Entiendo que cada amo tiene la costumbre de conservar una muestra de cabello y recortes de uñas, y...

—Ah, sí. Las tomamos no bien nacen o los compramos. Son para los rastreadores.

—Exactamente.

—Pero no podemos enviar rastreadores a recorrer cada palmo de tierra del Norte, con la

esperanza de que, por casualidad, se topen con un negro fugitivo en particular. Me saldría más caro que el precio del esclavo.

—A mí me parece que el precio de los esclavos ha subido últimamente...

—Si quiere decirme que no podemos comprarlos a cualquier precio...

—A eso me refería, hermano Cavil. ¿Y si los rastreadores no tuvieran que ir a ciegas por el Norte, confiando en la casualidad? ¿Si usted contratara personas en el Norte para que controlaran los papeles y tomaran nota del nombre y la edad de todos los negros que vean? Así, los rastreadores podrían ir provistos de información.

Era una idea tan buena que Cavil se quedó estupefacto.

—Debe haber algún inconveniente, pues si no, alguien ya estaría haciéndolo.

—Ah, yo le diré por qué nadie lo ha hecho hasta ahora. En el Norte hay sentimientos bastante desagradables para con los dueños de esclavos. Aunque los del Norte odien a sus vecinos negros, sus conciencias erradas no les permitirán cooperar en ninguna pesquisa de esclavos. Por eso, todo hombre del Sur que alguna vez haya ido al Norte a buscar un fugitivo, sabe que si no lleva el rastreador consigo, o si la huella está fría, la búsqueda será imposible.

—Es cierto. Los del Norte son como una pandilla de truhanes; conspiran para impedir que un hombre recupere su mercancía fugitiva.

—¿Pero qué le parece tener un agente en el Norte que haga la pesquisa por usted? ¿Un ministro, quizá, que pudiera sumar a otros a la causa, y que pudiese encontrar personas fiables? Sería una empresa costosa, pero viendo la imposibilidad de comprar nuevos esclavos en los Apalaches, ¿no cree que habría gente dispuesta a pagar lo suficiente para costear la tarea de recuperar sus fugitivos?

—¿Pagar? Pagarían el doble de lo que se les pida. Pagarían sólo por saber que usted lo hará.

—Suponga que les cobre veinte dólares para registrar a sus fugitivos: fecha de nacimiento, nombre, descripción, momento y circunstancias de la huida. ¿Y que luego les cobrase mil dólares si les doy información que les permita recuperarlos?

—Cincuenta dólares para registrarlos, o no creerán que es un negocio serio. Y otros cincuenta cada vez que les envíe información, aunque luego resulte no ser correcta. Y tres mil por cada fugitivo recuperado en buen estado de salud.

Thrower sonrió ligeramente.

—No deseo obtener provecho injusto de una obra de rectitud.

—Provecho. Habrá muchos dispuestos a pagarle si hace un buen trabajo. Se lo digo, Thrower. Redacte un contrato, y encargue al impresor del pueblo que le haga mil copias. Luego emprenda camino, y cuénteles lo que planea a los dueños de esclavos en cada pueblo al que llegue en el territorio de los Apalaches. Calculo que en una semana tendrá que solicitar una nueva impresión. Aquí no estamos hablando de provecho sino de un servicio valioso. Vaya, apostaré a que recibirá contribuciones de gente a quien jamás se le fugó ningún esclavo. Si usted puede lograr que el Hio deje de ser la última barrera a su libertad, no sólo podrá devolver fugitivos, sino que los demás esclavos perderán las esperanzas y se quedarán en sus plantaciones.

Media hora después, Thrower salía montado en su caballo, con el contrato redactado, y con cartas de presentación de Cavil dirigidas a su abogado y al impresor, y con cartas de crédito por valor de quinientos dólares. Cuando Thrower protestó que era mucho dinero, Cavil no lo dejó siquiera hablar.

—Es para que comience —dijo Cavil—. Los dos sabemos para quién estamos trabajando. Hará falta dinero. Yo lo tengo, y usted no, de modo que lléveselo y ponga manos a la obra.

—Ésa es una actitud cristiana —dijo Thrower—. Como los santos de las primeras iglesias, que compartían todos sus bienes.

Cavil palmeó el muslo de Thrower que estaba rígido sobre la montura. Los tipos del Norte no sabían montar a caballo.

—Hemos compartido más que ningún otro par de hombres vivos —dijo Cavil—. Hemos tenido las mismas visiones, y hecho la misma tarea. Si eso no nos hermana, pues no sé qué lo hará.

—La próxima vez que vea al Visitante, si tengo esa fortuna, sé que estará complacido.

—Amén —dijo Cavil.

Palmeó el caballo de Thrower y lo vio alejarse. Mi Agar. Encontrará a mi Agar y a su hijito.

Ya pasaron siete años desde que me robó mi primer hijo. Ahora regresará, y esta vez la tendré encadenada, y me dará hijos hasta que ya no pueda tener más. Y el niño será mi Ismael. Así lo llamaré: Ismael. Lo criaré aquí, y lo educaré para que sea fuerte, obediente y un verdadero cristiano. Cuando sea grande, lo enviaré a otras plantaciones, y durante las noches proseguirá mi labor, y diseminará la simiente elegida por todos los Apalaches. Así, mis hijos serán innumerables como las arenas del mar, como Abraham.

Y, ¿quién sabe? Tal vez entonces el milagro suceda, mi esposa sane y conciba un hijo blanco, Isaac, que herede todas mis tierras y mi obra. Señor, mi Capataz, ten piedad de mí.

EL CERTAMEN DE DELETREO

Primeros días de enero. La nieve era profunda, y el viento lo bastante filoso como para rebanaros la nariz. Por supuesto, era uno de esos días en que Pacífico Smith decidía quedarse en la forja hasta la tarde, y enviar a Alvin al pueblo para comprar provisiones y entregar trabajos terminados. En verano, los trabajos solían repartirse a la inversa.

No importa, pensó Alvin. Aquí el maestro será él. Pero si alguna vez soy dueño de una forja y tengo un aprendiz, lo trataré mejor de lo que me han tratado a mí. Maestro y aprendiz deberían compartir el trabajo por igual, salvo cuando el aprendiz no sabe hacerlo, y en tal caso al maestro le corresponde enseñarle. Ése es el trato, y no tener un esclavo. No mandar siempre al aprendiz con la carreta hasta el pueblo, en medio de la nieve.

Pero, a decir verdad, Alvin sabía que no tendría que llevar la carreta. El trineo de Horace Guester serviría mucho mejor, y Alvin sabía que el hostelero se lo prestaría, siempre que Alvin hiciera las compras que él necesitaba del pueblo.

Alvin se abrigó e hizo frente al viento del oeste, que le azotó la cara hasta que llegó a la hostería.

Tomó por el camino que pasaba por la casa de la señorita Lerner, pues los árboles lo protegían un poco del viento. Por supuesto, la señorita no estaba. Se encontraba en el pueblo, dando clases a los niños. Pero la vieja casa de la vertiente era la escuela de Alvin, y pasar ante la puerta le hacía recordar sus estudios.

Le estaba haciendo aprender cosas que él nunca había imaginado. Alvin había esperado hacer más sumas, lecturas y dictados. En cierta forma, eso le había hecho hacer, sí, pero no le pedía que leyera esas lecciones para principiantes como a los niños, como a Arturo Estuardo, quien todas las noches, en la casa de la vertiente, se enfrascaba en sus estudios. No. Ella le hablaba a Alvin de ideas que a él jamás se le habían ocurrido, y sus dictados y cuentas se referían a este tipo de cosas.

Ayer, por ejemplo:

—La partícula más pequeña es un átomo —dijo ella—. Según la teoría de Demóstenes, todo está formado de cosas más pequeñas, hasta que se llega al átomo, que es lo más pequeño de todo y no puede dividirse.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Alvin.

—No lo sé. Es demasiado pequeño para que pueda verse. ¿Tú lo sabes?

—Supongo que no. Nunca vi nada tan pequeño que no pudiera partirse por la mitad.

—¿Pero puedes imaginar algo más diminuto?

—Sí, pero a eso también lo podría partir.

—Bueno, Alvin, está bien —suspiró la maestra—. Pero vuelve a pensar. Si hubiera una cosa tan pequeña que no pudiera dividirse, ¿cómo sería?

—Pequeña de verdad, me figuro.

Pero estaba bromeando. Era un problema, y se dispuso a resolverlo de la misma forma que solucionaba cualquier asunto práctico. Envío su don al suelo. Como era de madera, se componía de un revoltijo de cosas, del corazón destrozado y antes vivo de los árboles. De modo que Alvin decidió enviar su don al hierro de la estufa, que era mayormente una sola cosa por dentro. Como estaba caliente, vio sus partes más diminutas con toda claridad. Se agitaban, mientras adentro, el fuego disparaba su carga de luz y calor. Cada fragmento del fuego era tan hermoso y diminuto que la visión apenas podía caber en su mente. Nunca había visto realmente los fragmentos del fuego. Sólo sabía que acababan de pasar a su lado.

—Luz —respondió—. Y calor. Estas dos cosas no pueden cortarse.

—Cierto. El fuego no es como la tierra. No puede cortarse. Pero puede cambiarse, ¿verdad?

Puede extinguirse. Puede dejar de existir. Y por lo tanto, las partes de él deben convertirse en otra cosa. De modo que no eran átomos inmutables e indivisibles.

—Bueno, no hay nada más pequeño que esos pedacitos de fuego, de modo que el átomo no existe.

—Alvin, tienes que dejar de ser tan empírico en relación con las cosas.

—Si sabría qué quiere decir eso, dejaría de serlo.

—Si supiera.

—Lo que sea.

—No puedes responder a cada pregunta reclinándote y escarbando con tu don en la roca o en lo que sea.

—A veces deseo no haberle dicho nunca lo que sé hacer —suspiró Alvin.

—¿Quieres que te enseñe lo que significa ser un Hacedor, o no?

—Eso es esatamente lo que quiero, y no que me hable de átomos y de gravedad. No me importa lo que dijo ese viejo Newton, ni ningún otro. Sólo quiero saber cómo construir el... lugar. —Recordó justo a tiempo que estaban delante de Arturo Estuardo, que memorizaba cada una de sus palabras, y con el mismo timbre de voz. Mejor no llenarle la cabeza con la Ciudad de Cristal.

—¿No comprendes, Alvin? Han pasado muchos años, miles de años. Nadie sabe qué es realmente un Hacedor, ni lo que hace. Sólo sabemos que esos hombres existieron, y conocemos muy pocas de sus obras. Convertir plomo o hierro en oro, por ejemplo. Agua en vino. Esa clase de cosas.

—Supongo que convertir hierro en oro será mucho más fácil —dijo Alvin—. Esos metales son casi iguales por dentro. Pero vino... eso por dentro es una mezcla de cosas diferentes. Uno tendría que ser un... un... —No se le ocurría una palabra conque designar el máximo poder que alguien pudiera alcanzar.

—Hacedor.

Ésa era la palabra, sin duda.

—Eso.

—Te lo digo, Alvin. Si quieres aprender cómo hacer las cosas que alguna vez hicieron los Hacedores, debes comprender su naturaleza. No puedes modificar lo que no comprendes.

—Y no puedo comprender lo que no veo.

—Incorrecto. Absolutamente falso. Lo que es imposible de comprender es aquello que vemos. El mundo que tú ves es apenas un ejemplo, un caso especial. Pero los principios subyacentes, el orden que mantiene el todo unido, eso es eternamente invisible. Sólo puede descubrirse con la imaginación, que es precisamente el aspecto de tu mente más descuidado.

Y bueno, la noche anterior, Alvin se había enfurecido. Lo cual, según ella, garantizaba que seguiría siendo siempre un idiota, a lo cual él contestó que le daba lo mismo, pues había podido sobrevivir en situaciones imposibles con su sola estupidez, sin que ella lo ayudase. Y luego, salió a dar una vuelta mientras caían los primeros copos de la nevada.

Llevaba un rato caminando cuando comprendió que ella tenía razón, y que él lo había sabido todo el tiempo. Siempre lo había sabido. Cada vez que enviaba su don para ver qué había en algún lugar, y tenía que hacer un cambio, necesitaba saber cómo deseaba que fuese. Tenía que pensar en algo que no estaba allí, y vislumbrarlo en su mente, y entonces, de ese modo que él dominaba sin entender, decía «¿Ves? Así debes ser». Y a veces rápidamente, a veces lentamente, los fragmentos se acomodaban hasta quedar alineados del modo correcto. Así ocurría siempre: al separar un trozo de roca viviente, al unir dos maderos, al hacer que el hierro se alineara fuerte y genuino, al desparramar el calor del fuego de manera uniforme y suave por el fondo del crisol. De modo que en mi mente veo lo que no está, se dijo Alvin, y eso hace que llegue a existir allí donde antes no estaba.

Durante un terrible momento vertiginoso se preguntó si acaso el mundo entero no sería lo que él imaginaba. En tal caso, cuando dejara de imaginar, desaparecería. Desde luego, cuando volvió a su juicio advirtió que, si el mundo fuera producto de su imaginación, en él no habría tantas cosas extrañas que jamás podrían habersele ocurrido.

Tal vez el mundo fue soñado por la mente de Dios. Pero no, no podía ser tampoco, pues si Dios soñaba con hombres como Asesino Blanco Harrison, no podía ser tan bueno. No. Alvin creyó que Dios obraba del mismo modo que Alvin: decía a las rocas de la tierra, y al fuego del

sol, y a los elementos, cómo debían ser, y dejaba que así fuese. Pero cuando Dios decía a las personas cómo debían ser, pues se burlaban y reían de él, o si no, fingían obedecer y luego andaban por ahí haciendo lo que les venía en gana. Los planetas, las estrellas y los elementos podían ser frutos de la mente de Dios. Pero las personas... eran demasiado pendencieras. No podía culparse a nadie sino a ellas mismas.

Y ése fue el límite de las disquisiciones de Alvin la noche anterior, bajo la nieve: preguntarse por lo que nunca podría saber de verdad. Preguntarse, por ejemplo, con qué soñaba Dios, si es que alguna vez dormía; o si sus sueños se harían realidad, y cada noche creaba un nuevo mundo lleno de gente. Preguntas que nunca lo acercarían un milímetro a su destino de ser un Hacedor.

Conque ese día, mientras avanzaba por la nieve a paso lento, pugnando contra el viento para poder llegar a la hostería, volvió a pensar en la pregunta original: cómo se vería un átomo. Trató de imaginar algo tan pequeño que él no pudiese cortarlo. Pero cada vez que vislumbraba algo así —una cajita, o una pelota diminuta, o algo por el estilo—, vaya, terminaba por imaginar que la partía por la mitad.

La única forma en que no podía partir algo por la mitad era con algo tan delgado que no pudiese serlo más. Pensó en una cosa tan aplanada que quedase más fina que el papel. Tan delgada, que en esa dirección casi ni existiría. Si uno la mirase de canto, no la vería. Pero así y todo, aunque no pudiera partirla por el lado, se imaginaba dándole vueltas y cortándola como el papel.

¿Y si la aplastara en la otra dirección, y fuera todo canto, como la aguja más fina que nadie pudiese imaginar? Nadie la vería, pero estaría allí, pues se extendería desde aquí hasta allá. No podría partirse por el lado, ni tenía superficie plana como el papel. Pero, mientras ese hilo invisible fuese de un punto a otro, por corta que fuese la distancia, podía imaginar que lo dividía por la mitad, y que cada mitad volvía a partirse en dos.

No. El único modo de que algo fuese pequeño como un átomo es que no tuviera tamaño en ninguna dirección: ni largo, ni ancho, ni alto. Eso sería un átomo, sólo que ni siquiera existiría. Sería la nada. Sería un lugar sin nada dentro.

Se detuvo en el patio de la hostería, quitándose la nieve de los pies, lo cual fue como si hubiese anunciado su presencia dando golpes en la puerta. Oyó los pasos de Arturo Estuardo que venía a abrirle, pero siguió pensando en los átomos. Aunque imaginaba que los átomos no podían existir, comenzaba a darse cuenta de que era aún más insensato imaginar que no los hubiese, y que todo pudiese ser dividido eternamente en cosas más pequeñas. Pero, si uno lo pensaba, tenía que ser una de ambas posibilidades. O se llegaba al pedacito que no se podía dividir, y éste era el átomo, o uno nunca llegaba a él, y la división proseguía indefinidamente. Lo cual era más de lo que la mente de Alvin podía soportar.

Alvin se encontró en la cocina de la hostería. Arturo Estuardo, a sus pies, jugaba con la bufanda y el sombrero de Alvin. Horace Guester estaba en el granero, separando paja para el gallinero, de modo que tuvo que pedirle el trineo a la vieja Peg. En la cocina hacía calor, y la buena Guester no parecía de buen talante. Le dijo que podría usarlo, pero que el trineo tenía un precio.

—Salva la vida de un niño que conozco, Alvin, y lleva a Arturo Estuardo contigo —dijo—. O si no, juro que se me irá la mano con la furia y este niño acabará en el pastel de hoy a la noche.

Por cierto, Arturo Estuardo parecía dispuesto a causar problemas. Estaba estrangulando a Alvin con su propia bufanda y riendo como un tonto.

—Hagamos los deberes, Arturo —dijo Alvin—. Deletrea «Me estás ahorcando».

—M-E-E-S-T-Á-S —dijo el niño—. A-O-R-C-A-N-D-O.

Pese a su furia, la buena Guester tuvo que parar para reír. No porque hubiera deletreado mal «ahorcando», sino porque lo había hecho con la misma voz que la señorita Larner, en una perfecta imitación.

—Arturo Estuardo, más te vale no hablar nunca así delante de la señorita Larner, o se acabarán tus días de escuela.

—¡Qué bien! ¡Odio la escuela! —dijo Arturo.

—No odias la escuela tanto como odiarías trabajar conmigo en la cocina todos los días —dijo la buena Guester—. Todos los días, verano e invierno, domingos y fiestas.

—Sería mejor ser un esclavo en los Apalaches —gritó Arturo Estuardo.

La buena Guester olvidó sus chanzas y sus furias. Se volvió, solemne.

—Nunca más vuelvas a bromear con eso, Arturo Estuardo. Alguien murió una vez para que tú no tuvieses que serlo.

—Ya lo sé —dijo el niño.

—No, no lo sabes, pero más vale que pienses antes de...

—Fue mi mamá —dijo Arturo.

La vieja Peg comenzó a alarmarse. Miró a Alvin, y dijo:

—No te preocupes por eso, de todas formas.

—Mi mamá fue un mirlo —aseguró el niño—. Voló muy alto, pero la tierra la atrapó, no pudo pasar y murió.

Alvin vio el modo en que lo miraba la vieja Peg, cada vez más nerviosa. Conque tal vez en ese cuento de volar que tanto decía Arturo hubiese algo de cierto... Tal vez esa niña enterrada al lado de Vigor hubiera conseguido que un mirlo llevase a su crío. O acaso fuese una visión. De todas formas, la buena Guester había decidido actuar como si nada hubiese ocurrido. Aunque era demasiado tarde para engañar a Alvin.

—Muy lindo tu cuento, Arturo —le dijo.

—Es cierto —dijo Arturo—. Yo me acuerdo.

La buena Guester parecía cada vez más y más preocupada. Pero Alvin sabía que era mejor no discutir con el pequeño cuando empezaba con esas historias de que había volado. La única forma de detenerlo era darle otra cosa en qué pensar.

—Mejor ven conmigo, Arturo Estuardo —dijo Alvin—. Quizás en el pasado hayas tenido una mamá mirlo, pero presiento que esta mamá que tienes aquí, en esta cocina, está a punto de amasarte como si fueras un bollo.

—No olvidéis lo que os encargué —dijo la vieja Peg.

—Oh, no se preocupe. Llevo una lista —dijo Alvin.

—¡No te he visto escribir ni una palabra!

—Arturo Estuardo es mi lista. Demuéstraselo, Arturo.

Arturo se acercó al oído de Alvin y gritó de tal forma que casi le hizo saltar los tímpanos y aflojar los tobillos:

—Un tonel de harina de trigo, dos bolsas de azúcar, una libra de pimienta, una docena de hojas de papel y un par de metros de tela que sirva para hacerle una camisa a Arturo Estuardo.

Pese a los gritos, era la misma voz de su madre.

Odiaba que el pequeño la imitara; se acercó con un tenedor en una mano y un par de pinzas en la otra.

—Quédate quieto, Alvin, así puedo hundirle la horquilla en la lengua y arrancarle un par de orejas.

—¡Sálvame! —exclamó Arturo Estuardo.

Alvin lo salvó echando a correr hacia la puerta trasera. Luego, la vieja Peg dejó a un lado sus instrumentos de carnicería doméstica y ayudó a Alvin a enfundar al niño en abrigos, pantalones, botas y bufandas hasta que quedó tan ancho como alto. Alvin lo empujó al salir por la puerta trasera, y cuando Arturo cayó sobre la nieve lo hizo rodar con el pie hasta que quedó cubierto de nieve.

La vieja Peg le ladró desde la puerta de la cocina.

—Muy bonito, Alvin Junior. Mávalo de frío ante los ojos de su madre, tú, aprendiz irresponsable.

Alvin y Arturo Estuardo se echaron a reír. La vieja Peg les dijo que se cuidaran, y que regresaran antes de que oscureciera. Luego, cerró la puerta de golpe.

Aseguraron el trineo, quitaron la nieve nueva que se había depositado mientras lo enganchaban y levantaron la manta. Primero pasaron por la forja a recoger el trabajo que Alvin debía entregar. En su mayoría eran goznes, herrajes y herramientas para carpinteros y curtidores del pueblo, que estaban en plena temporada de trabajo. Luego, marcharon hacia la población.

No habían hecho mucho camino cuando se encontraron con un hombre que iba hacia el pueblo, a pie, a paso penoso, y sin ropas adecuadas para ese clima. Cuando estuvieron a su lado y le vieron el rostro, Alvin no se sorprendió: era Mock Berry.

—Sube al trineo, Mock Berry, así no tendré que cargar con tu muerte sobre mi conciencia.

Mock miró a Alvin como si sólo entonces advirtiese que había alguien en el camino, aunque acababan de pasar a su lado los caballos, pisoteando la nieve y resoplando.

—Gracias, Alvin —dijo el hombre.

Alvin se desplazó en el asiento para hacerle sitio. Mock trepó detrás de él, con torpeza, pues tenía las manos ateridas. Cuando estuvo bien sentado, pareció notar por primera vez la presencia de Arturo Estuardo sobre el banco. Y fue como si lo hubieran azotado. Comenzó a descender del trineo sin decir más.

—Aguarda —dijo Alvin—. No me digas que eres tan imbécil como los blancos del pueblo, que se niegan a compartir el asiento con un niño mestizo. ¡Qué vergüenza!

Mock contempló fijamente a Alvin antes de decidir qué respuesta dar.

—Mira, Alvin, sabes que no es así. Sé de dónde salen los niños mestizos, y no los desprecio por lo que algún blanco pueda haberle hecho a su madre. Pero en el pueblo se cuenta una historia acerca de quién es la verdadera madre de este crío, y no me hará bien que me vean entrar con este niño a mi lado.

Alvin conocía bien la historia: supuestamente, Arturo era hijo de Anga, la mujer de Berry y, puesto que Arturo tenía un padre blanco a todas luces, Mock se había negado a criar al niño en su propia casa. Eso condujo a que la buena Guester lo adoptara. Alvin también sabía que la historia no era cierta. Pero en un pueblo como aquél, era mejor que creyeran eso y no que adivinaran la verdad. Alvin sabía que más de uno trataría de librarse de Arturo declarando que era un esclavo, y enviándolo al Sur, para no tener más problemas con la escuela ni con otros asuntos.

—No te preocupes —dijo Alvin—. Nadie te verá en un día como éste, y aunque te vean, Arturo parece un hato de ropas. No bien lleguemos podrás bajar. —Alvin tendió la mano, aferró a Mock y lo atrajo hacia el trineo—. Ahora sube la manta y acércate bien. No quiero tener que dejarte en casa del sepulturero por haber muerto de frío.

—Muy amable de tu parte, aprendiz altanero y sabihondo. —Mock levantó la manta de tal forma que Arturo quedó cubierto por completo. El niño chilló y la bajó para poder ver por encima. Y lanzó a Mock Berry una mirada tan furiosa que, de no haber hecho tanto frío, el hombre habría quedado fulminado.

Cuando llegaron al pueblo vieron muchos trineos, pero no se percibía la algazara de las primeras nevadas copiosas. La gente se ocupaba en sus negocios, y los caballos aguardaban bajo el frío, relinchando, rebufando, resoplando... Los más holgazanes —abogados, empleados y gente por el estilo— no salían de su casa en esos días. Pero los que realmente tenían que hacer, abrían sus tiendas, encendían las chimeneas, atendían a los clientes. Alvin hizo el recorrido para entregar los trabajos. Todos firmaron el libro de recibos de Pacífico Smith, y en ello había otra humillación para Alvin: no se fiaban de él para los cobros, como si fuese un aprendiz de nueve años, y no del doble de edad.

Durante estos encargos rápidos, Arturo Estuardo se quedaba en el trineo. Alvin nunca permanecía dentro lo suficiente para calentarse del frío que cogía entre el trineo y la puerta de calle. Pero cuando llegaron a la tienda de Pieter Vanderwoort valió la pena entrar para calentarse un rato. Pieter tenía la estufa bien caliente, y Alvin y Arturo no fueron los primeros a quienes se les ocurrió la idea. Había un par de chicos del pueblo calentándose los pies y bebiendo té caliente con un par de sorbos de una petaca. No eran amigos de Alvin. Los había arrojado al suelo un par de veces, pero eso podía decirse de cualquier criatura de sexo masculino que quisiese forcejear en el pueblo. Alvin los conocía a los dos. El del rostro granujiento se llamaba Martin, y el otro, Daisy. Ya sé que parece nombre de vaca, pero así se llamaba. De todas formas, Alvin sabía que eran afectos a arrojar gatos al fuego, y hacer bromas desagradables acerca de las chicas cuando éstas no escuchaban. Alvin no pasaba mucho tiempo con ellos, pero tampoco les tenía una especial aversión. De modo que los saludó, y ellos le devolvieron el saludo. Uno de ellos le ofreció la petaca, pero Alvin rehusó, y eso fue todo.

En el mostrador, Alvin se quitó algunos de sus guantes, lo cual hizo con agrado pues las manos le transpiraban mucho. Entonces, se dispuso a desenvolver a Arturo, quien giró como un trompo mientras Alvin tironeaba del extremo de sus bufandas. La risita de Arturo atrajo al señor Vanderwoort, quien también se puso a reír.

—Qué bonitos son de pequeños, ¿eh? —dijo el tendero.

—Es mi lista de compras de hoy. Demuéstraselo, Arturo.

Arturo Estuardo lanzó de una vez la lista, con la misma voz de Mamá:

—Un tonel de harina de trigo, dos bolsas de azúcar, una libra de pimienta, una docena de hojas de papel, y un par de metros de tela que sirva para hacerle una camisa a Arturo Estuardo.

El señor Vanderwoort se desternilló de risa.

—¡Qué gracioso es el pequeño cuando se pone a hablar como su madre!

Uno de los jóvenes que había ante la estufa lanzó un silbido.

—Quiero decir, su madre adoptiva, por supuesto —se corrigió Vanderwoort.

—Bueno, quizá sea su verdadera madre también —dijo Daisy—. Sé que Mock Berry hace muchos trabajos en la hostería.

Alvin detuvo en la punta de la lengua la respuesta que acudió a su mente. En cambio, calentó la cantimplora que Daisy llevaba en la mano. El joven lanzó un aullido y la dejó caer.

—Ven a la trastienda conmigo, Arturo Estuardo —dijo Vanderwoort.

—Por poco se me quema viva la mano —musitó Daisy.

—Dime la lista otra vez, parte por parte, así voy preparando lo que tu Mamá necesita —dijo Vandenvoort.

Alvin levantó a Arturo para pasarlo por encima del mostrador, y el tendero lo depositó en el suelo, del otro lado.

—Debes de haberla puesto sobre el fuego, como buen idiota que eres, Daisy —dijo Martin—. ¿O para calentarte el whisky debe estar hirviendo?

Vanderwoort condujo al pequeño a la trastienda. Alvin tomó un par de galletas de agua de una lata, y acercó una banqueta al fuego.

—Yo no la puse cerca de la estufa —insistió Daisy.

—Qué tal, Alvin.

—Qué tal Martin, qué tal Daisy —dijo Alvin—. Buen día para estar ante la estufa.

—Buen día para nada —siguió refunfuñando Daisy—. Un negrito charlatán y un par de dedos quemados.

—¿Qué te trae al pueblo, Alvin? —preguntó Martin—. ¿Y cómo fue que trajiste al negrito? ¿O se lo compraste a la vieja Peg Guester?

Alvin mordisqueó la galleta. Había sido un error castigar a Daisy por lo que había dicho, y sería un error más grave volver a hacerlo. ¿Acaso el Deshacedor no se había apoderado de él el verano pasado cuando quiso castigar a la gente? No, Alvin estaba decidido a templar su carácter, de modo que no dijo nada. Sólo quebró la galleta con la boca.

—Ese niño no se vende —dijo Daisy—. Todos lo saben. Vaya, si hasta quiere educarlo la vieja, según me han dicho.

—Yo también estoy educando a mi perro —dijo Martin—. ¿Crees que el pequeño haya aprendido a pedir cosas, o a levantar la patita, o algo útil?

—Pero tú llevas ventaja, Martin —dijo Daisy—. Un perro tiene sesos suficientes para saber que es un perro, por eso no intenta aprender a leer. Pero esos monos sin pelo creen que son personas, ya sabes a lo que me refiero.

Alvin se puso de pie y fue hasta el mostrador. Vanderwoort volvía con los brazos cargados de cosas. Arturo caminaba a sus espaldas.

—Ven aquí detrás conmigo, Al —dijo Vanderwoort—. Será mejor que tú mismo escojas la tela para la camisa de Arturo.

—Pero yo no sé nada de telas —dijo Alvin.

—Bueno, yo sí sé de telas, pero no sé el gusto de la vieja Peg, y si no le gusta lo que llevas, más vale que sea tu culpa y no la mía.

Alvin posó el trasero sobre el mostrador y pasó las piernas por encima. Vanderwoort lo condujo hacia la parte de atrás, y pasaron unos minutos eligiendo una franela a cuadros que parecía adecuada, y hasta quizá sirviera para hacer remiendos con los retazos. Cuando volvieron, Arturo Estuardo estaba ante el fuego con Daisy y Martin.

—Deletrea «zarzaparrilla» —dijo Daisy.

—Zarzaparrilla —repitió Arturo Estuardo, con la voz exacta de la señorita Lerner—. Z-A-R-Z-A-P-A-R-R-I-L-L-A.

—¿Lo dijo bien? —preguntó Martin.

—Joder con el mocosito.

—No uséis esas palabras cerca de un niño —los reconvino Vanderwoort.
—Oh, no se preocupe —dijo Martin—. Es nuestro negrito mascota. No le haremos ningún daño.

—No soy ningún negrito —dijo Arturo Estuardo—. Soy un niño mestizo.

—Pero esto es el colmo —exclamó Daisy, con una voz tan chillona y fuerte que se le quebró.

Alvin se estaba cansando de ellos. Habló muy despacio, para que sólo Vanderwoort pudiese oírlo.

—Una gracia más, y le lleno los oídos de nieve a ese tipo.

—No te ofusques —le dijo Vanderwoort—. No le están haciendo daño.

—Por esa razón no lo mataré. —Pero Alvin sonreía, y eso hizo Vanderwoort. Daisy y Martin jugaban, y como Arturo Estuardo se estaba divirtiendo, ¿por qué no?

Martin tomó algo de un anaquel y lo acercó a Vanderwoort.

—¿Cómo se llama esto?

—Eucaliptus —repuso el tendero.

—Deletrea «eucaliptus», niño mestizo.

—Eucaliptus —repitió Arturo—. E-U-C-A-L-I-P-T-U-S.

—¿Habéis oído eso? —gritó Daisy—. Esa maestra no nos dedica tiempo del día a nosotros, pero aquí tenemos a su propia voz deletreando todo lo que decimos.

—Di «tetas» —dijo Martin.

—Bueno, basta. Eso es ir demasiado lejos —los detuvo Vanderwoort—. Es apenas un niño.

—Sólo quería oír la palabra con la voz de la maestra —dijo Martin.

—Ya sé lo que querías, pero ésas son malas palabras, y no las diréis aquí, en mi tienda.

Se abrió la puerta, y detrás de una ráfaga helada, entró Mock Berry, con aire cansado y aterido. Lo estaba, en realidad.

Los chicos no repararon en él.

—Afuera hace frío... —caviló Daisy.

—Entonces, tenedlo en cuenta cuando decidáis cómo hablar —sentenció Vanderwoort.

Alvin vio que Mock Berry miraba la estufa de reajo, pero sin intentar acercarse. Ningún hombre en su sano juicio escogería no acercarse al calor en un día como ése. Pero Mock Berry sabía que había cosas peores que pasar frío. Por eso, se dirigió al mostrador.

Vanderwoort debió de haberse percatado de su presencia, pero durante un rato siguió viendo a Martin y Daisy jugar al deletreo con Arturo Estuardo, sin prestar atención a Mock Berry.

—Suskwahenny —lo desafió Daisy.

—S-U-S-K-W-A-H-E-N-N-Y —repitió Arturo.

—Apuesto a que este niño podría ganar cualquier certamen de deletreo en el que interviniera —dijo el tendero.

—Tiene un cliente —comentó Alvin.

Vanderwoort se volvió con gran lentitud, y miró a Mock Berry inexpresivamente. Luego, con la misma lentitud, fue hasta el hombre y se detuvo ante él sin decir una palabra.

—Necesito diez kilos de harina y cuatro metros de esa cuerda de un centímetro —pidió Mock.

—¿Habéis oído? —preguntó Daisy—. Se va a empolvar el rostro de blanco, y luego se va a colgar, seguro.

—Deletrea «suicidarse», niño —dijo Martin.

—S-U-I-C-I-D-A-R-S-E —respondió Arturo.

—No hay crédito —dijo Vanderwoort.

Mock posó unas monedas sobre el mostrador. Vanderwoort miró durante un instante.

—Dos metros de cuerda.

Mock siguió allí.

Vanderwoort siguió allí.

Alvin sabía que el dinero sobraba para lo que Mock pensaba llevar. No podía creer que Vanderwoort subiera el precio a un hombre tan pobre, pero trabajador como cualquiera del pueblo. En realidad, Alvin comenzó a comprender por qué Mock siempre estaba sin un centavo. Alvin sabía que no podía hacer mucho al respecto, pero al menos le cabía la posibilidad de intentar lo que una vez había hecho Horace Guester por él con su maestro Pacífico: hacer que Vanderwoort pusiera las cartas sobre la mesa y que dejara de fingir una honestidad que no poseía.

De modo que Alvin puso en el escritorio el papel escrito que Vanderwoort acababa de entregarle con el importe de los artículos.

—Lamento escuchar que no le da crédito —dijo Alvin—. Iré a buscar dinero a la hostería de la buena Guester.

Vanderwoort miró a Alvin. Le quedaban dos salidas: dejar que Alvin fuese a buscar el dinero, o decir que había crédito para los Guester, pero no para Mock Berry.

Desde luego, escogió otra vía. Sin decir palabra, fue a la trastienda y pesó la harina. Luego midió cuatro metros de cuerda de un centímetro. Vanderwoort era conocido por medir sin trampas. Pero también se lo conocía por dar precios justos, y por esa razón Alvin se sorprendió tanto al verlo comportarse de otro modo con Mock Berry.

Mock tomó la cuerda y la harina, y comenzó a marcharse.

—Aquí está su vuelta —le dijo Vanderwoort.

Mock se volvió, sorprendido, aunque tratando de no demostrarlo. Regresó y vio que Vanderwoort depositaba sobre el mostrador una moneda de diez centavos y tres peniques más. Luego, tras un instante de vacilación, Mock las recogió y se las echó al bolsillo.

—Gracias, señor —dijo. Y salió al frío.

Vanderwoort se dirigió a Alvin, enfadado o quizá resentido.

—No puedo dar crédito a cualquiera.

Alvin podía haberle dicho entonces algo acerca de que los precios debían ser los mismos para blancos y negros, pero no quiso enemistarse con el señor Vanderwoort, quien, en general, era una buena persona. Conque Alvin le sonrió amistosamente y le dijo:

—Ya sé que no puede. Los Berry son casi tan pobres como yo.

Vanderwoort se distendió: le importaba más la buena opinión de Alvin que vengarse de él por haberle hecho pasar un mal rato.

—Tienes que comprenderme, Alvin. No beneficia mis negocios que ellos entren y salgan de aquí todo el tiempo. A nadie le molesta ese negrito que va contigo (de niños son muy simpáticos), pero la gente prefiere no entrar si sabe que aquí se encontrará con uno de ellos.

—Que yo sepa, Mock Berry siempre ha cumplido con su palabra —dijo Alvin—. Y nadie dijo jamás que hubiera robado, o que se hubiera retrasado, o algo así...

—No. Nadie dijo nunca nada de él.

—Me alegra saber que a ambos nos considera clientes —dijo Alvin.

—Bueno, mira esto, Daisy —dijo Martin—. Parece que Alvin el Aprendiz desapareció, y que en su lugar ha llegado Alvin el predicador. Deletrea «reverendo», niño.

—R-E-V-E-R-E-N-D-O.

Vanderwoort vio que las cosas podrían ponerse feas, de modo que intentó cambiar de tema.

—Como decía, Alvin, ese niño mestizo seguro será el mejor deletreador de la región, ¿no crees? Y, digo yo, ¿por qué no va y se inscribe en el certamen de deletreo que se hará la semana entrante? Participará toda la zona y él haría que Río Hatrack se quedase con el premio. Tal vez podría llegar a campeón del estado, si te interesa mi opinión.

—Deletrea «campeonato» —dijo Daisy.

—La señorita Lerner jamás me enseñó esa palabra —adujo Arturo Estuardo.

—Bueno, hazlo como puedas.

—C-A-M-P-I-O-N-A-T-O —dijo Arturo.

—Para mí, está bien —dijo Daisy.

—Eso muestra lo que tú sabes —comentó Martin.

—¿Tú puedes hacerlo mejor? —preguntó Vanderwoort.

—Yo no pienso ir al concurso de deletreo —se defendió Martin.

—¿Qué es un concurso de deletreo? —preguntó el niño.

—Es hora de irnos —dijo Alvin. Sabía muy bien que Arturo Estuardo no había sido admitido como alumno regular de la Escuela de Gramática de Río Hatrack, y que no podría participar en el concurso—. Ah, señor Vanderwoort. Le debo dos galletas que comí.

—No cobro a mis amigos un par de galletas —le dijo Vanderwoort.

—Me llena de orgullo saber que me cuenta entre sus amigos —dijo Alvin, sinceramente. Había que ser un hombre bueno para ser sorprendido en una mala acción y tratar, al que lo había descubierto, como a un amigo.

Alvin arrojó al niño en sus bufandas, y luego se abrigó él también. Y se internó en la nieve, cargando todo lo que había comprado en un saco de arpillera. Acomodó el saco bajo el asiento para que no se mojara con la nieve. Luego puso a Arturo Estuardo en su sitio y subió detrás de él. Los caballos se pusieron en marcha, felices de volver al movimiento. De pie en la nieve, cada vez se enfriaban más.

Durante el camino de regreso volvieron a encontrarse con Mock Berry y lo llevaron hasta su casa. No dijo ni una palabra sobre el incidente de la tienda, pero Alvin supo que no fue por falta de agradecimiento. Entendió que, para Mock Berry, era una vergüenza que un aprendiz de dieciocho años hubiera tenido que conseguirle un precio justo y una medida honesta en la tienda de Vanderwoort, sólo porque el joven era blanco. No es la clase de cosas de las que alguien desee hablar.

—Dale saludos a la buena Berry —dijo Alvin, mientras Mock saltaba del trineo sobre el camino que conducía hasta su casa.

—Se los daré —repuso el hombre—. Y gracias por traerme. —En seis pasos desapareció bajo la nieve que caía. La tormenta se estaba tornando peligrosa.

Una vez que dejaron todo en la casa, ya se hizo la hora de que Alvin y Arturo recibieran sus lecciones, de modo que se encaminaron a la casa de la señorita Larner arrojándose bolas de nieve. Alvin se detuvo en la forja para dejar a Pacífico la libreta de entregas, pero Pacífico debía de haberse retirado temprano, pues no estaba allí. Alvin dejó el cuaderno sobre un anaquel, al lado de la puerta, donde sabía que Pacífico podría encontrarlo si lo necesitaba. Luego, él y Arturo siguieron arrojándose bolas de nieve hasta que llegara la señorita Larner.

El doctor Physicker la trajo en su carruaje cubierto, y la acompañó hasta la puerta. Cuando notó que Arturo y Alvin esperaban cerca, mostró cierto disgusto.

—Niños, ¿no creéis que la señorita Larner tiene mejores cosas que hacer en lugar de enseñar en un día como éste?

La señorita Larner posó una mano sobre el brazo del doctor Physicker.

—Gracias por haberme traído, doctor Physicker.

—Desearía que me llamase Whitley.

—Es usted muy gentil, doctor Physicker, pero creo que su tratamiento de cortesía me resulta más cómodo. Y con respecto a estos alumnos, aprenden mejor en días como éstos, según he descubierto, porque no sueñan con ir a nadar.

—Yo, no —gritó Arturo Estuardo—. ¿Cómo se deletrea «campeonato»?

—C-A-M-P-E-O-N-A-T-O —dijo la señorita Larner—. ¿Dónde escuchaste esa palabra?

—C-A-M-P-E-O-N-A-T-O —repitió Arturo Estuardo, imitando la voz de la señorita Larner.

—Este niño es notable, sin duda —comentó Physicker—. Es una cotorra, se diría.

—La cotorra copia las palabras, pero no comprende el sentido —aclaró la señorita Larner—. Arturo Estuardo podrá repetir los deletreos con mi voz, pero conoce la palabra, y puede leerla, o escribirla, cuando desee.

—No soy una cotorra —dijo Arturo Estuardo—. Soy un campeón del deletreo.

El doctor Physicker y la señorita Larner cambiaron una mirada que significó mucho más de lo que Alvin pudo comprender con sólo observarlos.

—Muy bien —dijo el doctor Physicker—. Como, en realidad, lo inscribí como alumno especial, debido a la insistencia de usted, puede competir en el certamen de deletreo. Pero espero que no lleve las cosas más allá, señorita Larner.

—Sus razones fueron excelentes, doctor Physicker, y por eso estoy de acuerdo. Pero mis razones...

—Sus razones fueron apabullantes, señorita Larner. Y no puedo sino saborear anticipadamente la consternación de los que lucharon por verlo fuera de la escuela, cuando lo vean desenvolverse tan bien como si tuviera el doble de su edad.

—Consternación, Arturo Estuardo —dijo la señorita Larner.

—Consternación —deletreó el niño—. C-O-N-S-T-E-R-N-A-C-I-Ó-N.

—Buenas noches, doctor Physicker. Entrad, chicos. Ya es hora de vuestra clase.

Arturo Estuardo ganó el certamen de deletreo de la zona, con el calificativo de «excelente». Luego, la señorita Larner lo retiró inmediatamente de cualquier otra competición, otro niño ocuparía su lugar en el certamen estatal. Como resultado, la victoria tuvo poca repercusión, salvo

entre la gente local. Y en el periódico de Río Hatrack apareció una breve nota.

El sheriff Pauley Wiseman recortó la página del diario, la acompañó de algunas líneas y la puso en un sobre dirigido al reverendo Philadelphia Thrower, Cruzada de Derechos sobre la Propiedad, Calle Harrison n.º 44, Ciudad Cartago, Wobbish. A las dos semanas, la página yacía abierta sobre el escritorio de Thrower, junto con la nota, que, sencillamente, decía:

Niño aparecido por aquí en el verano de 1811; según los mejores cálculos, tendría entonces unas pocas semanas de vida. Vive en la hostería de Horace Guester, Río Hatrack. Entiendo que la adopción no sería legal si el niño es un fugitivo.

Sin firma. Pero Thrower estaba acostumbrado a eso, aunque no alcanzaba a comprender por qué. ¿Para qué ocultar la identidad cuando uno intervenía en una obra de bien? Luego escribió su propia carta y la envió con destino al Sur.

Un mes después, Cavil Planter leía la carta de Thrower a un par de rastreadores.

Luego les entregó las muestras que había guardado durante todos esos años; las que pertenecían a Agar y las del niño Ismael.

—Estaremos aquí antes del verano —dijo el rastreador de barba negra—. Si es suyo, lo traeremos con nosotros.

—En tal caso, os daré la paga y un premio adicional —dijo Cavil Planter.

—No hace falta premio —dijo el rastreador de barba blanca—. Con los gastos y la paga estará bien.

—Pues bien, entonces, como queráis —dijo Cavil—. Sé que Dios bendecirá vuestro viaje.

LAS ESPOSAS

La primavera comenzaba. Faltaban un par de meses para que Alvin cumpliera sus diecinueve años cuando Pacífico Smith se acercó y le dijo:

—Ya es hora de que comiences a trabajar en tu obra de oficial, Alvin. ¿No crees?

Las palabras fueron como el canto del cardenal para sus oídos. Alvin se emocionó tanto que sólo pudo asentir.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —le preguntó el maestro.

—Estuve pensando en un arado —repuso Alvin.

—Eso lleva mucho hierro. Hace falta un molde perfecto, y tampoco es fácil. Me pides que arriesgue mucho metal...

—Si fallo, podemos volverlo a fundir...

Como ambos sabían que Alvin tenía tantas probabilidades de fracasar como de volar, la conversación resultaba bastante ociosa. Apenas los últimos restos de las viejas pretensiones de Pacífico, que seguía insistiendo en la falta de capacidad de Alvin como herrero.

—Digamos que sí —dijo Pacífico—. Hazlo lo mejor que puedas, muchacho. Duro, pero no quebradizo. Pesado para que muerda profundo, pero liviano para que pueda tirarse de él. Filoso para que corte la tierra y fuerte para lanzar a un costado los pedruscos.

—Sí, señor. —Alvin había memorizado las reglas de los instrumentos a los doce años.

Había otras reglas que Alvin pensaba seguir. Debía demostrarse que era un buen herrero, y no sólo un Hacedor a medio hornear. Es decir, que usaría sólo las aptitudes de cualquier herrero: buen ojo, conocimiento del negro metal, vigor en los brazos y destreza en las manos. Y nada de su don.

Trabajar en la pieza de oficial significaba que no tendría otras tareas hasta que la hubiese terminado. Comenzó desde el principio, como siempre hace un buen oficial herrero. Nada de arcilla común para el molde: fue río arriba por el Hatrack hasta encontrar la mejor arcilla blanca, para que la superficie del molde fuera pura, suave y conservara la forma. Para hacer un buen molde había que saber ver las cosas desde dentro hacia fuera, pero Alvin tenía buen ojo para las formas. Fue modelando la arcilla dentro del bastidor de madera, sin perder de vista el contorno de las distintas piezas del molde que darían al hierro la forma de arado cuando se enfriara. Luego, horneó el molde para que, seco y duro, pudiera recibir el hierro caliente.

Para el metal, cogió el hierro de deshecho y cuidadosamente espumó la escoria para quitar toda la herrumbre y la suciedad. También limpió el crisol. Sólo entonces se dispuso a fundir y colar. Calentó el fuego de carbón, aventando la fragua con sus propias manos, subiendo y bajando la manivela como en sus primeros días de aprendiz. Por fin, el hierro se puso al rojo blanco en el crisol, y el fuego, tan caliente que apenas pudo estar cerca de él. Pero se acercó, de todas formas, con las pinzas en la mano, retiró el crisol del calor, lo llevó hasta el molde y vertió el hierro dentro. El metal bramó y arrojó chispas, pero el molde resistió la temperatura sin quebrarse ni deformarse.

Devolvió el crisol al fuego. Colocó en su sitio todas las demás partes del molde. Suavemente, de manera uniforme, para que no salpicara. Había calculado con exactitud la cantidad de hierro líquido, pues cuando deslizó en su lugar la última parte, apenas asomó un hilo de hierro por fuera del contorno, como para mostrar que era suficiente, y que no había desperdicios.

Y lo hizo. Sólo le restaba esperar que el hierro enfriara y endureciera. Mañana sabría qué había creado.

Al día siguiente, Pacífico Smith vería su arado y lo llamaría hombre, oficial herrero, libre de ejercer su oficio en cualquier forja, aunque todavía no estuviera en condiciones de tener aprendices. Pero para Alvin, bueno... ya había alcanzado ese grado de aptitud muchos años atrás.

A Pacífico le quedarían sólo unas pocas semanas de los siete años completos de trabajo que Alvin había dejado allí. Eso era lo que tanto había esperado. Y no el arado.

El verdadero trabajo de Alvin como aprendiz todavía no estaba hecho. Cuando Pacífico declarara que el arado era lo bastante bueno, Alvin tendría aún otra tarea por delante.

—Voy a convertirlo en oro —anunció Alvin.

La señorita Larner enarcó una ceja.

—¿Y luego qué? ¿Qué le explicarás a la gente sobre ese arado de oro? ¿Que lo encontraste en algún sitio? ¿Que diste con un poco de oro por allí, y que pensaste «esto me bastará para hacer un arado»?

—Usted me dijo que el Hacedor era aquel que podía convertir el hierro en oro.

—Sí. Pero eso no significa que sea prudente hacerlo.

La señorita Larner salió de la forja ardiente hacia el aire estancado de la tarde crepuscular. Afuera estaba algo más fresco, pero no mucho. Era la primera noche calurosa de la primavera.

—Más que oro —insistió Alvin—. O al menos, no oro corriente.

—¿El oro común no te basta?

—El oro está muerto. Como el hierro.

—No está muerto. Sólo es tierra sin fuego. Nunca tuvo vida, y por eso no puede decirse que haya muerto.

—Usted me dijo que si podía imaginarlo, entonces tal vez podía hacer que fuese realidad.

—¿Y puedes imaginar oro vivo?

—Un arado que surque la tierra sin buey que lo arrastre.

Ella no respondió, pero sus ojos brillaron.

—Si hiciera algo semejante, señorita Larner, ¿creería usted que me he graduado de su escuela para Hacedores?

—Diría que ya no eres un Hacedor aprendiz.

—Lo que había pensado, señorita Larner. Un oficial herrero y un oficial Hacedor. Ambas cosas, si puedo lograrlo.

—¿Y podrás?

Alvin asintió, y luego se encogió de hombros.

—Creo que sí. Es lo que usted dijo en enero sobre los átomos.

—Pensé que te habías dado por vencido con eso.

—No, señora. Seguí pensando. ¿Qué es aquello que no puede partirse en pedazos más chicos? Y entonces pensé: «Vaya, si tiene tamaño, puede ser partido. Entonces, el átomo no es más que un lugar, un sitio exacto, sin ninguna dimensión.»

—El punto geométrico de Euclides.

—Bueno, sí, señora. Sólo que usted dijo que su geometría era imaginaria, y ésta es real.

—Pero si no tiene tamaño, Alvin...

—Eso es lo que pensé: si no tiene tamaño, es la nada. Pero no es la nada. Es un lugar. Sólo entonces pensé, no es un lugar, solamente tiene lugar. A ver si ve la diferencia. Un átomo puede estar en un lugar, un punto geométrico puro como usted dijo, pero puede moverse. Puede estar en cualquier parte. Como verá, no sólo tiene lugar, sino pasado y futuro. Ayer estaba allí, hoy está aquí, y mañana más allá.

—Pero no es algo, Alvin.

—No, ya lo sé. No es algo. Pero tampoco es nada. Si yo lo sabría...

—Si lo supiera...

—Ay, señorita Larner. Ya sé toda esa gramática, pero ahora estoy pensando en otra cosa.

—No tendrás una buena gramática a menos que la uses aun cuando no estés pensando en ello. Pero no importa.

—Sigo. Comencé a pensar, si este átomo no tiene tamaño, ¿cómo puede decir alguien dónde está? No emite luz, porque no tiene fuego que arda. Y aquí está lo que pensé: suponga que este átomo no tiene tamaño, pero tiene alguna clase de mente. Alguna mente chiquita apenas lo suficiente para saber dónde está. Y que el único poder que tiene es moverse a otro lado, y saber dónde está en cada momento.

—¿Cómo podría ser que algo que no existe tenga memoria?

—¡Solamente supóngalo! Digamos que hay miles de ellos por ahí, yendo hacia cualquier parte.

¿Cómo puede decir cualquiera de ellos dónde están? Como todos los demás se mueven hacia cualquier parte, nada conserva su estado o su forma. Pero supongamos que viene alguien, Dios, digamos, alguien que puede enseñarles un modelo. Que puede mostrarles algún modo de quedarse quietos. Como si dijera: «Tú, allí, tú, al centro, y el resto de vosotros, manteneos a la misma distancia de él todo el tiempo.» ¿Qué ser formaría?

La señorita Larner lo pensó un momento.

—Una esfera hueca. Una pelota. Pero compuesta de nada, Alvin.

—Pero ¿no lo ve? Por eso supe que debía ser cierto. Quiero decir, que si hay algo que me enseñó mi don, es que todo es hueco, mayormente. Ese yunque parece sólido, ¿no? Pero yo le digo que es casi todo hueco. Son pedacitos de hierro, colgando a cierta distancia entre sí, todos siguiendo un modelo. Pero la mayoría del yunque es un espacio hueco. ¿No lo ve? Esos pedacitos están actuando del mismo modo que los átomos de los que le hablo. Digamos que el yunque es como una montaña, sólo que cuando uno se acerca ve que está hecha de ripio. Y cuando uno recoge el ripio se desmorona en la mano, y uno ve que está hecho de polvo. Y si uno pudiera tomar una mota de polvo, vería que es como la montaña, y que está hecha de partecitas más pequeñas todavía.

—Dices que lo que nos parecen objetos sólidos no son sino una ilusión. Pequeñas nada que forman diminutas esferas que se unen para formar fragmentos, y con los fragmentos, pedazos, y con los pedazos, un yunque...

—Sólo que en el medio hay muchos otros pasos, supongo. ¿No ve que esto lo explica todo? Pues lo único que tengo que hacer es imaginar una nueva forma, un nuevo orden o modelo, crearlo en mi mente, y pensar en él con todas mis fuerzas y claridad, y decir a los pedacitos que cambien, y... bueno... cambian. Porque están vivos. Serán pequeños y no muy listos, pero si se lo muestro claramente, pueden hacerlo.

—Para mí esto es muy extraño, Alvin. Pensar que todo es nada, en realidad.

—No, señorita Larner, usted no se da cuenta de lo más importante: todo está vivo. Todo está hecho de átomos vivientes, todo obedece las órdenes que Dios le dio. Y siguiendo esas instrucciones, pues, algunos se convirtieron en luz y calor, y otros en hierro, algunos en agua, en aire... Y otros en nuestra piel y nuestros huesos. Todas esas cosas son reales, y los átomos también lo son.

—Alvin, te hablé de los átomos porque eran una teoría interesante. Los mejores pensadores de nuestro tiempo no creen que existan tales cosas.

—Con todo su perdón, señorita Larner, los mejores pensadores nunca vieron lo que yo he visto, de modo que no saben tanto. Yo le digo que ésta es la única idea que se me ocurre para explicarlo todo. Lo que veo y lo que hago.

—¿Pero de dónde vienen esos átomos?

—No vienen de ninguna parte. O, mejor dicho, tal vez vengan de todas partes. Quizás estos átomos sólo estén por ahí. Siempre hayan estado y siempre estén. No pueden hacerse ni romperse. Están para siempre.

—Entonces, Dios no creó el mundo.

—Pero claro que lo hizo. Los átomos no eran nada, sólo lugares que ni siquiera sabían dónde estaban. Dios los puso en orden para saber dónde estarían, y para que ellos mismos supieran dónde estar. Y todo en el universo se compone de ellos.

La señorita Larner se quedó pensándolo largo rato. Alvin se quedó observándola, aguardando. Sabía que era cierto, o al menos más cierto que ninguna otra cosa que hubiera escuchado o pensado. A menos que ella encontrase algún error. Durante ese año, muchas veces había señalado incongruencias, detalles que él había olvidado, alguna razón por la cual su idea no daría resultado. Así, esperó a que ella dijese algo. Que manifestase algún reparo.

Y tal vez lo hubiese hecho. Sólo que, mientras la maestra pensaba, fuera de la forja, oyeron un ruido de cascos por el camino que venía del pueblo, a todo galope. Levantaron la vista para ver quién vendría con semejante prisa.

Era el sheriff Pauley Wiseman y dos hombres a quienes Alvin nunca había visto. Detrás, el carruaje del doctor Physicker, conducido por Po Doggly. Y no siguieron de largo. Se detuvieron en la curva, a la altura de la forja.

—Señorita Larner —dijo Pauley Wiseman—. ¿Arturo Estuardo anda por aquí?

—¿Por qué lo pregunta? —dijo la señorita Larner—. ¿Quiénes son estos hombres?

—Está aquí —dijo uno de ellos. El de cabello blanco. Llevaba una cajita entre el pulgar y el índice. Los desconocidos miraron el objeto, y luego levantaron los ojos hacia la hostería—. Allí —dijo el de cabello blanco.

—¿Necesita más prueba que eso? —preguntó Pauley Wiseman. Le hablaba al doctor Physicker, quien había salido de su carruaje y mostraba un rostro furioso, impotente y atroz.

—Rastreadores... —musitó la señorita Larner.

—Eso somos —dijo el de cabello blanco—. Tienen un esclavo fugitivo allí, señora.

—No lo es —repuso ella—. Es uno de mis alumnos, legalmente adoptado por Horace y Margaret Guester...

—Tenemos una carta de su dueño, dando la fecha de nacimiento, y aquí tenemos sus muestras. Es el mismo. Cumplimos nuestro trabajo bajo juramento, y con certificación, señora. Lo que encontramos, queda encontrado. Es la ley, y si usted interfiere, estará obstruyendo una acción legal. —El hombre habló con toda tranquilidad, educación y floreo.

—No se preocupe, señorita Larner —dijo el doctor Physicker—. Ya he presentado un escrito del alcalde, y eso lo retendrá aquí hasta que el juez regrese mañana.

—Lo retendremos en prisión, por supuesto —dijo Pauley Wiseman—. ¿No queremos que alguien intente fugarse con él ahora, verdad?

—Pero no serviría de mucho —dijo el de cabello blanco—. Lo seguiríamos. Y en tal caso, probablemente debemos disparar al ladrón que escapa con una propiedad privada.

—Ni siquiera se lo han dicho a los Guester, ¿no? —dijo la señorita Larner.

—No pude —se defendió el doctor Physicker—. Tuve que quedarme todo el tiempo con ellos, para cerciorarme de que no se lo llevaran.

—Obedecemos la ley —dijo el de cabello blanco.

—Allí está —dijo el Rastreador de cabello negro.

Arturo Estuardo apareció ante la puerta abierta de la hostería.

—¡Quédate donde estás, niño! —gritó Pauley Wiseman—. Si mueves un músculo, te destrozaré con mi látigo.

—No tiene que amenazarlo —dijo la señorita Larner, pero ya no había quien la escuchase, pues todos habían salido corriendo cuesta arriba.

—No le hagan daño —exclamó el doctor Physicker.

—Si no corre, no resultará lastimado —dijo el Rastreador de cabello blanco.

—Alvin —dijo la señorita Larner—. No lo hagas.

—Se van a llevar a Arturo Estuardo...

—No uses tu poder de ese modo, para lastimar a alguien.

—Se lo digo...

—Piensa, Alvin. Tenemos tiempo hasta mañana. Tal vez el juez.

—Lo van a encarcelar.

—Si algo les sucede a estos Rastreadores, los nacionales intervendrán para hacer cumplir el Tratado de Esclavos Fugitivos. ¿Comprendes? No se trata de un crimen local como el homicidio. Te llevarían a los Apalaches para que te juzgaran...

—No puedo no hacer nada.

—Corre y avisa a los Guester.

Alvin aguardó un momento. Si dependía de él, se quemaría las manos antes de permitir que se llevaran a Arturo. Pero el niño ya estaba entre ellos. Los dedos de los hombres se cerraban sobre los brazos de Arturo. La señorita Larner tenía razón. Lo que necesitaban era una forma de obtener la libertad de Arturo para siempre, y no una maniobra imprudente que terminara empeorando la situación.

Alvin salió corriendo hacia la casa de los Guester. Le sorprendió ver de qué modo lo tomaron: como si hubieran estado esperándolo todo el tiempo durante los últimos siete años. Horace y la vieja Peg se miraron, y sin decir una palabra, Peg comenzó a empacar sus ropas y las de Arturo.

—¿Para qué empaca sus cosas? —preguntó Alvin.

Horace sonrió con dureza.

—No piensa dejar que Arturo pase una noche solo en la cárcel. Hará que la encierren junto con él.

Era lógico. Pero qué extraño resultaba pensar que gente como Arturo Estuardo y la vieja Peg acabasen en prisión.

—¿Qué hará usted? —preguntó Alvin.

—Cargar mi escopeta —dijo Horace—. Y cuando se marchen, ir tras ellos.

Alvin le dijo lo que la señorita Larner le había explicado, que vendrían los nacionales si alguien ponía un dedo sobre los Rastreadores.

—¿Qué es lo peor que podrían hacerme? Colgarme. Te lo digo, prefiero que me cuelguen y no vivir un solo día en esta casa sabiendo que se han llevado a Arturo Estuardo y que no he hecho nada para impedirlo. Y puedo hacerlo, Alvin. Demonios, debo de haber salvado al menos a cincuenta esclavos fugitivos en mis épocas. Po Doggly y yo. Solíamos ayudarlos a cruzar el Hio para que llegaran a salvo a Canadá. Lo hacíamos todo el tiempo.

Alvin no se sorprendió al escuchar que Horace Guester era emancipacionista. Y al saber que nunca había dicho nada.

—Te digo esto, Alvin, pues necesito que me ayudes. Soy uno, y ellos son dos. No tengo a nadie de quien pueda fiarme. Po Doggly no va a acompañarme en esto, no en la semana de Navidad. Y ya no sé de qué lado está. Pero tú... sé que puedes guardar un secreto, y sé que quieres a Arturo Estuardo casi como mi esposa.

La forma en que lo dijo hizo que Alvin le preguntase:

—¿Acaso usted no lo quiere, señor?

Horace lo miró con ojos extraviados.

—No se llevarán a ese niño mestizo de mi casa, Al.

La buena Guester descendió las escaleras, con dos bolsas bajo el brazo.

—Llévame al pueblo, Horace Guester.

Oyeron el galope de unos caballos en el camino.

—Deben de ser ellos —anunció Alvin.

—No te preocupes, Peg —la consoló Horace.

—¿Que no me preocupe? —La vieja Peg se volvió hacia él, furiosa—. De esto sólo pueden resultar dos cosas, Horace. O se llevan a mi hijo al Sur como esclavo, o el imbécil de mi esposo acaba muerto intentando rescatarlo. Desde luego, no tengo por qué preocuparme... —Rompió a llorar, y estrechó a Horace con tal fuerza que a Alvin se le partió el corazón de sólo verles.

Finalmente, fue Alvin quien llevó a la buena Guester al pueblo en la carreta de la hostería. Vio cómo la vieja Peg cansó tanto a Pauley Wiseman que a éste no le quedó más remedio que ceder. La dejó pasar la noche en prisión, no sin antes obligarla a jurar que no trataría de sacar a Arturo Estuardo de la cárcel antes de que él se lo llevara.

Pauley Wiseman inició la marcha hacia la celda, y mientras le señalaba el camino dijo:

—No tendría que quejarse, buena Guester. Sin duda, su amo debe de ser un buen hombre. Aquí la gente tiene una idea equivocada sobre la esclavitud, me parece.

La mujer le espetó, furiosa:

—¿Por qué no va usted en su lugar, Pauley? Ya que le parece tan bonito...

—¿Yo? —La idea lo divirtió—. Soy blanco, buena Guester. La esclavitud no es mi estado natural.

Alvin hizo que las llaves se deslizaran de los dedos de Pauley.

—Me estoy poniendo viejo... —comentó Pauley Wiseman.

La buena Guester plantó el pie naturalmente sobre el anillo de la llave.

—Levante el pie, buena Guester —dijo el alguacil—, o la acusaré de conspiración y desacato, para no hablar de resistencia.

La mujer apartó el pie. El alguacil abrió la puerta. La vieja Peg entró y rodeó a Arturo Estuardo con sus brazos. Alvin vio a Pauley Wiseman cerrar la puerta de rejas, y, luego, se marchó a su casa.

Alvin rompió el molde y cepilló la arcilla que seguía adherida a la superficie del arado. El hierro era suave y duro. Hasta entonces, Alvin nunca había visto un arado tan bien forjado. Recorrió su interior y tampoco encontró fisuras que pudieran estropearlo. Lo limó y cepilló hasta que quedó pulido. La hoja filosa parecía más para un carnicero que para hundirse en la tierra. Lo posó sobre la mesa de trabajo. Y luego se sentó allí a esperar que el sol se elevara y que el resto del mundo cobrara vida.

Al cabo de un tiempo, apareció Pacífico y miró el arado. Pero Alvin no lo vio, pues dormía. Pacífico lo despertó para que regresara a la casa.

—Pobre chico —dijo Gertie—. Apuesto a que te has quedado toda la noche sin dormir. Seguro que la pasaste trabajando con ese arado idiota hasta la mañana.

—El arado parece bueno.

—El arado parece perfecto, diría yo, conociendo a Alvin.

Pacífico hizo una mueca.

—¿Desde cuándo tú sabes de herrería?

—Conozco a Alvin y te conozco a ti.

—Qué joven tan extraño. ¿No es cierto? Hace sus mejores trabajos cuando se queda toda la noche despierto. —Pacífico lo dijo con cierto afecto. Pero Alvin dormía en su cama y no lo escuchó.

—Le tiene tanto cariño a ese niño mestizo —dijo Gertie—. Con razón no pudo dormir.

—Ahora sí duerme —dijo Pacífico.

—Qué terrible es enviar a un niño a la esclavitud a su edad...

—La ley es la ley —repuso Pacífico—. No digo que me guste, pero el hombre debe vivir según las leyes. Si no, ¿qué sería esto?

—Tú y la ley... —insistió Gertie—. Me alegro de que no vivamos del otro lado del Hio, Pacífico, pues juro que querrías tener esclavos en vez de aprendices, si realmente conoces la diferencia.

Fue una lisa y llana declaración de guerra. Se dispusieron a una de sus tantas peleas con gritos, cintazos y platos rotos, pero como Alvin dormía en la buhardilla, Gertie y Pacífico se miraron con furia y dejaron las cosas allí. Como todas sus riñas terminaban igual, con las mismas crueldades, heridas y dolores, fue como si se hubieran cansado. Como si dijese: «Imagina que te digo las peores cosas que pudieras escuchar, y yo imaginaré que tú me dices las cosas que más odio, y dejemos así las cosas.»

Alvin no durmió mucho ni bien. El miedo, la ira y la ansiedad le hurgaban en el cuerpo y no lo dejaban descansar. Su mente no podía seguir la corriente de sus sueños. Despertó soñando con un arado negro que se convertía en oro. Despertó soñando que azotaban a Arturo Estuardo. Despertó pensando en apuntar con una escopeta a uno de los Rastreadores y tirar del gatillo. Despertó una vez más, pensando en apuntar a un Rastreador y en no tirar del gatillo, viendo que huían llevándose a Arturo, mientras el niño gritaba: «Alvin, dónde estás. Alvin, no dejes que me lleven.»

—Despierta o calla —gritó Gertie—. Estás asustando a los niños.

Alvin abrió los ojos y asomó por el borde de la buhardilla.

—Pero si sus hijos no están aquí, siquiera.

—Entonces, me estás asustando a mí. No sé con qué soñabas, chico, pero no se lo deseo ni a mi peor enemigo, que, si quieres saber la verdad, esta mañana viene a ser mi marido.

La mención a Pacífico hizo que Alvin despertara, sí, señor. Se puso los pantalones, preguntándose cómo y cuándo habría llegado a esa buhardilla, y quién le habría quitado las botas y los pantalones. En ese breve instante, Gertie Smith se las arregló para poner comida sobre la mesa: pan de maíz, queso y un bollo de melaza.

—No tengo tiempo para comer, señora —dijo Alvin—. Lo siento, pero tengo que...

—Tienes tiempo.

—No, señora. Lo siento...

—Llévate el pan, entonces, zopenco. ¿Piensas trabajar todo el día con la barriga vacía? ¿Después de un sueñecito por la mañana? Pero si todavía no es mediodía.

Así que fue masticando pan rumbo a la forja. Allí estaba otra vez el carruaje del doctor Physicker, y los caballos de los Rastreadores. Durante un segundo, Alvin pensó que habían ido porque Arturo Estuardo se había escapado, y porque los Rastreadores ya no podían seguir su huella, y...

Pero no. Arturo Estuardo estaba con ellos.

—Buenos días, Alvin —dijo Pacífico. Se volvió a los otros hombres—. Debo de ser el maestro más blando del mundo, para dejar que este muchacho aprendiz duerma hasta casi el mediodía.

Alvin ni siquiera notó que Pacífico lo criticaba y lo llamaba «muchacho aprendiz» cuando

sobre la mesa estaba su pieza de oficial terminada. Se hincó delante de Arturo Estuardo, y lo miró a los ojos.

—No lo toque —dijo el Rastreador de cabello blanco.

Alvin ni siquiera reparó en él. De todas formas, no estaba mirando al niño con los ojos, sino recorriendo su cuerpo para saber si lo habían lastimado. Nada. Todavía no. En el pequeño sólo había miedo.

—Todavía no nos ha contestado —dijo Pauley Wiseman—. ¿Las va a hacer o no?

Pacífico tosió.

—Caballeros, una vez hice un par de esposas en Nueva Inglaterra. Para un hombre convicto de traición, que sería embarcado a Inglaterra entre rejas. Espero no hacer nunca un par de esposas para un niño de siete años que nunca hizo daño a nadie y que jugaba alrededor de mi forja...

—Pacífico —dijo Pauley Wiseman—. Les dije que si usted no hacía las esposas, tendrían que usar esto.

Wiseman levantó un pesado collar de hierro, madera y cadenas que tenía a los pies.

—Es la ley —dijo el Rastreador de cabello blanco—. Llevamos a los esclavos fugitivos con esto al cuello para que los otros aprendan. Pero como se trata de un niño, y como la que escapó fue su madre y no él, aceptamos ponerle esposas. Pero para mí es lo mismo. Nos pagan de las dos formas.

—Vosotros y vuestro maldito Tratado de Esclavos Fugitivos —exclamó Pacífico—. Usáis la ley para hacernos esclavistas también a nosotros.

—Yo las haré —dijo Alvin.

Pacífico lo miró horrorizado.

—¿Tú?

—Será mejor que ese collar —dijo Alvin. Lo que no dijo fue que no pensaba dejar que Arturo Estuardo las usara un minuto después de esa medianoche. Miró al niño.

—Te haré unas esposas que no te dolerán, Arturo Estuardo.

—Bien hecho —dijo Pauley Wiseman.

—Por fin alguien tiene sentido común aquí —dijo el Rastreador del cabello blanco.

Alvin lo miró y trató de contener todo su odio. Pero no pudo hacerlo.

El escupitajo terminó desparamado sobre la tierra, a los pies del Rastreador.

El de cabello negro pareció dispuesto a darle un puñetazo. A Alvin no le habría molestado luchar con él. En dos minutos le habría hecho morder el polvo. Pero Pauley Wiseman se interpuso entre los dos y tuvo el tino suficiente para dirigirse al Rastreador, y no a Alvin.

—Hay que ser un imbécil para meterse a pelear con un herrero. Mírele los brazos.

—Podría con él —dijo el Rastreador.

—Tenéis que comprender —dijo el de cabello blanco—. Es nuestro don. No podemos sino ser Rastreadores, así como vosotros...

—Hay ciertos dones —dijo Pacífico—, con los cuales sería mejor morir al nacer que crecer para usarlos. —Se volvió a Alvin—. No quiero que uses mi forja para esto.

—No se ponga pesado, Pacífico —dijo Pauley.

—Por favor —intervino el doctor Physicker—. Le está haciendo al niño más daño que bien.

Pacífico cedió, aunque con notorio disgusto.

—Dame las manos, Arturo Estuardo —pidió Alvin.

Alvin se puso a medirle las muñecas con una cuerda, aunque, a decir verdad, ya tenía las medidas del niño en la mente, hasta la última pulgada. Daría forma al hierro para que fuera terso y perfecto, sin más peso que el indispensable, y con los cantos redondeados. Esas esposas no causarían ningún dolor al pequeño. Al menos físicamente.

Todos presenciaron el trabajo de Alvin. Nunca volverían a ver una labor más pura y bien hecha. Alvin empleó su don esta vez, pero en forma imperceptible. Martilleó y curvó la cinta de hierro, y la cortó de la medida exacta. Las dos mitades de las esposas encajaron perfectamente, para que no pellizcaran ni retorcieran la piel. Y todo el tiempo, Alvin recordó al pequeño moviendo los fuelles para él, o conversando mientras Alvin trabajaba. Nunca más. Aunque hoy lo salvaran, tendrían que llevarlo al Canadá, u ocultarlo en algún sitio, como si fuese posible esconderse de un Rastreador.

—Buen trabajo —dijo el de cabello blanco—. Nunca vi un mejor herrero.

Pacífico asomó del rincón más oscuro de la forja.

—Debes estar orgulloso de ti mismo, Alvin. Bueno, que estas esposas sean tu obra de oficial, ¿qué te parece?

Alvin se volvió para mirarlo de frente.

—Mi pieza de oficial es el arado que está sobre la mesa de trabajo, Pacífico.

Era la primera vez que Alvin llamaba al herrero por su nombre de pila. Como si quisiera darle a entender que desde ese momento Pacífico ya no podría seguir tratándolo como antes.

Pero Pacífico no quiso entender.

—Cuidado con la forma en que me hablas, muchacho. Tu pieza de oficial es lo que yo digo, y...

—Vamos, niño, que te pondremos las esposas. —El de cabello blanco no parecía tener mucho interés en la conversación de Pacífico.

—Todavía no —dijo Alvin.

—Ya están listas —insistió el Rastreador.

—Están muy calientes —repuso Alvin.

—Bueno, húndelas en el barril con agua para que se enfrien.

—Si lo hago, cambiarán de forma, y harán sangrar la piel del pequeño.

El Rastreador de cabello negro levantó los ojos al techo. ¿Qué le importaba a él un poco de sangre de un niño mestizo?

Pero el de cabello blanco sabía que nadie los apoyaría si insistían en no esperar.

—No hay prisa —dijo—. No podrá tardar mucho.

Se sentaron sin decir una palabra. Entonces, Pauley comenzó a hablar de cualquier cosa, y lo mismo hicieron los Rastreadores. Hasta el doctor Physicker parloteaba como si fuesen viejos conocidos. Tal vez quisieran hacer sentir cómodos a los Rastreadores para que no trataran mal al niño cuando hubieran cruzado el río. Alvin tuvo que pensar eso para no odiarlos.

Además, comenzó a ocurrírsele una idea. No era suficiente hacer que Arturo Estuardo escapase esa noche. ¿Y si Alvin pudiera hacer algo para que los Rastreadores ya no lo volvieran a encontrar más?

—¿Qué hay en las muestras que usáis los Rastreadores? —preguntó.

—Mejor que no lo sepas —dijo el de cabello negro.

—No es ningún secreto —dijo el de cabello blanco—. Cada dueño de esclavos hace un sello distintivo para cada esclavo, cuando nace o cuando lo compra. Son trocitos de piel, cabellos, una gota de sangre, cosas así. Partes de su propia carne.

—¿Y vosotros seguís el olor?

—Oh, no es un olor. No somos perros de caza, señor herrero.

Alvin supo que lo llamaba «señor herrero» para adularlo. Sonrió apenas, como fingiendo que le había agradado.

—¿Entonces, de qué os sirve?

—Bueno, es nuestro don —dijo el de cabello blanco—. ¿Quién sabe cómo funciona? Miramos el sello, y... es como si viéramos la forma de la persona que estamos buscando.

—No es así —dijo el de cabello negro.

—Bueno, al menos lo es para mí.

—Yo sólo sé dónde está. Como si pudiera ver su alma. Claro, si estoy lo bastante cerca. El alma del esclavo que busco arde como un fuego. —El Rastreador de cabello negro sonrió—. Puedo ver desde una larga distancia.

—¿Puede mostrármelo? —preguntó Alvin.

—No es para ver —dijo el de cabello blanco.

—Te enseñaré, niño —dijo el de cabello negro—. Me pondré de espalda, y tú moverás al niño por la forja. Yo lo señalaré por sobre mi hombro, en dirección perfecta todo el tiempo.

—Vamos... —dijo el Rastreador de cabello blanco.

—No tenemos nada que hacer hasta que el hierro enfríe. Dame el sello.

El de cabello negro hizo lo que había prometido: señaló todo el tiempo a Arturo Estuardo. Pero Alvin no se fijó en eso. En cambio, se dedicó a observar al Rastreador por dentro, para comprender qué hacía, qué veía, y qué relación tenía con las muestras. No alcanzaba a darse cuenta de la influencia que podían tener los restos resacos de Arturo Estuardo para mostrar dónde

se encontraba el niño.

Luego, recordó que al principio, por un momento, el Rastreador no había señalado. Su dedo vaciló un instante, y sólo después de esa pausa comenzó a señalar a Arturo Estuardo. Como si tuviera que discernir cuál de todas las personas que estaban detrás de él era el pequeño. Las muestras no eran para Rastrear, sino para reconocer. Los Rastreadores veían a todos, pero sin la cajita no podían decir quién era quién.

De modo que no veían el alma o la mente de Arturo, sino sólo un cuerpo, como cualquier otro, a menos que lo distinguieran. Y Alvin sabía muy bien qué reconocían. Había curado a demasiadas personas en su vida para saber que la gente era toda igual, salvo ciertos pedacitos en el centro de cada parte viva de su cuerpo. Cada persona tenía unos pedacitos que la distinguían de las demás, y que se repetían en toda la carne de esa persona. Era como si Dios hubiera bautizado a los hombres en su organismo. O tal vez fuera la marca de la bestia, como en el libro de la Revelación. No importaba. Alvin supo que en esa cajita, aun en los restos secos y muertos, estaba el mismo rasgo que se repetía en cada parte del cuerpo de Arturo.

Puedo cambiar esos pedacitos, pensó Alvin. Sí, puedo cambiarlos, en cada parte de su cuerpo. Como convertir el hierro en oro. Como convertir el agua en vino. Y entonces, el sello ya no les serviría en lo más mínimo. Podrían buscar a Arturo Estuardo todo lo que quisieran, pero mientras no vieran su rostro y no lo reconocieran por medios habituales, nunca lo hallarían.

Y ni siquiera podrían adivinar por qué. Seguirían teniendo el sello distintivo, el de siempre, y sabrían que era el mismo. Por eso Alvin no pensaba cambiar los restos. Pero recorrerían el mundo entero sin jamás poder encontrar un cuerpo que correspondiera con el de las muestras. Y nunca sabrían por qué.

Lo haré, pensó Alvin. Encontraré un modo de cambiar a Arturo. Aunque en su cuerpo haya miles de rasgos iguales. Encontraré la forma de cambiarlos todos. Esta noche lo haré, y mañana estará libre para siempre.

El hierro ya estaba frío. Alvin se puso de rodillas delante del niño y suavemente cerró las esposas. Se acomodaron a su contorno de un modo tan perfecto que parecían haber sido hechas en un molde tomado del propio cuerpo de Arturo. Cuando las cerraron, y quedaron unidas por una cadena liviana, Alvin miró a Arturo Estuardo a los ojos.

—No tengas miedo —le dijo.

Arturo Estuardo no respondió.

—No te olvidaré —dijo Alvin.

—Seguro —comentó el Rastreador de cabello negro—. Pero en caso de que le vengan ganas de acordarse de él mientras va rumbo a la casa de su amo legítimo, se lo digo francamente: nunca dormimos al mismo tiempo. Y parte de nuestro don de Rastreadores consiste en saber cuándo alguien se acerca. No podéis sorprendernos. Y mucho menos tú, joven herrero. Podría verte a veinte kilómetros.

Alvin lo miró. Al cabo de un rato, el Rastreador hizo un gesto desdeñoso y se volvió. Pusieron a Arturo Estuardo sobre el caballo, frente al Rastreador de cabello blanco. Pero Alvin supuso que no bien cruzaran el Hio lo harían caminar. No por maldad, tal vez. Pero no estaría bien que los demás viesen a un Rastreador tratando cortésmente a un fugitivo. Además, ¿no tenían que dar ejemplo ante los otros esclavos? Que vieran a un niño de siete años caminando desde lejos, con los pies sangrantes y la cabeza inclinada. Lo pensarían dos veces antes de intentar huir con sus hijos. Sabrían que los Rastreadores no tienen misericordia.

Pauley y el doctor Physicker se alejaron con ellos. Los acompañarían hasta el río Hio y los verían cruzar la corriente, para cerciorarse de que no lastimaran a Arturo Estuardo mientras estuviera en territorio libre. Era todo lo que podían hacer.

Pacífico no tenía mucho que decir, pero lo dijo sin rodeos.

—Un hombre de verdad nunca pondría esposas a su amigo. Iré a la casa y firmaré tus papeles de aprendiz. No te quiero en mi herrería ni en mi casa una noche más.

Y dejó solo a Alvin en la forja.

A los cinco minutos, llegó Horace Guester.

—Vamos —dijo.

—No —repuso Alvin—. Todavía no. Pueden detectarnos. Dirían al sheriff que alguien los sigue.

—No nos queda otra elección. No podemos perderles el rastro.

—Usted sabe qué soy y qué puedo hacer —dijo Alvin—. Aun ahora siguen estando en mis manos. A los dos kilómetros de que hayan cruzado el Hio caerán dormidos.

—¿Puedes hacer eso?

—Sé lo que sucede a la gente cuando le entra el sueño. Puedo hacer que eso les suceda no bien entren en los Apalaches.

—Y entonces, ¿por qué no los matas?

—No puedo.

—No son hombres. Matarlos no sería un crimen.

—Son hombres —dijo Alvin—. Además, si los mato, estaré violando el Tratado de Esclavos Fugitivos.

—¿Qué? ¿Ahora eres abogado?

—La señorita Larner me lo explicó. Mejor dicho, se lo explicó a Arturo Estuardo mientras yo estaba presente. Él quiso saberlo. Fue el otoño pasado. Arturo preguntó: «Si vienen a buscarme los Rastreadores, ¿por qué mi Papá no los mata y listo?» Y la señorita Larner le explicó que vendrían más Rastreadores, y que lo colgarían a usted, y se lo llevarían a él de todas formas.

Horace estaba rojo. Alvin no comprendió por qué hasta que el hombre se explicó:

—No tendría que haberme llamado «papá». Nunca lo quise en mi casa. —Tragó—. Pero tiene razón. Si sirviera de algo, mataría a esos Rastreadores.

—No mataremos a nadie —dijo Alvin—. Creo que puedo arreglar las cosas para que nunca más encuentren a Arturo.

—Lo sé. Lo llevaré al Canadá. Iremos hasta el lago y navegaremos hasta el otro lado.

—No, señor —dijo Alvin—. Lo que planeo es que no puedan encontrarlo en ninguna parte. Sólo tendremos que esconderlo hasta que se vayan.

—¿Esconderlo? ¿Adónde?

—En la casa de la vertiente. Si la señorita Larner nos deja.

—¿Por qué allí?

—Puse conjuros por todas partes para que nadie pudiera entrar. En aquel momento creí estar haciéndolo para la señorita maestra. Pero ahora veo que, en realidad lo hice para Arturo Estuardo.

—Ay, Alvin. Tú eres un... —sonrió Horace.

—Tal vez. Ojalá supiera qué.

—Iré a pedir permiso a la señorita Larner para usar su casa.

—Si conozco a mi maestra, dirá que sí antes de que se lo pregunte.

—Bueno. ¿Cuándo comenzamos, entonces?

Alvin se sorprendió de que un hombre mayor le preguntara cuándo comenzar.

—No bien oscurezca, supongo. No bien esos Rastreadores caigan dormidos.

—¿Realmente puedes hacerlo?

—Si sigo observándolos, vigilándolos. Siguiéndolos. Para no hacer dormir a las personas equivocadas.

—Bueno. ¿Sabes dónde están ahora?

—Sí.

—Sigue vigilando, entonces. —Horace parecía algo atemorizado. Tenía casi el mismo rostro que siete años atrás, cuando Alvin le había hablado de la niña enterrada en el cementerio. Tenía miedo, pues sabía que Alvin podía hacer cosas extrañas, cosas que fuesen más allá de los hechizos o los conjuros que Horace conocía.

¿No me conoces, Horace? ¿No sabes que sigo siendo Alvin, el niño a quien tantas veces ayudaste, y de quien tanto te fiaste? Descubrir que soy más poderoso de lo que pensabas no significa que sea más peligroso que tú. No hay razón para tener miedo.

Como si Horace pudiera leer su pensamiento, el temor se alejó de su rostro.

—Quería decirte que... la vieja Peg y yo contamos contigo. Gracias a Dios que terminaste ya aquí cuando más te necesitábamos. El buen Señor vela por nosotros. —Horace sonrió, se volvió y desapareció de la herrería.

Lo que Horace dijo lo hizo sentir bien, y seguro de sí mismo. Pero ése era el don de Horace: mostrar a los demás lo que más necesitaban ver de sí mismos.

Alvin dirigió sus pensamientos a los Rastreadores, y envió su don para que no perdiera el

rastró a esos cuerpos que se movían por la tierra verde como pequeñas tormentas negras, llevando en el medio el canto diminuto, brillante y diáfano de Arturo Estuardo. No creo que la piel blanca o negra tenga mucho que ver con la luz o la oscuridad del corazón, pensó Alvin. Sus manos se afanaban por concluir la labor en la forja, pero su corazón estaba en otros asuntos. Nunca había seguido a nadie hasta tan lejos, salvo aquella vez que fue ayudado por poderes que no pudo comprender, en el Montículo de las Ocho Laderas.

Lo peor sería que los perdiera, y que se fueran con Arturo por no haber prestado atención. Lo peor sería perder al niño entre las almas oprimidas de los esclavos de los Apalaches, y de más al Sur, donde todos los blancos eran sirvientes del otro Arturo Estuardo, Rey de Inglaterra, y donde los negros eran esclavos de los esclavos. Debía concentrarse en él, como si hubiera un hilo que los conectase.

No bien lo pensó, no bien imaginó un hilo delgado e invisible entre él y el niño mestizo, el hilo apareció. Era una hebra en el aire, tan delgada como aquello que vino a su mente cuando trató de imaginar cómo sería un átomo. Un hilo que sólo tenía extensión en una dirección: la que conducía a Arturo Estuardo y lo unía a él de corazón a corazón. Quédate con él, dijo Alvin a la hebra, como si viviese. Y como respuesta, pareció tornarse más gruesa y brillante. Tanto que Alvin creyó que cualquiera podría verla si se acercaba hasta allí.

Pero cuando abrió los ojos, la hebra desapareció. Sólo volvió a verla con los ojos cerrados. Lo sorprendió que algo pudiese cobrar existencia —de la nada— sin ningún modelo salvo el de su mente. Esto es Hacer. Mi primera labor pequeña e invisible como Hacedor, pero real. Y me conducirá hacia Arturo Estuardo esta noche, para que pueda liberarlo.

En su casita, Peggy observaba a Arturo y a Alvin. Paseaba su vista de tea de uno a otro, tratando de descubrir algún camino que condujera a la libertad del niño sin que costara la vida o la captura de Alvin. Pero por mucho que se fijaba, ese camino no aparecía. Los Rastreadores eran muy diestros con su terrible don; en ciertos senderos, Alvin y Horace rescataban a Arturo, pero luego los descubrían y volvían a capturarlo... y Alvin perdía la sangre o la libertad.

Así siguió observando, desesperada, mientras Alvin desenrollaba su hilo casi inexistente. Sólo entonces, por primera vez, vio titilar una posibilidad de liberación en el fuego interior de Arturo Estuardo. No prevenía de que el hilo condujera a Alvin hasta el niño. En muchos senderos anteriores había visto a Alvin descubrirlo sin la ayuda de la hebra. No, la diferencia era el hecho de que Alvin hubiese creado ese hilo. La posibilidad había sido tan remota que ningún camino la había señalado. O quizá... algo en lo que no había pensado. Que el mismo acto de Hacer fuese tal violación del orden natural, que su propio don no le permitiese ver caminos que dependían de él hasta que el acto culminase realmente.

Pero, cuando Alvin nació, ¿acaso no había visto su futuro glorioso? ¿No lo había visto construir una ciudad del más puro hielo o cristal? ¿No había visto su ciudad colmada de hombres que hablaban con lenguas de ángeles y que veían con los ojos de Dios? Había visto que Alvin sería un Hacedor, en caso de que sobreviviese. Pero nunca pudo ver ningún acto particular de Alvin como Hacedor. Eso escapaba al don de una tea, aunque fuese extraordinaria como ella.

Vio que Alvin hizo dormir a los Rastreadores no bien se hizo de noche, y que éstos se detuvieron al otro lado del Hio. Vio que Alvin y Horace se reunían en la herrería, y se preparaban para partir rumbo a los bosques del Hio. Pensaban eludir los caminos para no cruzarse con el sheriff ni con el doctor Physicker cuando viniesen desde Boca del Hatrack. Pero no les prestó mucha atención. Ahora que había nuevas esperanzas, se concentró en el futuro de Arturo, para ver de qué forma sus nuevos caminos de libertad se entroncaban con los actos del presente. No pudo encontrar el momento preciso de la elección y el cambio. Para ella, eso demostraba que todo dependía de algo. De que, esa noche, verdaderamente, Alvin se convirtiera en un Hacedor.

—Ay, Dios —murmuró—. Si pudiste hacer que este niño naciera con semejante don, rezo para que le enseñes a Hacer ahora, esta noche.

Alvin estaba de pie al lado de Horace, oculto entre las sombras de la ribera, aguardando a que pasara un barco bien iluminado. Sobre la cubierta, había músicos y gente que bailaba la cuadrilla con vivacidad. Alvin se irritó al ver a esos hombres bailar como niños mientras un niño de verdad era arrastrado hacia la esclavitud esa misma noche. Pero supo que no tenían malas intenciones, y que no sería justo culpar a otros de su felicidad porque alguien a quien no conocían estaba sufriendo. Según esa norma, no habría felicidad posible en el mundo, imaginó Alvin. Cómo es la

vida, reflexionó. No hay momento del día en que no haya cientos de personas, al menos, padeciendo por algo.

No bien viró la barca por una curva, oyeron un chasquido en las ramas, a sus espaldas. Mejor dicho, sólo Alvin lo oyó, con su sentido de la armonía verde. Para él fue como si alguien aplastara el bosque viviente. Al cabo de unos minutos, Horace lo escuchó. Fuese quien fuere el que los seguía, era un hombre blanco, sin dudas, y bastante sigiloso.

—Por qué no habré traído la escopeta —masculló Horace.

Alvin negó con la cabeza.

—Aguarde y escuche —susurró, tan bajo que sus labios apenas se movieron.

Y así, esperaron. Entonces, vieron que un hombre asomaba por entre la espesura y se deslizaba por la ribera hasta el borde fangoso del río, donde el bote se mecía sobre las aguas. No vio a nadie, miró a su alrededor, suspiró y entró en el bote. Se volvió y se acomodó en la popa con el mentón entre las manos.

De pronto, Horace comenzó a reír a hurtadillas.

—Apuesto los huesos a que ése es Po Doggly.

De inmediato, el hombre se inclinó hacia atrás y Alvin pudo verle el rostro a la luz de la luna. Sí, era el conductor del doctor Physicker, pero Horace no pareció molestarse por su presencia. Echó a andar hacia la ribera, se lanzó a las aguas, trepó al bote y dio a Po Doggly un abrazo tan violento que el bote se llenó de agua. En un segundo, ambos notaron que estaba desequilibrado, y sin decir una palabra se acomodaron exactamente para compensar la carga. Luego, sin hablar, Po introdujo los remos en los soportes mientras Horace tomaba una latita chata que había debajo de su asiento y comenzaba a achicar agua.

Alvin se maravilló de que ambos hombres armonizaran tan bien sus movimientos. Ni siquiera tuvo que preguntar. Con sólo verlos supo que habían hecho lo mismo muchas otras veces antes. Cada uno sabía lo que el otro haría, de modo que ya ni tenían que pensar. Uno hacía su parte, y el otro la que le correspondía, y no hacía falta que corroboraran si todo estaba hecho.

Como los fragmentos que componían el mundo, como la danza de átomos que Alvin había imaginado en su mente. Nunca había pensado que las personas también pudiesen ser como átomos. Casi siempre, actuaban desorganizadamente, nadie sabía quién era el otro, nadie se fiaba de los demás ni era fiable. Alvin imaginó que así debían haber sido los átomos antes de que Dios les enseñara un orden y les diera una tarea que cumplir. Pero allí había dos hombres que se conocían mucho mejor de lo que cabía imaginar en dos vecinos del pueblo de Río Hatrack. Po Doggly, antaño criador de cerdos, reducido a llevar el carruaje del doctor Physicker; y Horace Guester, el primer poblador de esas tierras, cada vez más próspero. ¿Quién habría pensado que juntos armonizarían tan bien? Pero ambos sabían quiénes eran, lo sabían con toda su pureza y verdad, así como el átomo conoce el nombre que Dios le dio. Cada uno ocupaba su lugar y cumplía su función.

Los pensamientos se abalanzaron en la mente de Alvin con tal premura que ni siquiera advirtió el derrotero de sus ideas. Pero luego, con los años, recordaría que en ese instante había comprendido algo por primera vez. Esos dos hombres, juntos, hacían juntos algo tan real y sólido como la tierra que pisaba, como el árbol en que se apoyaba. Los demás no podían verlo. Si los miraban, sólo verían a dos hombres sentados en un bote. Pero tal vez para el resto de los átomos, aquellos que se unían para formar un trozo de hierro, no eran más que ciertos átomos cercanos. Tal vez había que estar muy lejos, como Dios, para poder ver qué hacían dos átomos cuando se unían en una determinada forma. El hecho de que otro átomo no viera su vínculo no significaba que no existiese, o que el hierro dejara de ser sólido y resistente.

Si puedo enseñar a los átomos a formar un hilo de la nada, o tal vez a formar oro a partir del hierro, o si puedo, quizás —ojalá— cambiar el rasgo invisible y secreto de Arturo en todo su cuerpo para que los Rastreadores ya no puedan detectarlo... ¿por qué no podría, como Hacedor, lograr con las personas lo mismo que con los átomos y enseñarles un nuevo orden? ¿Y, cuando encuentre suficientes de quienes fiarme, crear con ellos algo nuevo, fuerte, real como el hierro?

—¿Vienes, Alvin, o no?

Como ya he dicho, en ese momento Alvin apenas supo qué idea se le acababa de ocurrir. Pero no la olvidó. Mientras se hundía en el barro supo que jamás olvidaría ese pensamiento, aunque le llevase años, kilómetros, lágrimas y sangre poder comprenderlo totalmente.

—Qué alegría verte, Po —dijo Alvin—. Pero yo creía que éste era un secreto...

Po remó para acercarse al bote, y aflojó la cuerda para que Alvin pudiese subir sin mojarse los pies. Pero Alvin no se fijó en ello. Le tenía cierta aversión al agua, lo cual era natural, viendo las veces que el Deshacedor había intentado matarlo por medio de ella. Pero esa noche el agua era sólo agua. El Deshacedor era invisible, o se hallaba muy lejos. Tal vez esa sutil hebra que ligaba a Arturo con Alvin fuese a tal punto el acto de un Hacedor, que el Deshacedor no tuviese fuerzas para volver las aguas contra Alvin.

—Sigue siendo un secreto, Alvin —dijo Horace—. No lo sabes, pero antes de que llegaras a Río Hatrack, o, mejor dicho, antes de que volvieras, Po y yo solíamos venir a buscar esclavos fugitivos para ayudarlos a llegar al Canadá, siempre que podíamos.

—¿Los Rastreadores nunca os encontraron?

—Si algún esclavo lograba llegar hasta aquí, era porque los Rastreadores no estaban muy cerca —dijo Po—. Muchos de los que encontramos habían traído consigo su sello distintivo.

—Además, eso fue antes del Tratado de Esclavos Fugitivos —comentó Horace—. Los Rastreadores no podían ponernos una mano encima.

—Y en esos días, teníamos una tea —agregó Po.

Horace no dijo nada. Desató la cuerda y la arrojó a la costa nuevamente. Po comenzó a remar no bien la cuerda se soltó. Horace ya se había sostenido para resistir el primer tirón del bote. Era un prodigio ver cómo cada uno se movía anticipando los actos del otro. Alvin quiso reír de pura dicha. Era posible. Soñó con lo que sería posible si miles de personas se conociesen así, y se movieran con tal sincronía para trabajar unidas. ¿Quién podría interponerse entre ellas, entonces?

—Cuando la hija de Horace se marchó, no tuvimos forma de saber cuándo se acercaba un fugitivo. —Po meneó la cabeza—. Pero sabía que si encadenaban a Arturo Estuardo y lo llevaban al Sur el viejo Horace cruzaría el río para ir a rescatarlo. De modo que acompañé a los Rastreadores, volví para el pueblo, y en el camino me bajé del carruaje.

—Seguro que el doctor Physicker se dio cuenta —dijo Alvin.

—Claro que se dio cuenta, tonto —dijo Po—. Ah, pero me estás tomando el pelo. Bueno, sí. Se dio cuenta. Me dice: «Ten cuidado. Son peligrosos esos tipos.» Yo le digo: «Quédese tranquilo, voy a saber cuidarme.» Y él que me dice: «La culpa la tiene ese sheriff Pauley Wiseman. No tuvo por qué dejarlos que se lo llevaran tan deprisa. Podríamos haber pedido la extradición si el niño se hubiese quedado hasta que el juez de distrito estuviera aquí. Pero Pauley lo hizo todo dentro de la ley, con tanta prisa que ya no me quedaron dudas: quería que el niño se marchase, lo quería lejos de Río Hatrack para que no regresase jamás.» Y yo le creo, Horace. Pauley Wiseman nunca quiso a ese niño mestizo desde que la vieja Peg se empeñó en que fuera a la escuela.

Horace gruñó; inclinó apenas la caña del timón, precisamente cuando Po aflojaba el remo de un lado para que el bote virara aguas arriba. Así, podrían fondear bien en la orilla opuesta.

—¿Sabes qué estuve pensando? —dijo Horace—. Que tu trabajo no basta para mantenerte ocupado, Po.

—Me gusta mi trabajo —dijo Po Doggly.

—Estuve pensando que en otoño habrá elecciones en el distrito, y que el puesto de sheriff quedará vacante. Creo que Pauley Wiseman no debe ser elegido otra vez.

—¿Que yo sea sheriff? ¿Crees que sea posible? Todos saben que era un borracho...

—No has tocado una gota de licor desde que trabajas para el doctor. Si sobrevivimos a esto, y Arturo vuelve sano y salvo, serás todo un héroe.

—Vaya héroe. ¿Estás loco, Horace? No podremos contarle a nadie una palabra de esto, o pedirán recompensa por nuestros sesos sobre una tajada de pan de centeno desde Hio hasta Camelot.

—No vamos a imprimir la historia para vender copias, si a eso te refieres. Pero ya sabes cómo corren los rumores. La buena gente sabrá lo que hemos hecho.

—En tal caso, tú serás el sheriff, Horace.

—¿Yo? —Horace sonrió—. ¿Puedes imaginarme poniendo a un hombre entre rejas?

—Me figuro que no. —Po se echó a reír.

Cuando llegaron a la orilla, sus movimientos siguieron siendo armoniosos y veloces. Costaba creer que habían pasado tantos años desde la última vez que habían trabajado juntos. Era como si

sus cuerpos supieran qué hacer sin tener que pensarlo. Po saltó al agua, que le llegó a los tobillos, apoyándose en el bote para no salpicar mucho. El bote se meció, pero instantáneamente Horace compensó el peso para equilibrarlo, casi sin advertir lo que hacía. En un minuto, el bote estaba bien fondeado en la orilla, que era arenosa allí, y no llena de barro como la otra. Ataron el bote a un árbol con una cuerda que a Alvin le pareció podrida y vieja. Pero cuando la examinó por dentro con su don vio que resistiría el peso del bote en el oleaje de la corriente.

Cuando concluyeron la labor tan familiar, Horace se plantó como un soldado, con los hombros cuadrados y los ojos sobre Alvin.

—Bueno, Al, ahora es tu turno de llevar la delantera.

—¿No deberíamos rastrearlos? —preguntó Po.

—Alvin sabe dónde están —aseguró Horace.

—Ay, qué bonito. ¿También sabe si nos están apuntando a la cabeza con una escopeta?

—Sí —repuso Alvin, categórico. Dio a entender claramente que no quería más preguntas.

Pero para Po no era suficiente.

—¿Estás diciendo que este muchacho es una tea, o algo así? Lo que yo sabía era que tenía un don para herrar caballos.

Eso era lo malo de haber ido con alguien. No quería decir a Po Doggly las cosas que sabía hacer, pero tampoco podía responder que no se fiaba de él.

Horace acudió en su ayuda.

—Po, oye: esta noche debemos ocuparnos de cosas más importantes que Alvin.

—Yo creo que lo importante es Alvin...

—Escucha, Po. Cuando se sepa esta historia, habremos sido tú y yo los que vinimos y encontramos durmiendo a los Rastreadores, ¿has comprendido?

Po frunció el ceño y asintió.

—Sólo dime esto, muchacho. Sea cual fuere tu don, ¿eres cristiano? Ni siquiera te pregunto si eres metodista.

—Sí, señor. Entiendo que soy cristiano. Respeto la Biblia.

—Bien, entonces —dijo Po—. No quiero mezclarme con cosas del demonio.

—No será conmigo —repuso Alvin.

—Muy bien. Mejor que no sepa lo que haces, Al. Sólo cuídate de que no me mate por no saberlo.

Alvin le dio la mano. Po la estrechó e hizo una mueca.

—Vosotros los herreros sois fuertes como osos.

—¿Yo? —dijo Alvin—. Si un oso se interpone en mi camino, le aplasto la cabeza hasta que quede hecho un zorrino.

—Me gusta tu valentía, amigo.

Hicieron una pausa, y Alvin partió, siguiendo el hilo que lo conectaba con Arturo Estuardo.

No estaban muy lejos, pero les llevó casi una hora abrirse paso por entre el bosque en la oscuridad. El follaje era tupido, y la luz de la luna no llegaba a alumbrar el suelo. Pero si Alvin no hubiera estado allí, con su sentido de la tierra, les habría llevado el triple de tiempo y habrían hecho diez veces más ruido.

Encontraron a los Rastreadores durmiendo en un claro, frente a un fogón casi extinguido. El del cabello blanco estaba tendido de lado, sobre su manta de dormir. El de cabello negro debió de haber quedado despierto, pues roncaba sentado contra un árbol. Los caballos dormían, cerca de allí. Alvin dio el alto antes de que pudieran despertar a los animales.

Arturo Estuardo estaba despierto, sentado, contemplando el fuego.

Alvin se sentó un minuto, a pensar el mejor modo de hacerlo. No sabía cuán listos serían los Rastreadores. ¿Podrían encontrar nuevos restos de cabellos caídos y piel seca para hacer un nuevo sello? Por las dudas, no sería acertado cambiar a Arturo en ese mismo lugar. Tampoco sería muy astuto ir hasta el claro: podría dejar huellas de su propio cuerpo, como prueba de quién se había llevado al pequeño.

Así, a la distancia, Alvin se introdujo en el hierro de las esposas y abrió fisuras en cuatro partes. Cayeron al suelo de golpe, con un ruido metálico. Los caballos se revolviéron un poco, pero los Rastreadores siguieron durmiendo como un tronco. Pero Arturo no tardó un segundo en darse cuenta de lo que ocurría. Se puso de pie de inmediato y comenzó a mirar a su alrededor para

ver adónde estaba Alvin.

Alvin silbó, tratando de imitar el canto de un cardenal. Fue una pésima imitación, pero Arturo la escuchó y supo que Alvin lo llamaba. Sin un momento de espera ni de preocupación, el niño se lanzó al bosque y cinco minutos más tarde, guiado por unos cuantos trinos más, estuvo delante de Alvin.

Desde luego, Arturo Estuardo quiso hundirse en los brazos de Alvin, pero el joven lo detuvo.

—No toques nada ni a nadie —murmuró—. Tengo que hacer un cambio dentro de ti, Arturo Estuardo, para que los Rastreadores no puedan volver a descubrirte.

—No me importa —dijo el niño.

—No me atrevo a dejar un solo rastro de tu cuerpo en el estado actual. Tienes cabellos y piel en toda la ropa. Quítatela toda.

Arturo Estuardo no vaciló. En unos instantes, las prendas formaron una pila a sus pies.

—Perdón por meterme en lo que no sé —intervino Po—, pero si dejas esa ropa allí, los Rastreadores sabrán que vino por este camino, y tomarán rumbo al Norte como si hubiésemos pintado una flecha blanca en la tierra.

—Sí. Tienes razón.

—Que Arturo Estuardo las recoja, y las echaremos a la deriva en el río —propuso Horace.

—Pero no toquéis a Arturo, ni a nada —dijo Alvin—. Arturo, recoge tus ropas y síguenos despacio y con cuidado. Si te pierdes, silba como un cardenal y yo te responderé como el mismo pájaro hasta que nos encontremos.

—Sabía que vendrías, Alvin —dijo Arturo Estuardo—. Y tú también, Pa.

—Los Rastreadores también lo saben —dijo Horace—, y si por mí fuera, los haría dormir eternamente.

—Un momento —los detuvo Alvin. Envío su don otra vez a las esposas, y unió los pedazos, para que el hierro quedara tal como fue forjado. Quedaron sobre el suelo, intactas. No se sabía de qué modo se había fugado el niño.

—No creo que estés quebrándoles las piernas, ¿verdad, Alvin? —preguntó Horace.

—¿Puede hacer algo semejante? —quiso saber Po.

—No estoy haciendo nada de eso —repuso Alvin—. Queremos que los Rastreadores dejen de buscar a un niño que, para ellos, ya no existe más.

—Será muy lógico, pero para mí sería mejor romperles las piernas a esos Rastreadores —insistió Horace.

Alvin sonrió y se internó en el bosque, haciendo ruido deliberadamente y yendo despacio para que pudieran seguirlo en la oscuridad. Si hubiera querido, habría podido moverse como un piel roja, sin despertar un sonido ni dejar senda que alguien pudiese seguir.

Llegaron al río y se detuvieron. Alvin no quería que Arturo subiera al bote con su cuerpo en ese estado, para que no dejara huellas. Conque si pensaba alterarlo, debía ser allí.

—Arroja las ropas, niño —dijo Horace—. Lo más lejos que puedas.

Arturo se internó un paso o dos en las aguas. Alvin temió que el niño, hecho de tierra, aire y luz, desapareciese en la negrura del agua. Pero hasta entonces el río no les había hecho daño, y Alvin sintió que hasta podía brindarles provecho.

Arturo Estuardo lanzó el hato de ropas a la corriente. Pero como no era muy veloz, vieron que las prendas, perezosas, flotaban lentamente hasta separarse unas de otras. Arturo se quedó observándolas, con el agua hasta el trasero. Pero cuando viraron a la izquierda no las siguió con los ojos. En realidad, no miraba la ropa sino la margen norte, el lado libre del río.

—Yo estuve antes aquí. Ya vi este bote —aseveró el niño.

—Puede ser —dijo Horace—. Pero eras muy pequeño para recordarlo. Po y yo ayudamos a tu madre en esta misma embarcación. Mi hija Peggy te recibió en sus brazos cuando llegamos a la costa.

—Mi hermana Peggy —dijo Arturo. Se volvió y miró a Horace como si se tratase de una pregunta.

—Calculo que sí —fue la respuesta de Horace.

—Quédate allí, Arturo Estuardo —dijo Alvin—. Cuando te transforme tendré que hacerlo por dentro y por fuera. Mejor que sea en el agua, para que la corriente arrastre la piel vieja con tu viejo sello.

—¿Me vas a hacer blanco? —preguntó Arturo Estuardo.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Po, incrédulo.

—No sé qué cambiará —previno Alvin—. Espero no dejarte blanco. Sería como robarte la parte que tu mamá te dio.

—Los niños blancos no viven como esclavos —adujo Arturo Estuardo.

—De todas formas, de ti no harán ningún esclavo —dijo Alvin—. Al menos mientras yo pueda evitarlo. Quédate allí, quieto, y déjame pensar en esto.

Todos se quedaron en sus sitios, inmóviles, mientras Alvin estudiaba el cuerpo de Arturo por dentro y encontraba el sello diminuto que caracterizaba todas sus partes vivas.

Alvin sabía que no podría cambiarlo a tontas y a locas, ya que no sabía muy bien qué función cumplía ese rasgo distintivo. Sólo sabía que era parte de lo que componía a Arturo, de modo que no podía modificarlo imprudentemente. Quizá, si cambiaba lo que no debía, lo dejara ciego, o la sangre se convirtiese en agua de lluvia, o lo que fuere. ¿Cómo podía saberlo Alvin?

La hebra que los unía de corazón a corazón seguía allí, y al verla tuvo una idea. Recordó lo que había dicho Cardenal, en los propios labios de Arturo Estuardo: «El Hacedor es aquel que forma parte de lo que Hace.» Alvin se quitó la camisa, se internó en las aguas y se hincó de rodillas ante Arturo para quedar a su misma altura, mientras el agua fresca le lamía suavemente la cintura. Luego, acercó al niño con sus manos y lo sostuvo contra su pecho, tomándolo por los hombros.

—¿Cómo? —dijo Po—. ¿No era que no teníamos que tocar al niño?

—Cállate, imbécil —dijo Horace Guester—. Alvin sabe lo que hace.

Ojalá fuera cierto, pensó Alvin. Pero al menos tenía idea de lo que debía hacer, lo cual era mejor que nada. Ahora que su piel viva estaba en contacto con la de él, Alvin podía comparar el rasgo distintivo de Arturo con el suyo. En su mayor parte eran iguales, exactamente. Alvin imaginó que esas partes los señalaban como integrantes de la raza humana, a diferencia de los cerdos, vacas, sapos o pollos. Eso es lo que no me atreveré a tocar. Ni un poquito.

Lo demás sí, pero no de cualquier modo. ¿De qué servirá salvarlo si lo dejo amarillo, retardado, o algo así?

Por eso Alvin hizo lo único que le pareció sensato. Cambió distintas partes del rasgo de Arturo para que fueran como las de él mismo. No todo lo que era diferente, sino sólo algunos lugares. Pero ese ínfimo cambio hacía que Arturo Estuardo dejara de ser completamente él mismo y que comenzara a ser Alvin, en parte. Sintió que hacía algo maravilloso y terrible a la vez.

¿Cuánto? ¿Cuánto tendría que cambiar para que los Rastreadores no pudieran reconocer al niño? No todo. Seguramente, con esos pocos cambios bastaría. No había modo de saberlo. A Alvin sólo le quedaba adivinar. De modo que se decidió por una posibilidad y allí dejó de probar.

Pero eso fue sólo el comienzo. Comenzó a modificar todos los demás rasgos para que se parecieran al nuevo, en cada fragmento de Alvin, uno por uno, tan deprisa como pudo. Fue cambiándolos por docenas, por cientos. Descubría un rasgo y lo transformaba para que fuesen como el nuevo modelo.

Cientos y cientos más. Pero apenas había podido transformar un pequeño sector de piel en el pecho de Arturo. ¿Cómo podría modificar al niño por completo si iba tan despacio?

—Me duele —murmuró Arturo.

Alvin se separó de él.

—No estoy haciendo nada que deba dolerte...

Arturo se miró el pecho.

—Aquí —dijo, tocándose el sitio donde Alvin había estado trabajando.

Lo examinó a la luz de la luna, y vio que el lugar parecía hinchado, oscurecido, distinto. Volvió a observar, pero ya no con sus ojos, y vio que el resto del cuerpo de Alvin atacaba el sector modificado para destruirlo parte por parte, tan rápido como le era posible.

Pero claro. ¿Qué podía esperar? El rasgo era el modo en que el cuerpo se reconocía a sí mismo. Por eso cada fragmento del organismo tenía la misma señal. Si la señal faltaba, el cuerpo sabía que se trataba de un intruso, de un enemigo, y lo mataba. Ya era suficiente con que la transformación fuese lenta. Pero ahora esto... De nada serviría alterarlo, pues cuanto más cambiara, más enfermaría Arturo. Su cuerpo trataría de destruir las partes nuevas, hasta que el pequeño muriese o los fragmentos modificados dejaran de existir.

Alvin recordó la historia de Truecacuentos: era como tratar de construir un muro tan grande que cuando uno apenas llegaba a la mitad, las partes más antiguas se desmoronaban como el polvo. ¿Cómo erigir un muro que se derruía más rápido de lo que uno podía construir?

—No puedo —confesó Alvin—. Estoy intentando hacer algo imposible.

—Bueno —dijo Po Doggly—. Si no puedes hacerlo, más vale que sepas volar, pues es la única forma de que ese niño llegue al Canadá antes de que los Rastreadores os cojan.

—No sé —dijo Alvin.

—Estás cansado —intervino Horace—. Callémonos para que puedas pensar.

—No servirá de nada —insistió Alvin.

—Mi Mamá podía volar —dijo Arturo Estuardo.

Alvin suspiró de impaciencia; otra vez la misma historia.

—Es cierto, ¿sabes? —explicó Horace—. La pequeña Peggy me lo dijo. Esa niña esclava hizo una magia con cenizas y plumas de mirlo y voló hasta aquí. Eso causó su muerte. La primera vez que el niño lo mencionó no pude creerlo, y siempre mantuvimos la boca cerrada para que lo olvidase. Pero debo decirte algo, Alvin: habrá sido una verdadera vergüenza si esa niña murió para que tú nos abandones en el mismo punto del río, siete años después.

Alvin cerró los ojos.

—Cerrad la boca y dejadme pensar.

—Eso dije que había que hacer —comentó Horace.

—Pues entonces hazlo —dijo Po Doggly.

Alvin no los escuchaba. Estaba recorriendo nuevamente el cuerpo de Arturo en el sitio donde había hecho los cambios. El nuevo rasgo no estaba mal, en realidad. El único lugar donde la piel enfermaba y moría era en el borde, donde tocaba a la piel sin modificar. Arturo no enfermaría si pudiese encontrar un modo de transformarlo de una vez, en lugar de actuar por zonas.

Cuando creó la hebra, Alvin pensó en ella, imaginó dónde comenzaba y dónde debía terminar, y así fue. Todos los átomos se pusieron en su lugar al mismo tiempo. Como cuando Po Doggly y Horace Guester trabajaban juntos; cada uno hacía lo suyo, pero teniendo en cuenta también lo que hacía el otro.

Mas el hilo era simple y fácil. Esto resultaba arduo, como convertir agua en vino, en lugar de hierro en oro.

No, no puedo pensar en esto del mismo modo. Cuando hice la hebra enseñé a los átomos dónde estar y qué ser, pues cada uno tenía vida y podía obedecerme. Pero en el cuerpo de Arturo no estoy trabajando con átomos, sino con partes vivientes. Tal vez sea el rasgo mismo lo que les da vida. Tal vez pueda enseñarles cómo ser a todas juntas, en lugar de mover las partes de a una. Quizá pueda decirles «Sed así», y que lo hagan.

Lo intentó apenas se le ocurrió la idea. Pensó en hablar a todos los rasgos de la piel de Arturo, por todo el pecho, de una sola vez. Les mostró el modelo que tenía en mente: era tan complejo que ni siquiera podía comprenderlo. Solo sabía que era el mismo patrón de las partes que había modificado una por una. Y no bien se lo mostró, no bien les dijo: «Sed de este modo. Así debéis ser», las partes de Arturo cambiaron. De una vez, la piel del pecho fue distinta.

Arturo contuvo el aliento y aulló de dolor. Lo que antes había sido una inflamación pequeña, ahora le cubría todo el torso.

—Confía en mí —le dijo Alvin—. Voy a cambiarte, sin fallar esta vez, y el dolor cesará. Pero lo haré bajo el agua, para que la piel vieja sea arrastrada de inmediato. Toma aire. Tápate la nariz.

Arturo Estuardo jadeaba de dolor, pero hizo lo que Alvin le pedía. Se apretó la nariz con la mano derecha, tomó una bocanada de aire y cerró la boca. De inmediato, Alvin aferró la muñeca de Arturo en su mano izquierda, y con la derecha lo hundió bajo el río. En ese instante, Alvin vislumbró en su mente la imagen del cuerpo de Arturo con todos sus rasgos a un mismo tiempo. Les mostró el modelo, el rasgo nuevo, y esta, vez pensó la orden con tal vehemencia que sus labios la repitieron:

—Así debéis ser. Sed así.

No pudo sentirlo con las manos. El cuerpo de Arturo, para sus sentidos de mortal, no cambió en lo más mínimo. Pero Alvin percibió el cambio simultáneamente en cada rasgo de su organismo, en un mismo instante: en los músculos, en la sangre, en los órganos, en el cerebro. Hasta su cabello se transformó. Cada parte quedó unida al todo. Y lo que no cambió, lo que

quedó igual, fue arrastrado por la corriente.

Alvin se zambulló en el agua para eliminar cualquier parte de la piel o los cabellos de Arturo que pudiese haber quedado adherida a él. Luego ambos asomaron en un mismo movimiento. El niño apareció salpicando gotas de agua. Y, bajo la luz de la luna, pareció una lluvia de perlas. Tomaba aire a bocanadas y temblaba de frío.

—¿Sufristes mucho? —preguntó Alvin.

—Sufriste —corrigió Arturo, como siempre hacía la señorita Larner—. No. Ya me siento bien. Sólo tengo frío.

Alvin lo tomó en brazos y lo llevó hasta la ribera.

—Envolvedlo en mi camisa y vayámonos de aquí.

Y eso hicieron. Ninguno advirtió que, cuando Arturo imitó a la señorita Larner, no lo hizo con la misma voz de ella.

Peggy tampoco lo notó en ese momento. Estaba muy ocupada escudriñando el fuego interior de Arturo Estuardo. ¡Cómo había cambiado después de la transformación! Era tan sutil el cambio que Peggy apenas podía reconocerlo, pero en el instante en que Arturo Estuardo emergió de las aguas, no quedaba un solo sendero de su pasado. Ni un solo camino conducía a la esclavitud en el Sur. Y todos los nuevos senderos, los nuevos futuros que le había deparado su transformación, conducían a posibilidades sorprendentes.

Durante todo el tiempo que tardaron Horace, Po y Alvin en traer de regreso a Arturo hasta la herrería a través del bosque, Peggy no hizo más que explorar el fuego interior del niño, para estudiar posibilidades que nunca antes habían existido sobre la tierra. En el nuevo continente había nacido un nuevo Hacedor; Arturo era la primera alma tocada por él, y todo era diferente para él. Más aún, casi todos los futuros de Arturo se ligaban inextricablemente con Alvin. Peggy vio posibilidades de viajes increíbles... Un camino los llevaba a Europa, donde Arturo Estuardo acompañaba a Alvin a la corte del nuevo emperador romano Napoleón, y éste se inclinaba ante él. Otro sendero los llevaba a una extraña nación insular del Sur, donde los indios vivían toda su vida sobre esterillas de juncos flotantes. Otro camino los llevaba a cruzar triunfales hacia las tierras del Oeste, donde los pieles rojas aclamaban a Alvin como el gran unificador de todas las razas y le abrían su último reducto, tan perfecta era la confianza que le tenían. Y siempre, a su lado, Arturo Estuardo, el niño mestizo, pero digno de confianza y dotado con parte del poder del Hacedor mismo.

Casi todos los senderos de Arturo comenzaban en su casa de la vertiente, de modo que no se sorprendió cuando golpearon a su puerta.

—Señorita Larner —llamó Alvin en voz baja.

Se distrajo; la realidad no era tan interesante como los futuros que aparecían en el fuego interior de Arturo Estuardo. Abrió la puerta. Allí estaban. Arturo, todavía envuelto en la camisa de Alvin.

—Lo trajimos —comentó Horace.

—Ya lo veo —dijo ella.

Estaba feliz, pero la dicha no asomó en su voz. En cambio, les pareció ofuscada, como si la hubiesen interrumpido en medio de algo más importante. Y así era. Quiso decirles que no se molestaran en repetir una conversación que ya conocía, y que la dejaran seguir explorando los futuros del niño. Pero, desde luego, no podía. Deseaba seguir conservando su identidad de señorita Larner.

—No lo encontrarán —dijo Alvin—, mientras no lo vean con sus ojos. Sus... restos, ya no funcionan más.

—Ya no sirven —lo corrigió Peggy.

—De acuerdo —cedió Alvin—. Queríamos... quisiéramos... pedirle si puede quedarse con usted. Aquí en su casa, señora. Le puse tantos conjuros que ni siquiera se les ocurrirá entrar, siempre y cuando eche el cerrojo a la puerta.

—¿No tenéis más ropas que éstas para el niño? —preguntó—. Está empapado. Podría resfriarse...

—Es una noche templada —dijo Horace—, y no queremos ir a buscar ropas a la casa, hasta que los Rastreadores se den por vencidos y se marchen.

—Muy bien —convino Peggy.

—Más vale que regresemos cada cual a lo suyo. Debo ir a la casa del doctor Physicker — comentó Po Doggly.

—Y como yo le dije a la vieja Peg que estaría en el pueblo, será mejor que se vaya para allí — agregó Horace.

Alvin habló directamente con Peggy:

—Estaré en la herrería, señorita Larner. Si hay algún problema, grite, y estaré aquí en diez segundos.

—Gracias. Ahora, id a vuestros quehaceres.

Cerró la puerta. No había pensado ser tan abrupta. Pero tenía muchos futuros que examinar. Nadie había sido tan importante para la labor de Alvin hasta ese momento como el pequeño Arturo Estuardo. Pero quizás eso sucediera con todos aquellos a quienes Alvin tocara y cambiase. Tal vez, como Hacedor, podría transformar a todos los que amase para que, en los momentos gloriosos, pudieran estar junto a él. Para que pudieran contemplar el mundo a través de las paredes de la Ciudad de Cristal y ver las cosas con los ojos de Dios.

Oyó un golpe a la puerta. La abrió.

—En primer lugar —dijo Alvin—, no abra la puerta sin saber quién es.

—Sabía que eras tú. —Pero lo cierto es que ni lo había pensado.

—En segundo lugar, estaba esperando escucharla echar el cerrojo. Y no lo hizo.

—Lo siento —se disculpó—. Lo olvidé.

—Señorita Larner, esta noche tuvimos que trabajar mucho para rescatar a este niño. Ahora todo depende de usted. Hasta que los Rastreadores se marchen.

—Sí. Lo sé. —Su voz dejó traslucir su pesar.

—Buenas noches, entonces.

Se quedó esperando. ¿Qué?

Ah, sí. Que cerrara la puerta.

Lo hizo y echó el cerrojo. Regresó junto a Arturo Estuardo y lo estrechó hasta que el niño luchó por escabullirse.

—Estás a salvo —dijo.

—Claro que lo estoy —respondió Arturo Estuardo—. Esta noche tuvimos que trabajar mucho para rescatar a este niño.

Lo escuchó, y supo que algo no era como siempre. ¿Qué sería? Desde luego, Alvin había dicho exactamente esas mismas palabras. ¿Qué había de extraño, entonces? Arturo siempre estaba imitando a la gente.

Siempre imitaba. Sólo que esa vez, Arturo Estuardo había repetido las palabras de Alvin con su propia voz. No con las del joven. Nunca lo había escuchado hacer eso. Siempre había creído que era su don; que Arturo Estuardo era un imitador tan natural que ni siquiera sabía lo que hacía.

—Deletrea «exhorto» —le pidió.

—E-X-H-O-R-T-O —repuso. Pero con su voz, no en la de ella.

—Arturo Estuardo, ¿qué ocurre contigo? —le preguntó.

—No me pasa nada, señorita Larner —repuso—. He vuelto a casa.

No se había dado cuenta. Su don había sido tan natural para él, que ahora que no lo tenía ni siquiera podía advertirlo. Seguía teniendo una perfecta memoria de las palabras ajenas, pero no podía reproducir las voces. Todo lo decía con su voz de niño de siete años.

Volvió a abrazarlo, pero con menos vehemencia. Ahora comprendía. Mientras Arturo Estuardo siguiera siendo el mismo, los Rastreadores podrían encontrarlo y llevarlo nuevamente al Sur como esclavo. La única forma de salvarlo era hacer que dejase de ser él mismo. Alvin no supo, por supuesto, que al salvar a Arturo lo privó de su don, o al menos de parte de él. El precio de la libertad de Arturo consistía en que dejase de ser completamente Arturo. ¿Alvin lo sabía?

—Estoy cansado, señorita Larner —dijo Arturo Estuardo.

—Sí, desde luego. Puedes dormir aquí, en mi cama. Quítate esa camisa sucia y cúbrete con las sábanas. Estarás abrigado y seguro toda la noche.

El niño vaciló. Peggy observó su fuego interior y supo por qué. Sonriendo, se puso de espaldas. Escuchó un rumor de tela, un chillido de resortes y el deslizarse del cuerpecito por entre las sábanas. Entonces se volvió, se inclinó sobre su cabecita, posada sobre la almohada, y lo besó tiernamente en la mejilla.

—Buenas noches, Arturo —dijo.

—Buenas noches —musitó él.

Y no tardó en dormirse. Peggy se sentó al escritorio y encendió la lámpara. Leería algo mientras aguardaba a que los Rastreadores volvieran. Lo que fuese, con tal de serenarse en la espera.

Pero no podía. Veía las palabras sobre las hojas, pero no les encontraba sentido. ¿Estaba leyendo a Descartes, o el Deuteronomio?

No importaba. Era incapaz de separarse del nuevo fuego interior de Arturo. Desde luego, todos los caminos de su existencia habían cambiado. Ya no era la misma persona. No, eso no era cierto. Seguía siendo Arturo. Casi el mismo.

Casi Arturo. Pero no totalmente.

¿Valdría la pena dejar de ser quien fue para poder vivir libre? Tal vez esa nueva identidad fuese mejor que la anterior; pero el otro Arturo Estuardo había desaparecido para siempre, más aún que si hubiera ido a vivir al Sur todo el resto de su vida en la más terrible esclavitud, con sus años en Hatrack como recuerdo, como sueño y como cuento mítico que contar a los negritos en los años anteriores a su muerte.

¡Necia!, se dijo. Nadie es hoy la persona que fue ayer. Nadie tiene el cuerpo de la juventud, ni el corazón de su infancia, ni la ignorancia de su niñez. La opresión de la esclavitud lo habría transformado —malformado— mucho más que los cambios sutiles que llevó a cabo Alvin. Arturo Estuardo seguiría siendo más el de antes, allí, que si hubiera ido a los Apalaches. Además, ella había visto los negros caminos que habían poblado su fuego interior, el sabor del látigo, el sol enneguecedor lacerando su piel mientras trabajaba los campos, o la muerte en la horca que le aguardaba en los muchos senderos que lo llevaban a intentar revueltas o a asesinar docenas de blancos en sus lechos. Arturo Estuardo era muy joven para comprender qué le había sucedido. Pero si tuviera edad suficiente, si pudiera elegir el futuro que creyese mejor, escogería el que Alvin acababa de hacer posible. Peggy no tuvo dudas acerca de ello.

En cierta forma, había perdido parte de sí mismo, parte de su don. Y, por consiguiente, algunas de las elecciones que pudo haber tomado en la vida. Pero al perderlas, había ganado tanta libertad, y tanto poder, que en el trueque salía claramente victorioso.

Y, sin embargo, al recordar su rostro vivaz cuando deletreaba palabras con su misma voz, no pudo evitar derramar unas lágrimas de pesar.

EL ARADO

Los Rastreadores despertaron poco después de que Arturo Estuardo hubiese cruzado el río con sus salvadores.

—Mira esto. Las esposas están intactas. El hierro, duro y bueno.

—No interesa. Hicieron un buen hechizo para dormirnos y para quitarle las esposas, pero lo que no saben es que los Rastreadores siempre encontramos al fugitivo una vez que encontramos su huella.

Si uno los hubiera visto, habría pensado que la fuga de Arturo Estuardo los hizo felices. La verdad era que a esos tipos les encantaba una buena cacería. Les encantaba demostrar a la gente que nadie podía engañarlos. Y si eso ocurría, pues le metían un puñado de pólvora a alguien en la barriga, antes de que la cacería terminara. ¿O no es ésa la forma de hacerlo? Como los perros cuando siguen a una cierva ensangrentada.

Rastrear la senda de Arturo Estuardo a través del bosque hasta que llegaron a orillas del río. Sólo entonces, sus rostros alegres dejaron paso a una mirada de preocupación. Levantaron la vista y atravesaron las aguas, buscando los fuegos interiores de alguien que pudiese anclar por allí a esas horas de la noche, siendo que toda la gente honesta debía estar durmiendo en su casa. El de cabello blanco no sabía ver muy lejos. Pero el de cabello negro dijo:

—Veo algunos moviéndose. Y otros quietos. En Río Hatrack volveremos a recuperar la huella.

Alvin sostenía el arado entre sus manos. Sabía que podría convertirlo en oro. Había visto suficiente oro en su vida para poder imaginar el modelo y enseñar a los átomos cómo ser. Pero también sabía que no aspiraba a convertirlo en oro común, pues sería demasiado blando, pero frío como una piedra vulgar. No, quería algo nuevo; no sólo oro como aquél con que soñaban los alquimistas, sino oro vivo, oro que conservara la forma y la fortaleza mejor que el hierro, y que el mejor acero. Oro despierto, consciente del mundo que lo rodeaba. Quería un arado que conociera la tierra que abriría, y que la expusiera a los fuegos del sol.

Un arado de oro que conociera al hombre, y del cual el hombre pudiera fiarse, así como Po Doggly conocía a Horace Guster y ambos se tenían confianza. Un arado que no necesitara buey para surcar, ni peso para hundirse en el suelo. Un arado que conociera las praderas fértiles y los terrenos yermos. De un oro que el mundo jamás hubiese visto, así como nunca había visto la hebra invisible que Alvin había creado ese día entre él y Arturo Estuardo.

Se hincó de rodillas, con la forma del oro en la mente.

—Sé así —le susurró al hierro.

Sintió que los átomos se congregaban por todo el arado para crear fragmentos mucho más pesados que el hierro. Y se alinearon de un modo distinto hasta coincidir con el modelo que les había mostrado en su mente. Entre sus manos tenía un arado de oro. Lo acarició con los dedos. Era oro, sí, brillante y áureo ante el fuego de la forja, pero todavía mero metal muerto, sin vida. ¿Cómo podría enseñarle a vivir? Ya no podía mostrarle el modelo de su propia carne, pues no era la clase de vida que necesitaba. Quería que despertase los átomos mismos, para mostrarles lo que eran y compararlo con lo que podían ser. Quería insuflarles el fuego de la vida.

El fuego de la vida. Alvin levantó el arado de oro —ya mucho más pesado—, y pese al calor de las brasas, lo posó en medio del carbón fulgurante de la forja.

Los Rastreadores iban a lomos de caballo, al paso, por el camino que conducía a Río Hatrack. Examinaban cada casa, choza o cobertizo, levantando el sello para compararlo con los fuegos interiores que encontraban dentro. Pero no hallaron ninguno igual, ni reconocieron a nadie. Pasaron ante la herrería y vieron que dentro ardía un fuego interior, pero no era el del niño mestizo fugitivo. Debía de ser el herrero que había hecho las esposas. Seguramente.

—Quisiera matarlo —murmuró el del cabello negro—. Sé que puso el hechizo en las esposas

para que el niño pudiera huir.

—Ya tendremos tiempo para eso cuando encontremos al negrito —repuso el de cabello blanco.

Vieron que en la casa de la vertiente ardían dos fuegos, pero ninguno era el que coincidía con los restos, de modo que siguieron andando, tras el niño que esperaban reconocer.

En la forja, el oro ardía en el fuego, pero lo único que éste hacía era fundirlo. Eso no serviría de nada. El arado necesitaba vida, no matar el metal bajo el fuego. Evocó en la mente la forma del arado, y se la mostró a cada fragmento del metal con toda claridad. Gritó en silencio a cada átomo: «No es suficiente que os aliniéis según la forma del oro. Necesitáis conservar esta forma por vosotros mismos, pese al fuego, pese a cualquier otra fuerza que intente aplastaros, fundiros, cortaros o mutilaros.»

Sintió que lo escuchaban: en el oro había movimiento, contra el pesado goteo del oro que chorreaba, convertido en fluido. Pero no era lo bastante poderoso, ni lo bastante seguro. Sin pensarlo, Alvin extendió las manos hacia el fuego y asió el oro al rojo vivo, enseñándole la forma del arado, clamando desde el corazón «¡Así! ¡Sé así! ¡Esto eres!» Ay, el dolor fue calcinante y fatal, pero sabía que sus manos tenían que estar allí, pues el Hacedor es aquel que forma parte de lo que hace. Los átomos lo oyeron, y se dispusieron como a Alvin nunca se le habría ocurrido, pero el resultado de todo fue que el oro incorporó el calor del fuego sin fundirse, sin perder la forma. Lo hizo; el arado no estaba vivo exactamente, como él quería, pero podía permanecer en la forja sin derretirse. El oro ya era más que oro. El metal sabía que era un arado y deseaba permanecer así.

Alvin retiró las manos del arado y vio que las llamas bailoteaban sobre su piel, en algunos sitios chamuscada y en otros arrancada hasta el hueso. Mudo como la muerte, hundió las manos en el barril de agua y escuchó el sisear del fuego sobre la carne al extinguirse. Y entonces, antes de que el dolor lo azotara con toda su intensidad, se dispuso a sanarse, a quitar la piel muerta y a crear carne nueva.

Se detuvo allí, débil de tanto pensar en lo que debía hacer su cuerpo para curar sus propias manos, mirando al arado que descansaba sobre el fuego. Yacía allí, conociendo su forma y conservándola, pero eso no bastaba para que el arado viviera. Tenía que saber para qué existía como arado. Debía saber para qué vivir, pues si no, no podría actuar para cumplir con su misión. Eso era Hacer; Alvin lo supo en ese momento. Eso había querido decirle Cardenal, tres años atrás. Hacer no era como la carpintería, o la herrería, que consistían en cortar y curvar o fundir para dar nuevas formas a las cosas. Hacer era algo mucho más poderoso y sutil: hacer que las cosas quisieran ser de otro modo, que quisieran tener una forma nueva y que, naturalmente, fluyeran en esa dirección. Era algo que Alvin había hecho durante años sin saberlo siquiera. Cuando creía estar sólo descubriendo las fisuras naturales en la roca, en realidad estaba haciéndolas; al imaginarlas donde quería que estuvieran, y al mostrárselo a los átomos de los fragmentos de los pedazos de roca, en realidad les enseñaba a querer lograr la forma que él tenía en su mente.

Ahora, con ese arado, lo había hecho. Ya no por accidente, sino con intención. Había enseñado al oro a ser más poderoso, a conservar su forma mejor que ninguna otra cosa que hubiera Hecho antes. Pero ¿cómo podía enseñarle a actuar, a moverse de un modo en el cual el oro nunca había aprendido a moverse?

En un rincón de su mente, supo que el verdadero problema no era el arado de oro, sino la Ciudad de Cristal, y los ladrillos con que tendría que construirla no serían átomos de metal. Los átomos de una ciudad son sus hombres y mujeres, y ellos no creen en la forma que se les muestra con la misma fe pura que poseen los átomos; ellos no comprenden con la misma claridad, y cuando actúan, nunca lo hacen con la misma pureza. Pero si pudiera enseñar a este oro cómo ser un arado viviente, tal vez pudiera construir una Ciudad de Cristal de hombres y mujeres; tal vez pudiera encontrar personas puras como los átomos de este oro, que pudieran comprender la forma de la Ciudad de Cristal y amarla como yo la quise desde el primer momento en que la vi, junto a Tenskwa-Tawa, cuando ascendí por aquel tornado. Así, no sólo conservarán su forma, sino que la harán en realidad. Harán que la Ciudad de Cristal sea una criatura viviente mucho más grandiosa y mayor que cualquiera de nosotros, sus átomos.

El Hacedor es aquel que forma parte de lo que hace.

Alvin corrió al fuelle y lo accionó hasta que el carbón cobró la temperatura suficiente para

echar a cualquier herrero normal de la forja a tomar aire afuera hasta que las llamas menguaran. Pero no Alvin. En cambio, fue hasta la forja y trepó al calor del fuego y las llamas. Sintió que las ropas se le quemaban contra el cuerpo, pero no prestó atención. Se acurrucó contra el arado y comenzó a curarse, pero no parte a parte, como antes. Se curó de una vez, y dijo a su cuerpo: «¡Vive! ¡Infunde al arado la vida que hay en ti!»

Y, a la vez, dijo al arado: «Haz como mi cuerpo. ¡Vive! Aprende de cada parte de mí cómo todas tienen su propia función, y actúan según lo que se espera de ellas. No puedo mostrarte la forma que deberás tener, ni cómo se hace, pues no lo sé. Pero puedo mostrarte cómo es estar vivo, mediante el dolor de mi cuerpo, mediante su curación, mediante mi lucha por sobrevivir. ¡Sé así! Por mucho que te lleve, por mucho que te cueste aprenderlo, esto eres: ¡sé como yo!»

Le llevó una eternidad. Tembló en el fuego, mientras su cuerpo pugnaba contra el calor, buscando formas de canalizarlo, así como el río canaliza el agua, mientras su cuerpo lo vertía en el arado, como si fuera un océano de fuego dorado. Y, dentro del arado, los átomos luchaban por hacer como Alvin les decía, querían obedecerle, sin saber cómo. Pero su clamor fue poderoso. Tanto que no pudieron desoírlo, y fue algo más que una cuestión de oírle. Fue como si ellos pudiesen decirle que lo que él deseaba para ellos era algo bueno. Le otorgaron su confianza, quisieron ser el arado viviente con el que tanto soñaba, y así, en un millón de instantes tan diminutos que un segundo les habría resultado una eternidad, intentaron esto y aquello hasta que, en algún sitio del arado de oro, se formó un nuevo modelo. Un modelo que supo ser exactamente lo que Alvin deseaba y, en un solo momento, el modelo pasó a través del instrumento y el arado vivió.

Vivió. Alvin lo sintió moverse en la curva de su cuerpo mientras se acomodaba en las brasas del fuego y las cortaba como si fueran tierra. Y como se trataba de una tierra yerma, incapaz de engendrar vida, el arado se levantó rápidamente de allí y se deslizó por el fuego hasta el borde de la forja. Decidió estar en otro lugar, y, al llegar a la boca, se tambaleó y cayó al suelo de la herrería.

En agonía, Alvin rodó sobre el fuego y cayó. También se apretujó contra el frío suelo de tierra. Ahora que las llamas ya no lo rodeaban, su cuerpo trabajó contra la muerte de la piel, y la curó como él le había enseñado, sin tener que decírselo y sin dar ninguna instrucción. Sé tú mismo. Ésa había sido la orden de Alvin, y así, el rasgo de cada parte viviente de su cuerpo obedeció al patrón que contenía hasta que Alvin volvió a ser íntegro y perfecto, y su piel asomó nueva, sin asperezas, sin heridas.

Lo que no pudo quitar fue el recuerdo del dolor, y la debilidad de todas las fuerzas que su cuerpo había consumido. Pero no le importó. Débil y exhausto, su corazón se estremecía de gozo, pues allí a su lado, sobre el suelo, había un arado de oro viviente. Que no había necesitado hacer, pues fue suficiente con enseñarle cómo ser por sí mismo.

Los Rastreadores no encontraron nada, en ninguna parte del pueblo. Pero el de cabello negro tampoco podía ver a nadie huyendo, desde allí hasta la distancia máxima que un hombre normal habría podido recorrer desde que el niño había escapado. El niño mestizo se estaba escondiendo de ellos de algún modo. Era imposible, pero así debía ser.

El lugar más apropiado para mirar era la zona donde había vivido durante todos esos años: la hostería, la casa de la vertiente, la herrería. Lugares donde la gente seguía despierta a horas irrazonables de la noche. Cabalgaron hasta acercarse a la casa de la vertiente, ataron los animales a un costado del camino. Cargaron las escopetas y pistolas, y siguieron a pie. Pasaron por la hostería y volvieron a buscar, examinando cada fuego interior, pero ninguno de ellos correspondía al sello.

—Esa cabaña donde está la maestra —dijo el de cabello blanco—. Allí estaba el niño cuando lo encontramos.

El Rastreador de cabello negro miró en esa dirección. No podía ver la casa de la vertiente a través de los árboles, desde luego, pero el bosque no era impedimento para lo que deseaba encontrar.

—Hay dos personas allí—dijo.

—Entonces podría ser el niño mestizo —aventuró el de cabello blanco.

—El sello dice que no. —Y el de cabello negro sonrió de un modo desagradable—. Una maestra soltera, que vive sola, con visitas a estas horas de la noche... Ya sé qué clase de compañía

tiene, y no precisamente un crío mestizo.

—Vayamos a ver, de todas formas —dijo el de cabello blanco—. Si estás en lo cierto, no opondrá ninguna queja de que le hayamos roto la puerta. O si no, la amenazaremos con decir lo que vimos cuando la puerta se abrió...

Rieron un rato de la ocurrencia, y partieron bajo la luz de la luna hacia la casa de la vertiente. Pensaban patearle la puerta, irrumpir riendo cuando la maestra no supiera dónde ocultarse, y luego amenazarla con contarle todo.

Pero sucedió algo curioso. Cuando realmente se acercaron a la cabaña, el plan desapareció de sus mentes. Lo olvidaron por completo. Volvieron a mirar los fuegos interiores y a compararlos con la cajita donde guardaban las muestras.

—¿Qué diablos hacemos aquí? —preguntó el de cabello blanco—. El niño debe de estar en la hostería. Sabemos que no está aquí.

—¿Sabes qué creo? Que lo mataron —dijo el de cabello negro.

—¿Qué locura. ¿Para qué lo habrían salvado, entonces?

—¿Y cómo explicas que no podamos verlo?

—Está en la hostería. Tienen algún conjuro que lo esconde, seguramente. Cuando abramos la puerta, lo veremos, y se acabará todo este asunto.

Por un instante fugaz, el Rastreador de cabello negro pensó. «Bueno, ¿por qué no mirar en la cabaña de la maestra, entonces? Ella también puede tener un conjuro así. ¿Por qué no abrir esta puerta?»

Pero el pensamiento se fue tan deprisa como vino, y no pudo recordarlo. Ni siquiera recordó haber pensado en algo. Salió corriendo detrás del Rastreador de cabello blanco. El niño mestizo tenía que estar en la hostería. Seguro.

Peggy vio acercarse los fuegos interiores de los Rastreadores, pero no tuvo miedo. Había empleado el tiempo escudriñando los futuros de Arturo Estuardo, y no había un solo sendero que condujese a ser capturado por aquellos hombres. A Arturo le aguardaban suficientes peligros por delante —Peggy lo veía claramente—, pero esa noche ningún daño aguardaba al pequeño. Por eso, les prestó poca atención. Supo en qué momento decidieron marcharse, supo cuándo el de cabello negro pensó en entrar; supo cuándo los hechizos se lo impidieron y lo alejaron. Pero ella miraba a Arturo Estuardo, a los años que vendrían.

Entonces, de pronto, no pudo contenerse más. Tenía que contarle a Alvin la dicha y los pesares de lo que había hecho. ¿Pero cómo? ¿Cómo decirle que la señorita Lerner, en realidad, era una tea que veía un millón de nuevos futuros en el fuego de Arturo Estuardo? Ya no podía soportar callar lo que sabía. Cuando vivía con la señora Modestia no tenía secretos y todo se lo contaba.

Era una locura ir a la herrería, sabiendo que deseaba contarle lo que nunca podría sin revelar quién era realmente. Pero quedarse allí entre esas cuatro paredes, sola con conocimientos que no podía compartir, acabaría por enloquecerla.

De modo que se puso de pie, abrió el cerrojo y asomó: no había nadie. Cerró la puerta y volvió a girar la llave, examinó una vez más el fuego interior de Arturo y no halló ningún peligro para el niño. Iría a ver a Alvin.

Sólo entonces miró el fuego interior de Alvin; sólo entonces vio el terrible dolor que había sufrido apenas unos minutos antes. ¿Por qué no lo había visto? ¿Cómo pudo no darse cuenta? Alvin acababa de trasponer el umbral más formidable de su vida, había podido Hacer de verdad, había traído algo nuevo al mundo, y ella no se dio cuenta. Cuando ella estaba en Dekane, muy lejos, y Alvin se enfrentó con el Deshacedor, pudo ver su lucha. Pero en ese momento, a unos metros, ¿por qué no se acercó a él? ¿Cómo no sintió su dolor mientras él se retorció en el fuego?

Tal vez haya sido la casa de la vertiente. Diecinueve años atrás, el día en que Alvin nació, la casa de la vertiente había adormecido su don, para sumirla en el sueño hasta que casi fue demasiado tarde. Pero no, no podía ser lo mismo esta vez. El agua ya no corría por la casa de la vertiente y, de todas formas, el fuego de la forja era más poderoso.

Quizás el Deshacedor se lo hubiera impedido. Pero al proyectar su vista de tea, no vio ninguna oscuridad inusual entre los colores del mundo que la rodeaba. Nada que pudiera haberla cegado.

No, debía de haberla cegado la naturaleza misma de lo que Alvin estaba haciendo. No había podido ver lo que sucedía en la forja del mismo modo en que no había podido adivinar el desenlace de la confrontación con el Deshacedor, tal como no había logrado ver de qué forma

transformaría a Arturo a orillas del Hio, esa noche.

Lo que él había Hecho estaba fuera de los futuros que su don percibía.

¿Sería siempre así? ¿Siempre quedaría ciega cuando se realizaran las obras más importantes? Eso la enfureció, la atemorizó. ¿De qué me sirve mi don si me abandona cuando más lo necesito?, pensó.

No es cierto. En este momento no lo necesitaba tanto. Alvin no dependía de mi visión cuando se internó en el fuego. Mi don jamás me abandonó cuando fue realmente necesario. Lo único que se contrarió aquí fue mi deseo.

Bueno, pensó. Pero ahora sí me necesita. Descendió la ladera con cuidado. La luna se estaba poniendo, las sombras se cerraban y la senda era traicionera. Cuando rodeó la esquina de la herrería, la luz de la forja que se vertía sobre la hierba la cegó. Era tan roja que el césped pareció negro azabache y no verde.

Dentro de la herrería, Alvin yacía encogido sobre el suelo, la faz vuelta hacia el fuego, en dirección opuesta a ella. Respiraba con dificultad, pesadamente. ¿Dormía? No. Estaba desnudo, le llevó un momento comprender que sus ropas debían de haber sido consumidas en las llamas. En su dolor, seguramente Alvin no se había dado cuenta; y por ello quizá ni lo recordara. Tal vez por eso ella no lo vio ocurrir al examinar su memoria con su visión de tea.

La piel de Alvin era conmovedoramente pálida y suave. Horas atrás, había visto su tez bronceada por el sol y el calor de la forja. Horas atrás había estado encallecida por el trabajo, surcada por las cicatrices ocasionales de una chispa o un hierro candente, como cabía esperar en cualquiera que trabajase ante el fuego. Pero la piel que Peggy vio en ese momento era inmaculada como la de un niño recién nacido. No pudo contenerse, y entró en la herrería. Se arrodilló a su lado, y le acarició tiernamente la piel de la espalda, desde el hombro hasta el sitio donde se angostaba, sobre la cadera. La piel era tan tersa que sus propias manos le resultaron ásperas, como si ese solo tacto hubiese podido lastimarlo.

Alvin dejó escapar un largo aliento, un suspiro. Peggy apartó la mano.

—Alvin —dijo—. ¿Estás bien?

Él movió el brazo; acariciaba algo que yacía dentro de la curva de su cuerpo. Sólo entonces Peggy lo vio, amarillo pálido en la doble sombra de su cuerpo y de la forja. Un arado de oro.

—Está vivo —murmuró él.

Y, en respuesta, Peggy lo vio moverse suavemente bajo su mano.

Desde luego, no llamaron a la puerta. ¿A esas horas de la noche? Sabrían de inmediato que no era un viajero ocasional. Sólo podía tratarse de los Rastreadores. Golpear a la puerta los pondría sobre aviso, les daría oportunidad de intentar una fuga.

Pero el Rastreador de cabello negro ni siquiera intentó abrir el picaporte. Lanzó una patada y la puerta se destrozó hacia dentro, arrancándose del gozne superior. Luego, escopeta en mano, entró rápidamente y recorrió la sala común con la mirada. En la chimenea quedaban sólo los rescoldos, y la luz era débil, pero bastó para que se dieran cuenta de que allí no había nadie.

—Yo iré a vigilar las escaleras —dijo el de cabello blanco—. Tú ve a la parte de atrás, para que nadie intente escapar por allí.

El Rastreador de cabello negro cruzó inmediatamente la cocina y las escaleras hacia la puerta trasera, que abrió de par en par. El de cabello blanco no había llegado a la mitad de la escalinata cuando oyó que la puerta trasera volvía a cerrarse.

En la cocina, la vieja Peg salió a horcajadas de debajo de la mesa. No se habían detenido siquiera en la puerta, de modo que no tenía forma de saber quiénes eran, pero confió en que se tratara de los Rastreadores. Que hubieran vuelto porque, milagrosamente, Arturo Estuardo había podido escapar y no sabían dónde. Se quitó los zapatos con sigilo y caminó de puntillas desde la cocina hasta la sala común, donde Horace siempre tenía una escopeta cargada sobre la chimenea. Levantó la mano para cogerla, pero al hacerlo tiró una tetera de latón que alguien había dejado cerca del fuego durante la noche. La tetera rodó haciendo un estruendo metálico, el agua hirviendo se derramó sobre sus pies descalzos, y, muy a su pesar, exhaló un gemido.

De inmediato, oyó pasos que bajaban por la escalera. Ignoró el dolor y corrió hasta allí, a tiempo para ver al Rastreador de cabello blanco que se acercaba. Le apuntaba con una escopeta. Y, aunque la vieja Peg nunca había disparado un arma contra ningún ser humano en su vida, no vaciló un instante. Oprimió el gatillo, el arma se hundió contra su vientre, dejándola sin aliento y

lanzándola contra la pared que había al lado de la puerta de la cocina. Pero ella ni se dio cuenta. Lo único que vio fue que el Rastreador de cabello blanco se quedó inmóvil, con una expresión idiota en el rostro, como si fuera una vaca. Entonces, un ramo de capullos escarlata se abrió en su pecho, y el hombre cayó hacia atrás.

Nunca robarás otro niño a su madre, pensó la vieja Peg. Nunca arrastrarás a otro negro a una vida de humillación bajo el látigo. Te maté, Rastreador, y creo que Dios Nuestro Señor debe de estar regocijándose. Pero aunque vaya al infierno por esto, me alegro.

Estaba tan enfrascada en la contemplación del Rastreador muerto, que ni siquiera advirtió lo demás. La puerta trasera se abrió, y la sostuvo en su sitio el cañón de la escopeta del de cabello negro, que apuntaba precisamente en dirección a ella.

Alvin estaba tan enfrascado con el relato de lo que había hecho, que ni siquiera notó su desnudez. Peggy le alcanzó el delantal de cuero que pendía de una percha, sobre la pared, y él se lo puso por costumbre, sin pensar. Ella apenas oía sus palabras. Ya sabía todo lo que le estaba contando, pues lo había visto en su fuego interior. En cambio, lo miraba, pensativa. Ahora es un Hacedor, en parte porque yo le enseñé a serlo, pensó. Tal vez haya terminado mi labor, y ahora recupere mi propia vida. Pero quizá no. Quizás ahora comience. Tal vez sólo ahora pueda tratarlo como un hombre, y no como un alumno o alguien de quien cuidar. Alvin parecía refulgir con un fuego interior; cada paso que daba era seguido por el arado de oro. No iba detrás de él ni se enredaba entre sus pies, sino que describía una línea que podría haber sido una órbita a su alrededor. No se interponía en su camino, pero siempre estaba cerca, como si fuera una parte de él, aunque separada.

—Lo sé —le dijo Peggy—. Comprendo. Ya eres un Hacedor.

—¡Es más que eso! —exclamó—. Es la Ciudad de Cristal. Sé cómo construirla, señorita Larner. Mire, la ciudad no son las torres de cristal que vi. La ciudad es la gente que hay dentro, y si quiero erigir ese sitio debo encontrar la clase de personas que deban estar allí, personas fieles, sinceras como este arado, que compartan el sueño y deseen construirla como lo deseo yo, aunque yo no esté allí. ¿Se da cuenta, señorita Larner? La Ciudad de Cristal no es algo que pueda construir un Hacedor. Es una ciudad de Hacedores, debo encontrar a las personas y convertirlas en Hacedores como yo.

Cuando le oyó decirlo, supo que para eso había nacido. Y que la empresa le infligiría muchos pesares.

—Es cierto; sé que lo es. —Y, pese a sí misma, no pudo hablar como la señorita Larner, calma, serena y distante. Habló con sus propios sentimientos, con su verdadero ser. Ardía con el fuego que Alvin había encendido dentro de ella.

—Venga conmigo, señorita Larner —dijo Alvin—. Usted sabe tanto, es tan buena maestra. Necesito su ayuda...

No, Alvin, no digas esas palabras. Iría contigo por ellas, sí. Pero di las otras, las que tanto necesito escuchar.

—¿Cómo puedo enseñarte lo que sólo tú sabes hacer? —le preguntó, tratando de conservar la calma.

—Pero no sólo es por sus enseñanzas. No puedo hacerlo solo. Lo que hice esta noche es... tan arduo... Necesito tenerla a mi lado.

Dio un paso hacia ella. El arado de oro se deslizó por el suelo hacia Peggy y la abarcó por detrás. Si señalaba el límite exterior del amplio ser de Alvin, ella quedaba dentro del generoso círculo.

—¿Para qué me necesitas? —preguntó Peggy.

Se negó a mirar su fuego interior, se negó a ver si había alguna posibilidad de que... No. Se negó incluso a dar voz a sus anhelos, por miedo a descubrir que eran imposibles, y que nunca sucederían. Por miedo a ver que, esa noche, habían quedado irrevocablemente cerrados. Entonces, comprendió que quizá por eso se había dedicado a explorar los futuros de Arturo Estuardo; él estaba tan cerca de Alvin que, en los ojos de Arturo, podría ver el porvenir grandioso y terrible de Alvin sin tener que enfrentarse con lo que sabría si contemplaba directamente el fuego interior de Alvin. Allí vería si, en sus muchos futuros, había alguno en que la amase, la desposase y pusiese ese cuerpo adorado y perfecto en sus brazos para concederle y recibir de ella esa ofrenda que sólo comparten los amantes.

—Venga conmigo —le dijo—. No puedo pensar siquiera en partir hacia allí sin usted, señorita Larner... —Se rió de sí mismo—. No sé su nombre, señorita Larner.

—Margaret —repuso ella.

—¿Puedo llamarte así? Margaret, ¿vendrás conmigo? Sé que no eres lo que pareces. Pero no me importa cómo te ves debajo de todos esos hechizos. Siento que eres la única alma viviente que me conoce por lo que realmente soy, y...

Se detuvo, buscando la palabra. Y ella lo esperó, deseando escucharla.

—Te amo —le dijo—. Aunque creas que sólo soy un muchacho.

Ella le habría respondido. Le habría dicho que sabía que era un hombre, y que ella era la única mujer que podía amarlo sin venerarlo, la única que podía ser su compañera. Pero en el silencio que se produjo después de sus palabras, y antes de que ella pudiese hablar, se escuchó el sonido de un disparo.

De inmediato, pensó en Arturo Estuardo, pero le llevó un instante apenas ver que su fuego interno descansaba impertérrito. Dormía en la casita. El sonido había venido de más lejos. Proyectó su don de tea hasta la hostería, y allí encontró el fuego interior de un hombre en el último momento antes de la muerte, que miraba a una mujer de pie ante las escaleras. Era Mamá, que sostenía una escopeta.

Su fuego se extinguió. Peggy fue hasta el de su madre y vio, detrás de sus pensamientos, sentires y recuerdos, un millón de caminos futuros que se entremezclaban y cambiaban ante sus ojos para convertirse en uno solo. En un sendero que conducía a un único lugar. Vio un destello de agonía y luego, la nada.

Y luego el futuro se tornó presente, el fuego interior de la vieja Peg se extinguió antes de que en la herrería pudiese escucharse el segundo disparo.

Alvin apenas podía creer lo que estaba diciendo a la señorita Larner. Hasta ese momento nunca había tenido conciencia de sus sentimientos hacia ella. Tenía miedo de que se riera de él, de que le dijese que era demasiado joven, de que, con el tiempo, él mismo sufriera un desencanto.

Pero en lugar de responderle, ella se detuvo un instante, y en ese segundo se oyó el disparo. Alvin supo de inmediato que venía de la hostería; siguió el sonido con su don y supo que un hombre acababa de morir irremediamente. Y, un momento más tarde, se oyó otro disparo, y luego vio que alguien más moría: una mujer. Conocía ese cuerpo; no era el de ninguna desconocida. Tenía que ser la vieja Peg.

—¡Madre! —exclamó la señorita Larner—. ¡Madre!

—Es la vieja Peg Guester —gritó Alvin.

Vio que la señorita Larner se abría de un tirón el cuello del vestido, que introducía la mano y extraía los amuletos que llevaba allí. Los arrancó con violencia, abriéndose la piel del cuello. Alvin casi no creyó lo que vio entonces: una joven, apenas mayor que él, y hermosa, aunque con el rostro desgarrado de pesar y horror.

—Es mi madre —exclamó—. ¡Alvin, sálvala!

No aguardó un segundo. Salió de la herrería como una exhalación, corrió descalzo sobre la hierba y por el camino, sin advertir que la tierra y las rocas le lastimaban la piel nueva de los pies, no habituada a la marcha. El delantal de cuero se le enredaba entre los pies. Lo apartó a un lado, para que no le molestara.

Vio con su don que ya era tarde para salvar a la vieja Peg, pero siguió corriendo porque debía intentarlo, aunque supiera que no tenía sentido. Y cuando la mujer murió, siguió avanzando a toda carrera, pues no podía soportar no correr hacia esa buena mujer, esa buena amiga que acababa de fallecer.

Su buena amiga y la madre de la señorita Larner. La única explicación posible era que fuese la tea que había huido siete años antes. Pero si era tan buena tea como todos decían, ¿por qué no vio avecinarse la tragedia? ¿Por qué no observó el fuego interior de su propia madre para prever su muerte? No hallaba la razón.

Por el camino, ante él, venía un hombre corriendo desde la hostería, hacia unos caballos con las riendas sujetas a los árboles. Era el hombre que había matado a la vieja Peg. Alvin lo supo, y ya no quiso saber más. Corrió más deprisa que nunca antes, sin pedir fuerzas al bosque que lo rodeaba. El hombre lo oyó acercarse, a treinta metros, y se volvió.

—Tú, herrero —gritó el Rastreador de cabello negro—. Estaré feliz de matarte a ti también.

Tenía una pistola en la mano. Disparó.

Alvin recibió la bala en el vientre, pero no se preocupó por ello. Su cuerpo comenzó a trabajar de inmediato para reparar lo que el proyectil había desgarrado. Pero tampoco le habría importado si hubiese estado desangrándose de muerte. Alvin ni siquiera menguó el paso. Se abalanzó contra el hombre, lo derribó, cayó sobre él y lo hizo arrastrarse bajo su peso unos tres metros sobre el camino de tierra. El hombre gritó de miedo y dolor. Ese grito fue el último sonido que exhaló. Loco de furia, Alvin atrapó la cabeza del hombre con tal fuerza, que de un golpe en la mandíbula con la otra mano le partió el cuello en dos. El hombre ya había muerto para entonces, pero Alvin siguió golpeándolo en la cabeza con los puños, hasta que los brazos, el pecho y el delantal de cuero quedaron cubiertos de sangre, y el cráneo del Rastreador de cabello negro se partió como un recipiente de loza hecho añicos.

Alvin permaneció inmóvil, con la cabeza aturdida de extenuación e ira. Después de unos minutos recordó que la vieja Peg seguía tendida en el suelo de la hostería. Sabía que estaba muerta, pero ¿a qué otro sitio podía ir? Lentamente se puso de pie.

Oyó un ruido de cascos que se acercaban desde el pueblo. A esa hora de la noche en Río Hatrack, dos disparos sólo podían significar problemas. Vendrían personas. Encontrarían el cuerpo sobre el camino y luego irían a la hostería. No hacía falta que Alvin los esperase allí.

Dentro de la casa, Peggy estaba acucillada sobre el cuerpo de su madre, sollozando y jadeando tras la carrera. Alvin sólo la reconoció por el vestido. Apenas había visto su rostro durante un segundo fugaz, allí en la hostería. Cuando lo vio entrar, se volvió hacia él.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no la salvaste? ¡Podrías haberlo hecho!

—No —repuso Alvin. Ella no debería decirle esas cosas—. No hubo tiempo.

—¡Debiste haber mirado! ¡Debiste haber previsto lo que sucedería!

Alvin no le comprendió.

—No sé ver el futuro —repuso—. Ése es tu don.

Entonces, Peggy rompió a llorar desconsoladamente, no con los sollozos secos que escuchó al entrar, sino con aullidos guturales de dolor. Alvin no sabía qué hacer.

La puerta se abrió a su espalda.

—Peggy —murmuró Horace Guester—. Pequeña Peggy.

Peggy miró a su padre. Tenía el rostro tan enrojecido, abotargado y surcado de lágrimas que la reconoció por milagro.

—¡Yo la maté! —exclamó—. ¡Nunca debí haberme marchado, Papá! ¡Yo la maté!

Sólo entonces, Horace comprendió que a sus pies yacía el cuerpo de su esposa. Alvin vio que comenzaba a temblar, a gruñir, y a aullar como un perro herido. Alvin jamás había visto tanto pesar. ¿Habría llorado así mi padre cuando murió mi hermano Vigor? ¿Habría lanzado un sonido así cuando creyó que los pieles rojas nos habían torturado hasta la muerte a Mesura y a mí?

Alvin cogió a Horace en sus brazos, lo estrechó por los hombros, y, tras acercarlo a Peggy, lo ayudó a arrodillarse al lado de su hija. Ambos lloraban, sin verse entre sí. Lo único que existía para ellos era el cuerpo tendido de la vieja Peg. Alvin no podía imaginar siquiera con qué hondura y agonía cada uno se atribuía la culpa de su muerte.

El sheriff llegó después de un rato. Ya había encontrado el cadáver del Rastreador de cabello negro, y no le llevó mucho tiempo comprender lo que había ocurrido. Llevó a Alvin a un lado.

—Nunca vi nada que se pareciese más a la defensa propia —dijo Pauley Wiseman—, y si por mí fuera no pensaría hacerte pasar más de tres segundos en la cárcel por esto. Pero te aseguro que en los Apalaches las leyes no toman con tanta ligereza la muerte de un Rastreador. El Tratado les permite venir a buscarte y juzgarte allí. Te digo algo: será mejor que te largues de aquí antes de que pasen dos días, pues si no, no puedo asegurar que estés a salvo.

—De todas formas pensaba marcharme —dijo Alvin.

—No sé cómo lo hicistes —dijo Pauley Wiseman—, pero me figuro que rescatastes a ese negrito de los Rastreadores y que lo escondistes por aquí. Te lo digo, Alvin: cuando te largues, llévate al crío contigo. Llévate al Canadá. Pero si vuelvo a verle la cara, yo mismo lo embarcaré al Sur. Todo esto pasó por culpa de ese niño. Me da asco ver que una buena mujer blanca haya tenido que morir por culpa de un niño mestizo medio negro.

—Pauley Wiseman, nunca más vuelvas a decir una cosa igual en mi presencia.

El sheriff meneó la cabeza y se alejó.

—N'ues normal —dijo—. Todo el mundo dando vueltas alrededor de ese simio como si fuera una persona de verdá. —Se volvió para encararse con Alvin—. No me importa mucho lo que pienses de mí, Alvin, pero os estoy dando a ambos una oportunidad de vivir. A ti y al negrito. Espero que tengáis sesos suficientes para aceptarla. Y mientras tanto, ve a lavarte esa sangre y a ponerte algo de ropa.

Alvin regresó al camino. Se acercaban otras personas, pero no reparó en ellas. Sólo Mock Berry pareció comprender lo que sucedía. Llevó a Alvin hasta su casa, y allí Anga lo lavó, y Mock le dio unas ropas suyas para que se las pusiera. Cuando Alvin regresó a la herrería ya casi era el amanecer.

Pacífico estaba sentado allí, sobre una banqueta, en la puerta de la herrería, contemplando el arado de oro, que yacía sobre el suelo, inmóvil, delante de la forja.

—Esa sí que es una verdadera pieza de oficial —dijo Pacífico.

—Supongo que sí —dijo Alvin.

Fue hasta el arado y se inclinó. Saltó a las manos de Alvin —no le resultó pesado—, pero si Pacífico Smith notó que el arado se había movido solo antes de que Alvin lo tocara, no dijo una sola palabra.

—Tengo mucho hierro para fundición —comenzó Pacífico—. No. Ni siquiera te pido que vayamos a medias. Sólo guárdame unos pedazos cuando lo conviertas en oro.

—No pienso convertir más hierro en oro —dijo Alvin.

Pacífico se encolerizó.

—Eso es oro, idiota. Ese arado que hicistes significa que nunca más pasaría hambre, que nunca más tendría que trabajar. Podría vivir bien en lugar de estar en esa casucha ruinosa. Podría comprar hermosos vestidos a Gertie, y tal vez un traje para mí. La gente del pueblo me diría «Buenos días», y se levantarían el sombrero como si yo fuera un caballero. Podría pasear en un carruaje como el del doctor Physicker y podría ir a Dekane, a Cartago, o donde quisiera sin pensar en lo que me costaría. ¿Y tú dices que no convertirás más hierro en oro?

Alvin sabía que no serviría de nada explicárselo, pero lo intentó, de todas formas:

—Éste no es oro común, señor. Es un arado vivo. No pienso permitir que nadie lo funda para hacer monedas con él. Mejor dicho, nadie podría fundirlo aunque quisiera. Conque apártese y déjeme marchar.

—¿Qué harás con él? ¿Arar? Imbécil. Juntos podríamos ser dueños del mundo.

Pero cuando Alvin se dispuso a salir, Pacífico dejó de suplicar y comenzó a ponerse de mal talante.

—Para hacer ese arado usastes mi hierro. Ese oro me pertenece. La pieza de oficial siempre pertenece al maestro, a menos que él quiera dársela al oficial, y yo no pienso hacerlo. ¡Ladrón! ¡Me estás robando!

—Usted robó cinco años de mi vida, cuando ya había aprendido lo suficiente para ser oficial —repuso Alvin—. Y este arado... hacerlo no formó parte de ninguna de sus enseñanzas. Está vivo, Pacífico Smith. No le pertenece, y tampoco me pertenece a mí. Es de sí mismo. Conque pongámoslo aquí y veamos quién se queda con él.

Alvin posó el arado sobre la hierba entre ambos. Luego, retrocedió unos pasos. Pacífico avanzó hacia el arado, pero éste se hundió en la tierra y trazó un surco a través del terreno hasta llegar a Alvin. Cuando éste lo recogió, vio que el metal estaba tibio. Supo lo que eso podía significar.

—Tierra fértil —comentó. El arado se estremeció en sus manos.

Pacífico lo miró, con los ojos desorbitados de pánico.

—Dios mío, niño. Ese arado se movió.

—Ya lo sé —dijo Alvin.

—¿Quién eres? ¿El diablo?

—No lo creo —repuso Alvin—. Aunque tal vez me haya encontrado con él un par de veces.

—¡Sal de aquí! ¡Toma esa cosa y lárgate de aquí! ¡No quiero volver a ver tu cara por aquí!

—Usted tiene mi papel de oficial —le recordó Alvin—. Lo quiero.

Pacífico hurgó en su bolsillo, extrajo un papel plegado, y lo arrojó al suelo, frente a la herrería. Luego, cerró las puertas, cosa que nunca hacía, ni siquiera en invierno. Las atrancó bien y pasó una viga por dentro. Pobre necio, como si Alvin no pudiera derribar las paredes en un segundo si

realmente quisiera entrar. Alvin recogió el papel. Lo abrió y lo leyó. Estaba firmado como correspondía. Estaba en regla. Alvin ya era oficial.

El sol estaba por asomar cuando Alvin llegó a la casa de la vertiente. Desde luego, estaba cerrada. Pero no había hechizos ni cerrojos que pudiesen impedirle la entrada, especialmente cuando él mismo los había puesto allí. Abrió la puerta y entró. Arturo Estuardo se agitaba en su sueño. Alvin lo despertó posando una mano sobre su hombro. Se arrodilló al lado de la cama y le contó casi todo lo que había sucedido durante la noche. Le mostró el arado de oro y le enseñó cómo se movía. Arturo rió de contento. Luego, Alvin le contó que la mujer a quien había llamado Mamá toda su vida, había fallecido a manos de los Rastreadores. Arturo rompió a llorar.

Pero no por mucho tiempo. Era demasiado pequeño para llorar durante mucho rato.

—¿Dices que mató a uno de los tipos antes de morir?

—Con la escopeta de tu padre.

—¡Bien por ella! —exclamó Arturo Estuardo, con tanta intensidad en la voz que Alvin casi echó a reír. Era tan pequeño...

—Yo maté al otro. Al que le disparó.

Arturo tomó la mano de Alvin y la abrió.

—¿Lo matastes con esta mano?

Alvin asintió.

Arturo le besó la palma abierta.

—La habría curado, si hubiese podido —dijo Alvin—. Pero murió muy deprisa. Aunque hubiera estado allí en el mismo segundo del disparo, no habría podido sanarla.

Arturo Estuardo se colgó del cuello de Alvin con sus manitas y lloró durante un rato más.

Les llevó un día enterrar a la vieja Peg en la colina, junto a sus hijas, a Vigor, el hermano de Alvin, y a la madre de Arturo, que tan joven había muerto.

—Es un lugar para personas de coraje —dijo el doctor Physicker, y Alvin supo que tenía razón, aunque no supiera que allí descansaba la esclava fugitiva.

Alvin limpió las manchas de sangre del suelo y de las escaleras, empleando su don para borrar lo que la lejía y la arena no habían podido eliminar. Fue la última ofrenda que pudo entregar a Horace y a Peggy. A Margaret. A la señorita Larnier.

—Debo irme —les dijo. Estaban sentados en la sala común de la hostería, donde habían estado recibiendo condolencias durante todo el día—. Llevaré a Arturo a la casa de mis padres, en Iglesia de Vigor. Allí estará a salvo. Y luego, proseguiré mi viaje.

—Gracias por todo —dijo Horace—. Has sido un buen amigo para nosotros. La vieja Peg te quiso mucho. —Y entonces, rompió a llorar nuevamente.

Alvin le palmeó el hombro un par de veces y fue hacia Peggy. Se detuvo frente a ella.

—Todo lo que soy, señorita Larnier, se lo debo a usted.

Peggy negó con la cabeza.

—Todo lo que te dije fue sincero. Sigo sintiendo lo mismo.

Nuevamente, negó con la cabeza. Pero Alvin no se sorprendió. Su madre había muerto sin siquiera saber que su hija había regresado. Alvin no esperaba que se pusiera de pie y se marchase. Alguien tenía que ayudar a Horace Guester con la hostería. Era lo más lógico. Pero le dolió pues sabía, más que nunca, que era cierto que la amaba. Aunque, ay, ella no era para él. Una mujer así, tan educada, fina y hermosa podía ser su maestra, pero nunca amarlo como él la quería.

—Bueno, entonces. Supongo que es hora de que me despida —dijo Alvin. Tendió su mano, aunque supo que era algo tonto estrechar la mano a alguien que sufría como ella. Quería, desesperadamente, tomarla entre sus brazos y estrecharla allí, como había sostenido a Arturo Estuardo en su dolor. Y el apretón de manos fue lo más cercano que pudo ocurrírsele.

Peggy vio su mano y la tomó entre las suyas. No para estrecharla, sino para sostenerla con fuerza. Alvin se sorprendió. Durante los meses y los años siguientes pensaría muchas veces en la fuerza con que ella tomó su mano. Tal vez significara que lo quería. O tal vez que se preocupaba por él como una maestra por su alumno. O tal vez le agradecía que hubiese vengado a su madre muerta. ¿Cómo podía adivinar qué quería decir un gesto así? Con todo, se aferró a ese recuerdo en caso de que, por ventura, fuese una prueba de su amor.

Y entonces le hizo una promesa mientras ella lo tomaba de la mano. Le hizo una promesa, aun sin saber si ella quería que la cumpliera.

—Volveré —le dijo—. Y siempre sentiré lo que dije anoche. —Con todo el valor del que pudo armarse, la llamó por el nombre que ella le había permitido usar—. Dios sea contigo, Margaret.

—Dios sea contigo, Alvin —susurró ella.

Entonces, buscó a Arturo Estuardo, quien también se estaba despidiendo, y lo condujo afuera. Rodearon la hostería rumbo al granero, donde Alvin había escondido el arado de oro en el fondo de un barril de judías. Quitó la tapa y le ofreció la mano. El arado trepó hasta brillar bajo la luz. Alvin lo cogió, lo envolvió en una doble capa de arpillera, lo introdujo en otro saco de arpillera y se lo echó al hombro.

Alvin se acuclilló y tendió una mano como hacía siempre para que Arturo Estuardo trepara a su espalda. El pequeño subió, creyendo que era para jugar. Un niño de esa edad no puede condolerse durante más de una o dos horas por vez. Se acomodó a la espalda de Alvin, riendo y saltando.

—Esta vez será un paseo muy largo, Arturo Estuardo —advirtió Alvin—. Iremos hasta la casa de mi familia, en Iglesia de Vigor.

—¿Caminando todo el tiempo?

—Yo caminaré. Tú iras montado sobre mí.

—¡Arre! —exclamó el niño.

Alvin partió al trote, mas no tardó en echar a correr a toda velocidad. Pero no posó un pie en el camino. En cambio, marchó campo traviesa, por sobre prados, cercas y retazos de bosques que salpicaban, aquí y allá, los estados de Hio y Wobbish, que lo separaban de su familia. La música verde era mucho más débil que antes, cuando los pieles rojas habían sido dueños del bosque. Pero bastó para que Alvin el Herrero la escuchase. Dejó que el ritmo del canto verde se apoderara de él, y corrió como los indios. Y Arturo Estuardo quizá también oyese algo de la melodía, pues se adormeció sobre la espalda de Alvin. El mundo había desaparecido. Sólo existían él, Arturo Estuardo, el arado de oro... y el mundo entero que canturreaba a su alrededor. Ya soy un oficial, se dijo. Y éste es mi primer viaje⁴.

⁴ *Juego de palabras de difícil traducción. En inglés, «journeyman» (oficial) también significa «hombre que viaja». (N. del E.)*

LA ESCRITURA DE CAVIL

Cavil Planter tenía cosas que hacer en el pueblo. Montó en su caballo a primera hora de la mañana, dejando a su esposa y sus esclavos, su casa y sus tierras, sabiendo que eran plenamente suyos y que estaban bajo su control.

Al mediodía, después de varias visitas agradables y de muchos negocios bien resueltos, se detuvo en la oficina de Correos. Había tres cartas para él. Dos, de viejos amigos. La otra, del reverendo Philadelphia Thrower, Cartago, capital del estado de Wobbish.

Los viejos amigos podían esperar. La otra carta debía traer noticias de los Rastreadores que había contratado, aunque se preguntó por qué razón la remitía Thrower y no los mismos Rastreadores. No se le ocurrió nada. Tal vez hubiera problemas. Quizá tuviera que ir al Norte como testigo, después de todo. Bueno, si eso era necesario, lo haría. Con gusto dejaré las noventa y nueve ovejas, como dijo Jesús, para reclamar la descarriada, pensó Cavil.

Eran malas noticias. Ambos Rastreadores habían aparecido muertos, al igual que la hostelera que había adoptado el primer hijo de Cavil. Se lo tenía merecido, pensó Cavil. Y tampoco lamentó mucho la muerte de los Rastreadores. Los había contratado, y para él valían menos que sus esclavos, puesto que no le pertenecían. Lo que lo hizo temblar y quedarse sin aliento fue la última noticia: el hombre que había matado a uno de los Rastreadores, un aprendiz de herrero de nombre Alvin, había huido en lugar de esperar a ser juzgado... llevándose consigo al hijo de Cavil.

Se llevó a mi hijo, pensó. Y lo peor fueron las últimas palabras de Thrower: «Conozco a este Alvin desde que era niño, y ya entonces era agente del diablo. Es el peor enemigo de nuestro Amigo en todo el mundo, y ahora se ha apoderado de su posesión más valiosa, Cavil. Ojalá tuviese mejores noticias. Rezo por usted, para que su hijo no se convierta en un enemigo peligroso e implacable de la santa obra de nuestro Amigo.»

Con semejantes noticias, ¿cómo podría Cavil proseguir con sus quehaceres en el pueblo? Sin decir una palabra al oficial de Correos ni a nadie, Cavil metió las cartas en el bolsillo, salió, montó en su caballo y se dirigió a su casa. Durante todo el camino, su corazón se debatió entre la ira y el temor. ¿Cómo pudieron esos viles emancipacionistas del Norte dejar que, en sus propias narices, el peor enemigo del Capataz robara al esclavo de Cavil, al hijo de Cavil? Iré al Norte, me las pagarán, se dijo Cavil. Encontraré al niño, y...

De pronto, pensó qué diría el Capataz, si alguna vez regresaba. ¿Y si lo despreciaba, y ya no se dignaba volver? O peor, ¿y si venía y lo maldecía por haber sido un siervo indolente? ¿Y si lo declaraba indigno y le prohibía poseer a más mujeres negras? ¿Cómo podré vivir si no es para servirle?, pensó Cavil. ¿Para qué viviré, si no?

Y luego se apoderó de él una oleada de furia, de ira blasfema y atroz, que lo hizo clamar en lo recóndito de su alma: «¡Ah, mi Capataz! ¿Por qué permitiste que esto sucediera? ¡Si fueras realmente el Señor, podrías haberlo impedido con una sola palabra!»

Y luego, el terror: ¿dudaba acaso del poder del Capataz? No, pensó. Perdóname. ¡Soy realmente Tu siervo, oh, Amo! ¡Perdóname, te lo suplico! ¡Lo he perdido todo, perdóname!

Pobre Cavil. Pronto sabría lo que significaba perderlo todo.

Llegó a su casa y condujo al caballo por la larga senda que llevaba hasta la puerta. Pero como hacía mucho calor, siguió el camino por el sur, bajo la sombra de los robles. Sí hubiera cabalgado por el otro camino, quizás habría llegado antes. Tal vez, entonces, no habría oído gritar a una mujer desde el interior de la casa, al salir él de entre los árboles.

—¡Dolores! —gritó—. ¿Te sucede algo malo?

No hubo respuesta.

Eso lo atemorizó. El silencio conjuró en su mente imágenes de ladrones y asaltantes atacando

su finca en su ausencia. Tal vez ya hubieran matado a Látigo, y quizás en ese mismo momento estuvieran acabando con su mujer. Espoleó el caballo y rodeó la casa por detrás.

Justo a tiempo para ver que un negro grandote salía corriendo por la puerta trasera hacia la choza de los esclavos. No pudo verle el rostro. Iba totalmente desnudo, y llevaba los pantalones en una mano. La ropa, flameando como una bandera, le impidió verle el rostro.

Un negro desnudo que salía de su casa, donde una mujer gritaba. Por un instante Cavil vaciló entre el deseo de perseguir al negro para matarlo con sus propias manos, y la necesidad de subir a ver a Dolores para asegurarse de que estaba a salvo. ¿Habría llegado a tiempo para impedir que Dolores perdiera su honra?

Trepó las escaleras y abrió la puerta del dormitorio de par en par. Allí, en la cama, yacía Dolores, con las sábanas hasta el mentón, mirándolo con ojos despavoridos y enormes.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Cavil—. ¿Estás bien?

—¡Claro que estoy bien! —repuso ella—. ¿Qué haces en casa a esta hora?

No es la respuesta que uno espera escuchar en una mujer que acaba de gritar de miedo.

—Te oí gritar —dijo Cavil—. ¿No me oíste responder?

—Aquí arriba lo oigo todo —dijo Dolores—. No tengo nada que hacer en la vida salvo quedarme aquí tendida a escuchar. Escucho todo lo que se hace y se dice en esta casa. Sí, te oí pero no había gritado para ti.

Cavil se quedó estupefacto. Parecía enfadada. Nunca la había oído tan enojada antes. Últimamente, en realidad, no la había oído decir una palabra. Cuando él desayunaba, ella siempre dormía, y las cenas transcurrían en silencio. ¿Por qué esa ira? ¿Por qué en ese momento?

—Vi que un negro salía corriendo de esta casa —dijo Cavil—. Pensé que tal vez...

—¿Que tal vez qué? —Dolores pronunció las palabras como si fuesen un desafío.

—Te hubiera lastimado...

—No. No me lastimó.

Un pensamiento comenzó a socavar la mente de Cavil. Un pensamiento tan terrible que ni siquiera pudo admitirlo.

—¿Qué te hizo, entonces?

—Pues la misma obra santa que tú has estado haciendo, Cavil.

No pudo responder una sola palabra. Ella lo sabía, entonces. Lo sabía todo.

—El verano pasado, cuando vino tu amigo Thrower, mientras vosotros hablabais, yo estaba aquí, escuchándolo todo.

—Dormías. Tenías la puerta...

—Lo escuché todo. Cada palabra. Cada suspiro. Os escuché salir. Os escuché conversar durante el desayuno. ¿Sabes que deseé matarte? Durante años había creído que eras un esposo afectuoso, un hombre cristiano, y todo ese tiempo estuviste revolcándote con esas negras. Y luego vendiste como esclavos a tus propios hijos. Eres un monstruo. Tan perverso que dejarte seguir viviendo un minuto más fue una abominación. Pero no pude tomar un cuchillo con estas manos, ni oprimir el gatillo de una escopeta. Así que pensé y pensé. ¿Y sabes qué pensé?

Cavil no dijo nada. Ella lo presentaba de tal modo que parecía una atrocidad.

—No fue así. Fue algo sagrado.

—¡Fue adulterio!

—¡Tuve una visión!

—Sí, una visión. Qué bien, el señor Cavil Planter tuvo una visión. ¡Que engendrar niños mestizos era algo bueno! ¡Yo también puedo engendrar niños mestizos!

Todo comenzaba a explicarse.

—¡Te violó!

—No, Cavil. No me violó. Yo lo invité a subir. Le dije qué hacer. Hice que me llamara su zorra, y que rezara conmigo antes y después de hacerlo para que fuera tan sagrado como lo tuyo. Rezamos a tu maldito Capataz, pero nunca se nos apareció.

—No puede haber ocurrido.

—Ocurrió; cada vez que te alejaste de la plantación, durante el invierno pasado y toda la primavera.

—No te creo. Mientes para herirme. No puedes hacerlo. El médico dijo que... te dolía demasiado.

—Cavil, antes de descubrir qué hacías con esas negras, yo creía saber lo que era el dolor. Pero todo ese sufrimiento no fue nada, ¿me escuchas? Podría experimentar todo ese dolor cada día por toda la eternidad y llamarlo fiesta. Estoy encinta, Cavil.

—Te violó. Eso diremos a todos, y lo colgaremos como ejemplo. Y...

—¿Colgarlo? En esta plantación hay un solo violador, Cavil. Y no creas que no lo diré. Si pones una mano sobre el padre de mi hijo, diré a todo el pueblo lo que has estado haciendo. Me levantaré el domingo, y lo diré en la iglesia.

—Lo hice en servicio del...

—¿Crees que te creerán? No más que yo. Lo que hiciste tiene una palabra, pero no es santidad, sino concupiscencia. Adulterio. Lascivia. Y cuando se corra la voz, cuando mi hijo nazca negro, todos se pondrán en contra de ti. Todos. Te expulsarán de aquí.

Cavil sabía que tenía razón. Nadie le creería. Estaba arruinado. A menos que hiciera algo muy simple.

Salió de su habitación. La dejó riéndose de él, burlándose. Fue hasta su habitación, tomó la escopeta que descansaba sobre la pared, vertió pólvora, la apisonó, y luego repitió la operación con una doble carga.

Cuando Cavil regresó, la mujer ya no reía. Había vuelto el rostro hacia la pared y lloraba. Demasiado tarde para lágrimas, pensó. Se acercó a la cama y arrancó las sábanas. Ella no lo miró. Estaba desnuda como un pollo desplumado.

—¡Cúbreme! —sollozó—. Se fue tan deprisa que no me vistió. Hace frío. ¡Cúbreme, Cavil!

Entonces, vio la escopeta.

Sus manos sarmentosas se agitaron en el aire. Su cuerpo se retorció. Gritó de dolor al tratar de moverlo demasiado rápido. Entonces, Cavil oprimió el gatillo y el cuerpo cayó boca arriba sobre la cama, mientras de la nuca escapaba un último suspiro de aire.

Cavil regresó a la habitación y volvió a cargar el arma.

Encontró a Zorro Gordo vestido y lustrando el carruaje. Qué mentiroso. Creía poder embaucar a Cavil Planter Pero Cavil ni siquiera se molestó en escuchar sus mentiras.

—Tu zorra quiere verte arriba —dijo.

Zorro Gordo siguió negándolo todo el tiempo, hasta que entró en el dormitorio y vio a Dolores sobre la cama. Entonces, cambió de tono:

—¡Ella me obligó, Amo! ¿Qué otra cosa podía hacer yo? Era como usted con las mujeres, Amo. ¿Qué puede elegir un esclavo negro? Tenía que obedecer. ¿No es así? ¡Como usted con las mujeres!

Cavil sabía reconocer las palabras del demonio, y no las escuchó.

—Quítate la ropa y vuelve a hacerlo —dijo. Zorro Gordo aulló y suplicó, pero cuando Cavil le enterró el cañón en las costillas, hizo lo que le ordenó. Cerró los ojos para no ver lo que el arma de Cavil le había hecho a Dolores, e hizo lo que su Amo le había ordenado. Entonces, Cavil volvió a disparar.

De inmediato, apareció Látigo corriendo desde el campo distante, con el azote al viento y con cara de susto por los disparos. Cavil se encontró con él tras bajar las escaleras.

—Encierra a los esclavos, Látigo, y ve a buscar al sheriff.

Cuando éste llegó, Cavil lo condujo hasta arriba y le mostró la escena. El alguacil palideció.

—Dios mío —murmuró.

—¿Es homicidio, sheriff? Yo lo hice. ¿Me llevará a la cárcel?

—No, señor —dijo el sheriff—. Nadie podría decir que esto ha sido un homicidio. —Pero luego vio la expresión perversa que Cavil tenía en el rostro—. ¿Qué clase de hombre eres, Cavil?

Por un instante, Cavil no comprendió la pregunta.

—Digo, para dejarme ver a tu esposa así. Yo preferiría morir antes de permitir que alguien viese a mi mujer de este modo.

El sheriff se marchó. Látigo hizo que los esclavos limpiasen la habitación. No hubo funeral para ninguno de los dos. Ambos fueron enterrados donde yacía Salumandy. Cavil estuvo seguro de que sacrificarían un par de pollos sobre las tumbas, pero ya nada le importaba. Iba por su décima botella de borgoña y su diezmilésima oración al Capataz, quien pareció desaparecer ominosamente en un momento como ése.

Una semana después, o quizá más tarde, apareció el sheriff con el sacerdote y el predicador

baptista. Los tres despertaron a Cavil de la borrachera y le mostraron un giro por veinticinco mil dólares.

—Todos tus vecinos hicieron una colecta —explicó el sacerdote.

—No necesito dinero —dijo Cavil.

—Te lo compran todo —dijo el predicador.

—La plantación no está en venta.

El sheriff meneó la cabeza.

—No has comprendido, Cavil. Lo que pasó aquí fue muy feo. Pero eso de dejar que la gente vea a tu esposa en ese estado...

—Sólo dejé que la vieras tú.

—No eres un caballero, Cavil.

—Por otra parte, está la cuestión de los niños esclavos —intervino el sacerdote—. Parecen tener la piel muy clara, considerando que todos tus esclavos en edad de reproducirse son negros como la noche...

—Es un milagro de Dios —dijo Cavil—. El Señor está aclarando la raza negra.

El sheriff tendió un papel a Cavil.

—Es la transferencia del título de todas tus propiedades, esclavos, construcciones y tierras, a una compañía formada por tus anteriores vecinos.

Cavil lo leyó.

—La escritura dice que todos mis esclavos están en estas tierras. Tengo derechos sobre un esclavo fugitivo que escapó al Norte.

—Ése no nos importa. Es tuyo si puedes encontrarlo. Espero que hayas notado que, en esta escritura, también se incluye la estipulación de que nunca regresarás a este distrito ni a ningún distrito vecino, por el resto de tu vida.

—Ya leí esa parte —dijo Cavil.

—Te aseguro que si rompes el acuerdo, será el fin de tus días. Ni siquiera un sheriff sensato y trabajador como yo podría protegerte de lo que pudiera suceder.

—Dijo que no lo amenazaría —murmuró el sacerdote.

—Cavil necesita conocer las consecuencias —adujo el sheriff.

—No regresaré —dijo Cavil.

—Rece a Dios para que lo perdone —dijo el predicador.

—Eso haré. —Cavil firmó el papel.

Esa misma noche partió en su caballo, con un giro por veinticinco mil dólares en el bolsillo, una muda de ropa y provisiones para una semana en el talego. Nadie le dijo adiós. Los esclavos entonaron salmos de júbilo en las cabañas. El caballo llegó al final del camino y dejó allí un pastel de estiércol. Y en la mente de Cavil se agitaba un único pensamiento. El Capataz me odia, pues si no, esto no habría pasado. Sólo hay una forma de recuperar Su amor. Encontrar a ese herrero llamado Alvin, matarlo, y rescatar a mi niño, al último esclavo que me queda.

Entonces, oh, mi Capataz, ¿me perdonarás y curarás las terribles heridas que ha abierto Tu látigo sobre mi alma?

ALVIN, EL OFICIAL

Alvin pasó todo el verano en Iglesia de Vigor, reencontrándose con su familia. La gente había cambiado mucho. Cally tenía la talla de un hombre, Mesura tenía esposa e hijos, y los mellizos Previsión y Moderación se habían casado con dos hermanas francesas de Detroit. Ma y Pa habían encanecido, y se movían con mayor lentitud de la que Alvin habría deseado ver. Pero ciertas cosas seguían siendo iguales: en todos los miembros de la familia había cierto aire juguetón. Y la oscuridad que se había cernido sobre Iglesia de Vigor después de la masacre de Tippy-Canoe no había desaparecido, pero quizá se hubiese convertido en una especie de sombra que corría por detrás de todas las cosas, y que hacía parecer más brillantes, por contraste, los puntos luminosos de la vida.

Todos se abalanzaron sobre Arturo Estuardo. Era tan joven que pudo escuchar de todos los hombres del pueblo la historia de Tippy-Canoe. Lo único que se le ocurrió fue contarles a todos su propia historia, que en realidad era un batiburrillo del verdadero episodio de su madre, la historia de Alvin, la de los Rastreadores, y el momento en que su madre blanca mató a uno de ellos antes de morir.

Alvin dejó que Arturo Estuardo prosiguiera su relato sin corregirlo. En parte, no podía señalar las incorrecciones de un relato que al niño le producía tanto placer contar. En parte, por lástima: le dolía advertir que Arturo Estuardo ya no imitaba la voz de nadie. Las gentes del lugar nunca sabrían lo que era escuchar a Arturo Estuardo hablando con sus mismas voces. Pero así y todo, les encantaba oírlo, pues recordaba las palabras de los demás con toda exactitud, sin omitir ni una coma. ¿Por qué tendría que estropear lo poco que había quedado de su don?

Alvin también imaginó que nunca nadie podría repetir lo que él jamás dijera. Por ejemplo, nadie vio jamás el contenido de cierto bulto contenido en un saco. No sería bueno que se corriera la voz de que en Iglesia de Vigor se había visto un objeto de oro. Desde los oscuros días de la masacre de Tippy-Canoe, el pueblo cada vez había recibido menos visitantes. Pero si corría el rumor, pronto vendrían más personas de las deseadas, y de la peor calaña, de esas que buscan oro y no miden quién puede salir lastimado en el camino. Por eso nunca contó a nadie lo del arado de oro, y la única persona que se enteró de que ocultaba un secreto fue su hermana Eleanor, la mujer más discreta y callada que pudiese haber.

Alvin fue a visitarla a la tienda que ella y Soldado de Dios tenían frente a la plaza del pueblo, desde antes incluso de que allí existiese una plaza. La tienda, años atrás, había sido un lugar que recibía visitantes de tierras lejanas, blancos y pieles rojas, en busca de mapas y novedades, en las épocas en que la tierra era casi todo bosque, desde el Mizzipy hasta Dekane. Ahora seguía habiendo actividad, pero los que acudían a comprar o a escuchar chismes eran los pobladores del lugar. Como Soldado de Dios era el único adulto de Iglesia de Vigor que no había recibido la maldición de Tenskwa-Tawa, también era el único que podía salir fácilmente a comprar mercancías y enterarse de novedades, que luego llevaba a los comerciantes y granjeros de Iglesia de Vigor. Ese día, Soldado de Dios había salido hacia el pueblo de Mishy-Waka para recoger unos pedidos de porcelanas y cristales. De modo que Alvin encontró a Eleanor atendiendo en el mostrador con Héctor, su hijo mayor.

Desde las viejas épocas, las cosas habían cambiado un poco. Eleanor era casi tan hábil con los conjuros como Alvin, pero ya no tenía que ocultar sus hechizos en la disposición de cestas colgantes ni en los adornos de hierbas de la cocina. Ahora se veían algunos conjuros a simple vista, lo cual les daba más poder y claridad. Soldado de Dios debía de haber dejado atrás algo de su aversión por la hechicería y los poderes ocultos. Era algo bueno; antes le daba lástima ver a Eleanor fingiendo no saber lo que sabía, o no ser lo que era.

—Traje algo conmigo —dijo Alvin.

—Ya veo —repuso Eleanor—. Así como lo traes, envuelto en un saco, parece duro como la piedra, y sin embargo, diría que llevas algo vivo.

—No te preocupes por eso —dijo Alvin—. Lo que traigo aquí sólo debe ser visto por mí.

Eleanor no hizo más preguntas. Sus palabras le dijeron exactamente para qué había llevado el paquete hasta allí. Le dijo a Héctor que se quedara delante para atender a los clientes, y condujo a Alvin hasta el nuevo almacén que habían hecho, donde guardaban docenas de judías distintas en barriles, toneles de carne salada, azúcar en bolsas de papel, sal fina en recipientes a prueba de humedad, y especias en todo tipo de jarras. Fue hasta el barril más cargado de guisantes, que contenía una variedad moteada de verde que Alvin jamás había visto en toda su vida.

—Estos guisantes no tienen mucha salida —dijo—. Calculo que nunca veremos el fondo de este barril.

Alvin puso el arado, envuelto en la arpillera, sobre los guisantes. Luego, hizo que éstos se deslizaran alrededor del arado como melaza, hasta que el instrumento quedó en el fondo. Ni siquiera le pidió a Eleanor que se volviera de espaldas, pues ella conocía el poder de Alvin para este tipo de cosas desde que era niña.

—No sé qué habrá allí —dijo—. Pero no morirá allí en el fondo, debajo de todos esos granos, ¿verdad?

—No morirá jamás —dijo Alvin—, al menos del mismo modo que envejecen y mueren las personas.

Eleanor sólo se permitió decir:

—Quisiera que me prometieses algo: que si alguien, alguna vez, puede saber lo que hay allí, también me lo dirás a mí.

Alvin asintió. Era una promesa que podría cumplir. En aquel momento no supo de qué modo ni cuándo podría enseñar el arado a alguien, pero si había alguien capaz de guardar un secreto, ésa era Eleanor.

Pero, de todas formas, vivió en Iglesia de Vigor y durmió en su viejo dormitorio en la casa de sus padres. Se quedó allí muchas semanas, hasta julio. Y durante todo ese tiempo guardó para sí buena parte de lo que había sucedido en sus siete años de vida como aprendiz. En realidad, sólo hablaba cuando le era indispensable. Iba por todas partes, visitaba a la gente del pueblo con su padre y su madre; sin hacer mucha alharaca curaba los dolores de muelas, los huesos rotos, las heridas infectadas o las enfermedades que pudiese ver. También ayudaba a su padre en el molino e iba a trabajar para los granjeros vecinos. Enseguida se compró una pequeña forja y se dedicó a hacer reparaciones y soldaduras simples, de las que un herrero puede hacer sin un yunque adecuado. Durante todo ese tiempo, habló cuando otros le hablaron, y dijo poco más que lo necesario para efectuar sus negocios o conseguir que le pasasen la comida en la mesa.

No era sombrío: sabía reír las bromas, y hasta hacía algunas. Tampoco era solemne, y solía pasar más de una tarde en la plaza, demostrando a los granjeros más fuertes de Iglesia de Vigor que no podían igualar los brazos y los hombros de un herrero al forcejear. Sólo que no se enfrascaba en charlas ociosas ni en chismes, y jamás decía nada sobre sí mismo. Y cuando alguien no continuaba con la conversación, Alvin se daba por satisfecho con dejarla apagarse en el silencio y se ocupaba en su trabajo o contemplar en la distancia con la mirada perdida como si se hubiese olvidado de que uno estaba allí.

Algunos se dieron cuenta de que Alvin hablaba poco, pero como había estado ausente mucho tiempo, no esperaban que a los diecinueve años se comportara como un chiquillo de once. Supusieron que se había convertido en un hombre de pocas palabras.

Pero otros, muy pocos, advirtieron que no era así. La madre y el padre de Alvin hablaron de la cuestión más de una vez.

—Algo malo le ha ocurrido a ese chico —sentenció la madre.

Pero el padre tenía otra opinión:

—Debe haber pasado sus cosas malas y sus cosas buenas, como todo el mundo. Sólo que, después de estos siete años, no nos conoce muy bien. Déjalo que se acostumbre a vivir como un hombre en este pueblo, y no como un crío, y ya verás cómo suelta la lengua.

Eleanor también notó que Alvin no hablaba mucho, pero como sabía que en su barril de judías había ocultado algo secreto, prodigioso y viviente, no pensó ni un instante en que pudiera tratarse de algo malo. Cuando su esposo, Soldado de Dios, comentó la parquedad de su hermano, Eleanor

repuso:

—Está perdido en pensamientos profundos. Está resolviendo problemas en los que ninguno de nosotros puede serle de ayuda. Cuando arregle sus cuestiones se pondrá a hablar.

Y por último, Mesura. El hermano que había sido capturado por los pieles rojas junto con Alvin. El hermano que había llegado a conocer a Ta-Kumsaw y a Tenskwa-Tawa casi tan bien como él. Desde luego, Mesura advirtió que Alvin había hablado muy poco de sus años como aprendiz. A su debido tiempo, Alvin podría contárselo todo. Era natural, pues Alvin le había confiado muchas cosas durante la odisea que vivieron juntos.

Pero al principio, Alvin se sintió algo timorato aun cerca de Mesura. Su hermano se había casado con Delphi, y había que ser un idiota para no darse cuenta de que no podían estar a más de un metro de distancia. ¡Qué afectuoso y tierno era con ella! Siempre la cuidaba, siempre se fijaba si estaba a su lado, le hablaba si estaba cerca, la esperaba si se había marchado. ¿Cómo podía saber Alvin si en el corazón de su hermano quedaba lugar para él? No. Alvin no podía contarle su historia a Mesura, al menos no al principio.

Un día de pleno verano, Alvin estaba con Cally, su hermano menor, cercando un campo vecino. Cally tenía la talla de un hombre grande, aunque no tenía la espalda ancha ni los hombros de Alvin. Los dos habían sido contratados por Martin Hill durante una semana. Alvin partía los maderos; apenas se valía de su don, si bien podía haber hecho que los troncos se partieran con sólo ordenárselo. Pero posaba la cuña y descargaba el martillo, y sólo aprovechaba su arte para evitar que los leños se partieran en ángulos inservibles y quedaran más cortos que lo debido.

Llevaban medio kilómetro construyendo la cerca cuando Alvin notó que su hermano Cally nunca se quedaba rezagado. Alvin partía, y Cally recogía los postes y los ponía en su lugar, sin jamás pedir ayuda para enterrarlos en un terreno rocoso, cenagoso, duro o demasiado blando.

Alvin estudió al joven, o, mejor dicho, observó el trabajo que hacía con la ayuda de su don. Y, sin duda, descubrió que Cally tenía parte del arte de Alvin, como cuando él mismo, de niño, hacía cosas que apenas comprendía. Cally sabía encontrar el lugar exacto donde colocar el poste, y ablandar el suelo para introducirlo correctamente. Alvin supuso que Cally no lo hacía intencionadamente. Era muy probable que pensara que encontraba sitios naturalmente aptos para clavar postes.

Sé lo que debo hacer, pensó Alvin. Tengo que enseñar a alguien a ser un Hacedor. Y si esa persona existe, se trata de Cally, que al parecer comparte mi don. Después de todo, él también es séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón igual que yo, pues Vigor vivía cuando yo nací, pero ya había muerto cuando apareció Cally.

De modo que Alvin comenzó a hablar mientras trabajaban. Le contó a Cally lo que sabía sobre los átomos. Le dijo que podía enseñárseles a ser de determinada manera, y que ellos obedecerían. Era la primera vez que Alvin trataba de explicárselo a alguien desde la última vez que había hablado de ello con la señorita Lerner —Margaret— y las palabras le supieron deliciosas en la boca. Nació para hacer esta tarea, pensó Alvin. Estoy diciéndole a mi hermano cómo funciona el mundo, para que pueda comprenderlo y tener cierto control sobre él.

Podréis suponer la sorpresa de Alvin cuando, de pronto, Cally alzó un madero por encima de la cabeza y lo arrojó a la tierra a los pies de su hermano. Salió disparado con tanta fuerza —o acaso Cally lo había lanzado con su don—, que allí donde se clavó casi brotaron chispas. Alvin no alcanzaba a adivinar por qué, pero su hermano estaba poseído por la ira.

—¿Qué he dicho? —preguntó Alvin.

—Me llamo Cal —dijo Cally—. No me llaman Cally desde que tengo diez años.

—No lo sabía —se disculpó Alvin—. Lo siento, y desde hoy en adelante, para mí serás Cal.

—Para ti no seré nada —lo detuvo Cal—. ¡Ojalá te largases de aquí!

Sólo entonces Alvin recordó que Cal no lo había invitado a compartir ese trabajo. Martin Hill pidió que Alvin se sumase, pero hasta ese momento el trabajo había sido sólo de Cal.

—No quise entremeterme en tu trabajo —dijo Alvin—. Nunca se me ocurrió pensar que no quisieses mi ayuda. Yo sí quería estar a tu lado.

Parecía como si cada cosa que dijese Alvin enfureciese más a Cal, hasta que el rostro se le puso encarnado de ira y los puños se le apretaron de tal forma que podría haber estrangulado a una serpiente.

—Yo tenía un sitio aquí —dijo Cal—, hasta que tú volviste. Hablando como un presumido de

escuela y usando palabras largas. Y curando gente sin tener que tocarla. Entrás en la casa, pronuncias un hechizo y cuando te marchas todo el mundo está curado de lo que tenía.

Alvin no sabía que los pobladores se habían dado cuenta de lo que hacía. Suponía que, en opinión de todos, era una curación espontánea.

—No veo por qué eso te enfurece tanto, Cal. Es bueno hacer que la gente se sienta bien.

De buenas a primeras, las lágrimas asomaron a los ojos de Cal.

—Yo no siempre puedo arreglar las cosas, ni siquiera poniendo las manos sobre los demás —confesó—. Pero ahora nadie me pide que lo haga.

A Alvin nunca se le ocurrió que Cal pudiera haber estado haciendo sus propias curaciones. Pero era posible. Desde que Alvin se había ido, Cal había cumplido la función que él antes tuviera en Iglesia de Vigor, empleando su don, tan parecido, para tareas diversas. Y también había hecho cosas que, a su edad, Alvin nunca había llegado a hacer. Ahora, Alvin había vuelto, no sólo para ocupar su antiguo lugar, sino superando a Cal en las cosas que sólo éste había sido capaz de hacer. ¿Qué le quedaba a Cal, entonces?

—Lo siento —se disculpó Al—. Pero puedo enseñarte. Es lo que había comenzado a hacer.

—Nunca vi los no-se-qués esos de que hablas —repuso Cal—. No entendí ni jota nada de lo que me dijistes. Tal vez mi don no sea tan bueno como el tuyo, o quizá yo sea muy lento para aprender, ¿no lo ves? Lo mejor que puedo ser es lo que estoy siendo. Y no necesito que me demuestres que nunca podré igualarte. Martin Hill te pidió que vinieras porque sabe que puedes hacer cercas mejores. Y tú te pones a partir los postes sin usar tu don, para mostrarme que sin él puedes ser tan bueno como yo...

—No tuve esa intención —dijo Alvin—. No uso mi don con...

—Con gente idiota como yo —terminó Cal.

—Estaba tratando de explicártelo —dijo Alvin—, pero si tan sólo me dejaras, podría enseñarte a convertir el hierro en...

—En oro —dijo Cal, con la voz henchida de sorna—. ¿Pero qué crees? ¿Que me tomarás el pelo con tus cuentos de alquimista? Si supieras hacerlo, no habrías vuelto a casa pobre. ¿Sabes? Yo solía pensar que el mundo empezaba y terminaba en ti. Pensaba, cuando Alvin venga, será como en los viejos tiempos, los dos jugaremos y trabajaremos juntos, conversando todo el tiempo, yo detrás de ti, y haciéndolo todo juntos. Sólo que tú apareces, me tratas como a un crío, y no dices nada salvo «aquí tienes otro poste», o «pásame las legumbres, por favor». Y te quedas con todos los trabajos que la gente solía confiarme, hasta con los más simples, como hacer una sólida cerca de postes.

—El trabajo es tuyo —concluyó Alvin, descargando el martillo. No tenía sentido tratar de enseñar nada a Cal. Aunque pudiera aprender, nunca lo haría si Alvin se lo enseñaba—. Tengo otras cosas que hacer, y no distraeré más tu tiempo.

—«No distraeré más tu tiempo» —repitió Cal—. ¿Lo leíste en un libro, o te lo enseñó esa vieja maestra cacatúa de Río Hatrack de la que tanto habla tu negrito insoportable?

Al escucharlo hablar con tanto desdén de la señorita Larner y de Arturo Estuardo, Alvin ardió de furia, especialmente porque, en efecto, había aprendido esa forma de hablar de ella. Pero Alvin no dijo nada que demostrara su rabia. Le dio la espalda y se alejó, siguiendo la línea de la cerca terminada. Cal podía usar su don y terminar la cerca por sí solo. Alvin ni se molestaría en reclamar la paga que le correspondía por casi un día entero de trabajo. Tenía otras cosas en mente. Recuerdos de la señorita Larner, en su mayoría. Pero lo que más lo preocupaba era el rechazo de Cal a que le enseñase. Estaba ante la persona con más posibilidades de aprenderlo con la sencillez con que un niño aprende a mamar, pues se trataba de su don natural. Sólo que no quería aprender nada si provenía de Alvin. Jamás lo habría creído posible: desechar una oportunidad de aprender sólo porque el maestro no es quien uno desea.

Pero, si lo pensaba, ¿acaso Alvin no había odiado tener que ir a la escuela con el reverendo Thrower, pues siempre lo hacía sentir malvado, idiota o algo desagradable? ¿Podría ser que Cal odiase a Alvin como Alvin había odiado al reverendo Thrower? Lo que no comprendía era la razón de tanto enojo. Si había alguien en el mundo que no debía estar celoso de Alvin, ese alguien era Cal, pues nadie estaba tan cerca como él de poder igualarlo en sus actos. Pero quizá por esa misma razón, Cal estuviese tan celoso que nunca podría aprenderlo sin pasar por todos los peldaños que lo llevasen a descubrirlo por sí mismo.

A este paso, nunca construiré la Ciudad de Cristal, porque nunca podré enseñar a Hacer a nadie.

Semanas después, Alvin intentó volver a hablar con alguien para ver si realmente podía forjar un nuevo Hacedor. Era domingo, estaban en la casa de Mesura, y Alvin y Arturo Estuardo habían ido a cenar. Como hacía calor, Delphi había servido una cena fría: pan, queso, jamón salado y pavo ahumado. Todos salieron a tomar el fresco al patio de la cocina, que daba al norte.

—Alvin, te invité a ti y a Arturo Estuardo por una razón —comenzó Mesura—. Delphi y yo ya lo hemos hablado, y también hablamos con Pa y Ma.

—Si tuvisteis que hablar tanto, debe ser algo terrible...

—No creas —dijo Mesura—. Es sólo que... bueno, Arturo Estuardo es un buen chico, trabaja muy bien y es grata compañía.

Arturo Estuardo sonrió.

—También duermo a pierna suelta.

—Sí. Dormir, duermo bien —reconoció Mesura—. Pero Ma y Pa ya no son lo que se dice jóvenes. Creo que Ma está acostumbrada a hacer las cosas a su modo en la cocina...

—Eso sí —certificó Delphi, como si tuviera más de una razón para saber lo empecinada que era la buena Miller.

—Y Pa, bueno, ya está algo cansado. Cuando vuelve a casa del molino, quiere recostarse y tener silencio a su alrededor.

Alvin sospechó adónde conduciría la conversación. Tal vez su familia no fuese de la calidad de la vieja Peg Guster, o de Gertie Smith. Tal vez no pudiesen abrir su casa o su corazón a un niño mestizo. Le entristeció pensar así de su propia familia, pero supo que ni siquiera se quejaría. Él y Arturo Estuardo empacarían sus cosas y partirían hacia... ningún sitio en especial. A Canadá, tal vez. A cualquier lugar donde ofrecieran una buena acogida a un niño medio negro.

—No te preocupes, no me dijeron una sola palabra —se adelantó Mesura—. En realidad, fui yo quien se lo sugirió. Como ves, Delphi y yo tenemos una casa algo más grande de lo que necesitamos, y con tres críos pequeños, Delphi estará feliz de tener un niño de la edad de Arturo Estuardo que la ayude con las tareas de la cocina como él.

—Yo sé hacer pan sin que me ayuden —se ofreció Arturo Estuardo—. Sé la receta de Mamá de memoria. Ella se murió.

—¿Lo ves? —dijo Delphi—. Si puede hacer solo el pan, a veces, o ayudarme a amasar, no terminaría la semana tan cansada.

—Y no pasará mucho tiempo antes de que pueda ayudarme con las labores del campo —dijo Mesura.

—Pero no quiero que pienses que queremos emplearlo como un sirviente —se apresuró Delphi.

—¡No, no! —dijo Mesura—. Pensamos en él como otro hijo, sólo que más grande que nuestro Jeremías, que apenas tiene tres años y medio, lo cual lo hace bastante inútil como ser humano, todavía, aunque al menos no pasa el tiempo tratando de tirarse al arroyo como su hermana Shiphra, o como tú cuando eras pequeño, si mal no recuerdo.

Arturo Estuardo se echó a reír.

—Alvin me quiso augurar una vez —contó—. Me metió de cabeza en el Hio.

Alvin se sintió profundamente avergonzado. De muchas cosas. De no haber contado nunca a Mesura la verdadera historia de cómo rescató a Arturo Estuardo de los Rastreadores; de haber pensado por un instante que Mesura, Ma y Pa podían querer desembarazarse de un niño mestizo, cuando en realidad sólo estaban discutiendo a ver quién se quedaba con él en su casa.

—Es Arturo Estuardo quien debe decidir dónde vivir, puesto que lo habéis invitado —repuso Alvin—. Él vino a casa conmigo, pero yo no tomo esas decisiones por él.

—¿Puedo vivir aquí? —preguntó Arturo Estuardo—. Parece que a Cal no le agrado mucho.

—Cal tiene muchos problemas propios —aclaró Mesura—, pero te quiere bien.

—¿Alvin no pudo traer a casa algo más útil, como un caballo, por ejemplo? —dijo Arturo Estuardo—. Comes como si lo fueras, pero seguro que no puedes tirar de un carro de dos ruedas...

Mesura y Delphi echaron a reír. Sabían que Arturo Estuardo estaba repitiendo algo que había dicho Cal, palabra por palabra. El niño lo hacía tan a menudo que la gente casi lo esperaba para festejar su memoria perfecta. Pero Alvin se entristeció al escucharlo, pues sabía que sólo meses

atrás Arturo Estuardo lo habría hecho con la misma voz de Cal, y ni siquiera Ma hubiera podido decir que no era su hijo sin mirar.

—¿Alvin también va a vivir aquí? —preguntó Arturo Estuardo.

—Bueno, verás, de eso habíamos estado hablando —prosiguió Mesura—. ¿Por qué no vienes tú también aquí, Alvin? Podríamos acomodarte un tiempo en la sala principal, y cuando termine la tarea del verano arreglaremos el viejo cobertizo. No debe de estar muy arruinado, pues hace apenas dos años que nos mudamos aquí. Entonces, podrás vivir solo allí. Supongo que ya estás demasiado crecido para vivir en casa de Pa y comer a la mesa de Ma...

Vaya, Alvin nunca lo habría imaginado, pero de pronto se encontró con los ojos llenos de lágrimas. Tal vez fuera la inmensa alegría de ver que alguien se daba cuenta de que ya no era el mismo Alvin Miller Junior de antes. O tal vez fuese el hecho de que Mesura cuidara de él como en los viejos tiempos. De todas formas, en ese instante Alvin sintió por primera vez que había llegado realmente a su casa.

—Si queréis que me quede, vendré aquí con gusto —dijo Alvin.

—Bueno, pero no es como para llorar así —bromeó Delphi—. Ya tengo tres niños que se pasan el día llorando. No quiero tener que andar secándote los ojos y sonándote la nariz como a Ketura.

—Ah, pero al menos no usa pañales —repuso Mesura, y ambos rieron como si fuera lo más gracioso que hubiesen oído en su vida. Pero en realidad reían de alegría al ver que Alvin se había puesto tan sentimental ante la idea de ir a vivir con ellos.

Así fue como Alvin y Arturo Estuardo se mudaron a la casa de Mesura, y Alvin se reencontró con su hermano más querido. Todas las cosas que Alvin había apreciado en Mesura seguían en él de adulto. Pero había otras virtudes nuevas: la ternura con que Mesura trataba a sus hijos, aun después de zurrarlos o reconvenirlos. El cariño con que cuidaba de su tierra y su casa, con que se ocupaba de todo lo que hacía falta hacer. Allí nunca había una puerta que rechinase dos días seguidos, ni un animal que se negase a comer un día entero sin que Mesura tratara de resolver el problema.

Pero por encima de todo, Alvin vio la forma en que Mesura trataba a Delphi. No era una joven particularmente hermosa, ni tampoco especialmente fea. Era fuerte, robusta, y reía como un asno. Pero Alvin veía que Mesura la miraba como si en el mundo no hubiese una mujer más bella. Cada vez que ella levantaba la vista, él estaba contemplándola con una sonrisa de ensoñación. Ella reía, se ruborizaba o apartaba la vista, pero por dos minutos se movía con más gracejo, caminaba de puntillas, como si bailara, o como si quisiese volar. Alvin se preguntó si alguna vez podría mirar así a la señorita Larner y prodigarle tanta dicha que ella ya no sintiese los pies sobre la tierra.

Y por las noches, mientras Alvin descansaba, sentía los sutiles movimientos de la casa y sabía, sin tener que usar su don, de dónde provenía ese crujido lento y suave. En esos momentos, recordaba el rostro de la mujer llamada Margaret, que tantos meses había vivido oculta dentro de la señorita Larner, e imaginaba su rostro cerca del suyo, sus labios que se abrían, y creía escuchar en su voz los dulces gemidos de placer que Delphi murmuraba en el silencio de la noche. Y luego volvía a recordar su rostro, deformado de llanto y dolor. En esos momentos el corazón se le encogía, y ansiaba poder regresar a ella, tomarla en sus brazos y encontrar un sitio dentro de su ser donde pudiese curarla, despojarla de su pesar, ayudarla a ser íntegra otra vez.

Y como Alvin vivía en casa de Mesura, fue perdiendo la cautela y su rostro comenzó a traslucir nuevamente sus sentimientos. Así, una de las tantas veces en que Mesura y Delphi se miraron como solían, Mesura sorprendió la expresión del rostro de Alvin. Cuando Delphi se marchó de la sala, y los niños llevaban largo rato durmiendo, Mesura se tomó la libertad de tender su mano y posarla en la rodilla de Alvin.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—¿Quién? —dijo Alvin, confuso.

—La que amas tanto que de sólo pensar en ella pierdes el aliento.

Durante un momento, Alvin vaciló, por costumbre. Pero entonces, el portal se abrió y le contó toda su historia. Comenzó por la señorita Larner, le dijo que en realidad era Margaret, la misma que, de niña, había escrito en el libro de Truecacuentos; la tea que lo había cuidado desde tan lejos. Pero al contarle la historia de su amor tuvo que hablarle de todo lo que ella le había enseñado. Y cuando el relato acabó, ya era casi de día. Delphi dormía en el hombro de Mesura.

Había regresado más tarde, para dormirse enseguida. E hizo bien, pues los tres niños y Arturo Estuardo querían su desayuno por la mañana sin preguntar a qué hora se había dormido la noche anterior. Pero Mesura seguía despierto, y sus ojos centelleaban con lo que había dicho Cardenal, con el arado de oro viviente, con la imagen de Alvin en la forja, y de Arturo Estuardo en el Hio. Y detrás de la luz que iluminaba la mirada de Mesura, había una profunda tristeza por el crimen que Alvin había cometido con sus propias manos, por muy merecido que hubiese sido. Y por la muerte de la vieja Peg Guester, y hasta por la muerte de cierta niña esclava, acontecida cuando la vida de Arturo recién comenzaba.

—Debo encontrar personas a quienes pueda enseñar a ser Hacedores —dijo Alvin—. Pero no sé si alguien que no tenga mi don podrá aprenderlo, ni cuánto decirle, o si querrá aprender siquiera.

—Creo que, antes de saber que podrían ayudarte, tendrían que amar primero tu sueño de la Ciudad de Cristal. Si se corre la voz de que hay un Hacedor que enseña a Hacer, acudirán a ti las personas deseosas de poder para oprimir a los demás. Pero la Ciudad de Cristal, Alvin... ¡Piénsalo! ¡Sería como vivir dentro del tornado que os atrapó a ti y al Profeta hace tantos años...!

—¿Mesura, querrás aprender? —preguntó Alvin.

—Haré todo lo que pueda para aprender —prometió—. Pero primero te haré una promesa solemne: sólo usaré lo que me enseñes para erigir la Ciudad de Cristal. Y si resulta que al final no puedo aprender lo bastante para ser un Hacedor, te ayudaré de cualquier otro modo que pueda. Haré todo lo que me pidas, Alvin. Llevaré a mi familia hasta los últimos rincones de la Tierra. Dejaré todo lo que posea, moriré si es necesario. Lo que sea, con tal que se haga realidad la visión que te mostró Tenskwa-Tawa.

Alvin lo tomó de ambas manos, durante largo rato. Entonces, Mesura se inclinó y lo besó, como se besan los hermanos, como se besan los amigos. El movimiento despertó a Delphi. No había escuchado toda la conversación, pero sabía que estaba aconteciendo algo solemne, y sonrió adormecida antes de levantarse y dejar que Mesura la llevara a la cama para descansar las últimas horas que faltaban hasta el alba.

Así comenzó el verdadero trabajo de Alvin. Durante el resto del verano, Mesura fue su maestro y su alumno. Mientras Alvin le enseñaba a Hacer, Mesura le enseñó a ser padre, a ser esposo, a ser hombre. La diferencia fue que Alvin ni siquiera tenía conciencia de que aprendía, mientras que Mesura adquiría cada ínfima porción del poder de un Hacedor, sólo después de terribles esfuerzos. Y sin embargo, fue comprendiendo, paso a paso, y no fue poco lo que aprendió. Alvin comenzó a entender, tras muchos empeños fallidos, cómo enseñar a alguien a ver sin los ojos, y a tocar sin las manos.

Entonces, por las noches, no ansió el pasado tan a menudo, sino que trató de imaginar el futuro. Lejos, en alguna parte, aguardaba el lugar donde construiría la Ciudad de Cristal; y allí afuera, también estaban los hombres a quienes debía encontrar y enseñar a amar su sueño, y mostrarles cómo hacerlo realidad. En algún sitio aguardaba la tierra perfecta que su arado viviente deseaba hender. En algún lugar esperaba la mujer a quien podría amar y con quien podría vivir hasta el fin de sus días.

En Río Hatrack, ese otoño hubo elecciones, y como habían echado a correr ciertos rumores de quién era el héroe y quién el rastrero, Pauley Wiseman perdió su empleo y Po Doggly consiguió uno distinto.

Por esa época, también, Pacífico Smith se presentó a formular la denuncia de que la primavera pasada su aprendiz había huido con cierto artículo de propiedad de su maestro.

—Ha pasado mucho tiempo para que hagas esa denuncia —estimó el sheriff Doggly.

—Me amenazó —dijo Pacífico Smith—. Temí por mi familia.

—Bueno, veamos. ¿Qué fue lo que te robó?

—Un arado —repuso Pacífico Smith.

—¿Un arado común? ¿Cómo voy a encontrar un arado común? ¿Y para qué cuernos iba a robarte semejante cosa?

Pacífico bajó la voz, como quien confiesa un secreto:

—El arado era de oro.

Ay, las carcajadas que lanzó Po Doggly al oírlo.

—Pero es cierto. —Insistió Pacífico.

—¿No me digas? Te creo, amigo. Pero si hubo alguna vez un arado de oro en tu herrería, apuesto diez contra uno a que era de Al, y no tuyo.

—Lo que hace un aprendiz, es de su maestro.

Al escuchar eso, Po comenzó a ponerse severo.

—Si comienzas a contar esas cosas en Río Hatrack, Pacífico Smith, creo que los demás te harán recordar cómo retuviste a ese chico durante años pese a que era mejor herrero que tú. Se correrá la voz de que no fuiste un maestro justo, y si comienzas a acusar a Alvin el herrero de robarte lo que sólo él en este mundo pudo haber creado, creo que darás lástima y risa.

Tal vez lo haría, tal vez no. Era seguro que Pacífico no intentaría artimañas legales para recuperar el arado de Alvin, dondequiera que estuviese. Pero contó su versión, cada vez más escandalosa. Dijo que Alvin siempre le estaba robando, que el arado de oro era una herencia de Pacífico Smith, con forma de arado y pintado de negro. Que Alvin lo descubrió con sus poderes diabólicos y que se lo llevó. Mientras Gertie Smith vivió, se dedicó a desmentir semejantes embustes, pero poco después de la partida de Alvin, la mujer murió a causa de una vena que se le reventó un día que gritaba a su marido por ser tan imbécil. Desde ese momento, Pacífico contó la historia del modo que le vino en gana, y llegó a sostener que Alvin había matado a Gertie con una maldición que le había reventado las venas hasta desangrarla por dentro de la cabeza. Fue una mentira atroz, pero siempre hay gente dispuesta a escuchar semejantes cuentos, y la historia corrió a lo ancho y a lo largo del territorio del Hio, y aun allende sus fronteras. Pauley Wiseman le prestó oídos. El reverendo Thrower le prestó oídos. Cavil Planter también. Y como ellos, mucha gente.

Por esta razón, cuando Alvin por fin se alejó de Iglesia de Vigor, había muchas personas a la caza de extraños con bultos del tamaño de un arado, buscando el fulgor del oro bajo la arpillera, estudiando a los desconocidos para ver si podía tratarse de cierto aprendiz fugitivo de herrero que había robado la herencia a su maestro. Algunas personas albergaron la intención de devolver el arado de oro a Pacífico Smith, de Río Hatrack. Pero a otros jamás se les cruzó por la mente una idea semejante.

Índice

EL CAPATAZ.....
LA FUGA.....
MENTIRAS.....
MODESTIA.....
EL BUSCADOR DE CORRIENTES SUBTERRÁNEAS.....
EL BAILE DE DISFRACES.....
LOS POZOS.....
EL DESHACEDOR.....
CARDENAL.....
LA BUENA ESPOSA.....
LA VARITA.....
LA JUNTA DE EDUCACIÓN.....
LA CASA DE LA VERTIENTE.....
LA RATA DE RÍO.....
LA MAESTRA.....
PROPIEDAD.....
EL CERTAMEN DE DELETREO.....
LAS ESPOSAS.....
EL ARADO.....
LA ESCRITURA DE CAVIL.....
ALVIN, EL OFICIAL.....